

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

Entre la izquierda y lo posible: el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI. Un análisis comparado entre los casos de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica (2010-2015)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Gonzalo Sarasqueta

Directores

Javier Muñoz Soro
Virginia García Beaudoux

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Entre la izquierda y lo posible: el relato político de la socialdemocracia
latinoamericana en el siglo XXI.**

**Un análisis comparado entre los casos de Michelle Bachelet (2014-2018) y José
Mujica (2010-2015).**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Gonzalo Sarasqueta

Directores

Javier Muñoz Soro

Virginia García Beaudoux

Madrid, 22 de febrero de 2022

Agradecimientos profesionales

Javier Muñoz Soro, Virginia García Beaudoux, Orlando D'Adamo, Liliana Pantano, Universidad Católica Argentina (UCA), Malena Castro, Ximena Jara, Matías Ponce, Ricardo Solari, Patricio Thompson, Jordana Vieyra, Marco Enríquez Ominami, Margarita Stolbizer, Marco Nuñez, Agustín Canzani, Adolfo Garcé, Daiana Ferrero, Clarisa Hardy, Felipe Vergara, Rodrigo Muñoz, Gabriel Gaspar, Christian Mirza, Paulino Rodrigues, Evangelina Gutkin, Roberto Mionis, Jorge Illia, Karina Delfino, Rocío Ames, Daniel Ivoskus, Adriana Amado, Federico Rey Lennon.

Agradecimientos personales

Lucía Chicatun, Elena Calderini, Carlos Sarasqueta, Ignacio Sarasqueta, Luis Sarasqueta, Ignacio Di Giano, Tomás Curti, Cecilia Mateos, Gastón Domínguez, Justo Maselli, Samantha Olmedo, Ana Calderon, Rocío Flamenco, Fausto Sarasqueta, Maite Sarasqueta, Juana Sarasqueta, Paula Garretón, Lucía Patronelli Ana Doria, Manuel Carlino, Maria Grazzia, Alvaro Di Giano, Tomas Sarasqueta, Ignacio Sarasqueta (h), Augusto Chicatun, María Angeles Borrone, Matías Castellanos, Santiago Patrouilleau, Pablo Adamo, Lucía Gascon, Ignacio Ayechu, René Palacios, Horacio Nápoli, Luciano Petrecco, Ian Vignale, Lourdes Puente, Marco Sifuentes, Susana Ramírez, Joaquin Simiele, Lucía Ramírez, Javier Rouillet, Santiago Pezzotti, Federico Canzani, Yanina Mondino, Vicente Taiano, Virginia Eliggi, Julieta Eliggi, Josefina Eliggi, Juan García, Jorgelina Eliggi, Constanza Eliggi, Juan Ignacio Estevez Rubin de Celis, Carolina Amoroso, Amalia Eliggi, Pablo Di Giano, Santiago Carrara, Carla Migliore, Soledad Guarnieri, Virginia Eliggi, Marcela Pons, Emmanuel Fernández, Carla Ruotolo, Juan Pedro Brolese, Francisco Blanco, Juan Francisco Chirdo, Mercedes Uranga, Daniel Ivoskus, Antonio Mazzoni, Wenceslao Odriozola, Inés Calderini, Gabriel Eliggi, Marcelo Sarasqueta, Denise Barac, Sebastián Folino, Luciana Balbuena, Fernando Pujol, Luciano Zaffiro, Felipe Gonzalez Arzac, Pablo Defelitto, Sol Armenti, Mariana Grassi, Martín Rocca, Lucía Medina, Francisco Tomaghelli, Luciano Petrecco, Juan Pedro Bourdin, Gonzalo Oviedo, Juan Ignacio Irigoyen, Francisco Albarracín, Aristides Galimberti, Lucas Delfino, Guido Martelli, Fernando Cárdenas, Delfina Sanda, Manuel Garriga, Guillermo Piovano, Fernando Torres, Mariano González, Marcos Simiele, Augusto Chicatun, Victoria Morchon, Mercedes Rodríguez, Lucia Fernández Gentilli, José Luis Fabeiro, Luciana Tito, Federico Granillo.

ÍNDICE

1. Resumen.....	7
2. Abstract.....	9
3. Introducción	11
4. Estado de la cuestión.....	15
4.1. There is alternative: La Nueva Izquierda Latinoamericana	15
4.2. Las dos familias.....	21
4.2.1. Modelo económico.....	22
4.2.2. El estilo de liderazgo y geometrías de las fuerzas	24
4.2.3. La naturaleza del sistema de partidos y la interpretación de la democracia	26
4.2.4. Un enfoque integral: la socialdemocracia y el populismo.....	27
4.3. La biblioteca discursiva.....	40
4.3.1. El relato populista	40
4.3.2. El guion político: el antagonismo como <i>leitmotiv</i>	42
4.3.3. La estructura temporal.....	48
4.3.4. Valores, mitos y visiones	50
4.3.5. Escenificación del liderazgo, simbología y tipo de lenguaje	53
4.3.6. La batalla por la hegemonía	57
4.3.7. El relato socialdemócrata, una estantería incompleta	59
5. Problema de investigación, hipótesis y metodología.....	64
5.1. Pregunta de investigación y objetivos.....	64
5.2. Justificación e hipótesis.....	65
5.3. Metodología.....	65
5.3.1. Enfoque y método.....	66
5.3.2. Técnicas de investigación y corpus empírico	69
6. Marco teórico	71
6.1. Relato político	71
6.1.1. Estado del arte.....	71
6.1.2. Conceptualización	76
6.1.3. Requisitos, funciones y fases	81

6.1.4. ¿Cómo operativizar el análisis de un relato político?	89
6.1.5. Conclusiones	98
7. El relato político de Michelle Bachelet (2014-2018)	100
7.1. Breve reseña biográfica.....	100
7.2. La trama	105
7.3. Guion dicotómico.....	110
7.4. Tiempo verbal.....	116
7.5. <i>Ethos</i> presidencial.....	119
7.6. Repertorio simbólico	127
7.7. Conclusiones	131
8. El relato político de José Mujica (2010-2015)	133
8.1. Una breve reseña biográfica	133
8.2. La trama.....	135
8.3. El guion dicotómico	149
8.4. Tiempo verbal.....	158
8.5. Repertorio simbólico	161
8.6. <i>Ethos</i> presidencial.....	169
8.7. Conclusiones	176
9. Conclusiones generales	179
10. Bibliografía	191
11. Fuentes documentales citadas	212
12. Adjuntos	215
12.1. Entrevistas.....	215
12.1.1. Adolfo Garcé, cientista político de la Universidad de la República	215
12.1.2. Daiana Ferraro, Magister, docente e investigadora en Universidad de la República y subdirectora General de Integración y Mercosur (2011-2014)	224
12.1.3. Eduardo Fernández, sindicalista y secretario del Partido Socialista (2005-2011)....	228
12.1.4. Agustín Canzani, sociólogo y analista político	232
12.1.5. Matías Ponce, Doctor en Ciencia Política, investigador y autor del libro “Pepe es el	

mensaje, Mujica es la estrategia”.....	236
12.1.6. Analista político (AP) anónimo.....	243
12.1.7. Clarisa Hardy, académica y dirigente del Partido Socialista.....	247
12.1.8. Felipe Vergara, Doctor en Comunicación y director del Magister en Dirección de Recursos Humanos en la Universidad Andrés Bello	251
12.1.9. Marco Nuñez, miembro del Partido por la Democracia (PPD) y presidente de la Cámara de Diputados de Chile, entre el 2015 y el 2016.....	257
12.1.10. Marco Enríquez - Ominami, fundador del Partido Progresista, antiguo miembro del Partido Socialista, Diputado nacional (2006-2010) y opositor al gobierno de Michelle Bachelet	263
12.1.11 Ricardo Solari, presidente del directorio de Televisión Nacional de Chile, entre 2014 y 2018.....	270
12.1.12. Rodrigo Muñoz, vicepresidente de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas y actual dirigente del Partido Socialista	275
12.1.13. Gabriel Gaspar, Subsecretario para las Fuerzas Armadas de Chile, entre el 2014 y el 2015.....	281
12.1.14. Ximena Jara, jefa del equipo de discurso de Michelle Bachelet (2014-2018)	283
12.1.15. Karina Delfino, socióloga y presidenta de la Juventud Socialista (JS).....	290
12.2. Tablas.....	296
12.3 Gráficos.....	298

1. Resumen

El siglo XXI comenzó en América Latina con el ascenso de un cúmulo de gobiernos progresistas. A lo largo y ancho de la región, emergieron experiencias que hicieron hincapié en políticas públicas de corte redistributivo, la adquisición de nuevos derechos y la presencia del Estado en el campo de la economía. Un nuevo paradigma ideológico que se opuso al Consenso de Washington que imperó en los años noventa. Diversos estudios académicos denominaron a este ciclo como “La Nueva Izquierda Latinoamericana”.

Varios autores dividieron a La Nueva Izquierda Latinoamericana en dos familias ideológicas: populismo y socialdemocracia. La primera corriente estuvo integrada por las gestiones de Hugo Chávez y Nicolás Maduro (Venezuela), Evo Morales (Bolivia), Daniel Ortega (Nicaragua) y Rafael Correa (Ecuador). En la otra línea se encuentran los casos de José Mujica y Tabaré Vázquez (Uruguay), Michelle Bachelet y Ricardo Lagos (Chile), Lula da Silva y Dilma Rousseff (Brasil). Néstor Kirchner y Cristina Fernández (Argentina) cabalgarían entre ambas categorías, aunque más cercanos al populismo. Las fronteras de dicha tipología estaban sustentadas en el modelo económico, el tipo de liderazgo, la arquitectura partidaria y el relato político.

El relato político es una herramienta que sirve para construir identidades y generar amplios consensos sociales que legitimen el ejercicio o la disputa del poder. Su función es movilizar, seducir y comprometer a través de una determinada serie de objetivos determinados y una visión del pasado, del presente y del futuro. Los recursos que posee el relato político son diversos: repertorio simbólico, mitos, sujetos discursivos, narrativa aspiracional, recurrencia a líneas argumentales instaladas en la cultura popular y escenificación del liderazgo, entre otras piezas que son implementadas de manera estratégica.

Sobre la narrativa política de los liderazgos populistas existe una vasta literatura. Los estudios coinciden en que la misma está caracterizada por una trama disruptiva que aspira a modificar la democracia representativa liberal, un guion dicotómico compuesto por el pueblo y un adversario genérico (imperio, oligarquía, medios hegemónicos, etc.), un repertorio simbólico personalizado que busca mitificar al presidente, un tiempo verbal que enlaza al presente con un espacio de experiencia y un *ethos* presidencial reivindicativo.

En cambio, no hay trabajos que expongan de manera integral y sistemática el relato político de la socialdemocracia latinoamericana. Esta tesis doctoral apunta a cubrir esa laguna teórica. Mediante un análisis comparado de los casos de José Mujica (2010-2015) y Michelle Bachelet (2014-2018) se pretende responder el interrogante cardinal: ¿Cuál es el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI? Las variables para examinar en ambos liderazgos son la trama, el guion dicotómico, el repertorio simbólico, el tiempo verbal y el *ethos* presidencial. Las técnicas metodológicas que se utilizaron para llevar a cabo dicho propósito son el análisis de discurso, entrevistas semiestructuradas y análisis teórico bibliográfico.

Las conclusiones a las que llegamos son las siguientes: primero, que, con ciertos matices, existe un relato político socialdemócrata en el siglo XXI. En segundo término, dicha narrativa se caracteriza por una trama vinculada que hace hincapié en una transformación a largo plazo de la sociedad; un guion dicotómico que se desarrolla contra adversarios genéricos, sin ningún anclaje partidario; un tiempo verbal que se despliega entre el presente y el futuro; un repertorio simbólico desideologizado; y un *ethos* presidencial que busca la reconciliación y la jerarquización de valores posmateriales tales como la igualdad de género y el medioambiente.

2. Abstract

The 21st century began in Latin America with the rise of a host of progressive governments. Throughout the region, experiences arose that made noise in public policies of a redistributive nature, the acquisition of new rights and the presence of the State in the field of the economy. A new ideological paradigm that opposed the Washington Consensus that prevailed in the 1990s. Various academic studies called this cycle "The New Latin American Left."

Several authors divided the New Latin American Left into two ideological families: populism and social democracy. The first current was made up of the efforts of Hugo Chávez and Nicolás Maduro (Venezuela), Evo Morales (Bolivia), Daniel Ortega (Nicaragua) and Rafael Correa (Ecuador). On the other line are the cases of José Mujica and Tabaré Vázquez (Uruguay), Michelle Bachelet and Ricardo Lagos (Chile), Lula da Silva and Dilma Rousseff (Brazil). Néstor Kirchner and Cristina Fernández (Argentina) would ride between both categories, although closer to populism. The borders of this typology were based on the economic model, the type of leadership, the party architecture and the political narrative.

The political story is a tool that serves to build identities and generate broad social consensus that legitimizes the exercise or dispute of power. Its function is to mobilize, seduce and commit through a determined series of determined objectives and a vision of the past, of the present and of the future. The resources that the political story possesses are diverse: symbolic repertoire, myths, discursive subjects, aspirational narrative, recurrence to plot lines installed in popular culture and staging of leadership, others among pieces that are implemented strategically.

There is a vast literature on the political narrative of populist leaders. The studies agree that it is characterized by a disruptive plot that aspires to modify liberal representative democracy, a dichotomous script made up of the people and a generic adversary (empire, oligarchy, hegemonic media, etc.), a personalized symbolic repertoire that it seeks to mythologize the president, a verbal tense that links the present with a space of experience and a claiming presidential ethos.

On the other hand, there are no works that expose in an integral and systematic way the political narrative of Latin American social democracy. This doctoral thesis aims to cover this

theoretical gap. Through a comparative analysis of the cases of José Mujica (2010-2015) and Michelle Bachelet (2014-2018), it is intended to answer the cardinal question: What is the political narrative of Latin American social democracy in the 21st century? The variables to examine in both leaderships are the plot, the dichotomous script, the symbolic repertoire, the verbal tense and the presidential ethos. The methodological techniques used to carry out this purpose are discourse analysis, semi-structured interviews and theoretical bibliographic analysis.

The conclusions we reach are the following: first, that, with certain nuances, there is a social democratic political narrative in the 21st century. Second, this narrative is characterized by a linked plot that emphasizes a long-term transformation of society; a dichotomous script that develops against generic adversaries, without any partisan anchor; a verb tense that unfolds between the present and the future; a de-ideologized symbolic repertoire; and a presidential ethos that seeks reconciliation and prioritization of post-material values such as gender equality and the environment.

3. Introducción

El estudio de la izquierda latinoamericana en el siglo XXI ha despertado un inusitado interés a lo largo y ancho del mundo. Más allá de que hay ciertos académicos y analistas que, por las particularidades sociológicas, institucionales, económicas y geográficas de cada país, rechazan la noción de ciclo político, el ascenso en simultáneo de gobiernos progresistas en la región ha generado un debate enriquecedor. El presente trabajo se enmarca e intenta aportar conocimiento en esa área de interés.

Los enfoques para abordar este fenómeno llamado “Nueva Izquierda Latinoamericana” han sido numerosos. Como se expone en el estado de la cuestión, se han investigado los sistemas de partidos, el estilo de liderazgo, las arquitecturas partidarias, los modelos económicos, los vínculos entre presidentes y medios de comunicación y las biografías de los presidentes, entre otras temáticas. A su vez, teniendo en cuenta estas variables, una parte significativa de los especialistas ha desagregado a la Nueva Izquierda Latinoamericana en dos familias: populistas y socialdemócratas. Dicha distinción es el punto de partida de esta investigación que combina elementos teóricos de la Ciencia Política con conceptos de la Comunicación Política.

Esta tesis se propone indagar sobre las narrativas políticas que erigieron los mandatarios de la rama socialdemócrata de la Nueva Izquierda Latinoamericana. La justificación académica es la “laguna teórica” que hay al respecto. Según la bibliografía existente, la épica y los grandes relatos parecen que han sido exclusivos de las experiencias populistas. Pero los ensayos políticos socialdemócratas también han vertebrado sus significados estructurales para legitimarse. Ricardo Lagos, José Mujica, Tabaré Vázquez y Michelle Bachelet, Lula da Silva y Dilma Rousseff han construido diferentes relatos políticos para brindarle sentido a sus gestiones. Encontrar los puntos de contacto y las diferencias entre ellos y, de esta manera, completar ese “estante vacío” de la literatura son los motivos cardinales de este trabajo doctoral. En concreto, la pregunta que se buscará responder es la siguiente: ¿Cuál es el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI? Para responder este interrogante se examinarán los gobiernos de José Mujica (2010-2015) y Michelle Bachelet (2014-2018).

Numerosos prejuicios o hipótesis rodearon los inicios de este estudio. Por ejemplo, que, frente al verbo maximalista de Rafael Correa, Evo Morales y Hugo Chávez, los referentes de la

izquierda socialdemócrata presentarían una retórica minimalista, apegada a los hechos y las políticas públicas, como si se trataran de líderes exclusivamente racionales, desprovistos de sentimientos y pasiones. Asimismo, se tenía la sospecha que ante el personalismo de los “caudillos populistas”, asomaría una impronta institucional, donde la subjetividad, la esfera privada y la primera persona del singular del presidente estarían ausentes. La estabilidad del sistema de partidos y del andamiaje de los tres poderes republicanos serían el argumento de esta prelación. En tercer lugar, se esperaba un conflicto de baja intensidad. Los presidentes socialdemócratas, supuestamente, librarían disputas solamente con actores insertos en el sistema de partidos. Sus adversarios solo serían las fuerzas de centroderecha con las que comparten las mismas arenas institucionales.

Gran parte de estos puntos de partida fueron contrastados, otros fueron corroborados parcial o completamente. Precisamente, entre los casos observados en este trabajo, la gestión de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica (2010-2015), hay semejanzas y diferencias en la producción del relato político. Sin embargo, también hay ciertos patrones en común que justifican las categorías académicas en que se divide en otras dimensiones (económica, institucional o tipo de liderazgo) a la Nueva Izquierda Latinoamericana: la circulación de una trama asociada al largo plazo, la construcción de un adversario genérico y la presentación de *ethos* presidencial vinculado con la reconciliación y la superación, por mencionar tres semejanzas.

Asimismo, hay que aclarar que el presente trabajo es el resultado de un proceso académico y profesional¹ que excede el Doctorado. Antes del 2017, fecha de inicio del programa, el estudio de la Nueva Izquierda Latinoamericana ya era un interés personal. De hecho, mi trabajo de Maestría en Análisis Político en la Facultad de Ciencias Políticas de Universidad Complutense de Madrid (2012-2013) versó sobre la legitimidad y gobernabilidad de otro actor de esta familia ideológica, Néstor Kirchner (2003-2007). Acto seguido, ahondé sobre el tema y publiqué un artículo científico, en la *Revista Question*² de la Facultad de Comunicación Social y Periodismo de Universidad Nacional de La Plata, titulado “El Mayo latinoamericano: José Mujica, Rafael Correa y los relatos de la nueva izquierda”, donde examinaba las agendas y la comunicación de las dos vertientes de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Con esos

¹ Las referencias de los artículos se encuentran al final de la tesis, en la sección bibliográfica.

² Está indexada e incluida a DOAJ, Dialnet, REDIB, LatAm, Research, Sedici, ERIH PLUS, EBSCOhost.

antecedentes, más exposiciones en congresos y otros escritos periodísticos, decidí indagar profunda y sistemáticamente en el relato político de la socialdemocracia latinoamericana. Ese fue el motivo para inscribirme en el Doctorado en Ciencias Políticas y de la Administración y Las Relaciones Internacionales de esta casa de estudios.

Los siguientes pasos fueron las publicaciones que formaron parte importante de esta tesis doctoral. En cada uno de los capítulos, se encontrará en el inicio una aclaración de cuáles son los artículos académicos empleados. Como resultado del marco teórico, donde conceptualicé y sistematicé el relato político, presenté, en la *Revista Política y Sociedad*³ de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, el artículo “Anatomía del relato político: conceptualización, funciones y piezas de una herramienta comunicacional estratégica. El caso del presidente Mauricio Macri (2015-2018)”. Respecto a los estudios de caso, se publicó una versión preliminar en un artículo en la *Revista de Estudios Políticos*⁴ del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales del Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática y cuyo título fue “La socialdemocracia latinoamericana pide la palabra. El relato político de la segunda presidencia de Michelle Bachelet (2014-2018)”. También se publicaron dos artículos vinculados al storytelling, la economía discursiva y el campo de la comunicación política: “Técnicas de la comunicación política ante la era de la infoxicación y la interrupción: del storytelling al storydoing”, en la *Revista Comunicación y Hombre*⁵ de la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid, España, y “La matriz discursiva TEP: una propuesta teórica y práctica para persuadir en la ciberdemocracia”, en la *Revista Ópera*⁶ de la Universidad del Externado de Bogotá, Colombia. Todos estos trabajos componen la presente tesis doctoral que, como se aclaró anteriormente, es la materialización de un ciclo.

Por último, precisar la arquitectura que se planteó para la tesis. Primero se elabora un estado de la cuestión, donde se recorre la literatura sobre la Nueva Izquierda Latinoamericana, el populismo y la socialdemocracia. La lógica para ordenar dicha radiografía académica es desde

³ Su impacto es el siguiente: Dialnet métricas, su índice es 0.439; SJR, 0,14; Cite score, 0,4; Sociology and political science, Quartil

⁴ Su impacto es el siguiente: Scopus, SJR 2017, 0,145; Scholar metrics, Índice H 2011-2015: H-Index 7 /Mediana-H 11; MIAR, ICDS 2017: 11,0.

⁵ Su impacto es el siguiente: Comunicare, 0,393; ICDS (Índice Compuesto de Difusión Secundaria) de 9.7; Google Scholar, la revista obtiene un Índice h5 de 6 y mediana h5 de 1.

⁶ La revista está indexada en Redalyc; Open Journal System Emerging Sources Citation Index; CengageLearning; DOAJ; Clase; Latindex; Dialnet; Fuente Académica.

lo general (qué es la Nueva Izquierda Latinoamericana) a lo específico (el relato político). En base a ese panorama bibliográfico, se presentan el problema y la pregunta de investigación: ¿Cuál es el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI? A continuación, se propone una hipótesis y la metodología para resolver dicho interrogante. Luego, se elabora un marco teórico donde se conceptualiza al relato político, se identifican sus requisitos, funciones, fases y componentes: trama, guion dicotómico, ethos presidencial, repertorio simbólico y tiempo verbal. Después, se analizan los dos casos de estudio, las gestiones de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica (2010-2015), y, en relación con esto, para terminar, se ofrecen unas conclusiones sobre el relato de la socialdemocracia, sus diferencias con el populismo y una serie de desafíos que se abren de cara a futuras investigaciones.

4. Estado de la cuestión

En este capítulo inicial se aspira a recorrer la literatura de la Nueva Izquierda Latinoamericana, el populismo y la socialdemocracia. La estructura será la siguiente: se comenzará con una conceptualización de la Nueva Izquierda Latinoamericana, se continuará con la tipología que desagrega a la misma en dos familias ideológicas, populismo y socialdemocracia, después se indagará sobre el relato del populismo y, por último, se expondrán los escasos estudios que hay sobre la narrativa socialdemócrata. Este orden no es azaroso, sino que cumple con un propósito metodológico: identificar el objetivo principal de esta tesis doctoral, es decir, completar la laguna teórica que existe sobre el relato político de la socialdemocracia latinoamericana. Para cumplir con esa meta, se organizó el itinerario bibliográfico del siguiente modo: comenzar con el nivel macro (la Nueva Izquierda Latinoamericana), seguir con el nivel meso (las categorías populismo y socialdemocracia), avanzar con el nivel micro (los relatos políticos de estas dos familias) y culminar con el reto cardinal de esta tesis (descubrir el relato político de la socialdemocracia latinoamericana).

4.1. There is alternative: La Nueva Izquierda Latinoamericana

El siglo XXI amaneció con un fenómeno político, ideológico y geográfico: la emergencia de una Nueva Izquierda en Latinoamérica. Mientras Europa, Estados Unidos y las principales potencias de occidente eran lideradas por fuerzas de centro, centroderecha o derecha (Sandbrook, 2014), una corriente de fuerzas progresistas asumió el poder en numerosos países del sur americano. En términos generales, lo que distingue a esta experiencia política es la voluntad de corregir los males del capitalismo, la convicción de que es necesario un Estado protagónico para construir sociedades más igualitarias y la determinación de extender tanto los derechos sociales como los derechos individuales. (Rodríguez Garavito, Barrett y Chavez, 2005; Lanzaro, 2007a, 2007b, 2008, 2014; Levitsky y Roberts, 2011; Panizza, 2008; Laclau, 2006; Petkoff, 2005; Sandbrook, 2014; Paramio, 2006; Cleary, 2006; Roberts, 2007).

Parafraseando a Samuel Huntington, Jorge Lanzaro (2007) sostiene que somos testigos de una tercera ola de izquierdas en Latinoamérica. La Revolución Cubana abrió, a fines de los años cincuenta, la primera fase que concluyó con la experiencia fallida de Salvador Allende, en Chile, en 1973. El segundo período tiene sus coordenadas geográficas en Centroamérica, donde movimientos políticos y militares tomaron el poder –o lo intentaron– mediante la vía armada.

La Revolución Sandinista en Nicaragua fue el ejemplo exitoso de este camino; el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en cambio, fue el caso fallido más resonante⁷. Con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, en 1999, comenzó la tercera etapa. A diferencia de los dos lapsos anteriores, este ciclo –aún abierto- incluyó numerosas experiencias de gobierno: Ricardo Lagos y Michelle Bachelet (Chile); Néstor Kirchner y Cristina Fernández (Argentina); Tabaré Vázquez y José Mujica (Uruguay); Dilma Rousseff⁸ y Lula da Silva (Brasil); Rafael Correa y Lenín Moreno (Ecuador); Evo Morales (Bolivia); Martín Torrijos (Panamá); Leonel Fernández (República Dominicana); Fernando Lugo (Paraguay)⁹; Daniel Ortega (Nicaragua); Mauricio Funes (El Salvador); Nicolás Maduro y Hugo Chávez (Venezuela), y Manuel Zelaya (Honduras)¹⁰. Todos estos mandatarios accedieron al poder mediante elecciones libres, competitivas y plurales. Este giro ha colocado a casi dos tercios de la población latinoamericana bajo la tutela política de un presidente de izquierda (Roberts, 2008). Como enfatizan Levitsky y Roberts (2011) una situación inédita: nunca hubo, en la región, tantos Estados guiados por líderes progresistas. Teodoro Petkoff lo argumenta de la siguiente manera: “Los pueblos del continente, masas urbanas y rurales, más allá de los partidos tradicionales y de las prédicas de sus dirigentes, están colocando sus esperanzas y expectativas en la casilla izquierda del espectro político” (2005: 115).

Retomando a Steven Levitsky y Kennet Roberts (2011), estos prefirieron definir al proceso como “El resurgimiento de la izquierda latinoamericana”. Los autores entendieron que lo que hilvana a este proyecto es la reducción de las desigualdades económicas y sociales. La izquierda del siglo XXI utiliza el poder público para redistribuir la riqueza y favorecer a los sectores de menor ingreso. La izquierda austral, para ambos investigadores, aspira a organizar colectivamente a los grupos desfavorecidos y, asimismo, proveerles protección contra las incertidumbres del mercado.

⁷ Luego de firmar los Acuerdos de Paz de Chapultepec, a principios de 1992, el FMLN, abandonó la lucha armada, se conformó como partido político y aceptó las reglas de la democracia representativa liberal. En el 2009, luego de alcanzar el triunfo en las elecciones presidenciales, Mauricio Funes se convirtió en el primer dirigente de la fuerza en alcanzar la máxima investidura.

⁸ Fue destituida de su cargo mediante un *impeachment* el 31 de agosto de 2016. El vicepresidente Michael Temer ocupó su lugar.

⁹ El 23 de junio de 2012, el Senado paraguayo –a través de un juicio político– lo cesó de sus funciones. Federico Franco, vicepresidente del exobispo, lo reemplazó

¹⁰ Fue derrocado por un golpe de Estado el 28 de junio de 2009. El jefe del Ejecutivo fue arrestado y expulsado del país por militares, que obedecieron una orden pronunciada por la Corte Suprema, órgano controlado por las fuerzas opositoras.

Por su parte, Francisco Panizza (2008) bautizó a este proceso como “La marea rosa”. Después del fracaso del Consenso de Washington¹¹, surgió en Latinoamérica un nuevo pacto tácito que el politólogo uruguayo llama “Post-Consenso de Washington”. Si el primero estuvo signado por la disciplina fiscal, los cambios en las prioridades del gasto público (la sanidad, educación e infraestructura públicas pasaron a un lugar secundario), liberalización financiera y privatización de los servicios públicos, el segundo se caracterizó por la centralidad de la lucha contra la pobreza, la edificación de un Estado con capacidad de gestión, la intervención estatal para rectificar las ineficiencias e injusticias del mercado y la integración de planes sociales con políticas económicas. El hilo rojo que conecta con la agenda neoliberal es la preocupación por mantener baja la inflación y el control por el déficit fiscal. A pesar de estas convergencias, los líderes de izquierda han decidido que la disputa hegemónica se concentrara en una diferenciación radical con el *laissez faire* que signó al modelo predecesor.

El origen de esta experiencia progresista, para Panizza (2008), reside en la ciudadanía. Respaldándose en datos del Latinobarómetro¹², sostiene que la pérdida de confianza en el sistema democrático y la decodificación negativa sobre la experiencia neoliberal durante las décadas del ochenta y del noventa, abrieron las compuertas electorales a gestiones que desafiaran al *statu-quo* y modificaran el rumbo político, económico y social.

Siguiendo la estela, Roberts (2007) alega que, después del proclamado “fin de las ideologías” (Fukuyama, 1992) que rigió en la década del noventa, durante la hegemonía neoliberal, la región se ha repolitizado. Los sistemas de partidos han recuperado las fronteras ideológicas, la densidad programática y la participación popular. La proliferación de fuerzas de izquierda ha reavivado, por un lado, las tensiones entre la ciudadanía democrática y la exclusión, y, por el otro costado, las contradicciones entre la soberanía nacional y la gobernanza democrática. No obstante, el optimismo de Roberts tiene un límite: de ninguna manera, esta emergencia de gobiernos de signo contestatario a la lógica global significa el obituario del Consenso de Washington y el ocaso de la influencia estadounidense al sur del Río Bravo. La tríada liberal –democracia electoral, libre mercado y dominio norteamericano– continúa configurando. –según el país, en mayor o menor medida– el escenario latinoamericano.

¹¹ El término fue acuñado por John Williamson en 1989. El recetario se completaba con reforma fiscal con el fin de buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados, un tipo de cambio competitivo, libre flujo del capital, entrada de inversiones extranjeras directas y garantías de los derechos de propiedad.

¹² Se basó en la encuesta de 2005, donde el 61% de los encuestados se mostraron descontentos con el funcionamiento de la democracia en sus respectivos países.

En efecto, Juan Carlos Monedero asevera que “las transformaciones han tenido lugar respetando la formalidad de la democracia representativa liberal” (2014:232), esto es el pluripartidismo, las garantías al sufragio activo y pasivo (de elección y de ser elegido), la libertad de expresión y el respeto a los resultados. Este sustento de ciertas reglas del ideario liberal –admite Monedero– le ha quitado argumentos a la intervención extranjera, en especial, a la de Estados Unidos. Aunque, las destituciones de Zelaya, Lugo y Rouseff ponen en duda tal tesis. La región continúa teniendo sus inestabilidades institucionales, aunque en menor medida y con otra modalidad: en las décadas del sesenta y setenta los derrocamientos de presidentes se materializaban mediante un golpe militar, en el siglo XXI es a través de mecanismos judiciales-políticos (casos de Lugo y Rouseff) o instrumentos judiciales-militares (caso de Zelaya).

La estabilidad monetaria y macroeconómica es otro ejemplo de continuidad con el Consenso de Washington (Paramio, 2006; Cleary, 2006). Una parte de la izquierda también mantiene la meta de crecimiento económico anual, otro imperativo del paradigma neoliberal. El matiz de estos proyectos emergentes –apuntala Ludolfo Paramio– es que el aumento de la productividad está destinado a políticas sociales, creación de empleo, mejora de la salud y educación públicas y aminoramiento de la desigualdad social. Debido a estas persistencias económicas, afirma que “el giro a la izquierda está, por lo tanto, muy lejos de configurar hoy un modelo económico alternativo al Consenso de Washington” (2006: 64).

Manuel Garretón (2012) explica que zonas periféricas como América Latina han sido extremadamente sensibles al experimento neoliberal. Incluso, la puesta en práctica de la fórmula neoliberal tuvo lugar en Chile, en 1973, con la dictadura militar de Augusto Pinochet, varios años antes que en los países centrales. Ronald Reagan, en Estados Unidos, y Margaret Thatcher, en Gran Bretaña, recién comenzaron a introducir reformas tales como la privatización de los servicios públicos, la desregulación del mercado financiero y la flexibilización laboral hacia fines de la década del setenta y principios de los ochenta. Los regímenes cívico-militares de Uruguay (1973-1985), Argentina (1976-1983), Brasil (1964-1985) y Paraguay (1954-1989), con intensidad y temporalidades variadas, también siguieron el ejemplo del país andino y adoptaron la receta neoliberal. “Más allá de las diferencias nacionales, ella se convirtió en la ideología hegemónica y en la matriz valorativa y política que condujo todos los procesos de ajuste en el continente y donde las referencias al Estado o a lo social serían meras concesiones discursivas” (Garretón, 2012: 31, citando Lander, 1994).

Como decía Thatcher: “There is no alternative” (“No hay alternativa”)¹³. El capitalismo globalizado era la única vía de desarrollo posible. Esta lectura de la realidad se consolidó luego de la caída del Muro de Berlín, el colapso de la Unión Soviética y el crepúsculo del mundo bipolar.

Richard Sandbrook (2014) argumenta que la izquierda democrática del tercer mundo defiende –en consonancia con los neoliberales– el desarrollo de las capacidades individuales. En todo caso, la alternativa que presenta la izquierda es que “los medios necesarios para alcanzar esta meta radical no son la competencia individual y la política democrático-liberal, sino la solidaridad entre clases y la acción política participativa” (2014: 43). La organización colectiva de los grupos desplazados por el sistema, y su correspondiente acción política para lograr la distribución de la riqueza, es otro mandato de la Nueva Izquierda Latinoamericana (Sandbrook, 2014; Levitsky y Roberts, 2011).

Extendiendo este sendero teórico, Weyland (2010) subraya que esta izquierda concibe a la transformación sociopolítica como un producto que se alcanza mediante la acción política deliberada, confiando al Estado un rol protagónico en dicha tarea. En línea con los anteriores investigadores, Weyland considera que las prioridades de la Nueva Izquierda Latinoamericana son la igualdad social, la justicia y la solidaridad. Una diferencia de orden operativo con las izquierdas de antaño es su carácter gradualista. En el pasado, los proyectos contrahegemónicos buscaban eliminar abruptamente las clases sociales, ahora pretenden morigerar paulatinamente la brecha que existe entre los estratos sociales.

Además, el progresismo del sur del mundo está convencido que la discriminación de género, raza y etnia debe ser erradicada. Weyland (2010), al igual que Panizza (2008), apunta que el nexo entre todas estas manifestaciones de la izquierda en Latinoamérica es la crítica radical a la “anarquía del mercado”. Los actores en una sociedad neoliberal están movilizados solo por el interés privado; por el contrario, el progresismo del sur aspira a que la ciudadanía debe estar motorizada por el espíritu colectivo, la solidaridad, la racionalidad social y la búsqueda del bien común. La Nueva Izquierda Latinoamericana intenta desarticular ese sentido común neoliberal que, en resumen, fomenta el individualismo utilitarista, la competencia radical entre

¹³ Este eslogan fue utilizado repetidas veces por la máxima autoridad de Gran Bretaña. La repetición de la frase produjo que ciertos sectores apodaran como TINA (el acrónimo de estas tres palabras en inglés) a la líder conservadora.

personas, la meritocracia, la absolutización del derecho de propiedad privada, la reticencia hacia todo lo que provenga del Estado y la asimilación de que este sistema es el único posible (Coraggio, 2014).

El análisis de Carlos Vilas (2005) también se focaliza en el rasgo reformista de la izquierda latinoamericana del siglo XXI. Luego de fracasar en el cambio sistémico –reemplazar al capitalismo por el socialismo–, el progresismo en la región se ha limitado a introducir cambios puntuales, no estructurales. Democracia y reforma desplazaron a revolución social o transformación total en el repertorio discursivo de la izquierda. “El compromiso con un rediseño estructural de la sociedad y sus relaciones de poder ha cedido paso a un arco más mediano de iniciativas de cambio”, apunta Vilas (2005: 88). En lo que marca distancia Vilas de Weyland (2010) y Sandbrook (2014) es en la variable participativa. Mientras estos últimos reflexionan que hay una apertura de los canales de intervención popular, el primero piensa que la izquierda austral solo se propuso perfeccionar la democracia representativa. En otras palabras, estos gobiernos de talante progresista se limitaron a insertar en las instituciones democráticas liberales medidas que benefician a los sectores populares y a las clases medias. A su vez, esto último deja en evidencia otra peculiaridad de la Nueva Izquierda Latinoamericana: la genética policlasista ha sustituido al partido de clase que primó sobre todo en el marxismo ortodoxo.

Reforzando esta anatomía plural, Chávez, Rodríguez Garavito y Barrett (2005) también marcan la heterogeneidad que habita dentro de cada fuerza:

En cuanto a las estrategias organizativas, en lugar del sujeto político unitario del leninismo –la vanguardia del partido o el partido-Estado– las formas predominantes son los “frentes amplios” de partidos y movimientos, las “coordinadoras” de movimientos sociales o los “encuentros de organizaciones activistas” (2005: 31).

Si se escanea la arquitectura de las distintas experiencias que integran la Nueva Izquierda Latinoamericana, se encontrará que todas son coaliciones o redes laxas ensambladas con un propósito político común. En estas ingenierías conviven partidos políticos tradicionales, partidos nuevos, movimientos sociales, sindicatos, cooperativas, organizaciones de derechos humanos, movimientos ecologistas, entre otros dispositivos de representación social. El

carácter variopinto de dichas fuerzas acarrea una multiplicidad de agendas políticas, que van desde la reivindicación de igualdad social, típica de la izquierda materialista, hasta la demanda de respeto a la diferencia, vinculada a la izquierda posmaterial (Chávez, Rodríguez Garavito y Barrett, 2005).

Por su lado, Héctor Schamis (2006) hace hincapié en el péndulo latinoamericano. Mientras en los años noventa fue el turno de presidentes de derecha o centroderecha, el cambio de siglo fue la oportunidad para que mandatarios de izquierda o centroizquierda tomaran el mando. La aspiración por un capitalismo más igualitario y un sistema político más inclusivo conforman el horizonte común de esta izquierda. Sin embargo, Schamis –al igual que un vasto grupo de académicos– descarta, como veremos en el siguiente inciso, la homogeneidad en este ciclo. La Nueva Izquierda Latinoamericana dista de ser un proceso compacto, uniforme y lineal. En sentido contrario, el fenómeno posee matices, variedades y, hasta incluso, contradicciones.

Resumiendo, encontramos que la literatura política define a la Nueva Izquierda Latinoamericana como un proceso político caracterizado por el auge de diferentes presidentes que, en términos generales, comparten el respeto a los marcos legales de la democracia representativa liberal, la búsqueda de un tejido social igualitario mediante una macroeconomía estable y el incentivo desde las instituciones democráticas a la organización y participación política de los sectores populares. La experiencia presenta continuidades y rupturas con el modelo neoliberal que dominó en la región desde los años setenta hasta fines del siglo XX. Por un lado, mantiene la economía de mercado, el equilibrio fiscal y la meta de inflación baja, trípode sobre el que descansaba el Consenso de Washington; pero, en paralelo, intenta compensar las asimetrías sociales que produce el capitalismo, a través de políticas estatales de distinto tipo (subsidios, programas sociales o medidas impositivas), incentiva la solidaridad ciudadana (en lugar de la competencia individual) y apuesta a la ampliación de derechos sociales e individuales. Justamente, la diferente intensidad en la implementación de estas últimas tres variables es lo que configura distintos linajes políticos dentro de la Nueva Izquierda Latinoamericana.

4.2. Las dos familias

Mediante estudios referidos al modelo económico, las geometrías de las fuerzas, el sistema de partidos y el estilo de liderazgo surgió una nueva bibliografía que desagregó a la Nueva

Izquierda Latinoamericana en dos familias. La taxonomía varía según las variables comparadas: populismo y socialdemocracia (Lanzaro, 2006, 2007a, 2007b, 2008, 2014; Sandbrook, 2014; Castañeda, 2006 y 2010; Panizza, 2008; Cleary, 2006); izquierda moderna e izquierda borbónica (Petkoff, 2005); izquierda liberal e izquierda intervencionista (Madrid, 2010); izquierda democrática y populismo (Paramio, 2006); centroizquierda y populismo (Laclau, 2006), e izquierda moderada e izquierda radical o contestataria (Weyland, 2010). La primera corriente está representada por las experiencias de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet (Chile), Tabaré Vázquez y José Mujica (Uruguay) y Lula da Silva y Dilma Rousseff (Brasil). La segunda especie comprende las presidencias de Hugo Chávez y Nicolás Maduro (Venezuela), Rafael Correa (Ecuador) y Evo Morales (Bolivia). Néstor Kirchner y Cristina Fernández (Argentina) serían un caso híbrido, que oscilan entre los dos bloques citados.

En dirección contraria, hay investigadores que se muestran reticentes a trazar fronteras dentro de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Sostienen que entre estas experiencias existen numerosas diferencias que anulan esta división binaria (Ramírez Gallegos, 2006; Vilas, 2005). “Necesitamos caracterizaciones más finas y clasificaciones más precisas de los casos, no sólo por consistencia taxonómica, sino también para mapear las complejidades que una tipología de dos es incapaz de capturar”, afirma Schamis (2006: 21).

4.2.1. Modelo económico

Weyland (2010) coloca al modelo económico y la disputa política en el centro de su análisis y segmenta en dos grupos a la Nueva Izquierda Latinoamericana: izquierda moderada e izquierda populista radical. La primera respeta los límites que le impone la economía capitalista mundial y los partidos de la oposición. No pretende eliminar el capital privado o el mercado, sino que intenta hacerlos responsables a través de formas de control social y reformas impositivas (Roberts, 2007). Este tipo de izquierda avanza en reformas, pero cuando se encuentra con problemas, fricciones y resistencias, privilegia la negociación con las fuerzas adversarias antes que la imposición.

El populismo inclusivo, en cambio, desafía al neoliberalismo y enfrenta las constricciones de la globalización (Roberts, 2008). En ningún caso, esta izquierda contestataria mantiene un diálogo con la oposición, es más, la considera como parte del problema que hay que erradicar. El empresariado (nacional y extranjero) y el gobierno estadounidense (especialmente, las

gestiones de George W. Bush) también están en su mira discursiva. En ellos ven la principal causa del atraso del país que gobiernan. A pesar de este desafío al statu-quo, Weyland (2010) considera que esta izquierda radical se encuentra lejos de su homóloga de los años sesenta y setenta. Esta última decodificaba la realidad sociopolítica a través del prisma marxista y, eliminando relaciones las relaciones de propiedad capitalistas, aspiraba a un cambio sistémico. Mientras que la izquierda populista actual no interpreta en términos clasistas lo que sucede en su entorno y tampoco anhela una transformación económica estructural.

En un trabajo previo, Weyland (2010) encontró que la variable explicativa que distinguía a estas dos izquierdas eran los recursos naturales. Mientras que el modelo económico populista radical contaba con cuantiosas reservas de commodities como el petróleo o el gas, los cuales, durante sus períodos, gozaron de un buen precio en el mercado mundial, los países de la izquierda moderada, al carecer de estas ventajas comparativas, estaban obligados a desarrollar unas economías competitivas, eficientes y acordes a los cánones de la economía global. En otros términos, la izquierda radical, al disponer de materias primas demandadas y necesitadas por los países centrales, podía desviarse de las exigencias o requisitos –políticas laborales, fiscales y monetarias– que imponía el neoliberalismo. La relación entre Venezuela y Estados Unidos puede servir para graficar este fenómeno. Mientras Hugo Chávez despotricaba contra George Bush con discursos de corte antiimperialista en las sesiones de la ONU, el barril de petróleo venezolano se vendía entre 80 y 90 dólares en el mercado norteamericano. El economista Carlos Miguel Álvarez (2016) aseguró que, entre 1999 y 2014, Venezuela recibió US\$ 960.589 millones de parte de Estados Unidos por la compra de crudo.

Madrid (2011), también usando como ejes a las variables económica y política, vislumbra dos tipos de izquierda: liberal e intervencionista. El bando liberal abraza la economía de mercado y extiende el legado en políticas públicas de sus predecesores. Estos son los casos de Uruguay, Brasil y Chile, donde Tabaré Vázquez, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Lula da Silva y Dilma Rousseff mantuvieron las líneas directrices económicas que delinearon sus antecesores en la década del noventa: apertura e incentivo a la inversión del capital foráneo, responsabilidad fiscal, aduanas relativamente permeables y negociación de tratados de libre comercio con países desarrollados. Una muestra plausible de este liberalismo fue Ricardo Lagos que firmó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos en diciembre de 2003. El núcleo de este acuerdo fue la liberación del 87% de las tarifas aduaneras de ambos países. Además, el mandatario chileno ya había concretado un pacto del mismo estilo con la Unión Europea, que

entró en vigor a principios de ese mismo año. Otra prueba fue que no estatizó servicios públicos ni sectores estratégicos. En ninguno de los tres países se produjeron nacionalizaciones de empresas privadas. Incluso, Lagos privatizó Endesa (ente que provee el agua en el país) y la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias (EMOS): dos enclaves cardinales del entramado económico del país.

Por su parte, la izquierda intervencionista apunta contra Estados Unidos como la fuente de todos los males económicos de la región. Identifica al país del norte como una amenaza, no como una posibilidad de desarrollo o un aliado en el progreso económico. Respecto a las políticas públicas, esta variedad de la Nueva Izquierda Latinoamericana se muestra más “agresiva” en la corrección de las desigualdades sociales que origina el capitalismo. La materialización de este pensamiento consistió en un Estado más presente en el campo de la economía, sobre todo en el área energética. Hugo Chávez forzó a las compañías privadas dedicadas al petróleo a vender sus acciones a firmas estatales y, en simultáneo, incrementó la carga impositiva a aquellas empresas no estatales que decidieron permanecer en el país. Evo Morales siguió la trayectoria del venezolano y le expropió –con las fuerzas militares– el gas a empresas de capital extranjero. Como su par caribeño, el gobierno boliviano también le aumentó las tarifas, impuestos y regalías a las empresas privadas que decidieron quedarse en el país. Rafael Correa aumentó la participación del Estado en las ganancias extraordinarias del petróleo: pasó de un 50 a 99%. Telecomunicaciones, aerolíneas, compañías eléctricas y otros enclaves estratégicos de la economía también fueron nacionalizados por la izquierda intervencionista (Madrid, 2011).

4.2.2. El estilo de liderazgo y geometrías de las fuerzas

Para llevar adelante su plan económico, la izquierda estatista evita confeccionar pactos de gobierno con partidos de la oposición, a los que considera como parte del “viejo orden” o representantes de la “partidocracia”. Aprovechando las grandes mayorías parlamentarias obtenidas en las elecciones, la izquierda intervencionista rechaza insertarse en los diferentes juegos de poder –alianzas temporales, concesiones de espacios estatales y otras negociaciones– del tradicional sistema de partidos. Estos proyectos están conducidos por un líder fuerte, carismático y personalista que cuenta con una estructura partidaria laxa hecha a su medida y un cúmulo de movimientos sociales, sindicatos y organizaciones civiles. Rafael Correa, Nicolás Maduro, Hugo Chávez y Evo Morales son los paradigmas de este género (Madrid,

2011). La desaparición física o la salida del líder equivale en estas estructuras partidarias populistas a una situación traumática que amenaza la supervivencia del movimiento. Richard Sandbrook lo desmenuza de la siguiente forma:

El rol del partido consiste en movilizar al pueblo para llevar a cabo la misión del líder, demostrar la fuerza partidaria a través de concentraciones masivas y recompensar a los seguidores mediante la distribución del patrocinio (2014: 53).

El estilo de liderazgo y las bases organizacionales, como explica Weyland (2010), también separa a la Nueva Izquierda Latinoamericana. La izquierda contestataria exhibe liderazgos plebiscitarios y carismáticos con una débil estructura partidaria y una gran capacidad de movilización social. La ventaja de este tipo de liderazgo es que ofrece una agilidad en el proceso de toma de decisiones y, por consiguiente, una capacidad de cambio político profundo; la desventaja es que, como sostuvo Sandbrook (2014), el proyecto queda supeditado al destino de una sola persona. Por su parte, la izquierda moderada presenta líderes pragmáticos e institucionalistas, con un robusto partido o coalición política “que motivados por una competencia exigente se convierten en partidos *catch-all* afirman su carácter electoral y pierden espesor como partidos de masas, manteniendo frente a los sindicatos balances de “hermandad” y “autonomía”” (Lanzaro, 2007: 8). Esta izquierda presenta alternancia y recambio en los puestos de mando, lo que garantiza cierta longevidad al proceso, pero, a su vez, posee una baja capacidad de movilización social, ergo, sus políticas públicas deberán ser negociadas con la oposición dentro del marco del sistema de partidos. Este intercambio con las fuerzas adversarias acarrea límites y frenos a los cambios políticos o económicos que pretende lograr (Roberts, 2008).

Richard Sandbrook, Marc Edelman, Patrick Heller y Judith Teichman, en el libro *Social Democracy in the Global Periphery* (2007), indican que el populismo y la socialdemocracia del tercer mundo incorporan a las masas de diferente manera en el sistema político. Si bien ambos movimientos usan el Estado para satisfacer las demandas de grupos marginados, el populismo –tal como argumentan Roberts (2008), Laclau (2005) y Sandbrook (2014)– privilegia una relación intensa entre el líder personalista y las masas, dejando en un lugar meramente formal al partido político. Este último, en el caso del populismo, queda reducido simplemente a un dispositivo legal, necesario para afrontar los desafíos electorales. El líder ocupa la centralidad del movimiento, ejerciendo el poder de forma discrecional sin ningún tipo de contrapeso,

reglamento u oposición internos. Afuera del partido, construye su poder mediante un discurso maniqueo donde divide el campo social entre “la gente” y “la corruptas y arrogantes elites” (Sandbrook et al.,2007). Además, su red social está sostenida por lazos clientelares, no por políticas públicas. Obreros, pobres y campesinos dependen de la “bondad del líder” y no del Estado.

En cambio, los líderes socialdemócratas tejen consensos y apoyos sociales con bases programáticas. Dependen menos de su personalidad, su carisma y su destreza retórica que los líderes populistas. Consideran que el vínculo con los sectores que los respaldan debe estar mediado por instituciones como los partidos políticos. Como resultado, surgen líderes con un margen de acción limitado y una estrecha dependencia de la estructura orgánica de su fuerza. Los rumbos del poder ejecutivo son coordinados y consensuados con el partido o coalición de gobierno. Es lo que sucede con el Frente Amplio en Uruguay, la Concertación en Chile o el Partido de los Trabajadores en Brasil.

4.2.3. La naturaleza del sistema de partidos y la interpretación de la democracia

Otro enfoque más amplio se concentró en el grado de institucionalidad del sistema de partidos donde estaba inserto cada fuerza política. Flores-Macías (2008) razonó que los sistemas de partidos estables, con un largo recorrido histórico, incentivan el diseño de políticas públicas a largo plazo, las negociaciones, la búsqueda de consensos y la moderación. Todos estos atributos son los que encontramos en la “izquierda templada”: Uruguay, Brasil y Chile. En cambio, los líderes populistas emergen en sistemas de partidos inestables, volátiles y con una débil institucionalidad como los de Ecuador, Bolivia, Nicaragua y Venezuela. La carencia de un marco legal estable facilita la aparición de outsiders que no están acostumbrados a los mecanismos institucionales clásicos para desarrollar su proyecto político, y, por ende, ejercen el poder alejados de los frenos y contrapesos republicanos. Es cuando la disputa política empieza a darse en la “calle”, afuera de los circuitos legales establecidos, y el Poder Ejecutivo goza de una amplia autonomía para su acción (Schamis, 2006).

En sentido contrario, los sistemas de partidos consolidados producen en su seno a los flamantes líderes. Estos *insiders*, al haber evolucionado en un contexto político con reglas, acuerdos y compromisos con las fuerzas políticas, están predispuestos a respetar las vías institucionales y los pactos plurales para llevar adelante sus políticas públicas (Flores-Macías, 2008; Weyland,

2007; Schamis, 2006; Panizza, 2005; Roberts, 2008). Los sistemas de partidos de estos países –Uruguay, Chile y Brasil– lograron metabolizar el descontento que produjeron las políticas neoliberales a través de la oferta de sus partidos tradicionales, que no se desviaron de su lógica gradualista. Según Panizza (2009), esto se debió a la competencia centripeta que generan estos sistemas.

La interpretación de la democracia es otro parteaguas en la Nueva Izquierda Latinoamericana. El debate entre las dos familias, en este campo, se puede abreviar en la dualidad democracia indirecta - democracia directa. La izquierda moderada que proviene de un sistema de partidos estable confía en el sistema representativo. Después de una larga lucha en los márgenes de la ley durante los años sesenta y setenta, este tipo de izquierda incorporó al pluralismo a las elecciones competitivas e instituciones republicanas como instrumentos para encarnar la voluntad popular. Solo en gobiernos municipales implementa consultas ciudadanas para decidir sobre determinadas políticas públicas. Esta es una visión más estática de la democracia, que no busca reformarla ni profundizarla. Kenneth Roberts lo explica del siguiente modo:

La socialdemocracia incluye el respeto de la democracia liberal por los derechos y las libertades individuales, junto con su compromiso con las elecciones competitivas en tanto conjunto de reglas y procedimientos institucionales para manejar el pluralismo político (2008: 88).

Desde otro punto de vista, la izquierda populista, basándose en la noción de soberanía popular, intenta transformar la democracia representativa en una democracia participativa (Roberts, 2007; Weyland, 2010). Los referéndums, consultas populares y plebiscitos son herramientas comunes en este polo de la izquierda. Esta es una óptica más dinámica de la democracia, que intenta ahondar y eliminar las mediaciones que existen entre la ciudadanía y el poder. Los líderes de la izquierda contestataria entienden que las instituciones mediadoras –parlamento, periodismo, justicia, etc.– son un obstáculo en su relación con el pueblo (Weyland, 2010; Roberts, 2008). Esta apreciación sobre el rol de las instituciones es lo que explica las grandes movilizaciones sociales que despliega la izquierda contestataria. En ellas, el presidente se relaciona sin interferencias con “la gente”.

4.2.4. Un enfoque integral: la socialdemocracia y el populismo

Con un abordaje más normativo, Teodoro Petkoff (2005) fue uno de los pioneros en instalar en el debate académico esta división. El intelectual venezolano distinguió una izquierda borbónica que, con una retórica radical, nacionalista y anticapitalista, constituyó un movimiento que mixtura elementos del marxismo clásico con el cristianismo y figuras resonantes de la independencia Latinoamericana como Simón Bolívar. Hugo Chávez y Fidel Castro son los máximos exponentes de esta línea; los secundan Evo Morales en Bolivia y Daniel Ortega en Nicaragua¹⁴. En la otra acera, según Petkoff, habita una izquierda moderna, democrática y reformista que “compatibiliza la sensibilidad social con la comprensión de que las transformaciones en la sociedad pasan por el desarrollo económico con equidad y por el fortalecimiento y profundización de la democracia” (2005: 120). Este progresismo, desde la perspectiva del economista venezolano, aprendió del fracaso soviético y maduró políticamente, dejando atrás “el infantilismo y el voluntarismo” que definieron a la izquierda durante la Guerra Fría. Los representantes de esta especie son Tabaré Vázquez, Ricardo Lagos y Lula da Silva.

Jorge Castañeda (2006 y 2010) es cercano a esta aproximación. Con un análisis más ensayístico que científico, el diplomático y pensador mexicano separa la casa de la Nueva Izquierda Latinoamericana en dos habitaciones: socialdemocracia y populismo. A los socialdemócratas los identifica como modernos, reformistas e internacionalistas. Dentro de estas latitudes se encuentran la izquierdas chilena, uruguaya y brasileña. En línea con Petkoff, Castañeda y Cleary (2006) resaltan la capacidad pedagógica de estas izquierdas que, después de recorrer los senderos del marxismo ortodoxo y estar bajo la órbita de la Unión Soviética, aprendieron de sus errores, abandonaron el maximalismo y optaron por la competencia electoral. Según Castañeda (2006), el fin de la Guerra Fría produjo un contexto favorable para la izquierda latinoamericana: al desaparecer el socialismo real, se abrió una posibilidad para que el progresismo se transformara en una fuerza legítima, democrática y moderna.

La otra izquierda, desde la óptica de Castañeda, es oriunda de América Latina y tiene sus raíces históricas en figuras como Juan Domingo Perón (Argentina), Lázaro Cárdenas (México), Jorge Gaitán (Colombia), Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú), Getulio Vargas (Brasil), Carlos Ibáñez del Campo (Chile) y José Velasco (Ecuador). Ninguno de estos líderes fue comunista ni socialista, es más, algunos de ellos fueron anticomunistas. Los populistas contemporáneos

¹⁴ En el momento que se publicó el artículo, mayo de 2005, Evo Morales y Daniel Ortega todavía no habían arribado a las presidencias de sus respectivos países

–Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa– se nutren de esta tradición y desarrollan una economía cerrada, proteccionista y nacionalista, y, si bien despliegan una fuerte política social a favor de los pobres, no les interesa modificar la estructura socioeconómica de su país. El único objetivo que tienen es mantenerse en el poder. Para ellos, la retórica es más importante que la sustancia y el poder en sí es más relevante que el ejercicio responsable del mismo. Al igual que sus predecesores, esta izquierda solo genera inflación, pobreza desigualdad y confrontación con Washington. El respeto por los derechos humanos y las reglas democráticas no es de ninguna manera una prioridad para estos presidentes. En base a estas apreciaciones y repasando la política exterior que desarrollaba George Bush desde Estados Unidos hacia Latinoamérica y a la inversa, Castañeda, ya con un tono decididamente valorativo, termina aludiendo que la Nueva Izquierda Latinoamericana aloja en su interior a una izquierda buena y una izquierda mala.

Sandbrook (2014) recoge las categorías –socialdemocracia y populismo– construidas por Castañeda y, teniendo en cuenta el grado de institucionalización del partido o los partidos de izquierda y el grado de conflicto entre las clases sociales, las desagrega en cuatro grupos: socialdemocracia moderada, socialdemocracia radical, populismo al viejo estilo y populismo de izquierda. Los gobiernos de Tabaré Vázquez, José Mujica, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Lula da Silva y Dilma Rousseff forman parte de la izquierda moderada, que se caracteriza por estar integrada por partidos políticos longevos, de raíz marxista (Partido Socialista, Partido Comunista), que han pasado de la lucha revolucionaria a la disputa electoral, donde han desplegado alianzas con fuerzas ajenas a la cosmovisión izquierdista y han incorporado un discurso pragmático que busca captar al votante que habita en el centro del espectro ideológico. Asimismo, esta socialdemocracia despliega un modelo económico desarrollista que busca el equilibrio entre la redistribución de la riqueza y el principio de la acumulación, lo que supone un acuerdo sólido entre el Estado y el empresariado. La trágica experiencia de Salvador Allende en Chile (1970-1973) y la Revolución Sandinista (1979-1990) representan a la socialdemocracia radical, que detenta un partido cohesivo policlasista que intenta llegar al socialismo por las vías de la democracia liberal y ejecuta un plan económico donde sobresale la democratización de los mercados, las nacionalizaciones selectivas, la reforma agraria y la extensión de las protecciones sociales.

Evo Morales, Hugo Chávez, Nicolás Maduro y Rafael Correa, comenta Sandbrook (2014), constituyen el populismo de izquierda, que se destaca por la innovación de la democracia

representativa liberal, la confrontación entre clases sociales, un dispositivo partidario frágil y poco institucionalizado y una economía donde el Estado es el centro de gravedad. Cristina Fernández y Néstor Kirchner personifican el populismo clásico. Esta versión populista se asocia con un endeble compromiso con los equilibrios democráticos, un desafío al statu quo, una coalición policlasista fraguada a la medida del líder y una economía basada en la sustitución de importaciones y un proceso industrializador.

Jorge Lanzaro (2006, 2007a, 2007b, 2008, 2014) es un investigador que ha trabajado sostenidamente esta división binaria en la Nueva Izquierda Latinoamericana entre socialdemocracia y populismo. Para empezar, encuadra y define el progresismo: “Aquellos gobiernos que articulan discursos críticos y buscan introducir innovaciones —de porte variado— en el horizonte de las políticas neoliberales, prevalecientes en la década de 1990” (2008: 2). A continuación, bajo ese paraguas conceptual, con un abordaje afín al de Sandbrook (2014), Lanzaro clasifica a la Nueva Izquierda Latinoamericana en populistas y socialdemócratas según el tipo de partido o movimiento que está a cargo del gobierno, la forma del sistema de partidos, su grado de institucionalización y las pautas de competencia imperantes.

La socialdemocracia criolla (Lanzaro, 2007a, 2007b) posee, en menor medida que sus homólogas de España, Portugal y Grecia, un entronque con los sindicatos. En Sudamérica este ligazón gobierno-sindicato tiene diferentes intensidades: el caso uruguayo es el ejemplo más contundente, donde el Gobierno del Frente Amplio establece su agenda consultando a los gremios y, además, dirigentes de éstos últimos ocupan puestos institucionales de relevancia, como por ejemplo escaños en el parlamento; en segundo lugar, está el Partido de los Trabajadores (PT), de donde justamente emergió un presidente con pasado sindical, Lula da Silva, que posee unas relaciones laxas y cambiantes con las bases gremiales; y, por último, con vínculos esporádicos, no exentas de disputas, está la Concertación o Nueva Mayoría¹⁵ chilena, que, en más de una ocasión, ha tenido confrontaciones con el movimiento de los trabajadores. Respecto a los partidos políticos, se los puede considerar *catch all* (Kirchheimer, 1966; Panebianco, 1982) en períodos electorales y contribuyen con su dinámica (diseño de consensos y disensos dentro de los marcos legales) a la estabilidad, solidez y competitividad del sistema

¹⁵Concertación de Partidos por la Democracia se creó en el 1988 y duró hasta el 2013. Ese mismo año, con la incorporación del Partido Comunista a la alianza, pasó a denominarse Nueva Mayoría.

de partidos (Lanzaro 2007a; 2007b; 2014; 2015).

En sintonía con el *mainstream* académico, Lanzaro (2007b, 2008) entiende al populismo como un movimiento político precedido por un líder carismático que emerge en países con sistemas de partidos endebles o en procesos de disgregación, faltos de pluralidad, competitividad y equilibrio de poderes. Los populismos, además del caudillo, están formados por grupos sociales de diversa índole (en su seno pueden converger la burguesía, la iglesia, trabajadores y desocupados) que se asocian en una alianza temporal para enfrentar al poder dominante. Este tipo de arquitectura está enganchada de forma vertical al líder. La mecánica interna es de tipo descendente: el jefe decide y los seguidores obedecen las órdenes. No hay ningún órgano que haga de contrapeso o revea la medida del “caudillo”. Al igual que autores ya mencionados, Lanzaro (2007b, 2008b) detecta en esta dinámica una amenaza a la perdurabilidad del movimiento ya que no se generan mandos con capacidad de conducción que sean capaces de reemplazar, en caso de desaparición física o ausencia transitoria, a la cabeza de la fuerza.

Bajo la perspectiva de Lanzaro (2014), la socialdemocracia aprovecha el declive del neoliberalismo en la región para adoptar una política de tipo desarrollista. Se pasó de un capitalismo con mayor tutela del mercado a un modelo de capitalismo con mayor incidencia de la política y del Estado. Este arquetipo económico se da con distinta intensidad en Chile, Uruguay y Brasil. Mientras en el primer caso, el proceso de liberalización fue profundo durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), produciendo un mercado relativamente autónomo, en el segundo y tercer país los empujes de liberalización nunca desplazaron del todo al Estado como pivote en la esfera económica.

Sin embargo, la socialdemocracia en la región no es un fenómeno nuevo, sino que tiene un recorrido histórico en el que conviene detenerse. Al tratarse de una categoría ideológica vinculada a Europa y, en menor medida, a países como Nueva Zelanda, Australia y Canadá, primero conviene alumbrar la definición de socialdemocracia en términos europeos, luego marcar su recorrido después de la segunda guerra mundial, posteriormente señalar la propuesta de Anthony Giddens con “La tercera vía” y, por último, aterrizar en la socialdemocracia en el contexto de la Nueva Izquierda Latinoamericana en el siglo XXI.

Uno de los primeros autores en utilizar el significante “socialdemocracia” fue el escritor alemán Gottfried Kinkel durante el proceso revolucionario de 1848. Más adelante, Ferdinand

Lasalle, desde un costado revisionista del marxismo, ahondaría en esta noción (Pedroza, 2012). Durante la segunda mitad del siglo XIX, Lasalle buscó forjar un socialismo democrático donde las cooperativas o “sociedades voluntarias” fueran el eje del modelo económico. Su actividad estuvo más relacionada con el fortalecimiento del partido SPD en Alemania que por la escritura y el trabajo intelectual. Eduard Bernstein siguió la vertiente pacifista e institucionalista de Lasalle y propuso un dispositivo teórico para la socialdemocracia. Básicamente, los postulados de Bernstein que lo separaban del marxismo ortodoxo eran la conformación de una fuerza pluriclasista, que excediera al obrerismo y buscara alianzas con sectores de la burguesía industrial y comercial, la intelectualidad, el campesinado; la vía gradual hacia el socialismo por medio de los canales electorales, lo cual implicaba rechazar el determinismo histórico de Marx y Engels, que presagiaba el desplome del sistema capitalista, y ponía nuevamente en el centro del escenario la acción política cotidiana del hombre; y la continuidad y profundización –no fractura, como proponían líderes comunistas como Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo– de ciertos avances del liberalismo, tales como el sufragio universal, el pluralismo, el parlamentarismo, la división de poderes y la libertad de prensa (Bernstein, 1898). En síntesis, Bernstein entendía a la socialdemocracia como una fuerza práctica, institucionalizada y democrática que le sirviera como vehículo a la clase obrera para mejorar sus condiciones de vida.

La Segunda Internacional, que aglutinaba a escala global a las distintas propuestas del socialismo democrático, se quebró durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El conflicto bélico y el nacionalismo gravitaron más que el internacionalismo y la solidaridad que pregonaban los partidos socialdemócratas. Con la llegada de la Revolución Rusa, se conformó la Tercera Internacional en 1919. Bajo la conducción de Moscú, se congregaron diversos partidos comunistas de todo el planeta. El dilema entre revolución (comunismo) y reformismo (socialdemocracia) se intensificó. Sin embargo, en el período de entreguerras, frente al ascenso del fascismo y del nazismo, hubo experiencias –tales como los Frentes Populares en Francia y España– que integraron a estas dos corrientes de la izquierda.

Después de la Segunda Guerra Mundial, comienza “la edad de oro” de la socialdemocracia. En la ciudad alemana de Bad Godesberg se plasma un programa reformista, donde los partidos socialistas abandonan completamente el marxismo como ideología de cabecera. Pragmatismo, partido atrápalotodo, democracia representativa liberal, apego a su legalidad y keynesianismo fueron los principios que se modelaron en aquel encuentro conducido por el SPD. Así el Estado

de bienestar se transformó en el núcleo del ideario socialdemócrata. Los sistemas públicos de educación y salud y el seguro de desempleo fueron la base del nuevo orden, que buscaba armonizar los principios de libertad de empresa e igualdad social. El modelo económico para sostener dicho andamiaje, según Molina, era el siguiente:

...impulsar la demanda para salvar el frágil sector productivo del mundo capitalista. La exitosa de crecimiento fiscal, consistente en gasto público financiado por impuestos progresivos o deuda del Estado, permitió no solo la socialización del consumo sino también crear el Estado del bienestar, que tiene su más avanzada plasmación en el modelo escandinavo. Con estos logros se conseguía la deseada síntesis de libertad de empresa y redistribución dirigida, a la que se aspiraba tanto por imperativo ético como por las ventajas agregadas que reporta la estabilidad (2012: 119).

Observando las diferentes historias, las clases y los conflictos sociales, Esping- Andersen (1993) configuró tres modelos de Estado de bienestar: de matriz liberal, de matriz corporativa y de matriz igualitaria. El primero se encuentra en países como Estados Unidos, Canadá y Nueva Zelanda y se caracteriza por tener una especie de “Estado red” que, a través de subsidios sociales, ayuda a mantener a todas aquellas personas que son excluidas por el mercado. Es un Estado mínimo, acotado y dirigido solamente a aquellos sectores que no pueden competir en la economía capitalista. El segundo prototipo, el “conservador-corporativo”, lo podemos hallar en Francia, Alemania e Italia y se distingue por la centralidad de instituciones como la iglesia y los sindicatos. Los acuerdos se realizan entre estas agencias y el Estado, no entre individuos. Para finalizar esta tipología que elabora Esping-Andersen, se encuentra el modelo “nórdico” que interviene intensamente en el mercado capitalista y busca contrarrestar la estratificación social a través de servicios y bienes públicos de excelencia. El horizonte en países como Noruega, Finlandia, Suecia y Dinamarca es construir una sociedad de clase media, donde no haya grandes asimetrías económicas, educativas y culturales.

En la década del setenta, debido a la crisis del petróleo, la aceleración de la globalización, los desequilibrios macroeconómicos internos (elevados déficits fiscales, inflación y deuda pública) y la emergencia del paradigma neoliberal, que se estrenó en 1973, en Chile, con la dictadura de Augusto Pinochet, la socialdemocracia entra en crisis. Como respuesta, durante la década del ochenta, la socialdemocracia modifica su política equidistante en la “Guerra fría” por un

alineamiento total con el eje occidental encabezado por Estados Unidos. Además de compartir la estrategia geopolítica con el bloque capitalista, la socialdemocracia entre los años ochenta y los noventa adopta varios postulados de las administraciones de Margaret Thatcher en Reino Unido y Ronald Reagan en Norteamérica, los dos máximos exponentes del capitalismo desregularizado. Como respuesta a este nuevo escenario, Anthony Giddens (1998) propone “La tercera vía”, un nuevo marco teórico para que la socialdemocracia trascienda al neoliberalismo y a la socialdemocracia clásica. Las premisas de esta política de “centro radical” serían una economía mixta, la inclusión como igualdad, una sociedad civil dinámica, el cosmopolitismo y el Estado social inversor.

En Latinoamérica la doctrina neoliberal y su aplicación a través del llamado Consenso de Washington produjo crisis sociales, políticas y económicas considerables, entre ellas, altas tasas de desempleo, una notoria desigualdad y un aumento exponencial de la pobreza y la miseria. En mayor o menor medida, los máximos exponentes de esta corriente fueron los gobiernos de Carlos Menem en Argentina, Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Luis Alberto Lacalle en Uruguay, Gonzalo Sánchez de Losada en Bolivia y los demócratacristianos Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle en Chile. Debido a estos resultados negativos, entre fines del siglo XX y principios del siglo XXI, la ciudadanía busca alternativas políticas y así surge una ola de gobiernos progresistas (Sandbrook, 2007). Dentro de esta familia ideológica, se puede destacar un cúmulo de gestiones socialdemócratas: Tabaré Vázquez y José Mujica (Uruguay); Ricardo Lagos y Michelle Bachelet (Chile); y Lula da Silva y Dilma Rousseff (Brasil) (Panizza, 2005; Lanzaro, 2014). Es una corriente progresista que recoge los liderazgos socialdemócratas que, en los años setenta y ochenta, junto a la Internacional Socialista (IS), combatieron a las dictaduras militares, lucharon por los derechos humanos y la paz. Por aquel entonces, los dirigentes que defendieron la causa socialdemócrata fueron Carlos Andrés Pérez (Venezuela), Raúl Alfonsín (Argentina), Líber Seregni (Uruguay), Daniel Oduber (Costa Rica), Hernán Siles (Bolivia) Carlos Zayas (Guatemala), por mencionar algunos de los casos que, trabajaron con sus homólogos europeos, Willy Brandt, Olof Palme y Bruno Kreisky por la restauración de la democracia en el Cono sur (Pedroza, 2012).

También hay que señalar las aproximaciones que tuvieron el PRI y el peronismo con esta red internacional socialdemócrata. En el primer caso, el gobierno de Lázaro Cárdenas recibió a una gran cantidad de exiliados de la Guerra Civil Española. Este gesto diplomático, además de permanecer en la memoria de los socialistas, republicanos y comunistas españoles durante

décadas, se tradujo en participación política y universitaria en suelo mexicano por parte de los exiliados, lo que facilitó el vínculo con la Internacional Socialista. El peronismo, en cambio, desde un principio tuvo un ideario reformista, con una agenda anclada en los derechos de los trabajadores, que empalmó con la propuesta socialdemócrata de Clement Attlee en Gran Bretaña. De hecho, luego de la movilización del 17 de octubre de 1945, donde los trabajadores industriales solicitaron la liberación de Juan Domingo Perón, se creó el Partido Laborista, un espejo de la experiencia británica que, luego, después de la llegada al poder en 1946, fue moldeándose a imagen y semejanza del caudillo justicialista, produciendo un viraje hacia el populismo.

Ya consolidada la democracia en América Latina, lo que caracteriza a estas fuerzas socialdemócratas en el siglo XXI es la aceptación de la economía de mercado, el respeto a las reglas procedimentales del sistema republicano liberal y la división de poderes. Siguiendo esta descripción, Jorge Lanzaro (2014) traza un paralelismo entre los experimentos socialdemócratas de España, Portugal y Grecia y los de Brasil, Uruguay y Chile. A este racimo ideológico los va a denominar “socialdemocracias tardías”, por haber llegado después de la edad dorada de la postsegunda guerra mundial. Los casos europeos australes llegaron en los años ochenta y se consolidaron durante las décadas siguientes como alternativas de poder, mientras que los latinos alcanzaron la máxima investidura durante la primera década del nuevo siglo.

Sin embargo, conviene matizar las experiencias en el nuevo y el viejo continente. En Latinoamérica las fuerzas socialdemócratas que llegaron al poder fueron amplias coaliciones que incluían partidos socialistas, comunistas, demócratacristianos, liberales, escisiones de los partidos tradicionales mayoritarios e incluso –como sucedió en el Frente Amplio– trotskistas. Todas estas vertientes que habitan en el seno de estos frentes políticos le aportan pluralismo, pero también fricciones internas. Tanto el Partido de los Trabajadores (Brasil) como la Concertación y, posteriormente con la incorporación del Partido Comunista, la Nueva Mayoría (Chile) y El Frente Amplio (Uruguay) deben procesar constantemente las diferencias clave que hay en política internacional¹⁶, la intervención del Estado en la economía y la ampliación de

¹⁶ Una situación concreta, que muestra estas divergencias internas, fue la posición frente al régimen venezolano encabezado por Nicolás Maduro. Mientras los sectores más centristas del Frente Amplio y la Nueva Mayoría condenaron las violaciones a los derechos humanos, denunciaron la falta de transparencia en las instancias electorales y propusieron el cese de las relaciones diplomáticas, el ala más izquierdista de estas coaliciones acusó la intromisión de Estados Unidos en el país caribeño y defendió las medidas tomadas por el presidente venezolano.

derechos colectivos e individuales. La diversidad de estas arquitecturas políticas complejas amplía el horizonte de decisiones, pero también produce tensiones que, en determinadas situaciones, se traducen en posturas ambiguas o contradictorias sobre una temática concreta frente a la opinión pública.

Para garantizar que estas disidencias se resuelvan de una manera correcta y eviten fracturas, estas fuerzas políticas poseen mecanismos institucionales propios. Esta cultura política de acatamiento de las reglas también se puede detectar en el marco del sistema de partidos. Las coaliciones socialdemócratas respetan el marco normativo vigente para desarrollar la disputa política. Esto quiere decir que, a diferencia de los populismos, los conflictos se reducen al sistema de partidos. No se enfrentan a poderes extrapartidarios, como los medios de comunicación, la oligarquía, el imperialismo o el capital transnacional. Incluso, los sindicatos, con los que tienen una alianza histórica, encauzan sus demandas a través de los cauces institucionales de las fuerzas socialdemócratas. Por eso, es común que haya representantes de los trabajadores dentro de las listas electorales, en los parlamentos, en los ministerios o, como sucedió en Brasil con Lula Da Silva, en el poder Ejecutivo.

Respecto a la economía, la socialdemocracia latinoamericana retoma postulados del Consenso de Washington, tales como déficit fiscal cero, inflación baja y mínima deuda externa, y, en paralelo, postula un Estado activo en la lucha contra la desigualdad social, que en Latinoamérica es uno de los principales problemas para la política. Richard Sandbrook explica “que estos gobiernos promueven la redistribución desde el crecimiento por vía de un desarrollismo de Estado, apuntando a aumentar las rentas públicas, promover «buenos» empleos y elevar significativamente el salario mínimo” (2014:45). La combinación de estos elementos provenientes de la ortodoxia económica y la escuela heterodoxa hacen que la socialdemocracia se distancie en las formas del populismo. Si bien, ambas familias ideológicas de la Nueva Izquierda Latinoamérica persiguen la reducción de la pobreza y las asimetrías sociales, existen diferencias en los modos que buscan cumplir con esa meta.

La socialdemocracia latinoamericana también innova a través de los llamados valores posmateriales. No se ocupa solamente de los valores materiales (salario digno, derechos laborales, seguros de desempleo, etc.), sino que, recuperando su liberalismo cultural, también

propone una agenda vinculada a la ampliación de derechos individuales: matrimonio igualitario, empoderamiento de la mujer, despenalización del aborto y del cannabis, la identidad de género, la eutanasia, entre otros. Estos posicionamientos también marcan una divergencia con el populismo, que, debido a sus creencias y vínculos religiosos o indígenas, en el plano cultural, defiende una agenda conservadora y tradicionalista que apunta a preservar la identidad de ciertos sectores históricos del país.

Por último, la velocidad con la que se emprenden las reformas y los canales por donde se realizan es una diferencia clave entre la socialdemocracia y el populismo en Latinoamérica. Mientras que la socialdemocracia propone cambios graduales y negociados con la oposición política y las élites, el populismo busca generar transformaciones unilaterales y legitimadas por su sujeto constituyente: “el pueblo”. Richard Sandbrook (2014) afirma que la socialdemocracia acude a la negociación de clases, en sentido contrario al populismo que utiliza la lucha de clases para aplicar sus programas económicos de corte redistributivo. Además, la socialdemocracia latinoamericana respeta los procedimientos y mecanismos institucionales y el marco legal imperante de la democracia representativa liberal. Este aspecto también limita temporalmente a sus proyectos políticos, ya que implica una mayor lentitud en los cambios.

Como sostiene Lanzaro (2014), las diferencias —económicas, institucionales, culturales, etc.— con las socialdemocracias tardías de Europa son evidentes. Aun así, es pertinente utilizar la categoría socialdemocracia en América Latina. La presencia de partidos socialistas, el intento de combinar los principios de igualdad y libertad, las alianzas estratégicas con los sindicatos y los movimientos sociales (LGTB, desocupados, ambientalistas, universitarios, etc.), el respeto a las instituciones de la democracia representativa liberal y el gradualismo como norte son ejes troncales que comparten ambas experiencias. Así, entendemos a la socialdemocracia latinoamericana como una fuerza ideológica que, con una vocación reformista, constituyendo amplias coaliciones políticas y respetando los canales institucionales de la democracia representativa liberal, busca ampliar los derechos individuales y colectivos. Todas estas transformaciones se enmarcan en una economía capitalista y, en numerosas ocasiones, se intentan producir mediante consensos con las fuerzas políticas opositoras, el sector privado y la ciudadanía. Cuando hay disensos frente a determinadas políticas públicas, las instituciones políticas son las arenas donde se dirimen estas controversias. La principal vía es la legislativa, donde oficialismo y oposición plantean los conflictos y acuerdos. Son escasas las oportunidades en las que se judicializa la política, se impone unilateralmente el poder ejecutivo

mediante vetos o decretos o se recurre directamente a la fuerza para aplacar a la oposición. Es imprescindible aclarar que esta convivencia política es compartida tanto por las fuerzas de izquierda como por las fuerzas de derecha. Dicho acatamiento de las reglas procedimentales le otorga una estabilidad al sistema democrático en estos países.

En resumen, la socialdemocracia latinoamericana, a diferencia de su homóloga europea, está constituida por coaliciones de partidos políticos y sus resultados, en cuestión de conformación de Estado de bienestar, son más modestos. Tanto la calidad como la capilaridad de los sistemas de salud y educación públicos y los seguros sociales son más precarios en Latinoamérica. Por otro parte, hay ciertas coincidencias entre ambas socialdemocracias: el apego a la tradición liberal-republicana, la ampliación de derechos individuales (legalización del aborto, matrimonio igualitario y cuidado del medioambiente) y un sistema impositivo progresivo – siempre respetando la economía de mercado, fomentando el crecimiento de la riqueza y manteniendo en orden variables macroeconómicas como el equilibrio fiscal y la inflación– que busca un tejido social más igualitario. Todas estas transformaciones no son un medio para alcanzar el socialismo, sino que son un fin en sí mismo. Este último punto es fundamental porque marca una distancia considerable respecto a la socialdemocracia originaria, donde se planteaba la ampliación de derechos en el marco de la democracia representativa liberal como una transición pacífica hacia el socialismo. En la socialdemocracia actual, y sobre todo su versión latinoamericana, el objetivo es más moderado y consiste en la construcción de Estado de bienestar robusto que contenga a la población que queda por fuera del mercado.

Retomando el debate del siglo XXI, podemos concluir que la literatura política divide a la Nueva Izquierda Latinoamericana en dos campos que varían su nomenclatura según las variables empleadas. Los parámetros escogidos para trazar dichas fronteras son el modelo económico, el grado de institucionalidad del sistema de partidos, la interpretación de la democracia, el estilo de liderazgo y las bases organizacionales.

El populismo se distingue en la arena económica por ser un proyecto basado en un Estado fuerte e intervencionista, realizar nacionalizaciones estratégicas y mostrar reticencia frente a acuerdos de libre comercio con Estados Unidos. En cuanto al sistema de partidos, generalmente, un movimiento populista emerge en un contexto volátil, frágil y carente de pactos entre los partidos oficialistas y los opositores. Los líderes se caracterizan por un estilo asentado en el personalismo, el carisma y el verticalismo en la toma de decisiones. La estructura

partidaria es laxa, dependiente del líder y su función, meramente formal, se reduce a ser el dispositivo legal para afrontar los distintos desafíos electorales. Además, los presidentes populistas sobresalen en la búsqueda de una democracia de corte participativo, intentando profundizar la influencia de la ciudadanía en asuntos públicos relevantes. Por ello, ponen en práctica herramientas como el referéndum, el plebiscito y las consultas populares. Encuadran en la categoría populista los mandatos de Néstor Kirchner (2003-2007), Cristina Fernández (2007-2015), Hugo Chávez (1999-2013), Nicolás Maduro (2013-...), Evo Morales (2006-2019) y Rafael Correa (2007-2017) encuadran en la categoría populista.

Por su parte, la socialdemocracia latinoamericana ofrece un proyecto económico que preserva las directrices –equilibrio fiscal, baja inflación y apertura de mercados– del Consenso de Washington predominante en la región durante la década del noventa y le añade políticas sociales innovadoras para combatir la pobreza y reformas impositivas progresivas para mitigar la desigualdad social. A diferencia del populismo, las fuerzas socialdemócratas aparecen en sistemas de partidos, institucionalizados, estables y sensibles a acuerdos entre los distintos espacios políticos. Los líderes socialdemócratas cuentan con dispositivos partidarios con una larga trayectoria histórica, órganos independientes del poder Ejecutivo y estatutos o reglamentos que enmarcan la competencia por el liderazgo. En relación con los dos puntos anteriores, decanta un liderazgo de tipo racional, pragmático, que está obligado a generar consensos tanto dentro del partido como fuera de él, con las otras fuerzas del sistema de partidos, para llevar a cabo su agenda de Gobierno. Por último, este tipo de izquierda acepta la democracia representativa y todas las instituciones que median entre el ciudadano y el poder político. Solo en gobiernos municipales emplean canales participativos para que la ciudadanía tome las decisiones sobre la gestión local. Encajan en la familia socialdemócrata las presidencias de Tabaré Vázquez (2005-2010), José Mujica (2010-2015), Ricardo Lagos (2000-2006), Michelle Bachelet (2006-2010 y 2014-2018), Lula da Silva (2003-2011) y Dilma Rousseff (2011-2016).

FAMILIA ▶		
VARIABLE ▼	SOCIALDEMOCRACIA	POPULISMO
MODELO ECONÓMICO	Escasa regulación del Estado	Proteccionismo
SISTEMA DE PARTIDOS	Estable	Volátil
ESTILO DE LIDERAZGO	Pragmático / Consensual	Carismático / Verticalista
INTERPRETACIÓN DE LA DEMOCRACIA LIBERAL	Continuidad	Cambio
DISPOSITIVO PARTIDARIO	Institucionalizado Independiente del líder	Laxo Dependiente del líder

4.3. La biblioteca discursiva

En este inciso se abordarán las dos familias de la Nueva Izquierda Latinoamericana con la lente del relato político. En primer lugar, se inspeccionará la narrativa populista, donde se mostrará la abundante literatura que hay al respecto. Para lograr una revisión integral y ordenada, se observarán los diferentes elementos que componen a este tipo de relato político: el guion, la estructura temporal, sus valores, la escenificación del liderazgo, la simbología y el tipo de lenguaje. Después, se rastrearán las investigaciones que trabajan el relato político de la socialdemocracia latinoamericana, donde se mencionarán los escasos estudios que hay al respecto y las variables –biográfica, discursiva, *storytelling* personal, ethos reconciliador, ethos de unificación–que analizan por separado.

4.3.1. El relato populista

Otra variable de análisis para trabajar la Nueva Izquierda Latinoamericana es el aspecto discursivo, más precisamente, el relato político. Es decir, la estrategia de comunicación que emplea cada presidente para transmitir valores, movilizar sentidos y construir identidades en pos de los objetivos de su gobierno. En este apartado, comenzaremos con un recorrido por la

amplia bibliografía que discute el relato populista en la Nueva Izquierda Latinoamericana. En primer lugar, se exhibirán las principales definiciones y, luego, se identificará cada uno de los elementos que forman el relato populista.

Ernesto Laclau (2005) ha sido uno de los teóricos que trabajó sostenidamente sobre el relato populista e inauguró una línea de investigación alejada de la corriente crítica encabezada por Gino Germani¹⁷, en las décadas del sesenta y setenta. Según Laclau (2005), el populismo es un fenómeno discursivo que, en nombre del pueblo, confronta las ideas hegemónicas de las élites. Desde este enfoque, el pueblo es un concepto imaginario homogéneo, sólido y virtuoso que sirve para representar a los distintos sectores excluidos por el sistema. El pueblo emerge como la antítesis de la “oligarquía”, una categoría que incluye a una minoría de actores políticos, sociales, económicos y culturales que ostentaron y usaron el poder a lo largo de la historia para su propio beneficio. El campo simbólico político de una nación se distribuye entre estos dos sujetos discursivos, por eso el antagonismo es la condición principal que atraviesa el relato populista. Como señala Knight (1998), el populismo es un estilo discursivo que genera una polarización extrema en la sociedad. El relato populista se funda en una lucha maniquea entre el mal y el bien, entre la liberación y la opresión, entre la patria y los “antipatria”. El pueblo, como observaremos más adelante, tiene la misión de producir una ruptura en el orden existente, desplazar a la oligarquía del poder y conducir los destinos del país. Carlos De la Torre explica:

Más bien hay que considerar que el populismo es la forma en la cual los sectores excluidos han accedido a la participación política, que se ha basado en discursos que dividen a la sociedad en dos campos antagónicos y en la visión de la democracia como la aclamación plebiscitaria a redentores más que en los modelos idealizados de los teóricos de la modernización de lo que debería ser la democracia (2008:24).

Poniendo el lente sobre el caso de Hugo Chávez, Javier del Rey Morató afirma que “el populismo no es una ideología política diferenciada, sino un discurso político que utiliza una supuesta voluntad popular para acceder al poder, o para permanecer en él” (2007: 213). Para

¹⁷ Dos trabajos sobresalen en el estudio del populismo por parte de Germani. Uno es “Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional” (1978) y el otro es “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (1956). Desde esta perspectiva, se interpreta al populismo como una desviación de la democracia, un fenómeno autoritario y demagógico que envilece a las masas para concentrar poder y perpetuarse en el poder.

este académico, el populismo enfrenta la realidad con soluciones simplistas, teñidas de nacionalismo, y un guion binario donde se destaca un enemigo interior o exterior. La retórica populista está signada por un fuerte tono mesiánico que confronta con los poderosos (el mercado y la tecnocracia) y enaltece la dignidad del pueblo. Omar Rincón (2008 y 2016) también defiende la tesis de que el populismo es una forma de gobernar más que un corpus ideológico puesto en práctica. Rincón manifiesta que Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez, entre otros caudillos latinoamericanos, participan en lo público apelando a las virtudes, las esperanzas y los sueños del pueblo. Para que surja este estilo de liderazgo, según Rincón, antes tiene que haber una fractura en el sistema político:

Para que exista populismo la condición necesaria es que haya una crisis de la representación, la existencia verosímil de una narrativa que defina la crisis que requiere promover un nuevo orden político” (2016: 79).

Como se observa, estas aproximaciones teóricas entienden al populismo como una articulación discursiva performativa. El objetivo de todo discurso populista es la formación de identidades políticas a través de la dicotomización de la esfera pública entre un “nosotros” y un “ellos”. La escuela que estudia al populismo como un fenómeno estrictamente discursivo (Aboy Carlés, 2005 y 2006; Laclau, 2005; Barros, 2001, 2002, 2009; Panizza, 2008a, 2008b y 2009; Rey Morató, 2007) establece que el campo discursivo presenta una amplia autonomía sobre las dimensiones económicas y sociológicas (Casullo, 2013).

4.3.2. El guion político: el antagonismo como *leitmotiv*

El guion binario es un rasgo determinante del relato populista. A través de la agudización del conflicto con grupos antipopulares, imperialistas u oligárquicos, el populismo instala una dinámica maniquea. El campo político se divide en dos esferas irreconciliables: el pueblo y su enemigo (Laclau, 2005; Waisbord, 2013). Estos bloques políticos se disputan el sentido social, lo que Gramsci (2013) denomina la batalla cultural por la hegemonía. Rey Morató (2007) precisa que la diferencia del populismo con otros movimientos interclasistas son sus juegos de lenguaje. El populismo no busca conciliar los intereses de las diferentes clases, sino que intenta intensificar la distancia y la contradicción entre ellas. Solo entiende que hay un pueblo y su contrafigura, y que entre ellos se desarrolla un juego político de suma cero. Esta es una similitud entre el populismo clásico del siglo XX, que predominó en Argentina, Brasil y

México, y el populismo de la Nueva Izquierda Latinoamericana del siglo XXI. Carlos de la Torre lo entiende así:

Los discursos populistas de Perón, por ejemplo, se parecen a los de Chávez por la politización no sólo de dos campos políticos irreconciliables que representan el choque entre el viejo orden político y el nuevo porvenir, sino también porque han politizado las diferencias sociales entre campos irreconciliables y antagónicos (2008: 29).

El destinatario positivo del populismo es el pueblo. Este prodestinatario vertebrado el relato populista, es el protagonista de su narrativa. Los marginados, los pobres, los indígenas, los campesinos, los piqueteros, los inmigrantes y los desheredados son los actores que conforman al pueblo (Canelón, 2016). Tanto Hugo Chávez como Rafael Correa, Evo Morales y el matrimonio Kirchner les dieron voz a esos sectores excluidos por el sistema. Los rescataron del anonimato y los pusieron al frente de su relato. Los partidos políticos tradicionales, en cambio, ignoraron históricamente a estos distintos grupos, desecharon sus demandas y, hasta incluso, impidieron su unidad, le negaron la posibilidad de unificarse en un pueblo fuerte, consciente de sus derechos y luchador. Para el populismo, esa indiferencia forma parte del pasado, del viejo orden; ahora, en la refundación de la nación que ellos lideran, el pueblo es el que crea el nuevo orden. Karina Miller lo explica con el caso boliviano de la siguiente forma:

El núcleo del relato en la apología de lo indígena, en un país de mayoría indígena, cuyo mito gubernamental es la toma del poder de los indígenas, encarnada en el origen, en la trayectoria y en la propia figura de Evo Morales. Un mito estable hasta la crisis del TIPNIS, que ahora ha debilitado la fidelización de cohortes generacionales para un largo plazo (2013: 69).

Debido a esta referencia constante y positiva del pueblo como sujeto discursivo nuclear de estos procesos políticos en Latinoamérica, autores como Omar Rincón (2008, 2016) indican que se han postergado los valores del humanismo, la modernidad y la democracia. En su lugar se han retomado gustos, estéticas y melodramas de lo popular que convierten a la política en un acto cuasi religioso. La medida es reemplazada por la apariencia, el interés colectivo es desplazado por el beneficio personal y el nepotismo y la gestión son sustituidas por la telepolítica. Los presidentes se transforman en *celebrities* del espectáculo mediático, que le

prestan más atención al *rating* que al bienestar de la mayoría. La ideología forma parte del pasado; ahora el ideólogo es el pueblo, que está de moda. “El pueblo manda, el presidente obedece”, condensa Rincón (2016:160). Un ejemplo fehaciente es el lema principal de la revolución bolivariana en Venezuela: “Con Chávez manda el pueblo”. Desde el plano simbólico se intenta producir una fusión entre el líder y su pueblo. De este modo, el pueblo se siente partícipe en la conducción del país y, al mismo tiempo, el presidente se legitima frente a sus ojos (Gallo y Di Natale, 2010). Además, detrás de esta liturgia del pueblo, existe un simulacro, una inclusión meramente retórica de los desposeídos. “Habitamos una retoma estética de lo popular, 'el pueblo al poder' como escenografía y gusto” (Rincón, 2008: 150).

De acuerdo con este enfoque, Lazo (2011) avala que la (sobre)utilización de la categoría “pueblo” diluye la subjetividad de cada individuo. Las personas pasan a formar parte de una comunidad donde el sentido crítico individual es opacado por la voluntad popular, los problemas políticos viran en cuestiones éticas y el líder es el único nexo posible entre los marginados y la nación. Los rasgos institucionales, democráticos y liberales, piedras basales de la ilustración, quedan asociados al “viejo orden”. La emancipación solo se concretará a través del líder, que es el único capaz de interpretar, canalizar y materializar los deseos del pueblo. De no cumplir con este mandato, el líder queda en los márgenes de la ley. Ya no cuenta con un respaldo legal. Como argumenta Francisco Panizza:

El discurso populista más radical sostuvo que había una brecha entre legalidad y legitimidad en el orden político: los gobiernos son legales en tanto elegidos por el pueblo, pero ilegales si, en la práctica, no representan a la plebe (2008: 85).

Según Gómez (2009), esta apreciación positiva del pueblo proviene del romanticismo. En dicho período histórico comienza a asociarse al pueblo con dos ideas: una colectividad que unida encuentra su poder real y el héroe que la conduce y defiende del mal. Los presidentes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana recuperan esa lectura romántica del pueblo y la adaptan al siglo XXI. Para ellos, el pueblo es sinónimo de nación, patria y mayoría. Las virtudes de cada país se alojan en el significante pueblo. Es por esta razón que nacionalismo compatibiliza con populismo. El pueblo no solo acepta la tarea de representar los valores de su país, sino que también elimina cualquier otro proyecto identitario. Todo intento alternativo de figuración del país será acusado de “cipayo”, “imperialista” o “colonial”. Esta es una de las formas de articular el escenario dicotómico entre “lo nacional” (cargado de potencialidades) y

“lo extranjero” (cargado de negatividades). Así el pueblo pretende monopolizar la simbología nacional.

La apelación reiterada de la categoría “pueblo” provoca otro fenómeno de índole político-comunicacional. La insistencia en la vía emocional del pueblo (que pone el foco en los sentimientos, esperanzas, temores, deseos) relega a un plano secundario la vía racional del ciudadano (que hace hincapié en los derechos y obligaciones cotidianas). La inserción de los sectores populares a la política como “pueblo” en vez de como “ciudadanos” deriva en un reconocimiento frágil por parte de los individuos de sus derechos (Gómez, 2009). Este es uno de los motivos por los que América Latina dispone de procesos de ciudadanía de baja intensidad. La paradoja anida en que los perjudicados de esta postergación de derechos cívicos son los grupos con menores ingresos económicos. Gómez lo fundamenta así:

Algo que se refleja en que muchos ricos se creen capaces de estar por sobre la justicia, mientras que los pobres opinan que las leyes no los amparan, buscando la protección que mencionamos a través del clientelismo o el patronazgo, instancias posibilitadoras del populismo (2009: 126).

Por otra parte, los enemigos que produce el populismo son numerosos. Silvio Waisbord (2013), que acepta la distinción entre populismo y socialdemocracia propuesta por autores como Petkoff (2005), Castañeda (2010) y Lanzaro (2007), sostiene que los mandatarios de la izquierda populista ponen en circulación un relato donde el periodismo tradicional es acusado de ser una herramienta cultural e ideológica de las clases dominantes. Los medios nacionales e internacionales son el foco de la crítica (Freidenberg, 2008; Amadeo et al., 2013) porque, desde la perspectiva de los líderes populistas, son “agentes políticos de marcada incidencia en la configuración de la opinión pública del país e incluso ante organismos internacionales” (Cerbino, Ramos y Orlando, 2013: 153).

Detrás de esta narrativa existe una decodificación gramsciana de la realidad: los líderes populistas visualizan a los grandes medios de comunicación como dispositivos donde las élites circulan sus intereses políticos, culturales y económicos para convertirlos en sentido común. De esta manera, la “oligarquía” construye su hegemonía, impone su visión del mundo y gana la batalla cultural (Kitzberger, 2010). Debido a esta interpretación, el populismo aspira a

modificar la composición del sistema de medios. A través de reformas legales¹⁸, intenta quitarle espacios de poder a los medios de comunicación privados para extender el dominio de los medios estatales que están bajo la órbita del Poder Ejecutivo y, de esta forma, evitar la mediación entre el presidente y el pueblo (Vincent, 2014). Siguiendo a Gramsci, el populismo desarrolla una “guerra de posiciones”: un enfrentamiento lento, gradual y táctico donde se disputa el sentido social dominante (Miller, 2016 y 2013; Gallo y Di Natale, 2010; Puyosa, 2018; De la Torre, 2013; Bisbal y Cañizales, 2018). Este discurso, con una elevada carga adversativa, procura establecer un paradigma cultural que reemplace al anterior, caracterizado por el consumismo, el imperialismo, el individualismo y el capitalismo. “Es la presencia, una vez más, del populismo, pero ahora aderezado con los soportes que le proporciona la llamada cultura de masas. Es el surgimiento del populismo mediático”, especifican Bisbal y Cañizales (2018: 219). Pedemonte lo compendia de la siguiente manera:

De modo que el relato del gobierno popular crece refutando el relato de los medios. Para lograrlo necesita bajar el volumen de los medios críticos, no tanto para hacer entrar en el escenario público las voces excluidas (las voces que no están en el poder) como para aumentar el volumen de las voces oficialistas (2016: 106).

El imperialismo es otro de los enemigos a vencer en el relato populista (Kitzberger 2010). Hugo Chávez es un ejemplo claro. El presidente caribeño denunció, en reiteradas ocasiones, que detrás de la oposición y la oligarquía de su país estaba el accionar del gobierno de los Estados Unidos. Esta narrativa le inyectaba épica y un tono revolucionario a su narrativa. Pero además de utilizar este recurso para la disputa política venezolana, Chávez también lo empleaba en su política exterior, criticando el carácter colonizador, conquistador y bélico del país del norte. Nelly Arenas (2005) denomina esto como “exterioridad enemiga”, un discurso que supera los límites nacionales. En el 2006, frente a la Asamblea de las Naciones Unidas, el mandatario pronunció una frase que circuló en todos los medios de comunicación y que sintetiza su postura frente a la gestión del presidente norteamericano de entonces, George Bush: "Ayer el diablo estuvo aquí. Huele a azufre todavía". Jorge Lazo Cividanes profundiza este aspecto:

Los sentimientos antiimperialistas se articulan con esta vocación anticapitalista y

¹⁸ Dos ejemplos fueron la Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual que impulsó Cristina Fernández de Kirchner durante su primera presidencia y La Ley Orgánica de Comunicación (LOC) de Ecuador promovida por Rafael Correa en su segundo mandato.

antiliberal en virtud de que constituyen la lógica respuesta (defensiva) a las pretensiones del capital internacional de vulnerar la soberanía e los intereses de Venezuela. La encarnación de tales amenazas obviamente son los Estados Unidos, ante el cual se desata una retórica inamistosa o de velado enfrentamiento (2011: 71)

Una consecuencia que produce esta vertiente antiimperialista es el nacionalismo. Al igual que el populismo de los años cuarenta, cuya figura más reconocida es el argentino Juan Domingo Perón, este nacionalismo no solo equipara la nación con el pueblo sino a su propia persona con el sujeto nacional por excelencia del populismo, los excluidos (Arenas, 2005: 40). Esto explica que la retórica de los líderes populistas esté dominada por su ego, “espacio semántico a partir del cual parecieran encontrar referencias todos los demás espacios del imaginario social” (Arenas, 2005: 40). En esta línea, Karina Herrera Miller estudió el relato de Evo Morales en Bolivia y vinculó su rasgo antiimperialista con el pasado indígena:

El relato de su destino conjugó, pues, con la narrativa del Pachakuti (voz aymara que significa “cambio de la tierra), una nueva era para los pueblos indoamericanos que se dice sigue a los siglos de explotación y sometimiento indígenas en la que se recobrarán la gloria y la libertad de sus antepasados. Morales se ubicó en el centro del Pachakuti, como la figura de la redención indígena y popular, predestinado a luchar contra el imperialismo, la estructura colonial y el pasado inmediato neoliberal (2016: 133).

Asimismo, Montero (2015) identifica este relato de corte adversativo en el kirchnerismo. Cristina Fernández, durante sus dos mandatos, situó al peronismo, fuerza medular del sistema político argentino, en el imaginario latinoamericanista, antiimperialista y transformador. Mediante este *ethos*, el kirchnerismo disputó la identidad del justicialismo contra otros sectores categorizados ideológicamente como decentro o de derecha.

La “partidocracia” es otro de los contradestinatarios que eligen los líderes populistas para confrontar en su relato. Como lo demuestra el caso de Rafael Correa, los partidos tradicionales, con un largo recorrido institucional, suelen ser los enemigos que se deben vencer (Gómez, 2009; Cerbino et al., 2013). Ellos son los representantes del viejo orden, los que sumieron al país en el atraso, la pobreza, la desigualdad y la corrupción. Esta polarización divide al campo

político en dos fracciones: lo nuevo y lo antiguo. El antagonismo se produce a través de la variable temporal, no ideológica. La diferenciación descansa en el supuesto que el cambio, el progreso o el futuro siempre son ideas fuerza con un significado positivo para la ciudadanía.

La oligarquía nacional y las corporaciones completan la retórica anti-establishment del populismo. Son los dos actores sociopolíticos que calzan justo para disputar polarmente contra el “pueblo marginado”, 'excluido' y 'desheredado' con un gobernante que reconoce su existencia y sus derechos, lo nombra y, por ende, lo rescata del anonimato” (Canelón, 2016: 266). La oligarquía es el sector que, históricamente, tuvo el poder en el país. Este grupo social privilegiado fue el responsable de la miseria del pueblo. Ella fue una fuerza opresora que reprimió la expresión de la mayoría para imponer sus intereses “egoístas” (Cividanes, 2011).

4.3.3. La estructura temporal

En cuanto a la construcción temporal del relato populista, podemos identificar una intención por desplegar una impronta refundacional. Los líderes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana aspiran a que sus mandatos sean recordados como el “renacer de la patria”, un momento bisagra en la historia del país. Karina Miller (2016), basándose en el caso de Evo Morales, denomina a este intento de fractura histórica como “el relato de la historia 0”. Para transformarse en este nuevo mito de refundación, los gobernantes erigen un puente simbólico con los próceres latinoamericanos que liberaron a sus respectivos países del yugo colonial. Hay un hilo conector con la experiencia libertadora. Los objetivos son los mismos: redimir a la nación del imperialismo y la oligarquía, empoderar al pueblo y terminar con la injusticia social. Como señala Gerardo Aboy (2006):

...el populismo es tanto un discurso de ruptura del orden político como un discurso de re-institucionalización del orden mediante la constitución de una nueva forma de gobierno en que, luego de vencer a los opresores, los más débiles serán los auténticos portadores de la soberanía: la *plebs* se convertirá en demos (en Panizza, 2008: 83).

Como describe Francisco Panizza (2008), después del fracaso del Consenso de Washington en Latinoamérica, el populismo y la socialdemocracia fueron los dos relatos de envergadura que surgieron como respuesta. Ambos imaginarios pretendieron explicar las dislocaciones de las

sociedades en el ocaso del siglo XX y los albores del XXI. La socialdemocracia propuso un reformismo sobre la etapa predecesora, mientras que el populismo presentó un imaginario de ruptura total con el orden anterior. Esta diferenciación radical opera en los planos económico, político y social. La “nueva era” que inaugura el líder populista elimina la corrupción de la antigua clase política, el sistema económico que beneficia solo a una elite y la profunda brecha entre los que más tienen y los grupos de menores ingresos. Arenas precisa al respecto:

La idea de refundación nacional, tan cara a los populismos de toda época, obliga a invisibilizar todo tiempo pasado y con él cualquier logro que no pueda ser autoatribuido. El pasado se acerca personificado en los dioses del olimpo nacional solo en la medida en que estos vengan en auxilio del gestor populista. Del mismo modo, la inminencia del paraíso vuelve ociosa la mirada hacia el futuro (2005: 47).

Esta extensión del linaje revolucionario les brinda un rédito simbólico a los líderes populistas. Al proclamarse como los herederos de los padres fundadores, los mandatarios se colocan a la misma altura moral, ética y política de los protagonistas (Romero, 2005). El relato populista, entonces, opera sobre dos temporalidades: el pasado épico que erigieron los libertadores de la región (Simón Bolívar, San Martín, Simón Rodríguez, Manuel Belgrano, entre otros), y la promesa de un futuro de grandeza, riqueza y justicia para la nación. El primero conecta con la memoria del pueblo; el segundo, en cambio, apunta a captar las expectativas de la ciudadanía. Recuperando a Laplantine (1987) y el guion dicotómico que utiliza el populismo para elaborar su relato político, Canelón especifica:

Yendo al detalle, se trata de asumir un futuro trazado como la continuación de la utopía bolivariana interrumpida abruptamente por los intereses de la oligarquía en el poder. En ese cauce, pasado y presente se interpenetran hasta converger en una representación conflictiva del mundo, facilitando la polarización entre dos posiciones éticamente irreconciliables, cuando no la división maniquea de la sociedad a expensas de las etiquetas de revolucionarios y contrarrevolucionarios que determina la comprensión del “otro” bajo la lógica “amigo-enemigo” (2016: 271).

Además de alimentarse de los mitos nacionales que lucharon por la emancipación nacional en el siglo XIX, los populistas se nutren de dramas, dolores, miedos y frustraciones históricos de

las clases populares (Álvarez Junco, 1987). Recogen todas aquellas experiencias traumáticas que permanecen en la memoria del pueblo, las resignifican y las utilizan en el contexto actual. Es una manera de revitalizar la épica de los héroes del pasado y dotar de consistencia a la leyenda que pretenden escribir en el presente.

4.3.4. Valores, mitos y visiones

El relato populista se vertebra sobre cinco valores: patriotismo, solidaridad, lealtad, compasión y liberación. El patriotismo es el sentimiento estructurador. Sobre él se edifica la simbología, la propaganda, el discurso y la articulación política. La defensa de lo propio, lo nacional y lo popular son pruebas de compromiso con la causa. Eslóganes como “La patria es el otro” (Cristina Fernández en Argentina), “Patria, socialismo o muerte” (Hugo Chávez en Venezuela), “Patria o muerte, venceremos”¹⁹ (Evo Morales en Bolivia), “La patria ya es de todos” (Rafael Correa en Ecuador) han sido recurrentes durante las gestiones de los líderes populistas. Asociado a esto, se desprenden los otros cuatro valores: la solidaridad (con el prójimo, el compañero de causa), la liberación (del imperialismo y la oligarquía), la lealtad (a la patria y al líder) y la compasión (con los más débiles). Mediante estos valores, el pueblo guiará a la patria en tiempos mediáticos (Rincón, 2016).

La teatralidad y el exceso de dramatismo le permiten al populismo vincularse con las emociones de las clases postergadas. Retomando la “historiografía del dolor” que observábamos a través del investigador Álvarez Junco, los valores que pregona el líder populista en su relato apuntan directamente a activar la ira, la tragedia y las frustraciones, los anhelos, las expectativas y las esperanzas de los más débiles. Las primeras tres sensaciones deben estar concentradas en el enemigo de la patria, la oligarquía y el imperialismo, mientras que tres últimas emociones deben condensarse en la figura del líder.

Este sistema de valores se contrapone al repertorio que, supuestamente, defiende el contradestinatario del populismo: la oligarquía. En contraste, los valores que utiliza este sector social minoritario, que atenta contra los intereses de la patria, son la meritocracia, el individualismo, la competencia y el consumo. Dicha disputa en el campo moral se puede

¹⁹ Evo Morales cambió, en el 2010, el lema de las Fuerzas Armadas de Bolivia: 'Subordinación y Constancia' por el de 'Patria o muerte, venceremos', vinculado con los revolucionarios cubanos, especialmente, con Ernesto “Che” Guevara.

traducir, en términos ideológicos, a la batalla entre el populismo y el neoliberalismo.

Debido al intenso dramatismo que le han inyectado históricamente los líderes populistas a su relato, el pueblo adquirió una cultura política que tiene como eje significador el mito. Ante la falta de políticas públicas concretas para solucionar la desigualdad, la pobreza y el hambre, el pueblo ha recurrido a la sacralización o mitificación de sus líderes. Los mandatarios se trasladan del plano racional al plano sagrado. La otra explicación de por qué se produce este mecanismo de asociación mítica es la capilaridad de las iglesias evangélica y católica en la región. Ambas instituciones funcionan como catalizadores o, como los describe Gómez, “espacios de canalización de la marginalidad” (2009: 89). La sociedad latinoamericana es sensible a la palabra divina y a todos los rituales religiosos, en parte, por esta fuerte presencia en el territorio de las iglesias. Oakeshott (1998) identifica a esto como el giro mesiánico de la política de la fe. Una de las consecuencias de este proceso es la fractura que se abre en el sistema de representación: el presidente, al ser elevado a la categoría de mito, anula la distancia entre representado y representante. El líder pasa a encarnar a todos sus representantes, sin ningún tipo de rendición de cuentas, consultas o intercambio. El vínculo que debería estar marcado por el diálogo, se destaca por el monólogo. Gómez relaciona este carácter mistificador de populismo desde el ángulo de la comunicación política:

La actitud mítica, asimilada por la política, la cultura popular y los populistas, tiende a ver la realidad histórica y social “como una lucha dramática entre poderes conflictivos”. Esta afirmación tampoco está lejos de coexistir en las posiciones de la comunicación política, pues como sostiene Bélanger (1988), cualquiera sea su estructura o las fuerzas en tensión, antiguas o modernas, “continúa siendo lo que siempre fue: la apariencia en el conflicto” (2009: 111).

Javier del Rey Morató (2007) se refiere a “la tríada perversa del populismo”: Satanás (la oligarquía, el imperio, los medios de comunicación)-Hombre (el pueblo)-Cristo (el líder). Este triángulo es el que fundamenta la misión salvífica del presidente. Como se escribió anteriormente, la trama binaria que se articula sobre el esquema trídico reviste de un carácter totalizante, carente de matices: la positividad absoluta, el bien personificado en el líder (por transferencia de significación, el pueblo), contra la negatividad completa, el mal simbolizado en la oligarquía, el periodismo o los Estados Unidos. Según el teórico español, la secuela de esta estrategia discursiva es “un notorio deterioro epistemológico, un estado de error o

corrupción en los conocimientos, un trastorno del orden de las cosas” (2007: 224).

Hugo Chávez, por ejemplo, constituyó un mito en torno a su figura: él sintetiza y actualiza la venezolanidad que nació hace doscientos años con Simón Bolívar. El eje de este mito es el militar que tomó las armas para defender la patria de la codicia del imperialismo y la oligarquía. El aura fantástica la adquiere mediante el arco narrativo que debe atravesar cualquier héroe: fracaso-éxodo-victoria-liberación (Campbell, 1949). Esta ilusión no solo lo eleva a una categoría de “súper hombre”, sinécdoque del “ser venezolano”, sino que, además, como vimos en la estructura temporal, establece un puente histórico con Bolívar, el prócer que también utilizó la lucha armada para liberar a su país del yugo colonial. A través de dos significaciones, Chávez se sitúa a un nivel superior, por encima del resto de los políticos de carne y hueso (Canelon, 2016).

Con su impronta antiimperialista y antineoliberal, el mito de Evo Morales tiene como vector cumplir la profecía de Túpac Katari, el rey inca que, antes de ser descuartizado en 1871 por las fuerzas coloniales, afirmó: “Volveré y seré millones”. El mandatario boliviano viene a concluir ese vaticinio. Él es el encargado de devolverle la dignidad a los indígenas y de terminar con la hegemonía del hombre blanco. Karina M. Herrera Miller lo explica de la siguiente manera:

¿Qué representaba (y representa) Evo más allá de su pasado de resistencia cocalleras? Pues a la Bolivia negada y excluida bajo la lógica colonial; a la mayoría sin acceso a las condiciones básicas de existencia; marginada y discriminada por los rasgos fenotípicos, la lengua y la cultura en general. La racialización de los sujetos llevó a colocar al indio en el extremo subalterno e inferior en la pirámide social. Por tanto, lo que diciembre de 2005 significó superó la lectura exclusiva de lo político y asumió incluso una interpretación mitológica (2016: 133).

En el caso ecuatoriano, el paralelismo mítico se produce entre Rafael Correa y Eloy Alfaro, héroe de la revolución liberal a fines del siglo XIX y principios del XX que fue asesinado y quemado por parte de unos fanáticos²⁰. Al igual que Chávez y Morales, Correa recurre constantemente a un mito popular que habita en el imaginario social para proyectarse. El proceso de mitificación se genera a través de la analogía histórica: Correa llegó al poder para

²⁰ Este hecho histórico en Ecuador es reconocido con el nombre de “hoguera bárbara”.

prolongar ese “ingreso a la modernidad” que, a pesar de la resistencia y las trabas del conservadurismo ecuatoriano, Eloy Alfaro comenzó hace más de cien años. Como en los casos anteriores, este intento de mitificación del presidente está hecho en base a la interpretación de que la sociedad necesita héroes como modelos aspiracionales. Un mito presidencial opera como horizonte común de los deseos más ambiciosos de la comunidad (May, 1992, en Ávila, 2016). Es cuando el gobernante deja de ser político de carne y hueso para convertirse en mito suprahumano. Los presidentes son exitosos cuando logran transformarse en medio, centralizando todas las noticias, relatos y opiniones que circulan socialmente. En el caso contrario, si el presidente no logra trocar en el principal artefacto de enunciación del sentido social, los medios de comunicación se encargarán de establecer ese mito (Rincón, 2016).

La visión que hilvana a estos mitos de la Nueva Izquierda Latinoamericana es la Patria Grande. Más allá de la redención que promete cada uno en su respectivo país, los presidentes populistas forjan un destino en común: la unión socialista y regional de repúblicas latinoamericanas y caribeñas. Debido a este objetivo compartido, además de la simbología local que utiliza cada líder para legitimarse, hay un panteón de mitos que son transnacionales y sirven como sintetizadores de ese futuro latinoamericanista: Salvador Allende, “Che Guevara”, Fidel Castro, Jorge Eliécer Gaitán, Evita y Juan Domingo Perón, entre los principales. Esta visión regional funciona como rectora de las visiones emancipadoras de cada país: una especie de macrovisión que integra, unifica y consolida las visiones nacionales.

4.3.5. Escenificación del liderazgo, simbología y tipo de lenguaje

El populismo de la Nueva Izquierda Latinoamericana utiliza la palabra presidencial como punta de lanza en la disputa contra el periodismo y los grupos comunicacionales. La narrativa del poder Ejecutivo es el que compite diariamente con los medios opositores por el sentido social. El verbo del primer mandatario es indispensable como contraparte de las noticias falsas que producen los grupos hegemónicos. El debate público, decodificado de esta manera, se dirime entre el mensaje presidencial y el mensaje mediático. Silvio Waisbord justifica esta centralidad y ubicuidad del líder populista:

El populismo concibe la persuasión presidencial como arma política por excelencia, su mejor espada en la batalla por la hegemonía cultural. Su fascinación con la presidencia y la escenificación del poder central está imbricada en la premisa

de que la comunicación política es persuasión más que comunicación en su sentido etimológico: convencer más que crear comunión o diálogo. Lejos de cuestionar la idea de política como espectáculo o pensar la comunicación como espacio para cuestionar el poder político, toma la comunicación presidencial como eje, al igual que cualquier otro Gobierno contemporáneo. Perfecciona la teatralización del poder del soberano y potencia su habilidad propagandística (2013: 182).

El protagonismo que se le otorga al discurso presidencial viene acompañado de un silenciamiento del pensamiento crítico. El populismo no ofrece posturas disímiles sobre un determinado tema. Tanto interna como externamente, el relato es homogéneo y depende exclusivamente del criterio del líder. Es un sistema discursivo radial: todo gira en torno al presidente. Como sostiene Arditi (2009) el líder opera como condensación simbólica del movimiento. En la misma dirección, Puyosa (2018) afirma que se “produce una autoescenificación, una estilización de la expresión hecha con vistas a los espectadores” (2018: 115). Tomando el caso de Hugo Chávez y recuperando a Marcinkowski y Greger (2002), Cañizales lo explica de la siguiente manera:

Se puede considerar personalizada la comunicación política cuando las organizaciones políticas, instituciones públicas y medidas políticas ya no se presentan a sí mismas sino que son representadas por un reducido número de políticos que le confieren un rostro y una voz ante la opinión pública. Las estructuras (polity), los procesos (politics) y los contenidos (policy) son relegados y las personas saltan al primer plano y suministran la visión de superficie de la política (2010: 35).

Pruebas contundentes de este monopolio de la enunciación es el empleo reiterado de pronombres personales. Este fenómeno discursivo Cañizales (2010) lo nombró como “yoísmo” y lo identificó como una práctica narcisista. Mediante un estudio cuantitativo, el investigador encontró que el 64% de los mensajes del presidente Hugo Chávez responden a la figura del “Yo”. Y si se le añade a esa cantidad cuando el presidente se refiere a sí mismo en tercera persona, la estadística asciende a un 74%. Esta intensidad de la figura presidencial opaca los lineamientos programáticos, la evaluación de políticas públicas o cualquier otro eje discursivo referido a la gestión. Como resultado, se detecta en el plano discursivo un decisionismo mediático (Cañizales, 2010) y en el nivel específicamente político una hiperpersonalización

del proceso.

Estudiando el caso del kirchnerismo en Argentina, Pedemonte reflexiona que su relato nunca pudo “salir de la retórica verticalista y paternalista del peronismo y del populismo en su acepción negativa” (2016: 103). El profesor argentino, además, agrega que este monopolio de la enunciación o como la califica Miller (2013) “concentración enunciativa”, producto de un liderazgo autoritario y reticente a la crítica, es lo que garantiza un relato coherente, compacto y eficaz durante un tiempo extendido. Martín Di Natale y Alejandra Gallo (2010), citando a Quevedo (2009), denominan a esta mecánica discursiva como “política de embudo”, un sistema donde solo comunican los presidentes. Amado, Amadeo y Tarullo lo explican de la siguiente manera:

Este sistema de comunicación centraba la comunicación en el emisor presidencial y los logros de su gestión, con más anuncios de posibles obras que información acerca de cómo el ciudadano podía acceder a ese servicio, más fotos del funcionario que espacios de consulta y respuesta a dudas, más columnas de opinión de los ministros que espacios dedicados a la rendición de cuentas (2018:18).

Omar Rincón (2016) propone directamente que, en el populismo, el presidente es el medio. A través del presidente se confecciona la narrativa del proyecto político. El presidente es la médula del ecosistema comunicacional. Sin él, los periodistas no tienen que criticar, el pueblo se queda sin espectáculo y el *rating* cae abruptamente. Los presidentes representan la totalidad del circuito. Son en simultáneo el mensaje y el medio.

Los rituales en que se traduce este tipo de escenificación del liderazgo populista son los actos masivos. En estos encuentros se generan y regeneran los lazos e identidades que conectan al pueblo con el líder en escenarios de polarización política extrema (De la Torre, 2008). Uno de los rasgos de estos rituales es su religiosidad. Son ceremonias con altas cargas de intersubjetividad emotiva que suscitan sentimientos de solidaridad y símbolos cognitivos de los partícipes (Collins, 2004). Esta interacción fideliza el vínculo entre los seguidores y el líder.

Asimismo, estos rituales multitudinarios ponen en escena la habilidad simbólica de los populismos. Un manejo estratégico de la iconografía, el léxico y la estética populares le garantiza a este tipo de movimientos una permanencia en el tiempo. El recurso simbólico

asegura la trascendencia del proyecto. Este repertorio simbólico en el caso del populismo de la Nueva Izquierda Latinoamericana del siglo XXI incluye lo indígena, próceres como Bolívar, San Martín, Belgrano, Sucre, Simón Rodríguez, Moreno, Eloy Alfaro y todos los elementos identitarios nacionales (himno, bandera, escarapela, etc.). En su tesis doctoral, “Populismos latinoamericanos y comunicación. Una nueva mirada a las interacciones de la política popular desde el caso chileno”, el investigador Claudio Elórtegui Gómez lo interpreta así:

Independiente de la naturaleza de los populismos latinoamericanos, la fidelidad política que ostentan y su permanencia en el tiempo se debe en gran parte a la capacidad que tienen de sellar compromisos de supuesta integración captando los elementos simbólicos de la cultura política en la que se desenvuelven, apelando a un conjunto de situaciones compartidas y haciendo partícipes a los excluidos de un mundo que tiene como motor de anhelo político el cambio histórico o la transformación de la tendencia dominante, mediante los rasgos que identifican lo propio (2009:83).

La utilización por parte del populismo de los próceres que liberaron a los países de las potencias europeas en el siglo XIX tiene un doble propósito. En primer lugar, colocar a los presidentes actuales en el mismo nivel de legitimidad que los libertadores. Más allá de ciertos revisionismos históricos, existe un amplio consenso social en torno a las figuras que crearon los estados nacionales en Latinoamérica. Mediante la comparación, la exaltación y la evocación, los líderes populistas intentan realizar una transferencia de aprobación social. El segundo objetivo apunta a deslegitimar a los adversarios políticos actuales. Si éstos se oponen al líder populista que representa los mismos valores de los próceres, quiere decir que están enfrentándose a las raíces de la patria, a los valores más elevados del país, a la nación misma (Canelón, 2016). Por eso, en general, el populismo acusa a sus opositores de apátridas, cipayos o imperialistas. Usan todos aquellos descalificativos que denotan una traición hacia el país. La ecuación simbólica sería: si enfrentan a Hugo Chávez, Rafael Correa, Cristina Fernández o Evo Morales, están enfrentando a Simón Bolívar, Antonio José de Sucre o José San Martín.

Para hacer efectiva la penetración social de estos mensajes, los líderes populistas emplean un lenguaje simple. Su discurso es sencillo, directo, con un vocabulario asequible para las mayorías (Miller, 2016; Gallo y Di Natale, 2010; Canovan en Ardit, 2009). El estilo populista está diseñado para seducir al hombre corriente, no al hombre ideologizado. Se pone en

circulación un guion comprensible para el pueblo, cargado de “metáforas y referencias cercanas como la familia, la finca, el fútbol; coloquial, emotivo y con humor. Su misión es acunar frases que se recuerden fácilmente” (Rincón, 2008: 160).

Algunos autores como Cerbino et al. (2013) identifican esta sencillez en el lenguaje con la mediatización de la política. Toda la terminología se adapta a los principales códigos televisivos: sencillez, impacto y brevedad. Del mismo modo, el diseño de esos mensajes responde a los criterios de los medios de comunicación masiva. Es el *homo-videns* que, con su lenguaje concreto, reemplaza al *homo sapiens* y su lenguaje abstracto (Sartori, 1998).

Este lenguaje llano de los líderes populistas está envuelto con una retórica melodramática. La necesidad de magnetizar a la audiencia impulsa a los líderes populistas a la espectacularización. Estos replican el guion melodramático de las novelas televisivas para calar en los sectores populares (Gómez, 2009). Silvio Waisbord (2013) destaca la pasión de los líderes populistas por el discurso épico y resalta el teatro de la gestualidad que despliegan. Estos elementos, anclados en el supuesto de que la voz presidencial es la rectora de la agenda pública y mediática, son los que condujeron al investigador colombiano Omar Rincón (2008) a denominar como *celebrities* a la mayoría de los presidentes del cono sur.

4.3.6. La batalla por la hegemonía

Según la bibliografía académica, al relato populista de la Nueva Izquierda Latinoamericana en el siglo XXI lo podemos abreviar de la siguiente manera. En primer lugar, el guion político que desarrollan estos mandatarios se caracteriza por un antagonismo permanente. Hugo Chávez, Cristina Fernández, Nicolás Maduro, Daniel Ortega, Evo Morales y Rafael Correa despliegan una dicotomía constante en la que se distinguen dos sujetos discursivos claros. Por un lado, está el pueblo, el prodestinatario al que el líder protege, alienta y reivindica como portador de los valores más nobles de la nación. Por el otro costado, como contradestinatarios, están los actores que se ubican por fuera del sistema de partidos, que son externos al juego político legal: la oligarquía, los medios de comunicación, el imperialismo. Subyace a esta narrativa binaria una interpretación gramsciana de la realidad. El populismo se enfrenta en una batalla por la hegemonía a todos aquellos actores que representan los intereses, los valores y la cultura de las clases dominantes. Lo que está en juego es la disputa cultural por el sentido común de la ciudadanía, es decir lo que se considera normal, ordinario y posible en un sistema social.

En cuanto a la estructura temporal, el populismo intenta poner en circulación un relato refundacional. Para cumplir con este objetivo, los gobernantes instalan un puente histórico con los próceres latinoamericanos que en el siglo XIX lograron la independencia de las potencias europeas o que, en los siglos anteriores, resistieron a la conquista de los países centrales. Como Simón Bolívar, José de San Martín, Simón Rodríguez, Manuel Belgrano, Antonio José de Sucre, Túpac Katari, Túpac Amaru, los presidentes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana instauran los cimientos para el renacimiento de la patria. Los desafíos son los mismos: rescatar a la nación del imperialismo y la oligarquía, revitalizar al pueblo y terminar con todas las injusticias sociales. Los valores sobre los que descansa el relato populista son el patriotismo (sentimiento estructurador), la solidaridad (con el prójimo, el compañero de causa), la lealtad (hacia el líder), la compasión (con los más débiles) y la liberación (del imperialismo, la oligarquía y los medios hegemónicos).

Uno de los andamiajes principales del relato populista es la mitificación del líder. Frente a la ausencia de políticas públicas específicas para solucionar problemas estructurales como la injusticia social, la corrupción, la pobreza y la desnutrición, el pueblo ha recurrido a la sacralización de sus líderes. Un recurso social que está intrínsecamente relacionado con la fuerte presencia de las iglesias católica y evangélica en la región. El ciudadano latinoamericano es permeable a la palabra divina y las ceremonias religiosas. Esta cercanía facilita el reemplazo de la fe por la racionalidad y del mesianismo por el liderazgo político. A su vez, la visión que tienen en común los líderes populistas es la constitución de la Patria Grande. Por encima de la liberación que pregonan en cada país, los presidentes populistas desarrollan un relato que tiene como horizonte la unidad de la región. Dicha visión continental opera como rectora de las visiones emancipadoras nacionales.

En relación con la escenificación del liderazgo, el populismo se presenta mediante actos masivos donde sobresale la figura presidencial. Todo el movimiento se condensa en él. A tal punto que la palabra del presidente refleja la identidad total del movimiento. Existe un monopolio de la enunciación. No hay voces disímiles a las del jefe del Ejecutivo. El líder totaliza la producción discursiva del movimiento populista. El repertorio simbólico de dichas movilizaciones está compuesto por una iconografía, un léxico y una estética que abrevan en los movimientos y próceres de la independencia o la resistencia colonial. Bolívar, San Martín, Belgrano, Túpac-Katari, Túpac-Amaru, Sucre, Simón Rodríguez, Mariano Moreno, Eloy

Alfaro son los personajes principales que funcionan como fuente simbólica de los populismos de la nueva izquierda latinoamericana.

Por último, para garantizar la penetración del relato populista, los líderes utilizan un lenguaje simple, directo y con un fuerte tono dramático. Esta estrategia discursiva no es al azar, sino que está diseñada para interpelar al hombre común, no al sujeto ideologizado. Se emplea un vocabulario comprensible para la mayoría de la población, que se refuerza con metáforas o juegos del lenguaje vinculados a gustos populares como el fútbol, la familia, las novelas televisivas o la finca.

EL RELATO POPULISTA

VARIABLE	LÍDERES POPULISTAS DE LA NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA
GUIÓN POLÍTICO	Dicotomía entre el pueblo y actores externos al sistema de partidos políticos.
LA ESTRUCTURA TEMPORAL	Impronta refundacional de la nación.
VALORES	Patriotismo, lealtad, compasión, solidaridad y liberación.
MITOS	Mitificación del presidente.
VISIÓN	Constitución de la Patria Grande.
ESCENIFICACIÓN DEL LIDERAZGO	Ubicación presidencial, monopolio de la enunciación y actos masivos.
REPERTORIO SIMBÓLICO	Próceres de la independencia nacional.
TIPO DE LENGUAJE	Sencillo, directo y dramático.

4.3.7. El relato socialdemócrata, una estantería incompleta

Sobre el relato socialdemócrata de la Nueva Izquierda Latinoamericana, en cambio, no abunda bibliografía. Las escasas investigaciones que se han realizado apuntan a estudios de caso aislados, donde la lente se coloca sobre la construcción del *ethos*, el diseño estratégico del personaje (*storytelling* personal) o la comunicación gubernamental a grandes rasgos. Hasta el momento, ningún trabajo académico ha realizado un estudio sistemático, riguroso y comparado sobre el relato político de los presidentes socialdemócratas. A diferencia de la profusa bibliografía que existe sobre la narrativa populista, sobre el relato socialdemócrata no existen

estudios disponibles que permiten alcanzar una conclusión genérica.

En términos generales, una de las características que destacan científicos sociales como Kurt Weyland et al. (2010), y Richard Sandbrook (2007 y 2014) del relato socialdemócrata es su tono medido, pragmático y realista. Esta familia de la izquierda abandonó el lenguaje clasista, la lucha por los medios de producción y la transición al socialismo (Panizza, 2008a). En su lugar, adoptó una narrativa mesurada que apunta a lograr acuerdos sociales y políticos con fuerzas diversas, tales como el empresariado, los sindicatos, los movimientos sociales o los medios de comunicación.

Poniendo el acento en los discursos autobiográficos, Matías Ponce (2017b y 2018) afirma que José Mujica elaboró un *storytelling* coherente, conciso y atrapante. Para el investigador uruguayo, el ex tupamaro tejió estratégicamente un relato de vida que lo posiciona y lo diferencia del resto de los presidentes:

Existe un relato clásico de una estrategia de comunicación: de dónde viene Mujica, cómo entiende la historia, de qué manera se para en la actualidad y qué promesa plantea al electorado para el futuro. Pero eso no quita que tenga la capacidad de sorprender con temas que pueden convertirse en un sello comunicacional de su gobierno, como fue la aprobación del consumo y producción de marihuana en Uruguay (2017: 206).

El núcleo de esta historia de vida es la austeridad. Sobre la base de la sencillez, el presidente uruguayo toma distancia de los mandatarios con grandes fortunas de dinero. Mujica produce un ethos humilde, espontáneo y coherente. A tal punto ha llegado esta asociación que medios de comunicación internacionales como la BBC del Reino Unido ha realizado un pequeño documental titulado “Así vive Mujica, el presidente más pobre del mundo”. Este ethos sencillo genera una desacralización del cargo presidencial, provoca la sensación de que cualquier ciudadano a pie puede encontrarse, dialogar o criticar en persona a la máxima autoridad del país (Ponce, 2018).

La investigadora Monique Marie Vaughan Moppett explica el rédito social que obtiene Mujica a través de la proyección de este *ethos*:

la empatía que exhibe como persona sencilla y humilde le da carácter masivo a su campo discursivo; mediante un estilo coherente demuestra entender a la gente, se identifica con ella, piensa como ella y dice querer lo que la gente quiere. Resulta importante resaltar aquí la idea de Maingueneau de que “el ethos envuelve la enunciación”. El *ethos* uruguayo forma parte intrínseca de la identidad que Mujica construye de sí mismo (2014: 237).

En un estudio comparativo con Cristina Fernández de Kirchner, Soledad Montero (2015) señala que Mujica despliega un *ethos* de “viejo sabio”. La visión que tiene sobre su pasado está signada por la autocrítica. En sentido contrario de la presidenta argentina, que idealiza la militancia y la juventud políticas de la década del setenta, el líder del Frente Amplio marca los errores ideológicos, tácticos y estratégicos que cometió la organización guerrillera a la que pertenecía, el Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros. Sobre esos desaciertos, Mujica elabora un *ethos* mediante la moderación, el aprendizaje y la maduración política. Esta distancia que toma sobre su pasado radical se puede cristalizar en el perfil dialoguista que transmite hoy en día (Ponce, 2017b).

Por otra parte, otros académicos han estudiado el *ethos* reconciliador de Michelle Bachelet. Es el caso de Daniel Lieberfeld (2011) que, utilizando a Abraham Lincoln y Nelson Mandela como plataforma, reflexiona que la presidenta chilena posee los atributos que determinan un liderazgo reconciliador: empatía, complejidad conceptual, autocontrol emocional, optimismo en el cambio de actitudes de terceros y una aproximación no dogmática de la política. En la misma dirección, Pablo Segovia Lacoste (2012) afirma que la primera mujer en llegar a la Casa de la Moneda pone en circulación un *ethos* de tolerancia, comprensión y amor. Los análisis discursivos en la campaña electoral de la exministra de Defensa de Chile muestran la construcción de una imagen vinculada al sufrimiento, el dolor y el padecimiento. En numerosas exposiciones públicas, Bachelet repasa su pasado como presa política de la dictadura de Augusto Pinochet y, en vez de realizar una reivindicación de esa experiencia, ofrece una postura reconciliadora, no de venganza. María Alejandra Vitale (2016) también analiza el *ethos* de Bachelet, pero lo hace desde una óptica de género. Vitale llega a la conclusión que la presidenta chilena, a través de un léxico asociado a la compasión, la empatía, las emociones y la sensibilidad, edifica un *ethos* femenino. Su tono es personal, conciliador y cercano (Ponce, 2013; López y Russo, 2016), al revés del estilo de Cristina Fernández que emplea un tono polémico y adversativo.

Lacoste (2012), a su vez, subraya que Ricardo Lagos erigió un “ethos de unificación”. Esto significa la intención del mandatario de constituirse en el guía de una comunidad determinada. “Debemos unirnos”, “yo los invito” son constructos discursivos típicos de un político que pretende conducir a una sociedad sin fracturas ni divisiones. Según esta perspectiva, el progreso de un país se tiene que dar en forma conjunta e inclusiva. Esta es la razón por la que prevalece el empleo de la primera persona del plural, el “nosotros”, en la mayoría de las piezas discursivas.

En el caso de Lula Da Silva en Brasil, Luciana Panke (2013) arribó a la conclusión que el ethos desarrollado por el líder del Partido de los Trabajadores se vincula con su origen humilde. Lula construye una historia personal que resalta el ascenso de un trabajador metalúrgico, perteneciente a la clase marginal, a la presidencia. Este recorrido lo posiciona al mandatario como un igual frente a los desposeídos. Él entiende, sufre y se preocupa por los problemas del pueblo porque él viene de allí. Además, este relato biográfico le sirve como relato aspiracional para la clase obrera: si él, que nació en la miseria, sin educación ni oportunidades, pudo alcanzar la máxima investidura, cualquier trabajador puede hacerlo. Como esboza Macedo (2016), este vínculo convirtió a Lula en la esperanza de los pobres y fue la piedra angular de su mito de gobierno.

La evolución discursiva es otro eje que trabaja Panke (2013). La investigadora desagrega en tres etapas ideológicas la narrativa del sindicalista brasileiro: extrema izquierda (1968-1989), donde desplegaba una retórica anticapitalista; transición (1994-1998), donde desarrolló una veta más conciliadora; y centroizquierda (2002-2011), donde Lula alcanza la madurez enunciativa, aceptando los límites del sistema y poniendo en circulación un lenguaje reformista.

Al igual que Michelle Bachelet en Chile, Dilma Rousseff también hace hincapié en su rol de madre protectora de Brasil (Panke, 2017). A través de la razón, el optimismo y la sensibilidad, la presidenta intenta completar la familia brasileira: si Lula fue el padre de la nación, ella es la madre del país. El escaso debate público y los casos de corrupción, según Panke (2017) van a determinar el resto de la comunicación gubernamental de la gestión de Rousseff.

En relación con la primera presidencia de Tabaré Vázquez, Giaimo (2008) destaca la

construcción de un “presidente médico”. Aprovechando su profesión de oncólogo, Vázquez utilizó una retórica propia de un profesional de la salud: pausada, controlada y nunca desbordada. Además, realizó un trato “cara a cara” con el ciudadano, sin intermediarios ni voceros. Esto se evidenció mediante sus escuetas apariciones mediáticas, las contadas entrevistas que brindó y las pocas conferencias de prensa que realizó.

En síntesis, la escasa literatura que existe sobre los relatos socialdemócratas subraya el pragmatismo como vector. A diferencia de los partidos socialistas del siglo XX, la socialdemocracia latinoamericana no utiliza un lenguaje clasista, rupturista o revolucionario. La veta reformista caracteriza a las narrativas de esta ala de la izquierda regional. La academia y el periodismo han realizado numerosos trabajos biográficos. En la mayoría de ellos se destaca el ethos que construyen los líderes. Por ejemplo, en José Mujica sobresalen la austeridad y la sabiduría como rasgos vectores del personaje. Michelle Bachelet, en cambio, destaca por su ethos femenino. El tono personal, conciliador y cercano la posicionan como una exponente de los emergentes liderazgos femeninos. Similar es el caso de Dilma Rousseff que, a través de la razón, el optimismo y la sensibilidad, se mostró como la madre protectora de los pobres de Brasil. Por su parte, Lula Da Silva erige un ethos acorde a su origen humilde. Este perfil lo reforzó con su experiencia sindicalista, que le permitió presentarse como defensor de los trabajadores, los desposeídos y la clase media brasilera. Ricardo Lagos, por su lado, con el objetivo de transformarse en el conductor de todo Chile, elaboró un *ethos* de unificación. Por último, Tabaré Vázquez combinó su rol de presidente con su profesión médica (oncólogo). Su retórica pausada, medida y cercana fue esencial para cimentar esta identidad técnica-política.

5. Problema de investigación, hipótesis y metodología

5.1. Pregunta de investigación y objetivos

Como muestra el estado de la cuestión, no existen estudios en profundidad y sistematizados del relato político de la socialdemocracia en Latinoamérica. A diferencia del populista, que ha sido examinado desde los tiempos de Juan Domingo Perón (Argentina), Getulio Vargas (Brasil), Lázaro Cárdenas (México) y Carlos Ibáñez del Campo (Chile) hasta los casos de Hugo Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega y Rafael Correa, el relato socialdemócrata adolece de un marco teórico. Teniendo en cuenta esta laguna en los campos de la ciencia política y la comunicación política, el objetivo principal de esta tesis es abordar de manera integral y metódica la narrativa que construye la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI para gobernar y legitimarse.

A través del estudio de dos casos, las presidencias de José Mujica (2010-2015) y Michelle Bachelet (2014-2018), se intentará responder a la pregunta rectora de este trabajo académico: ¿Cuál es el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI? Para contestar este interrogante, los objetivos principales que nos trazamos son los siguientes: (I) elaborar una conceptualización del relato político, (II) identificar sus funciones, requisitos, fases y piezas comunicacionales, (III) analizar los liderazgos mencionados y, por último, (IV) detectar sus similitudes y diferencias para configurar –o no– el relato socialdemócrata. En esa misma línea, para lograr la confección del relato político se trazarán los siguientes objetivos secundarios:

- Descubrir la trama que despliegan José Mujica y Michelle Bachelet para brindarle coherencia a su relato político.
- Precisar el guion dicotómico –personalizado o generalizado– que utilizan José Mujica y Michelle Bachelet para generar un desafío y así imprimirle tensión narrativa a su relato político.
- Identificar el repertorio simbólico –protocolos, estética, estilos de comunicación, signos, etc.– que emplean José Mujica y Michelle Bachelet para representar su relato político.
- Determinar en qué tiempo verbal se concentra los relatos políticos de José Mujica y Michelle Bachelet.
- Configurar el *ethos* presidencial que utilizan José Mujica y Michelle

Bachelet para impulsar sus relatos políticos.

5.2. Justificación e hipótesis

Consideramos que la presente tesis doctoral contribuirá al campo de la comunicación política ya que, mediante elementos narrativos como la trama, el guion dicotómico, el tiempo verbal, el *ethos* presidencial y el repertorio simbólico, ofrece una sistematización del análisis del relato político, pieza clave en el estudio de la gestión gubernamental. En paralelo, se enriquecerá el área de la ciencia política ya que se explorará la construcción de sentido por parte de la socialdemocracia latinoamericana, un sector del progresismo regional que no ha sido estudiado en forma acabada.

La hipótesis de trabajo es que el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI contiene: una trama de inclusión social y ampliación de derechos (tanto individuales como colectivos); una trama dicotómica (clivaje izquierda-derecha) que se desenvuelve dentro del sistema de partidos vigente; recupera elementos simbólicos institucionales de los partidos socialistas de fines del siglo XIX y del siglo XX, herederos de la Segunda Internacional y promotores del Estado de bienestar que se construyó después de la Segunda Guerra Mundial; por ende está anclado en un tiempo verbal pretérito; y, por último, sus presidentes ponen en circulación un *ethos* de orden pedagógico y estrictamente racional, que aspira mediante su historia de vida inculcar en el tejido social valores tales como la reconciliación, la tolerancia y el humanismo.

5.3. Metodología

En este inciso se expondrá y justificará la metodología que se aplicará para responder al interrogante directriz. El orden será el siguiente: empezaremos desarrollando brevemente el enfoque cualitativo; después explicaremos los métodos comparativo y narrativo; acto seguido, se presentarán las técnicas de investigación que usaremos para responder al interrogante directriz –análisis teórico bibliográfico, análisis del discurso y entrevistas semiestructuradas–; y, para cerrar, se presentará el corpus empírico que se erigió para analizar los relatos políticos de José Mujica y Michelle Bachelet.

5.3.1. Enfoque y método

El enfoque de investigación escogido es el cualitativo. La primera razón es porque se trata de un trabajo inductivo: desarrollaremos categorías e intelecciones a partir de los datos y no a la inversa, incorporando insumos para constatar hipótesis o teorías preconcebidas (Alvarez-Gayou, 2003). El segundo motivo es porque el enfoque cualitativo permite una flexibilidad en el desarrollo del estudio. A medida que avance el trabajo, es probable que se alteren desde las técnicas de investigación hasta la hipótesis de trabajo. Esta capacidad “elástica”, que es una discrepancia procedimental con el enfoque cuantitativo, es esencial para llegar a una conclusión sólida, relevante y enriquecedora para la academia. En este sentido, Maxwell asegura:

Primero, el modelo de diseño en sí es interactivo; cada uno de los componentes tiene implicaciones para todos los demás componentes, en lugar de que los componentes estén en una relación lineal unidireccional entre sí. En segundo lugar, el diseño de un estudio cualitativo debería poder cambiar en interacción con el contexto en el que se realiza el estudio, en lugar de ser simplemente un determinante fijo de la práctica de la investigación (2013: 22).

El tercer fundamento es que, al tratar una cantidad reducida de casos, el enfoque cualitativo permite trabajar en profundidad la pequeña muestra que se selecciona (Ragin, 2007). Por otra parte, Manuel Sánchez de Dios (2012) sostiene que la investigación cualitativa facilita la comprensión de los actores y el escenario donde se desenvuelven:

El análisis cualitativo se basa en una amplia gama de técnicas para la obtención de datos como la observación directa/indirecta, la observación participante, las entrevistas individuales y los grupos de discusión. Estas tienen como objeto conocer y entender las experiencias y prácticas de informadores clave al mismo tiempo que localizarlas en su contexto. Estas técnicas responden a un tipo particular de investigación pues se trata de conocer las experiencias subjetivas de la gente y los significados que ellos atribuyen a tales experiencias (2012: 50).

Para lograr una generalización (el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI), la metodología comparada ofrece un control sistemático que servirá para delimitar

las fronteras de la investigación (Sartori y Morlino, 1994). La comparación entre casos similares permite identificar las regularidades y, al mismo tiempo, constatar las irregularidades. A través del hallazgo de las similitudes, podremos avanzar hacia la construcción de una teoría que sintetice y universalice el conocimiento. Como aseveran Pliscoff Monje, apoyándose en Caïs (1997), “el método comparativo es una aplicación de la regla general de la lógica. Consiste en variar de un fenómeno con la intención de eliminar variables y factores accesorios para llegar a lo que es constante y fundamental” (2003: 4). En la misma línea, Sánchez de Dios afirma:

El método comparativo consiste sobre todo en clasificar y ordenar un universo, establecer tipos o clases sobre los objetos de estudio, determinando en qué aspectos son parecidos y cuáles son opuestos; así se determinan sus “propiedades”, sobre las que se definen las variables fundamentales independientes (2012: 48).

En esta dirección, Arend Lijphart (1971) explica que el enfoque comparado no es un método de medición, sino un método para descubrir relaciones empíricas entre diferentes casos, en nuestro trabajo, los relatos políticos de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica (2010-2015). Al ser dos casos que se desarrollan dentro de un mismo contexto histórico (comienzos del siglo XXI) y espacial (Latinoamérica), nos concentraremos en el Análisis Histórico Comparado (AHC). De esta manera, teniendo en cuenta los factores comunes del entorno – como la elevada cantidad de presidentes progresistas en la región, las condiciones económicas favorables (“el boom de las *commodities*”) y la consolidación de China como potencia mundial, entre los principales–, podremos vislumbrar nítidamente en simultáneo los procesos discursivos que comparten y aquellos que los diferencian, y así detectar si en el plano comunicacional se puede conformar una categoría socialdemócrata dentro de la Nueva Izquierda Latinoamericana (NIL). Además, al tratarse de pocos casos, el Análisis Histórico Comparado (AHC) posibilita una profundidad conceptual que es ideal para este tipo de estudios regionales. Tomando como referencia a Mahoney y Rueschemeyer, 2003, el investigador Mariano Fraschini especifica:

A su vez, al centrarse en un pequeño número de casos, puede moverse hacia atrás y adelante entre la teoría y la historia en muchas interacciones de análisis, ya que su objetivo es formular nuevos conceptos, descubrir nuevas explicaciones, y refinar expectativas teóricas preexistentes a la luz de la evidencia detallada de

casos (Mahoney y Rueschemeyer, 2003). Esta aproximación, por sobre todas las cosas, hace posible un diálogo entre la teoría y la evidencia de una intensidad poco común en la investigación social cuantitativa. La brecha entre la teoría y la historia en los trabajos académicos puede ser subsanada, en ese sentido, a partir de la aplicación de este método, el cual debe advertirse que no se presenta como sustituto de la teoría (2013: 15).

Fraschini (2013), en este caso, acudiendo a Skopckol (1984), aclara que el AHC se puede utilizar solo cuando hay una base teórica compartida. En nuestro trabajo, esa literatura es de la Nueva Izquierda Latinoamericana que divide a este grupo de experiencias políticas en dos familias ideológicas: populismo y socialdemocracia. Sobre esa plataforma teórica, mediante un análisis sistemático, se intentará revelar las similitudes y las diferencias. Como apunta Charles Ragin: “Un resultado común de la investigación comparativa es el descubrimiento de que casos que pueden haber sido definidos al inicio como iguales” se diferencian en dos o más categorías a la conclusión del estudio” (2007: 182).

Como complemento del Análisis Histórico Comparado (AHC), utilizaremos el método narrativo. Para confeccionar un relato coherente, es imprescindible, teniendo en cuenta el contexto, articular de manera coherente todas las piezas discursivas (Abbot, 2001). De este modo, se desarrollan al mismo tiempo procesos como la causalidad, la descripción, la secuencia cronológica, la escritura económica, la coherencia interna de la narración y nitidez argumental, que servirán para darle orden al texto (Coller, 2005). A su vez, como se señalaba anteriormente, para examinar un proceso, la socialdemocracia dentro de la Nueva Izquierda Latinoamérica en el siglo XXI, el método narrativo es idóneo para establecer generalizaciones (Barzelay y Cortázar, 2004; Vincent, 2015). Para lograr categorías universales, es fundamental que el método narrativo logre agrupar y diferenciar los eventos y discursos trascendentales de los acontecimientos ordinarios. Por último, White (1980) asegura que, para alcanzar un cierto grado de objetividad, es clave que la subjetividad del investigador esté ausente en la narración.

Asimismo, será un estudio de tipo explicativo ya que describirá y analizará un problema, intentando desmenuzarlo desde una teoría general para después contrastarlo con otros estudios de caso, posibilitando las generalizaciones (Lipjhart, 1971). La función explicativa de un estudio de política comparada, como resume Sánchez de Dios, es útil porque “recurre a generalizaciones y teorías existentes aplicables al/los caso/ s” (2012: 46).

5.3.2. Técnicas de investigación y corpus empírico

Las técnicas de recolección y análisis de datos empleadas serán: análisis teórico bibliográfico, análisis de discurso y entrevistas semiestructuradas.

1. **Análisis teórico bibliográfico.** Utilización de material bibliográfico y teórico para la construcción conceptual del relato políticos y sus respectivas categorías analíticas. Además, se empleará literatura académica proveniente de la comunicación política, la ciencia política, la sociología y la historia para interpretar las intervenciones discursivas de los dos presidentes.
2. **Entrevistas semiestructuradas.** Se realizarán entrevistas semiestructuradas a técnicos, investigadores y actores políticos vinculados a las dos gestiones. Con esta herramienta metodológica se buscará complementar a las anteriores y obtener la información que subyace en los discursos y los documentos oficiales; por ejemplo, el contexto en que fueron fraguados, los actores que intervinieron en su elaboración y el material que no llegó a hacerse público.
3. **Análisis del discurso.** La técnica que usaremos para deconstruir las exposiciones de los presidentes será el análisis del discurso. Esta es una herramienta eficaz para estudiar la circulación de sentido, tanto en la producción y la recepción (Schiffrin, 1994). De esta manera, podremos vislumbrar el significado latente o subyacente de los documentos oficiales, las entrevistas mediáticas y los discursos institucionales, partidarios y territoriales de los mandatarios. Manuel Sánchez de Dios (2012) sostiene que lo que se intenta capturar con el análisis del discurso son las acciones de los sujetos a través de la lectura y examinación de la combinación de los signos que ejecutan para conformar un texto. El investigador Eliseo Verón precisa:

Estudiar la producción discursiva asociada a un campo determinado de relaciones sociales es describir los mecanismos significantes sin cuya identificación la conceptualización de la acción social y, sobre todo, la determinación de la especificidad de los procesos estudiados son imposibles (2003: 15).

Como señala Lucía Vincent (2015), el objetivo es realizar dos lecturas: una directa (función descriptiva) y la otra indirecta (función explicativa). En la primera, se hará hincapié en la descripción textual de los discursos presidenciales, el contexto donde están insertos y la narración de los actores que están involucrados. Por otro lado, estará la lectura indirecta, donde se buscará el significado subyacente, las intenciones de los actores, la función simbólica y las huellas ideológicas de cada enunciado.

El Corpus empírico está compuesto por 100 piezas discursivas en cada uno de los casos estudiados. Esta cantidad representa una muestra significativa para alcanzar una generalización teórica, pero en simultáneo es metodológicamente accesible. Dicho equilibrio responde a la reflexión de Abbott (2014), que asevera que, actualmente, el desafío de las ciencias sociales es evitar la escasez y el exceso de información. Según el investigador, cualquiera de los dos extremos puede acarrear problemas como la parálisis, el bloqueo, la irrelevancia o el colapso de la tarea académica. El marco temporal estará acotado a la duración de las administraciones de José Mujica (2010-2015) y Michelle Bachelet (2014-2018). A su vez, los fragmentos que se volcarán en el cuerpo de la tesis serán aquellos que contienen un patrón conceptual en cada una de las dimensiones analíticas del relato político: trama, guion dicotómico, tiempo verbal, repertorio simbólico y *ethos* presidencial. Para lograr una captura completa e integral, se examinarán intervenciones de los presidentes en diferentes formatos: entrevistas, exposiciones institucionales, visitas territoriales, actos patrios y cadenas nacionales, por citar las principales variantes. También se investigarán los diferentes soportes por donde circulan esos discursos: televisión, radio, teleconferencia, comunicación interpersonal, redes sociales y prensa gráfica. Esta decisión metodológica descansa en la interpretación de que las formas (registro y canales comunicacionales) influyen en el contenido (mensaje).

También hay que aclarar que el presente trabajo se concentrará en la producción, no en la recepción del discurso (Verón, 2003). Esto quiere decir que los esfuerzos estarán puestos en distinguir la configuración, las propiedades del entorno y su sentido histórico. La recepción, resignificación y efectos sociales no forman parte del objetivo de esta tesis: indagar sobre el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI.

6. Marco teórico²¹

En este apartado presentaremos el marco teórico vinculado al relato político. Es decir, retomando la bibliografía que ha trabajado sobre el relato y esta etiqueta ideológica, se crearán las herramientas teóricas, conceptuales y analíticas para cumplir el objetivo principal de esta investigación: determinar el relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI. Para alcanzar esa meta, primero, vamos a delimitar semánticamente a esta herramienta comunicacional estratégica; acto seguido, se precisarán los requisitos, las funciones y las fases del mismo; en tercer lugar, para poder operativizar el estudio que se llevará a cabo sobre las gestiones de José Mujica (2010-2015) y Michelle Bachelet (2014-2018), se va a desagregar el relato político en cinco variables: trama, guion dicotómico, repertorio simbólico, ethos presidencial y tiempo verbal.

6.1. Relato político

6.1.1. Estado del arte

El relato existe desde los orígenes de la humanidad (Barthes, 1966). Somos gregarios y para vivir en sociedad necesitamos historias que nos unan. Una narrativa compartida que nos diga de dónde venimos (pasado), dónde estamos (presente) y hacia dónde vamos (futuro). Todas las civilizaciones emplearon –de manera oral, escrita, simbólica o gestual– esta técnica comunicacional para conformar un “nosotros social” (Pujadas Capdevilla, 2016). De forma consciente o inconsciente, relatamos nuestra vida, los eventos más trascendentales, aquellos sucesos que fueron fructíferos y constituyen lo que somos hoy (Borrat, 2000; Canaletta, 2010). En efecto, la mayoría de las decisiones que adoptamos están hechas en base a proyecciones narrativas, no racionales (Denning, 2008). Imaginamos el relato en el que nos queremos convertir y, a raíz de ello, resolvemos. Por eso, desde niños nos inculcan el hábito narrativo.

²¹ Como se especificó en la introducción, este capítulo es una versión ampliada y corregida de dos artículos científicos publicados: “Anatomía del relato político: conceptualización, funciones y piezas de una herramienta comunicacional estratégica. El caso del presidente Mauricio Macri (2015-2018)” (2020), de la *Revista Política y Sociedad* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, 57 (3), pp. 821-841, y “La socialdemocracia latinoamericana pide la palabra. El relato político de la segunda presidencia de Michelle Bachelet (2014-2018)” (2021), de la *Revista de Estudios Políticos* del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 192, pp. 253-283.

A su vez, también se utilizaron fragmentos e ideas de otros dos artículos académicos propios. Uno publicado en la *Revista Comunicación y Hombre* de la Universidad Francisco de Vitoria, (17), pp. 73-84, y cuyo título es “Técnicas de la comunicación política ante la era de la infoxicación y la interrupción: del storytelling al storydoing” (2021) y otro publicado en la *Revista Ópera* de la Universidad del Externadode Colombia, 29, pp. 69-87, y cuyo título es “La matriz discursiva TEP: una propuesta teórica y práctica para persuadir en la ciberdemocracia”.

Cada noche, nos contaban antes de irnos a dormir un cuento. Esto se debe a que somos más propensos a la inteligencia narrativa –aquella que se manifiesta simbólicamente– que a la paradigmática –aquella que se presenta lógicamente– (Bruner, 1984). Estamos hechos de historias. Todo nuestro ciclo biológico está supeditado a ellas, desde que nacemos hasta que nos morimos. El investigador Christian Smith lo explica de la siguiente manera:

Pero más que eso, no solo seguimos siendo animales que hacen historias, sino también animales creados por nuestras historias. Contamos y volvemos a contar narraciones que ellos mismos vienen fundamentalmente a constituir y dirigir nuestras vidas. Nosotros, tanto como el más primitivo o tradicional de nuestros antepasados, somos animales que comprenden fundamentalmente qué es la realidad, quién somos, y cómo debemos vivir al ubicarnos dentro de lo más grande narrativas y metanarrativas que escuchamos y contamos, y que constituyen lo que es para nosotros real y significativo (2003:64).

Los relatos son uno de los principales recursos que tienen los liderazgos para cambiar mentalidades, voluntades y subjetividades. Las grandes religiones y ideologías son, al fin y al cabo, narrativas compactas que sobrevivieron al paso del tiempo en menor o mayor medida. La historia misma es una cronología de relatos. Como asevera la investigadora argentina, Adriana Amado: “El poder siempre se sirvió del relato para transmitir pautas de comportamiento” (2016: 83). En la Antigua Grecia, por ejemplo, los relatos eran más importantes que los hechos mismos. Cuando volvían de una batalla, los guerreros primero conversaban con los intelectuales y los sabios, que transformaban los sucesos corrientes en hazañas, los soldados en héroes y las guerras en épicas que luego se convertían en efemérides fundacionales. Toda esa elaboración mítica funcionaba como material mimético: los niños y los ciudadanos jóvenes aspiraban a crecer y convertirse en esas figuras arquetípicas. Con el nacimiento del Estado-nación, los relatos cobraron mayor relevancia. Las instituciones educativas y pedagógicas –escuelas, tecnicaturas, universidades, etc.– incorporaron esta herramienta comunicacional a su curricular para crear un sentimiento de colectivo que garantice la cohesión social en un territorio determinado. Así sentaban las bases semánticas de la patria. Quiénes fueron los fundadores del país, quién fue el enemigo, en qué fechas nació la nación, son algunas de las cuestiones que incluían los relatos. De esta manera, operaban como catalizadores de la energía social.

En el siglo XXI, el relato continúa siendo una herramienta trascendental para ordenar el sentido social. Frente a un ecosistema saturado de información y una agenda líquida, es imperioso por parte de los líderes políticos brindar certezas, expectativas y horizontes a los ciudadanos. Cada minuto, en todo el mundo, millones de personas crean mensajes. Esto quiere decir que a las noticias que propagan los *mass-media*, hay que añadirle todo el material que difunde la ciudadanía a través de sus plataformas digitales. El resultado es un sistema comunicacional hipertrofiado, cargado de dispositivos, datos y subjetividades. La literatura académica y el periodismo han utilizado diferentes términos para sintetizar a este proceso comunicacional: “cacofonía” (Dahlgren, 2005), “contexto colapsado” (Boyd, 2008), “ruido permanente” (Gutiérrez Rubí, 2009), “infoxicación” (Chamorro-Premuzic, 2014) y “obesidad mental” (Naskar, 2019).

De igual modo, esta sobreoferta de información, sumada a la aceleración de los flujos comunicacionales, ha alterado drásticamente el acceso del ciudadano a la opinión pública. Mientras una persona lee *Clarín* o *The Guardian*, por ejemplo, le puede aparecer una notificación de LinkedIn y, en simultáneo, llegarle una alerta de Whatsapp. Esta sincronía dificulta la concentración y promueve la mudanza constante de una aplicación a otra. Debido a esta volatilidad, el columnista del *The New York Times*, Thomas Friedman (2006), advirtió que estábamos pasando de la «Era de la información» a la «Era de la interrupción».

En la «Era de la interrupción», la atención es un bien escaso. Hoy en día, se estima que «cuatro segundos es el tiempo de nuestra paciencia cognitiva para seguir leyendo un artículo de un sitio web» (Gutiérrez Rubí, 2019: 78). La administración de este capital exiguo ha llegado a tal punto que autores como Michael Goldhaber (1997) y Richard Lanham (2006) se refieren a la «economía de la atención». Un concepto que sintetiza la contradicción que caracteriza al ciberespacio: mientras la información es infinita, la atención es finita. Este dilema moldea al mercado digital actual, donde las grandes corporaciones dependen de dos recursos: datos y atención. Los primeros sirven para delinear y microsegmentar los contenidos y, de esta manera, atraer la segunda, es decir, el interés del cibernauta.

El escueto margen de tiempo que otorga el navegador a cada posteo o noticia ha impactado en la gramática de la Web. La síntesis se transformó en un imperativo. Frente a una atención fugaz, los textos deben ser breves. El ejemplo más claro de esta economía discursiva es la red social Twitter, que está regida por la administración de los caracteres, no de las palabras. En poco

espacio hay que comunicar mucho. Tomando como ejemplo el caso de Donald Trump, Christian Salmon (2019) acuñó el término militar «conmoción y temor» para representar esta modalidad discursiva que prioriza el titular sobre el desarrollo, lo táctico sobre lo estratégico y la reacción sobre la reflexión.

La época presenta ciertos rasgos que desafían las narrativas de largo aliento. Los relatos políticos deben reducir su longitud y a condensar sus significados. Además, si bien se estructuran líneas de acción genéricas, también emerge el requerimiento de la segmentación. El ciudadano aguarda que el mensaje –tanto su contenido como su diseño– engarce con sus intereses, gustos y sentimientos. El relato político se descompone así en un *delivery* de mensajes personalizados, más conocido como “big data”. La sustancia discursiva debe congeniar el plano colectivo con la esfera individual. Por un lado, se tiene que activar el sentido gregario de las personas y, por el otro costado, se tiene que estimular los deseos individuales de las mismas. Dicho equilibrio es primordial para lograr un relato eficaz en el actual escenario comunicacional.

A su vez, la ciberdemocracia presenta características comunicacionales que engarzan con el relato político. Para empezar, la emotividad: desde sus orígenes, las narrativas se concentraron más en las pasiones que en las razones de las personas. Esta técnica desata el sistema automático, no el sistema de esfuerzo (Kahneman, 2008). Es decir, aquel proceso mental rápido, basado en las reacciones emocionales más que en la lógica y el tratamiento racional de la información, que conlleva mayor tiempo y trabajo cognitivo. El sentido de pertenencia, el orgullo, la búsqueda de la inmortalidad y el reconocimiento social son reacciones que a lo largo de la historia se activaron con el relato político. En este paso de la opinión pública a la emoción pública (Salmon, 2008), encender esas emociones es crucial para ganar la batalla por el sentido común. Los públicos afectivos, aquellos que se conectan, organizan y movilizan a través de sentimientos en red, son centrales en el panorama comunicacional actual (Papacharissi, 2015). A esas energías sociales hay que dotarlas constantemente de insumos narrativos – símbolos, adversarios, épicas, valores, etc.– que mantengan actualizado y consolidado el lazo afectivo con el líder.

Otro proceso distintivo en estos públicos afectivos es lo que el campo de la psicología política llama “disonancia cognitiva” (Hallin, 1992). Básicamente, este fenómeno consiste en que cuando a un “votante duro” se le presenta un vídeo de su candidato, por ejemplo, aceptando un

soborno, esa persona ignora la evidencia para preservar el vínculo afectivo con su líder. Entre la prueba empírica y el sentimiento, se inclina por este segundo. Es más fuerte el sentido de pertenencia a ese colectivo que la realidad. Gracias a su componente emocional, los relatos políticos acompañan ese enlace emotivo y relativizan las contradicciones cotidianas que puede tener el dirigente político en su quehacer diario.

La disonancia cognitiva existió siempre. El inconveniente actual, con las redes sociales, es el algoritmo. Antes, la exposición selectiva, a la que Perloff (2018) entiende como la tendencia por parte de los individuos a acceder solo a información que refuerza su sistema de creencias, la realizaba un votante del Partido Socialista Obrero Español de manera manual, cuando iba a la esquina de su casa y compraba el diario El País en vez del ABC. En esa acción, había un trabajo propio de selección. Hoy en día, el que ejecuta automáticamente esa función es el algoritmo. A través de nuestros clics, posteos, geografía, búsquedas, amigos, etc., la inteligencia artificial nos trae el contenido y las personas que supuestamente deseamos leer. Esto nos “encierra” en comunidades digitales donde todos piensan y sienten parecido a nosotros, es lo que el investigador Ernesto Calvo (2015) llaman “cámaras de eco”. Nuestros imaginarios se retroalimentan con visiones y estereotipos similares, no reciben contrapuntos ni críticas, y así, lentamente, el pluralismo en el campo digital pierde consistencia y abre paso a la homogeneidad. Emerge lo que los investigadores Steven Sloman and Philip Fernbach (2017) denominan “mentalidad de rebaño”, los individuos se aglutinan en tribus donde el “agente externo” es decodificado como un enemigo a la causa que se defiende.

La economía cognitiva es otro componente del escenario comunicacional actual. En 1994, Samuel Popkin denominó como “avaro cognitivo” a este ciudadano que cada vez está dispuesto a hacer un menor esfuerzo mental para informarse y tomar una decisión de corte económico (comprar una camiseta), ociosa (ver una película) o política (votar por tal candidato). El investigador británico Darren Lilleker (2019) retoma esa categoría para describir a los ciudadanos actuales, que no invierten grandes dosis de energía mental en la búsqueda de contenidos y, por el contrario, esperan a que los mismos lleguen a sus muros de Facebook, Instagram o a su casilla de correo electrónico. En este paradigma, la lógica se invierte: el ciudadano no va a la plaza pública a escuchar a su líder o al centro comercial a consumir, ahora las figuras políticas o las grandes compañías, a través de la microsegmentación y del *delivery* de contenidos, llegan al ciudadano.

Con relación a esta economía cognitiva, los ciudadanos optan cada vez más por el registro (audio)visual. Las imágenes son atajos cognitivos: en poco tiempo, permiten condensar una elevada cantidad de significado. Por ende, facilitan el trabajo mental del ciudadano para informarse. Además de la explicación cognitiva, Paul Messaris (2019) añade que el avance del formato visual responde a tres factores: la proliferación de los teléfonos inteligentes con cámaras, el incremento de las aplicaciones de edición y la multiplicación de las fuentes brindadas por internet que facilitan el acceso a las imágenes. En este contexto donde la fotografía es todo (Hand, 2012), son importantes la iconografía, los escenarios, los dispositivos comunicacionales, los colores y el vestuario que usan los líderes porque simplifican su identidad. A través de estos heurísticos, como veremos más adelante en el repertorio simbólico del relato político, conocemos la trama, la ideología, la visión y el ethos de los referentes políticos.

Estas características de la ciberdemocracia –emotividad, polarización, economía cognitiva, economía de la atención, mentalidad de rebaño, cultura hípervisual– conectan con las funciones cardinales del relato político: simplificar la realidad, simbolizar el poder, dinamizar energías sociales mediante la defensa de determinados valores y la configuración de un adversario en común. Como nunca en la historia de la humanidad, los seres humanos exigen que sus líderes narren más de lo que explican. Los gobernantes deben demostrar que saben convencer, pero sobre todo activar y estimular sentimientos comunes –confianza, sinceridad, valentía, coherencia, sensibilidad, etc.– en el tejido social. La ciudadanía demanda héroes, pero también sujetos corrientes que compartan consumos, rutinas y ocio. El líder debe demostrar que conduce correctamente tanto la esfera pública como el plano de la intimidad. Los atributos personales pesan tanto como los atributos ideológicos. Se trata de comunicar con historias sencillas, atrapantes y simbólicas que puedan ser captadas por una sociedad que cuenta con poco tiempo y no está dispuesta a hacer grandes esfuerzos para informarse. En este sentido, el relato político como atajo cognitivo es idóneo para abordar esta escena comunicacional (Denning, 2008; D’Adamo y García Beaudoux, 2016c; Nuñez, 2007).

6.1.2. Conceptualización

Antes de elaborar una definición de relato político, es imperioso despejar ciertas confusiones que habitan en el campo de la ciencia política y de la comunicación. Una de ellas es utilizar como sinónimos al relato político y al *storytelling*. Como sostienen D’Adamo y García

Beaudoux (2016b y 2016c), el *storytelling* es una técnica narrativa que se emplea en la ingeniería de un relato político. Por ejemplo, cuando el presidente argentino Néstor Kirchner descolgó el cuadro del dictador Rafael Videla del Colegio Militar estaba desarrollando un *storytelling*, con simbología, guion dicotómico y conexión temporal entre el pasado y el presente claros. Esta acción comunicacional precisa sirvió junto a otras –rememoraciones el día de su investidura²², la conversión de centros de tortura en espacios de memoria colectiva, la recomposición de la Corte Suprema de Justicia de la Nación– para construir un relato político asociado a los derechos humanos. Como se detecta, el tamaño narrativo del *storytelling* es micro, mientras que la escala del relato político es macro. El primero forma parte del significado; el segundo, por el contrario, es la totalidad del significado.

La diferente entre relato político y acontecimiento es más contundente. Gil Calvo (2018) destaca que el primero denota continuidad y el segundo expresa una fractura en el sentido común. El relato político es un ensamblaje de hechos, encadenados a través de una trama que les brinda coherencia, causalidad y linealidad semántica. En dirección contraria, el acontecimiento es excepcional y representa un quiebre en el orden. El caso del expresidente de Bolivia, Evo Morales, puede servir como ejemplo. Un acontecimiento fue cuando el líder aymara asumió –por primera vez en la historia– la presidencia frente a los pueblos originarios en Tiwanaku, las ruinas donde se desarrolló la civilización andina. Ante más de setenta mil indígenas, realizó un ritual donde era vestido con la simbología ancestral y juraba lealtad a sus valores. Esta asunción dislocó el protocolo ceremonial institucional del país. A partir de entonces, el referente del MAS juró un día frente a los pueblos originarios y otra fecha en el Palacio Quemado, frente al sistema político tradicional, como lo hicieron sus predecesores. Esa ruptura en la narrativa del país colaboró en la instalación del nuevo relato político de Evo Morales, que se sustentó en la diversidad cultural y étnica de Bolivia.

En tercer lugar, hay que marcar la distancia entre “mito de gobierno” (Riorda, 2006) y relato político. El investigador argentino Damián Pedemonte (2016) entiende que el mito de gobierno es el horizonte estratégico que se traza en la campaña electoral y se materializa en la gestión. Por otro lado, Pedemonte aduce que el relato político es la actualización del mito. Una vez que

²² En su discurso de asunción, el 25 de mayo de 2003, afirmó: “Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias, me sumé a las luchas políticas con valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada”. Dicha elipsis evoca a los jóvenes que militaron en organizaciones armadas o políticas en la década del setenta y fueron reprimidos, torturados, asesinados/o desaparecidos por la dictadura militar (1976-1983)

comienza la administración, la función del relato es operativizar el mito que se diseñó en la fase proselitista, encargarse de su sistematización y su actualización. Ante los cambios de coyuntura, el relato debe reencuadrar y adaptar el mito sin perder su esencia. Sin resignar la esencia del mensaje, este reencuadre permanente debe abrir la identidad y adherir nuevas voluntades políticas y sociales. Un ejemplo reciente sería el mito de Gobierno que gestó Donald Trump en las elecciones de 2016. Durante el lapso proselitista, el líder republicano prometió, con su slogan “America first”, devolverle la grandeza y el orgullo nacional a Estados Unidos. Ese fue el mito que, luego, durante el ejercicio del poder, transformó en relato político con la comunicación de políticas públicas de corte nacionalista y proteccionista.

Aclaradas estas confusiones semánticas, procederemos a la conceptualización del relato político. Antes, realizaremos un breve recorrido por los diferentes enfoques y las diferentes definiciones que se han realizado sobre relato político. El funcionalismo ha sido uno de los abordajes más recurrentes para definir al relato político. En esta línea se encuentran investigadores como Edelman (1991), Poletta (2006) Gottschall (2012), Selbin (2012) y Gil Calvo (2018), que se han focalizado en las utilidades. Es decir, cuáles son sus beneficios al momento de aplicarlo. Básicamente, estos cuatro autores han decodificado al relato como una herramienta comunicacional que permite la identificación emocional entre el líder y la sociedad, la legitimidad de determinadas políticas públicas, la generación de consensos sociales y, al mismo tiempo, la creación de fronteras identitarias que localizan fácilmente al opositor, distingue todas sus negatividades y facilitan la comprensión sobre qué es verdadero y qué es falso en el escenario político. Eric Selbin lo entiende de la siguiente forma:

Los relatos son un depósito de perspectivas y valores, una forma a través de la cual la gente se descubre a sí misma y se asocia (o se distingue de) otra gente, y un reflejo de lo que las culturas entienden como verdadero en el pasado, el presente y futuro (2012: 44).

Otra corriente académica se abocó a una definición sustantiva. Genette (1966), White (1980), Nuñez (2007) y Pedemonte (2016) son autores que han conformado esta perspectiva que resalta la esencia del relato y entiende a éste como un dispositivo que articula una serie de hechos y logra convertirlos en un significado superior, que por separado no podrían obtener. La unión entre ellos es la condición para alcanzar dicha semántica. En esta óptica, el orden temporal para alcanzar ese valor es clave. Pedemonte lo sintetiza de la siguiente manera: “Relato es una forma

del discurso que le agrega al texto el paso del tiempo, a pesar del cual se mantienen la unidad y el interés de la audiencia” (2016: 95). Teniendo en cuenta el ecosistema comunicacional actual, donde –como vimos anteriormente– la atención es un bien escaso y la información es abundante, Antonio Nuñez propone la siguiente definición:

Un relato es una herramienta de comunicación estructurada en una secuencia de acontecimientos que apelan a nuestros sentidos y emociones. Al exponer un conflicto, revela una verdad que aporta sentido a nuestras vidas (2007: 27).

Otro conjunto de teóricos ha propuesto una aproximación híbrida, que recoja tanto las funciones como la esencia del relato. Es el caso de Greimas (1966), Smith (2003) y Gutiérrez Rubí (2009), que han trabajado para obtener una síntesis de los dos anteriores abordajes. Estos tres autores han subrayado la importancia del relato como transmisor de experiencias humanas, su capacidad para despertar emociones y fusionar eventos y acciones en un mensaje superior que no es estático, sino dinámico y que se adapta a los cambios del entorno sin perder sus propiedades nucleares. En este sentido, Greimas precisa:

La unidad discursiva que es el relato debe ser considerada como un algoritmo, como una sucesión de enunciados cuyas funciones-predicados simulan lingüísticamente un conjunto de comportamientos que tienen una finalidad. En tanto sucesión, el relato posee una dimensión temporal: los comportamientos que expone mantienen entre sí relaciones de y de posterioridad (1966: 46).

En cuarto lugar, se distingue una línea de investigación que ha señalado los procesos cognitivos y fisiológicos que provoca un relato eficaz. Bruner (1986), Mc Adams (2006), Sacks (2008), Brooks (2019) y Haidt (2019) son algunas de las referencias de este campo que destaca las siguientes reacciones fisiológicas: (I) las personas cuando escuchan o ven historias emotivas liberan oxitocina, la hormona de la empatía, el afecto y el amor; (II) los seres humanos que logran estructurar una historia que conecte sus sufrimientos con logros posteriores o muestras de resiliencia, son más felices que aquellas que no cuentan con estos relatos superadores; (III) los relatos que están constituidos por valores o representan determinadas morales activan lo que Haidt llama “el interruptor de la colmena”, es decir, las personas se olvidan del “yo” y pasan al “nosotros” de manera inconsciente, relegando los intereses individuales en pos de los intereses colectivos; (IV) los relatos sirven para trabajar y superar clínicamente determinadas

enfermedades; (V) y, por último, facilitan la comprensión y el aprendizaje en los niños ya que la inteligencia narrativa es más efectiva que la inteligencia paradigmática. Sobre esto último, Oliver Sacks tomando como referencia a Bruner (1986), profundiza:

Los niños muy pequeños gustan mucho de cuentos y relatos y los piden, y pueden entender cuestiones complejas expuestas como cuentos y fábulas, cuando su capacidad para captar conceptos generales, paradigmas, es casi inexistente. Esta capacidad simbólica o narrativa es la que aporta un sentido del mundo (una realidad concreta en la forma imaginativa de símbolo y relato) cuando el pensamiento abstracto no puede proporcionar ninguno. El niño sigue la Biblia antes de seguir a Euclides. No porque la Biblia sea más simple (podría decirse lo contrario) sino porque viene dada en una forma simbólica y narrativa (2009:199).

Por otra parte, están los autores que han reflexionado sobre las piezas que conforman un relato. Este encuadre estructural trabaja sobre las diferentes variables que constituyen una narrativa: el héroe, el *plot*, el antagonista, el conflicto, la restitución del orden (tesis-antítesis-síntesis), el clímax, los picos de atención, la simbología, las zonas de descanso, los escenarios, el arco temporal (pasado-presente-futuro) y el código dramático. Estas son algunas de las partes que investigadores como Pau Canaleta (2010), John Truby (2010) o John Yorke (2014) identifican como centrales en la ingeniería de un relato.

También está la corriente crítica del relato político. En los últimos años, el filósofo francés Christian Salmon (2008a, 2008b, 2011, 2019) ha alertado sobre el poder de manipulación de esta técnica comunicacional. Según Salmon, el abuso del relato político estaría provocando los siguientes daños: pérdida del sentido crítico por parte de la ciudadanía, relativización de la verdad (importan más los giros narrativos que los hechos), hipnosis social, auge del fanatismo, incremento de la personalización de la política (crisis y menoscabo de estructuras de representación tales como sindicatos, partidos políticos, iglesias, organizaciones sociales, etc.) y profunda emotivización de la opinión pública, que termina erosionando la calidad de la deliberación pública²³. A diferencia de otros investigadores, Salmon escribe desde un enfoque

²³ En una entrevista académica, Salmon (2008b) identificó este proceso como el paso de la opinión pública a la emoción pública. Los valores reemplazan a las ideas, las reacciones desplazan a las reflexiones y las emociones relegan a las políticas públicas. Además, hay que tener en cuenta la privatización de la política, entendida como la dinámica donde los atributos personales desplazan cada vez más a los atributos ideológicos del líder.

normativo y explica lo que no debería ser el relato político. Mediante una radiografía comunicacional de líderes contemporáneos, como Barack Obama, Nicolás Sarkozy o Donald Trump, intenta alumbrar la “mala praxis” que se realiza mediante este método de manipulación masiva.

Orlando D’Adamo y Virginia Beaudoux (2013, 2016a, 2016b, 2016c) son dos teóricos que han trabajado integralmente el relato político. Los investigadores argentinos, haciendo un compendio de los anteriores enfoques, han entendido a esta técnica comunicacional como una “novela del poder”. Dicho de otra manera, es la historia que, a través de una trama, una estructura temporal, una simbología propia, un set de valores y un conflicto abierto, sintetiza el significado de la gestión. Con esa narrativa, el Gobierno se inserta en el ecosistema comunicacional y disputa –frente a la oposición, los medios de comunicación, la justicia, las empresas, las ONGs, las energías ciudadanas, etc.–el sentido común. Es una forma de enmarcar la realidad y comprender qué es lo que está sucediendo. Así lo desarrollan:

Por su parte, definimos al relato como una estrategia de comunicación política. Como tal, sirve para transmitir valores, objetivos y construir identidades. Es una historia persuasiva que actúa a modo de “marca” de un partido, líder o gobierno. Moviliza, seduce, evoca y compromete mediante la activación de los sentidos y las emociones (D’Adamo y Beaudoux, 2016b: 25).

Teniendo como referencia esta definición, acá entenderemos al relato político como la técnica comunicacional que aplica el gobierno para imprimirle identidad, unidad y legitimidad a su gestión. Este abordaje teórico lo consideramos conveniente por las siguientes razones: (a) identidad, porque le aporta un marco preciso de significados, imágenes, valores y símbolos a la administración; (b) unidad, porque relativiza las contradicciones cotidianas del Poder Ejecutivo y, a su vez, mantiene cohesionada las estructuras política y social que sostienen al proyecto gubernamental; y (c) legitimidad, porque les otorga autoridad a las decisiones de la presidenta o del alcalde sin recurrir a la coerción ni a la amenaza de ella.

6.1.3. Requisitos, funciones y fases

Sin embargo, no cualquier comunicación que se hace desde una administración pública es un relato político, hay ciertos requisitos. Para comenzar, una condición en la que coinciden todos

los autores que trabajan en la temática es el componente emocional (Poletta, 2006; Simmons, 2007; Canaleta; 2010; D'Adamo y García Beaudoux (2016b, 2016c). La narrativa debe activar sentimientos, generar esperanzas, provocar reacciones anímicas. Es lo contrario a la "lógica inventarial", donde se busca, a través de la enumeración de las políticas públicas, cuantificaciones y estadísticas, convencer al ciudadano de manera racional de que se está logrando una gestión eficaz y eficiente de los recursos públicos. El relato político apunta al costado emocional de los seres humanos. Simmons asevera:

Las historias se comunican directamente con el viejo cerebro, el sistema límbico, la amígdala y las otras partes centrales del cerebro que sólo reconocen la realidad tangible, no los símbolos de la realidad, como números e idiomas. Las partes del "sentimiento" del cerebro están diseñadas para acelerar las respuestas (acercarse / evitar / congelar) a importantes experiencias (buenas / malas), basadas en el olfato, la vista, el tacto, el gusto, y sentir (2007: 15).

Un segundo requerimiento es que el relato político tiene que conectar con las demandas sociales. Esto significa que debe recoger sustratos preexistentes de la cultura sobre la que opera, pero también debe representar sensaciones sociales de la agenda del presente. Las tradiciones del pasado, las deudas del presente y las aspiraciones respecto al futuro deben estar almacenadas en la narrativa gubernamental. Por otro lado, en una época marcada por la interacción y la horizontalidad, es necesario que el ciudadano forme parte de la escritura del relato político. Se tiene que generar una sinergia entre los insumos comunicacionales que propone la gestión y los que produce el tejido social. El prosumidor tiene la capacidad de amplificar la propuesta del gobierno y, además, de resignificarla. Gutiérrez Rubí lo desmenuza así:

La narración siempre ha sido el vehículo para transmitir experiencias. Hoy en día el poder de internet multiplica la capacidad de expansión del relato porque aumenta la capacidad de los narradores, de las voces. Las posibilidades virales de la cultura digital pueden amplificar el mensaje implícito en el relato político, dada su capacidad de propagación, multiplicación y transmisión (2019: 102).

La creatividad social debe ser incorporada por la comunicación gubernamental. Los flujos deben ser descendentes (desde el Estado hacia la sociedad) y ascendentes (desde la sociedad al

Estado). La simbiosis entre ambos sentidos garantizará que el relato no pierda actualidad ni plasticidad para adaptarse a los cambios permanentes de la coyuntura. Sin perder la esencia, es decir, su núcleo semántico rector, el formato del relato político en la ciberdemocracia debe ser coral, dinámico y abierto. La comunicación de masas dio paso a la autocomunicación de masas (Castells, 2011), y el relato político para no ingresar en el monólogo, tiene la misión de aclimatarse a esa mudanza de paradigma. Alcanzar lo que los investigadores Carlos Scolari (2016) y Henry Jenkins (2009) llaman “narrativa transmedia”: relatos que se expanden por varios medios (redes sociales, televisión, documentales, territorio, etc.) y contienen corrientes de contenidos manejadas desde arriba (*top-down*) por los creadores (en este caso, los políticos) y desde abajo (*bottom-up*) ejecutadas y resignificadas por los ciudadanos y, en tercer lugar, “la capacidad del mundo narrativo de ser abordado a través de cualquiera de las unidades textuales que la componen” (Scolari, 2016: 185).

La causalidad es otro imperativo en el relato político. Cada acción comunicacional tiene que estar conectada con su predecesora y, a la vez, con su sucesora. Debe haber una lógica que le suministre coherencia a la narrativa durante toda la gestión. Cada *storytelling* o *storydoing* que se realiza en el quehacer cotidiano tiene que responder a la trama: “igualdad”, “transparencia” o “modernidad”, por ejemplo. Tiene que existir una coherencia temporal que amalgame el pasado reciente con el presente y el futuro (Habermas y Bluck, 2000). Además, la congruencia debe ser a nivel sustancial, el mensaje, pero también en el plano formal, los canales y el estilo (Pujadas Capdevilla, 2016). Cuanto mayor relación haya entre el contenido y las formas, mayor será la solidez del relato político y menores van a ser los puntos débiles para atacar por parte de sus contradictores. En relación con el encadenamiento, un relato político demuestra ser eficaz cuando logra transformarse en una galería de tres o cuatro imágenes en la mente del ciudadano, y que cuando le consulten sobre la administración de tal gobernante, tenga a su disposición cuatro recuerdos clave que definen la identidad de ese proyecto.

Orlando D’Adamo y Virginia Beaudoux (2016b y 2016c) también enfatizan que el relato político debe ser capaz de adaptarse a los cambios de coyuntura. En un mundo cambiante e impredecible, la plasticidad es un componente clave en la comunicación gubernamental. Sin alterar su naturaleza, el relato tiene que ser flexible y responder a las rupturas que produce la agenda. Un ejemplo contundente es la pandemia del Covid-19. La enfermedad que surgió en Wuhan alteró los planes políticos, económicos y sociales de todas las naciones del mundo. Si una narrativa no sabe amoldarse a las transformaciones profundas y transversales (avance del

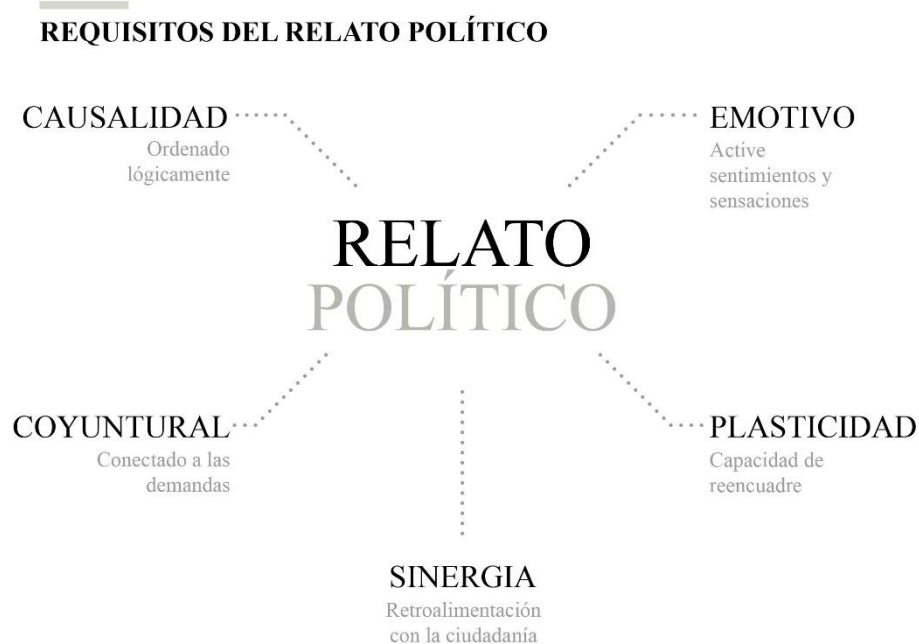
capitalismo digital, virtualidad en las esferas del ocio, trabajo y de sociabilidad, crisis sanitaria y económica, etc.), va a quedar desfasada de la realidad. Ya no servirá ni como eje movilizador de energías sociales ni como guía pedagógica que le explique a la ciudadanía lo que está aconteciendo. Este anacronismo puede “oxidar” al relato político en un breve espacio temporal. D’Adamo y García Beaudoux lo entienden así:

Al servicio de ello, resulta de gran utilidad una táctica de comunicación denominada “reencuadre”, que permite comunicar los mismos hechos, pero desde diferentes perspectivas, contextos o marcos posibles, lo que facilita que la interpretación de los acontecimientos se adapte al relato, y que el relato se ajuste a la realidad sin perder su esencia. No es sencilla su plasticidad, pero no por eso menos crucial. Ella será clave para su subsistencia, tal como lo evidencian en la historia política relatos diversos como el “cubano revolucionario”, pasando por el “chavista” en Venezuela, y continuando por el “Relato K” en Argentina (2016c:176).

Por otro lado, el relato político cuenta con determinadas funciones. La primera, y sobre la que hay un amplio consenso académico, es su capacidad para dinamizar voluntades (Heath y Heath, 2006; Nuñez, 2007; D’Adamo y García Beaudoux, 2016b y 2016c; Salmon, 2011; Haidt, 2019). Esto quiere decir que una narrativa eficaz enciende las energías sociales, les otorga un horizonte y un repertorio de argumentos y valores para defender y viralizar a la gestión. Como arguyen Heath y Heath (2007), los relatos le acercan a la ciudadanía dos herramientas: simulación e inspiración. La primera es una brújula informativa que le enseña a la gente cómo actuar; la segunda, en cambio, le aporta a la ciudadanía la motivación necesaria para participar del debate público o tomar decisiones políticas o económicas. Ambos investigadores afirman que el fin de la simulación y la inspiración es la acción. Además, retomando la variable emocional y el lenguaje llano, indican que la historia “es parte entretenimiento y parte instrucción” (2006: 208), dos elementos que aporta el relato político.

En sintonía con la anterior competencia, hay que resaltar la función de crear un “amplio nosotros”. Los relatos políticos eficaces aglutinan voluntades detrás un objetivo. En otras palabras: forjan identidades. Constituyen grupos a través de fronteras y sentidos de pertenencia. Incluyen y excluyen, al mismo tiempo. Crean un colectivo mediante atributos positivos (“Nosotros somos sensibles a las demandas de los más humildes”), pero también a través de

aspectos negativos (“No somos corruptos como ellos”). Burke (1969a) destaca que hay tres formas de construir identificación: antítesis, desconocimiento y simpatía. Cuando se emplea el antagonismo para juntar a los propios y desgastar a los adversarios, se está utilizando la primera. Este proceso de construcción del rival se da en dos direcciones: vertical, entre el líder y los seguidores, y horizontal, entre los mismos seguidores.



En una era donde las seguridades escasean, el relato político provee un horizonte posible. El futuro es cada vez más escurridizo. Se torna cada vez más difícil trazar pronósticos. Zygmunt Bauman acuñó una frase que resume esta época: “Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que solo nos aguarda más incertidumbre” (2001: 33). Frente a este escenario cambiante, el relato político brinda certidumbre, expectativas, cursos de acción probables y escenario sobre donde se desarrollarán las vidas de las personas (Jackson, 2002; D’Adamo y García Beaudoux, 2016a y 2016c).

Sobre esta realidad gaseosa y compleja, el relato también funciona como un atajo cognitivo, que facilita la interpretación social de la realidad. Contiene un poder pedagógico que simplifica lo que está sucediendo. Responde a preguntas sencillas como ¿qué está en juego?, ¿quiénes son los actores en disputa?, ¿por qué se desarrolla determinado conflicto?, ¿cuáles son las causas y las posibles consecuencias? Dicho de otra manera: son heurísticos que recopilan una vasta cantidad de significado en un margen acotado de tiempo (Pléh, 2003, en Gianluca Giansante,

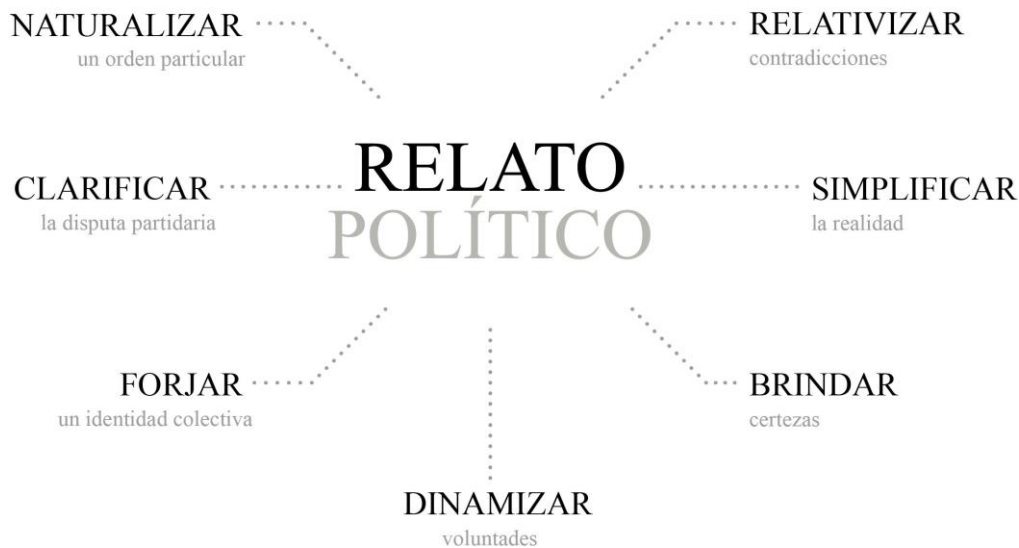
2009; D'Adamo y García Beaudoux (2012; 2016a; 2016b; 2016c).

En relación con lo anterior, el relato político permite también naturalizar cierto orden y, en simultáneo, anular las contradicciones diarias de una gestión. Puede convertir intereses particulares en intereses comunes. Si la administración logra articular una narrativa potente, que esté respaldada por hechos, delimitará los límites del debate público, incluyendo ciertas temáticas y excluyendo otras. Al fin y al cabo, el relato político moldea el sentido común, configura lo políticamente correcto en un momento preciso Gil Calvo arguye que las acciones “pasan a parecer normales, naturales, lógicas y necesarias” (2016: 651). Aquellos que ataquen o critiquen a un relato político eficaz corren el riesgo de quedar marginados socialmente. Eric Selbin lo desmenuza así:

Los relatos, en esencia, reflejan los valores culturales de su tiempo y su lugar, así como también los de quienes los cuentan. No podría ser de otra manera, ya que las cuestiones específicas son tan variadas como los relatos y sus autores, y los desencuentros no hacen más que reflejar distintos patrones en la forma de contar historias, así como también convenciones narrativas diferentes a las occidentales, elementos metafísicos propios de cada pueblo, de cada época y lugar, y personajes que no reconocemos de cánones que no nos resultan conocidos (2012: 44).

Por último, el relato político permite ordenar el sistema de partidos en una competencia narrativa. Cada fuerza representa una historia ideal sobre lo que podría ser el entorno donde se desarrolla: ciudad, comunidad o país. Algunos partidos políticos buscarán proyectar el espíritu meritocrático como medio para el progreso, otros comunicarán desde el prisma de la igualdad y otros lo harán desde la óptica de la tradición. Todos se están disputando el sentido común, intentando instalar lo que se considera “normal”.

FUNCIONES DEL RELATO POLÍTICO



A su vez, los relatos políticos tienen un ciclo biológico. Como detallan D'Adamo y García Beaudoux (2016b), a lo largo de su existencia, los relatos atraviesan diversas etapas. La primera es la fase embrionaria, donde se presentan los principios orientadores que marcarán el rumbo. A través de una trama rectora, se le muestra a la sociedad los ideales que representará la gestión. El segundo período es la consolidación, cuando el relato se viraliza exitosamente en el tejido social y comienzan a percibirse flujos de comunicaciones en dos direcciones: desde el poder político hacia la sociedad (*top down*) y desde la sociedad hacia el poder político (*bottom up*) y no solamente. La parte que sigue es el deterioro, que es cuando se empiezan a distinguir contradicciones, reiteraciones y estereotipos. Orlando D'Adamo y Virginia García Beaudoux pormenorizan sobre esta instancia:

Aumentan la agresividad y la confrontación en las comunicaciones públicas. Adquiere una estructura de dogma en la cual existen agentes personales o institucionales que catequizan sobre sus virtudes y acerca del valor de la lealtad de sus adherentes-devotos. Cuando un relato sufre el paso del tiempo, comienzan a tener lugar situaciones que pueden relativizar los valores de la trama principal (2016b: 34).

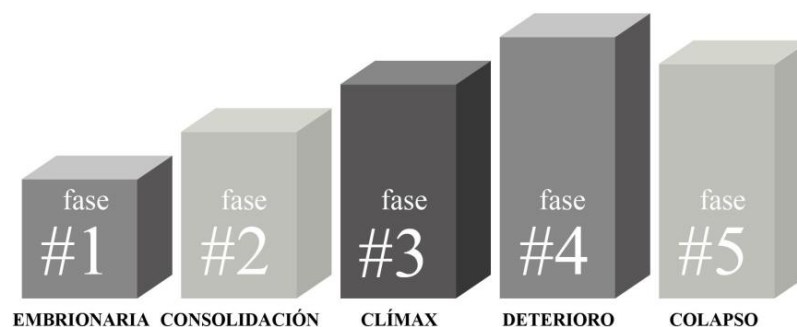
El último fragmento es el colapso, donde se produce una dislocación total del relato político con la realidad. Ya no existe un hilo que hilvane las diferentes acciones comunicacionales, sino

que hay un caos semántico que intenta cubrirse con victimizaciones, denuncia de conspiraciones y ataques desproporcionales contra opositores. A estas cuatro fases, consideramos conveniente sumarle una más: el clímax. Este momento, posterior al de consolidación, se produce cuando el relato político es tan potente que reemplaza al relato matriz del país, de la región o ciudad. Alcanza la categoría de histórico, transformando el sentido común imperante y reconfigurando costumbres, idiosincrasias, imaginarios y códigos culturales. Es lo que Martin Gurrin, Craig Denny y Aaron Harms denominan “narrativas maestras”.

Las narrativas maestras son historias poderosas y duraderas dentro de países, regiones, culturas o grupos particulares. Surgen del rico patrimonio social de comunidades y entornos particulares, y reflejan esperanzas, preocupaciones y aspiraciones compartidas. La identidad de cualquier grupo de personas se forma en gran medida por (y se refleja en) estas historias a menudo contadas, que ayudan a los miembros del grupo a dar sentido a los desarrollos de la vida y a explicar quiénes son, de dónde vienen y hacia dónde van (2010: 105).

Claramente, este proceso se da en contadas ocasiones. Un ejemplo nítido es Nelson Mandela en Sudáfrica. Su trama de reconciliación entre las poblaciones negra y blanca desplazó al *apartheid* –fundamentado en una visión colonial del país, donde se imponía el supremacismo, la jerarquía y la segregación– como sistema social y estableció un nuevo orden de valores –igualdad, tolerancia, y diversidad– entre la ciudadanía. Con sus matices e imperfecciones, esa narrativa maestra es la que caracteriza al país africano desde entonces. Gurri et al. (2010) citan otros casos como el American Dream en Estados Unidos, el fuerte sentido de hospitalidad y caridad en el mundo árabe y la necesidad de un liderazgo fuerte en Rusia.

CICLO BIOLÓGICO DEL RELATO POLÍTICO



6.1.4. ¿Cómo operativizar el análisis de un relato político?

En este inciso, brindaremos las cinco variables que permitirán realizar un análisis sistemático y comparado entre los relatos políticos de José Mujica (2010-2015 y Michelle Bachelet (2014-2018). Las cinco dimensiones escogidas serán: la trama, el guion dicotómico, repertorio simbólico, ethos presidencial y tiempo verbal. Aquí el objetivo es conceptualizar, ejemplificar y ahondar en la función de cada una de estas piezas para luego realizar la investigación de ambos casos de una manera cabal y rigurosa.

Para comenzar el análisis de un relato político es fundamental reconocer la trama. La trama es la variable que vertebrará al relato. A través de esta línea argumental (Neuman, 2006), se relacionarán los personajes (propios y adversarios), los diálogos, los escenarios, la simbología, las biografías, las referencias temporales, etc. Es el hilo conector, la temática que ordena y aglutina con un determinado sentido los hechos y el resto de los elementos que configuran al relato político. En resumen, es la línea argumental de nuestra gestión. El *plot*, como lo llaman Klent (2015) y Truby (2010), debe responder al interrogante: ¿de qué trata el relato político de la administración? En la actualidad, como veremos más adelante, las tramas más recurrentes son “modernización”, “redención”, “diversidad”, “igualdad”, “orden”, “patriotismo”, “independencia”, “nacionalismo” o “libertad”.

Mientras se respeta a la trama como principio rector, el relato político dispondrá de coherencia

y nitidez, es decir, las acciones que se desarrollen y comuniquen contarán con una cierta armonía y consistencia. Sin trama, no hay relato político, solo una comunicación gubernamental desmembrada, espasmódica y sin dirección. Además, al modificar constantemente el *plot* se dificulta el posicionamiento frente a la sociedad. La identidad es imprecisa, confusa y polisémica. En este escenario marcado por las economías cognitiva y de la atención, al ciudadano se le complica asociar a la gestión con seis valores –transparencia, igualdad, solidaridad, innovación, desarrollo y eficiencia, por ejemplo– al mismo tiempo. A lo sumo, podrá representar con uno o dos valores a la administración, por eso es importante que haya un hilo temático que atraviese toda la comunicación gubernamental. Un autor que ha trabajado este tema es el investigador Michael Klent (2015), quien piensa que las tramas son esenciales para desarrollar una geografía de poder de la gestión, donde se gesten vínculos premeditados y estratégicos –conflictos, alianzas o consensos parciales– con actores sociales, políticos, mediáticos, judiciales y económicos para lograr resultados positivos. Klent detalla:

Las tramas maestras sirven como un medio para que las organizaciones cuenten su propia historia, construyan identificación y se conecten con otros. De hecho, para que las organizaciones cambien o evolucionen después de una crisis se requiere una nueva visión, un nuevo propósito, una nueva perspectiva del mundo (Ulmer et al., 2007; Veil & Kent, 2008) y una reevaluación de los héroes organizacionales y villanos (2015: 484).

Si bien cada trama es creada según el contexto donde está inmersa y la visión del líder, y que puede haber tantas tramas como entornos, se puede proponer una tipología en base a los trabajos de diferentes autores. La trama del orden que plantea una lucha entre la calma, la certidumbre y las reglas contra el caos, la oscuridad y la anarquía (Canaleta, 2010). Otra posibilidad es la trama del cambio, que emplearon el presidente norteamericano Barack Obama, en el 2008, y el mandatario argentino Mauricio Macri, en el 2015, para construir un clivaje temporal que dividía la disputa electoral entre “lo viejo”, el sistema político tradicional con sus vicios y trampas, contra “lo nuevo”, la renovación, la esperanza y el ascenso de dirigentes políticos honestos y cercanos a la gente (D’Adamo y García Beaudoux, 2013). Heath y Heath (2007) añaden tres más: la trama de la conexión, que trabaja sobre el vínculo leal del líder con su pueblo (Hugo Chávez o Juan Domingo Perón son casos concretos); la trama del desafío, que muestra al protagonista (jefe del Poder Ejecutivo) superando un obstáculo histórico que tuvo su nación (Carles Puigdemont o Boris Johnson, con sus luchas a favor de la

independencia de Cataluña y el Brexit, respectivamente, son posibles modelos de este *plot*); y la trama de la creatividad, que descansa en la capacidad del máximo líder en encontrar una salida inédita frente a un conflicto irresoluble (Barack Obama y Raúl Chávez, con el restablecimiento de las relaciones bilaterales entre Cuba y Estados Unidos, pueden funcionar como referencias).

También se podrían sumar otra clase de tramas, como la de índole reivindicativo (Evo Morales, con su recuperación de la identidad de los pueblos originarios y la declaración de un Estado plurinacional, o Donald Trump, con su slogan “Make great America again” y su insistencia en devolverle la –supuesta- jerarquía perdida a Estados Unidos, son arquetipos claros). Asimismo, se podría incorporar la trama de la reconciliación, que busca el restablecimiento de las relaciones entre grupos raciales, religiosos o nacionales enfrentados (Martin Luther King y Mahatma Gandhi son prototipos en esta variante). Por último, podríamos resaltar la trama de la diversidad, que reposa en la ampliación de derechos y el empoderamiento de minorías que han sido siempre discriminadas (por sus proclamas a favor de la tolerancia sexual, Justin Trudeau, Mette Frederiksen y Jacinda Ardern pueden ser ubicados en esta línea).

La segunda pieza del relato político es el guion dicotómico. Para que la trama magnetice y capte la atención social, tiene que haber un conflicto sin resolver. Enfrente del protagonista (el presidente y su proyecto) tiene que haber un contrincante (Borrat, 2010; Yorke, 2014; D’Adamo y García Beaudoux, 2016a y 2016c; Canaleta, 2010). En la literatura o el cine se conoce como “tensión narrativa” a la zona de riesgo del relato, cuando corre peligro la misión del protagonista. Esa es la función cardinal (Barthes, 1966) del guion dicotómico, lograr que la ciudadanía tenga incentivos –una amenaza a su trabajo, una pérdida de la identidad cultural, una injusticia social, una fuerza que defiende a los poderosos, una figura pública que le robó a la república– para involucrarse, defender y formar parte del relato político. Sobre ese equilibrio perdido que le inyecta suspenso e interés a la ciudadanía, Gil Calvo examina:

El truco narrativo resulta bien conocido. Se trata de describir un estado de cosas caracterizado por su integración y estabilidad que de pronto sufre una pérdida de equilibrio y es desplazado de su órbita, amenazando con caer y precipitarse al vacío hasta desintegrarse. Es la pérdida del paraíso original que genera una tensión narrativa como motor dinámico de la acción, aspirando a recuperar al final la anhelada estabilidad del equilibrio perdido (2016: 649).

Esta disputa no puede liberarse con numerosos rivales al mismo tiempo. Por una cuestión de economía cognitiva, las personas entienden mejor las situaciones en clave dicotómica, cuando participan dos bandos: “los buenos” versus “los malos” (Laponce, 1981, en D’Adamo y García Beaudoux, 2013). La lógica binaria ordena y simplifica mentalmente a los seres humanos. Es importante que el adversario de una gestión sea estratégico y funcional a la trama planteada. Dicho de otra manera: el líder debe elegir a su opositor, y no a la inversa. Por ejemplo, si se está desplegando una narrativa que tiene como eje a la transparencia, lo ideal sería que el enfrentamiento sea con un actor o una fuerza que posea denuncias de malversación de fondos y que en el imaginario social sea identificado como corrupto. Se trata de definir el encuadre, los límites desde donde se interpreta la realidad, y de no aceptar el marco propuesto por terceros. Cada *framing* incluye un catálogo determinado de valores (igualdad, justicia, honestidad, etc.), que, a su vez, se enfrenta a otro repertorio —el del adversario escogido— cargado de negatividades (autoritario, corrupto, populista, elitista, ineficiente, etc.). Este contraste busca generar una autoidentificación mecánica: somos todo lo que no es nuestro adversario, es decir, no poseemos sus defectos. Edelman precisa:

En política, los antagonistas también ayudan a constituir la subjetividad. Las personas politizadas se definen en gran medida en los términos de su oposición a los otros grupos que temen y condenan. Es especialmente probable que los líderes y los aspirantes al liderazgo se construyan una imagen sobre la base de la oposición a un enemigo o grupo de enemigos (1991: 85).

El lingüista Eliseo Verón (1987) destaca tres tipos de receptores posibles: paradestinatario, prodestinatario y contradestinatario. El relato político, con su repertorio positivo de valores, estaría dirigiéndose al prodestinatario, aquel sujeto que pertenece a la misma cosmovisión del proyecto, mientras que con el repertorio negativo estaría “atacando” al contradestinatario, aquel sujeto que integra el imaginario opuesto al de la gestión y completa el guion dicotómico. Como comenta Stephen Denning (2008), los personajes (tanto protagonistas como adversarios) que se escojan para una historia pueden ser genéricos (“la corrupción”, “el pueblo”, “la pobreza”, “la casta”) o personalizados (“Sebastián Piñera”, “Pablo Casado”, “Ollanta Humala”, “George Bush”). En cualquier de los dos casos, se produce lo que los investigadores Waytz, A., Young, L. and Ginges, J. (2014) califican como atribución asimétrica de motivos: un fenómeno psicológico que consiste en considerar que la ideología propia está sustentada en el amor mientras que la ideología de tu opositor está basada en el odio. Este proceso es más eficaz

al momento de construir identidades colectivas porque las reacciones morales fuertes no necesitan análisis causales, solo se trata de los valores que están en juego en cada política pública (Sloman and Fernbach, 2017; Haidt, 2019).

Otra pieza del relato político es el *ethos* presidencial. En un contexto marcado por la personalización de la política, donde las estructuras de representación colectivas están en declive y la opinión pública se fija tanto en los atributos personales como en los componentes ideológicos de los funcionarios (Bennet, 2012; Castells, 2018), es fundamental inspeccionar cómo se autopresenta el protagonista del relato político, o sea, el encargado del poder ejecutivo. Citando a Aristóteles, Sol Montero (2015) trabaja sobre ese autoreconocimiento del líder, esa recuperación de su propia historia y ese microrrelato en primera persona del singular. Montero delimita al *ethos* “como la imagen que el orador construye de sí mismo en su discurso” (2015:121). La infancia, la militancia, la familia, los viajes, el recorrido profesional, las creencias, las experiencias traumáticas, los aprendizajes, aquellas figuras que lo forjaron, los logros y la educación son algunos de los aspectos que forman el *ethos* presidencial. El objetivo en esta pieza es descubrir cómo se articulan esos contenidos con la trama del relato político; si existe –o no– una sinergia entre ambos niveles comunicacionales: el micro (relato personal) y el macro (vector temático).

La dimensión afectiva de la política, que se intensifica a través de redes sociales como Instagram, Twitter o Facebook y funde las esferas privada y pública de las personas (Papacharissi, 2015), incrementa la importancia de los rasgos personales del alcalde, el gobernador o la presidenta. La imagen del líder funciona como un atajo cognitivo del relato político, condensa el significado de la narrativa gubernamental. Los ciudadanos juzgan a la gestión por la performance, el carácter y las cualidades de su conductor. Will Storr asiente: “Las buenas historias son exploraciones de la condición humana” (2019: 94). Es importante que la biografía del líder represente la trama que se propone como eje articulador del relato político. En este sentido, Barack Obama es un caso concreto. La rehabilitación en el siglo XXI del histórico “American dream” impulsado por un afrodescendiente le otorgaba una credibilidad y una legitimidad al relato que propulsaban desde la Casa blanca. Al pertenecer a un grupo racial que históricamente fue discriminado y desplazado de los espacios de poder, Obama deshacía los límites de lo posible y encarnaba el slogan “Sí, se puede”. Era una prueba fehaciente que, en la nación del norte, la meritocracia funciona. Él mismo materializaba el hilo argumental del relato político y cumplía la profecía de la movilidad social ascendente. En

relación con esto, Eric Selbin (2012) se refiere a la capacidad mimética de los relatos políticos. Cuando encarnan la narrativa gubernamental, los líderes también pueden convertirse en figuras aspiracionales, imágenes a las que la ciudadanía quiere imitar en su vida personal o profesional.

El ethos presidencial circulará en dos niveles comunicacionales: el ordinario (lógica horizontal) y el extraordinario (lógica vertical). El primero le permitirá producir una relación emocional, simétrica y de proximidad con los ciudadanos (Peytibi, 2019). Expresar consumos (restaurantes, viajes o vestuarios), ocios (películas o grupos musicales) y metáforas populares (dichos que estén arraigados en la sociedad), utilizar un lenguaje llano (coloquial, sencillo, como el hombre a pie), compartir situaciones cotidianas (yerros en un partido de fútbol o cantar de manera desafinada), exhibir equipos de gestión donde las políticas públicas son el resultado de procesos deliberativos o actividades donde el mandatario escucha las demandas ciudadanas son recursos típicos para transmitir un estilo ordinario de liderazgo. La segunda escala funcionará para generar una sensación de autoridad, liderazgo y jerarquía. Tomar decisiones contracíclicas (en dirección contrarias al sentido común imperante o a lo que indican estudios demoscópicos, tales como encuestas o grupos focales), proyectar un horizonte de expectativas (indicar adónde estará el país cuando finalice su mandato), rescatar un pasado ideal con acciones y experiencias propias fuera de lo común (trazar paralelismos con próceres fundadores de la nación), exponer una estética donde al gobernante se lo observa dirigiendo la gestión (dando órdenes a sus funcionarios desde la cabecera de una mesa) y establecer un marco normativo o programático en particular sobre una problemática (dar un discurso a favor de una minoría sexual que hasta el momento fue discriminada por la sociedad) son variaciones discursivas propias para confeccionar un liderazgo vertical.

El repertorio simbólico es la cuarta variable para examinar. Como sostienen Veneti, Jackson y Lilleker: “La cultura humana es una cultura visual” (2019: 1). Formamos parte de una sociedad que se informa a través de fotografías y videos. Las imágenes son atajos cognitivos, transmiten una gran dosis de significado en un espacio temporal acotado. Con unas cantidades mínimas de esfuerzo y tiempo, permiten que las personas conozcan o incluso interpreten un hecho determinado. Además, los mensajes visuales generan mayor credibilidad que aquellos que están compuestos solamente por palabras. Los seres humanos creemos más en lo que vemos que en lo que leemos u oímos. “Tendemos a ser verbalmente escépticos y visualmente crédulos” justifican Joo, Li, Steen, & Zhu (2014: 217). Por último, los símbolos son esenciales para activar emocionalmente a los seres humanos (D’Adamo y García Beaudoux, 2016b y

2016c; Edelman, 1991). Funcionan como breves metáforas de aquello que rechazamos, queremos, anhelamos, tememos o pertenecemos. El saludo de la victoria del peronismo, el brazo en alto del nazismo o el puño del socialismo son algunos ejemplos históricos de cómo con un simple y fugaz gesto corporal se puede transmitir un corpus ideológico.

Más allá de estas ventajas que acerca el registro visual en sí, la proliferación de dispositivos tecnológicos –como los móviles inteligentes o las tabletas, que permiten captar, ensamblar y editar material (audio)visual–, las redes sociales –Instagram, Tik- Tok, Pinterest, Twitch, Vine, Facebook, Youtube, etc.–, y la ascendente gramática digital memes, GIF, stickers, emojis– intensifican la importancia de este lenguaje en la comunicación política (Messaris, 2019). Como nunca en la historia, las personas están empleando códigos visuales para comunicarse y relacionarse. Adi, Gerodimos y Lilleker alegan lo siguiente:

El análisis de colecciones de imágenes demuestra cómo los propios usuarios construyen visualmente la narración cívica: los espacios, objetos, acciones y entornos sociales que eligen asociar con lo político y lo cívico. Las fotografías también capturan cómo los usuarios construyen su identidad a través de la autoexpresión visual y cómo reclaman o negocian su lugar dentro de una identidad colectiva (2018: 319).

Debido a estas razones, la estética con la que se identifica a una gestión es imprescindible en el contexto actual. Los signos, las banderas, las efemérides, los escenarios, el vestuario, los monumentos, las calles, la música, entre otros tantos elementos identitarios, forman el repertorio simbólico del gobierno. El encadenamiento, la combinación y la repetición de ellos crearán una especie de galería de imágenes en la mente del ciudadano, a veces en forma consciente y otras en forma inconsciente. Cuando un relato político posee una estrategia simbólica consistente, las personas pueden resumirlo y recordarlo en un puñado de acciones visuales. Por eso, además del qué (el discurso) y cuándo (el tiempo), se tornan imprescindibles el cómo (la forma) y dónde (el contexto) se comunica en una gestión. Nuñez (2007) argumenta que la geografía y la temporalidad son dos variables clave para enmarcar y potenciar el mensaje, y que, de este modo, el ciudadano lo recuerde. En la misma dirección, Vázquez Sande profundiza:

El simbolismo en política sigue siendo importante y fundamental, por lo que los

buenos políticos tienen que usar el poder simbólico de los espacios públicos, que tienen su poder, igual que tienen que aprovechar que se visibilice la bandera detrás o determinados objetos. No es casual que los candidatos de izquierdas empiecen su campaña en el Mercado de Abastos y los de derechas en las Cámaras de Comercio. Es el poder simbólico de los espacios públicos (2016: 33).

Como sostiene Adriana Amado (2016), la puesta en escena comunicacional del gobierno sirve también para ratificar el sentido de pertenencia a un determinado colectivo. A través de rituales, movilizaciones, liturgias, figuras históricas y cromáticas compartidas, cada individuo ratifica su compromiso emocional con el grupo. En este sentido, la gestión –según su estrategia– buscará aglutinar a sus prodestinatarios y, al mismo tiempo, diferenciarse de sus contradestinatarios, mediante una simbología exclusiva (que trace una frontera ideológica entre los que están adentro del proyecto y los que antagonizan con él), o consensuar con los paradestinatarios, mediante una simbología inclusiva (que emplee recursos simbólicos amplios y desideologizados, como los que representan a la nación).

Dos ejemplos concisos del empleo estratégico del repertorio simbólico pueden ser los siguientes. El primero, cuando el primer ministro de Italia, Matteo Renzi, recibió a la Canciller Federal de Alemania, Angela Merkel, en Florencia, a los pies de la escultura que Miguel Ángel Buonarroti le hizo a David (Peytibi, 2015). Esta selección del contexto no fue el azar. El anfitrión, con la escenografía establecida, y recobrando la moraleja bíblica del triunfo de David frente a Goliat, quiso enviar un metamensaje de fortaleza a su par: Italia, que en los últimos años ocupa un lugar secundario en la toma de decisiones de Europa, puede imponerse o defender su soberanía frente a Alemania, una de las potencias del continente. Dos datos más le aportan significado al contexto seleccionado: Florencia es la ciudad natal del Renzi y es considerada una de las cunas de la cultura occidental. Los medios de comunicación, las redes sociales y la opinión pública le prestaron más atención a este gesto simbólico que a los discursos expuestos por los mandatarios. Otro caso del valor añadido que le aportan los escenarios simbólicos al relato (Vázquez Sande, 2016) fue cuando los presidentes de Estados Unidos y Rusia, Barack Obama y Dimitry Medvédev respectivamente, almorzaron en una hamburguesería tradicional de Washington, Ray's Hell Burger. El objetivo principal era claro: transmitir un clima descontracturado entre los líderes de dos potencias atravesadas por una rivalidad histórica. Este suceso formó parte de un estilo distendido que, a lo largo de sus dos mandatos, cultivó el estadounidense para consolidarse como una figura cercana a la cultura

popular. Otra lectura de esta acción comunicacional podría ser la aceptación por parte del ruso de una comida norteamericana típica. Esto implicaría un pequeño triunfo en el plano cultural del presidente estadounidense. Una tercera interpretación sería el cambio momentáneo de un liderazgo vertical a uno de corte horizontal por el lado Medvédev, más acostumbrado a la demostración de autoridad, jerarquía y fuerza. En todo caso, lo que se detecta es la multiplicidad de representaciones que habilita una foto. Los símbolos, cuando son usados en el tiempo y el lugar indicados, producen una red amplia de significados.

La última variable es el tiempo verbal. Cada relato político cuenta con un arco temporal tripartito: pasado - presente - futuro. Charles Tilly (2002) indica que los relatos registran lo que sucedió, lo que sucederá o lo que debería suceder. Con esa lectura pretérita y esa voluntad prospectiva, la narrativa gubernamental enmarca y justifica sus decisiones cotidianas y, en simultáneo, configura su relación con la historia. Las tres fases –pasado, presente, futuro– deben dialogar entre sí y estar conectadas de manera coherente. Cuando el paso de a un tiempo a otro es lógico, el relato gana –como vimos anteriormente– consistencia. Las políticas públicas o las acciones cobran sentido, contextualización y relevancia histórica. D’Adamo y García Beaudoux fundamentan sobre esto:

Un buen relato de Gobierno debe explicar de dónde venimos o cuál es el problema, en qué momento estamos o cuál es el reto que enfrentamos, y hacia dónde vamos o cuál es la solución que proponemos como Gobierno (Canaleta, 2010). Al construir la dimensión de “dónde venimos”, se busca usar una historia que logre el acuerdo del conjunto de la sociedad. Cuando se hace referencia al “dónde estamos”, se alude al momento de ruptura entre el pasado –más cercano o más lejano– y el presente. Finalmente, “hacia dónde vamos” refleja el proyecto y el liderazgo político. Cuando los ciudadanos “compran” el relato del problema y el relato del reto, suelen aceptar también el relato de la solución (2016: 197).

Sin embargo, a pesar de contener los tres períodos en su sistema discursivo, el relato político pivotea principalmente entre dos combinaciones temporales: presente-pasado o presente-futuro. Por tanto, lo que se intentará precisar en esta dimensión es si la narrativa es de índole reivindicativa (presente - pasado) o, si en dirección contraria, es de tipo aspiracional (presente - futuro). Para operativizar el análisis, se recurrirá a dos categorías teóricas de Koselleck (1993): “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”. La primera reposa sobre

aquellos hechos pretéritos que, de manera estratégica o azarosa, son recuperados para estructurar el presente. Es el aprendizaje –de virtudes, hazañas, luchas, épicas, ideales, etc.– que acercan el pasado profundo y el ayer cercano. También se puede tratar sobre la esperanza de restablecer un orden, un ideal perdido, volver a ese equilibrio que en algún momento de la historia se pudo lograr. La segunda está compuesta por aquellos deseos, ambiciones, sueños, miedos, ansiedades y cambios que son empleados para determinar la actualidad. Es la promesa de un mañana mejor que moviliza y orienta voluntades. Simmons sostiene al respecto que “transportas a las personas a nuevos puntos de vista, cambias el significado, el comportamiento, y de esa manera cambia el futuro” (2007:17).

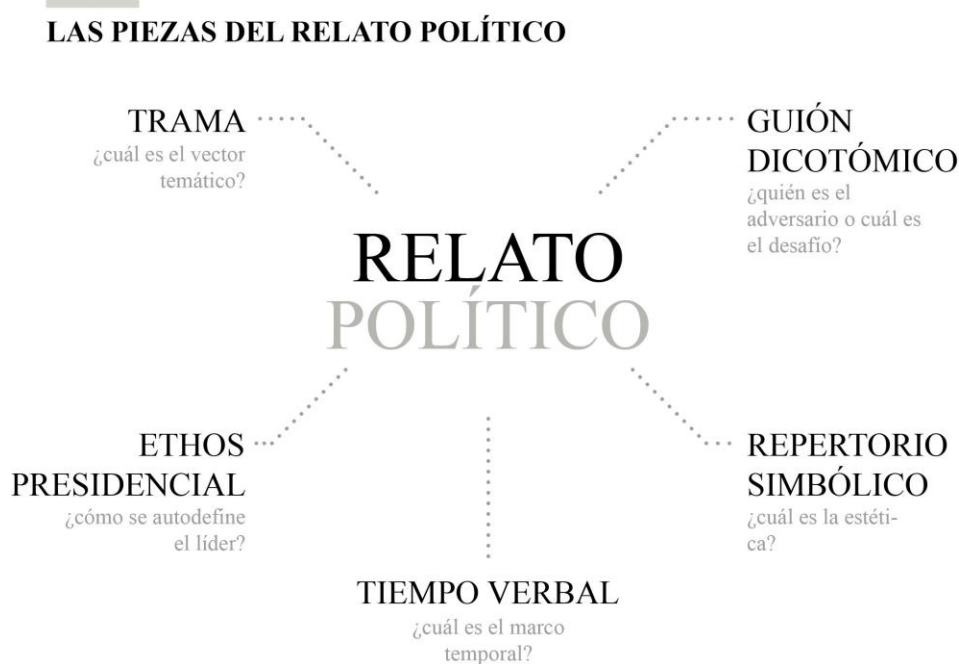
Un ejemplo concreto de un relato que se concentra en el “espacio de experiencia” fue el del venezolano Hugo Chávez, con su “Revolución bolivariana”, donde desde lo discursivo y lo simbólico intentó rehabilitar la figura del libertador Simón Bolívar. Se podría decir lo mismo en los casos de Evo Morales, con la reutilización del imaginario indígena y caudillos como Túpac Katari, y de Rafael Correa, con la puesta en valor de Eloy Alfaro, presidente en dos ocasiones (1895-1901 y 1906-1911) y referente de la revolución liberal en Ecuador durante fines del siglo XIX y principios del XX. Por el lado del “horizonte de expectativa”, se podría señalar al presidente Pedro Pablo Kuczynski, con su proyecto de modernización del Perú, Lacalle Pou, con una reformulación del liberalismo para el siglo XXI, y Mauricio Macri, con el fomento del emprendedurismo y la creación de una Argentina global e innovadora que, supuestamente, iba a generar “una lluvia de inversiones” y ciento de miles de empleos en la nación austral.

6.1.5. Conclusiones

Para cerrar este apartado, repasaremos los diferentes conceptos con los que elaboramos el marco teórico. Para empezar, después de hacer un recorrido por distintas definiciones y enfoques, podemos deducir que el relato político es una narrativa que le brinda coherencia, significación y legitimidad a la gestión. Como se aclaró, no toda comunicación de gobierno es un relato político. Éste último debe cumplir con ciertos requisitos: causalidad, emotivo, plasticidad, conectar con demandas sociales y aceptar e incorporar los flujos comunicacionales provenientes de la ciudadanía. A su vez, también se trabajaron las distintas funciones del relato político: normalizar un orden existente, relativizar las contradicciones de una gestión, simplificar la realidad, brindar certezas, dinamizar voluntades, crear una identidad colectiva y

aportarle claridad a la disputa entre fuerzas que se libra dentro del sistema de partidos.

Acto seguido, tomando como referencia a Orlando D'Adamo y Virginia García Beaudoux (2016c), presentamos el ciclo biológico de esta herramienta comunicacional: fase embrionaria (el nacimiento), fase de consolidación (la hegemonía), fase clímax (la conversión a narrativa madre), fase de deterioro (las contradicciones comienzan a deslegitimar a la gestión) y fase de colapso (la narrativa pierde todo tipo de consenso social). Por último, para operativizar su análisis, presentamos las distintas variables que integran un relato político: trama (hilo argumental), guion dicotómico (el adversario o el desafío que tiene la gestión y que le va a aportar tensión narrativa), repertorio simbólico (la estética que sintetiza la gestión), ethos presidencial (la autorepresentación que hace el máximo líder) y tiempo verbal (la cronología que establece la gestión).



7. El relato político de Michelle Bachelet (2014-2018)²⁴

En este capítulo analizaremos el relato político del segundo gobierno de Michelle Bachelet (2014-2018). La arquitectura será la siguiente: iniciaremos con una breve reseña biográfica para ponerle un marco político y personal a la segunda experiencia presidencial de Bachelet; el siguiente paso será alumbrar el vector temático, es decir la trama que ordenó la comunicación gubernamental; acto seguido, ahondaremos en el guion dicotómico, el adversario que erigió la mandataria chilena para desarrollar su gestión; en tercer lugar, se abordará el tiempo verbal que estableció, el hilo cronológico que priorizó; en el siguiente inciso, se trabajará sobre el ethos presidencial, cómo articuló el nivel personal y profesional con la trama; y por último, observaremos el repertorio simbólico, la estética que escogió Bachelet para presentar su proyecto político. Para cerrar, presentaremos un breve resumen y un gráfico de la narrativa de la mandataria chilena.

7.1. Breve reseña biográfica

Antes de ingresar en el análisis del relato político de Michelle Bachelet (2014-2018), para entender su llegada al poder, su proyecto y sus decisiones, se trazará un breve marco histórico de su vida. Verónica Michelle Bachelet Jeria nació el 29 de septiembre de 1951 en Santiago. Creció en el seno de una familia de clase media, donde recibió una educación que combinaba la disciplina de su padre, Alberto, general de Brigada de la Fuerza Área, con las ideas progresistas de su madre, Ángela Jeria, arqueóloga, laica y sensible a los derechos de las mujeres. En su adolescencia, mientras estudiaba pediatría y formaba parte de las Juventudes Socialistas (JS), forma pareja con Ennio Vivaldi Véjar, un referente del partido. Juntos militan la cuarta campaña electoral presidencial de Salvador Allende, en 1970. En la misma se enfrentaban los proyectos de la Unidad Popular, alianza de izquierda conformada por el Partido Radical, el Partido Socialista, el Movimiento de Acción Popular Unitario, la Acción Popular Independiente y el Partido de Izquierda Radical, la Democracia Cristiana, cuyo candidato era Radomiro Tomic, y una fuerza independiente de derecha que encarnaba Jorge Alessandri Rodríguez. El resultado fue un triunfo escueto por parte de Allende, que se impuso con el

²⁴ Este capítulo es una versión ampliada y corregida del artículo académico “La socialdemocracia latinoamericana pide la palabra. El relato político de la segunda presidencia de Michelle Bachelet (2014-2018)” (2021), publicado en la *Revista de Estudios Políticos* del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 192, pp. 253-283. Como aporte metodológico, hemos incorporado para el análisis las distintas entrevistas realizadas a cuadros políticos y técnicos durante el trabajo de campo realizado en Chile.

36,63% de los votos frente al 35,29% de Alessandri y 28,08 % de Tomic.

El proyecto político de Salvador Allende era pacífico²⁵, pero revolucionario: a través de las instituciones democráticas, aspiró a reemplazar el orden capitalista por uno socialista. En 1967, el PSC, en su Congreso de Chillán, adscribió al marxismo y declaró que su objetivo cardinal era desarmar el sistema burgués. Así lo sostenía el comunicado:

El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo (26/11/1967).

Después del golpe de Estado de Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende, Alberto Bachelet, por haberse mantenido fiel al bando derrocado, será secuestrado y torturado por sus antiguos compañeros de armas. Antes, si bien tuvo la oportunidad de refugiarse en la embajada peruana, donde el dictador de izquierda Juan Velasco Alvarado le ofreció asilo en Lima, el padre de Michelle rechazó el ofrecimiento porque creía que aceptarlo era declararse implícitamente culpable. El 13 de marzo de 1974, como consecuencia de la tortura, murió de un infarto en la Cárcel Pública de Santiago. Este será un hecho importante en la vida de la futura presidenta chilena porque, como muestran Andrea Insunza y Javier Ortega en su biografía, ella le pidió al padre que se quedara para demostrar que era inocente de todas las acusaciones que le hacían. Esa culpa quedará como una marca en su biografía. El diálogo, según los periodistas, fue el siguiente:

-Papá, si te vas, no vas a poder demostrar que eres inocente –le dice Michelle–. Pero también tienes que tomar en cuenta que, así como está el país, no va a ser fácil que te escuchen. Tienes que decidir tú lo que más te acomoda.

-Eso yo lo tengo claro: soy inocente y preferiría quedarme aquí para demostrarlo. Pero si me voy, quiero saber si tú vas conmigo.

²⁵ La vía armada fue considerada y defendida los días 24, 25 y 26 de noviembre de 1967, durante el Congreso de Chillán: “La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista

-Entonces no se habla más del tema. Nos quedamos, porque no te voy a dejar sola (2013: 66).

Como se dijo anteriormente, tanto su padre, su madre y sus abuelos fueron cruciales en su formación como líder. Andrea Insunza y Javier Ortega, en su libro *Bachelet, la historia no oficial*, lo explican de la siguiente manera:

Entre estos dos mundos, el militar y el de las ideas progresistas, crece Michelle. Del primero, representado por su padre, la marcan la disciplina, el cumplimiento del deber y el estudio. Del segundo, muy arraigado en la familia materna, la influyen las ideas sobre la igualdad de género, la libertad individual y la inquietud por los temas sociales (2013: 45-46)

Por su lado, Michelle Bachelet contó, en el libro *Michelle, desde la cárcel a la presidencia de Chile*, escrito por Elizabeth Subercaseaux y Malú Sierra, el legado que le dejaron sus padres:

Sigo teniendo ganas de vivir y de construir en el marco valórico entregado por mis padres: la vida, el amor, el respeto, lo profundamente humano de la tolerancia, la solidaridad y la justicia. Siempre la justicia (2005:99).

Al año siguiente de la muerte de su padre, Michelle y su madre son detenidas y torturadas en el Centro de Detención Villa Grimaldi. Una vez recuperada la libertad, ambas se exiliaron en la República Democrática Alemana (RDA) de Erich Honecker, donde en Berlín Oriental estaba asentada la dirección del Partido Socialista de Chile. Mientras tanto, la dictadura de Augusto Pinochet, a través de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), persigue, tortura y desaparece a toda la plana superior del movimiento guerrillero MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), entre ellos, Miguel Enríquez, padre del actual dirigente político Marco Enríquez-Ominami. Después de descabezar al MIR, la DINA se concentra en el Partido Socialista y en el Partido Comunista. Uno de los secuestrados fue Jaime López, exnovio de Michelle Bachelet y dirigente importante en el PSC, sobre quien hay sospechas que colaboró con los servicios de inteligencia delatando a ex compañeros de militancia. Hasta el día de hoy, si bien figura como DD.DD, no se sabe si murió, está desaparecido o se exilió con otro

nombre²⁶. En el trabajo mencionado de Elizabeth Subercaseaux y Malú Sierra, Bachelet sostuvo sobre su antigua pareja:

Fue tanto dolor de saber que había gente presa por culpa de él, desaparecida, torturada, que lo erradiqué de mi corazón. Pensaba que mi padre había muerto y Jaime no fue capaz de quedarse callado. Pero, claro, en ese tiempo era más joven más rígida, veía las cosas en blanco o negro. Hoy día creo que la tortura es horrible no sólo por la destrucción física, hoy día soy compasiva frente a quienes hablaron, fueron víctimas, los doblegaron, les hicieron perder no sólo la voluntad sino su dignidad (2005: 88).

En la República Democrática Alemana, Michelle se casó con Jorge Dávalos con quien tuvo un hijo, continuó su carrera de medicina en la Universidad de Von Humboldt, Berlín, y militó en el ala dura del Partido Socialista (PS) de Chile que conducía Clodomiro Almeyda. Más tarde, en 1979, volvió a su país natal para luchar por la defensa de los derechos humanos. Allí comenzó a trabajar en una institución financiada por el gobierno sueco²⁷ llamada Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE). En la misma apoyaba –junto a psicólogos y un equipo multidisciplinario a hijos de víctimas del régimen militar. Atravesó la década del ochenta con una militancia tenue en el Partido Socialista. En aquellos años, vivió el cierre de revistas, la persecución y el asesinato de compañeros y amigos políticos como los comunistas José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. A pesar de no tener una actividad destacable en el partido de Salvador Allende, participó en la campaña del NO en el plebiscito de 1988 que le dio la espalda a Augusto Pinochet: casi el 55% de la población rechazó su permanencia en el poder.

Con el regreso de la democracia, la Concertación de partidos por la Democracia –alianza integrada por el Partido Socialista, el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Partido Radical (PR) y el Partido por la Democracia Cristiano (PPD)– llegó al poder. Michelle no ocupó ningún puesto relevante en la gestión, solo estuvo a cargo de un programa de lucha contra el SIDA del Ministerio de Salud y otro proyecto contra las epidemias. Se mantuvo más afuera que adentro

²⁶ En una entrevista concedida en 2014 al canal Chilevisión, la presidenta expresó sobre Jaime López: “Me encantaría saber lo que pasó realmente con él: si está desaparecido, si está muerto, si está en algún otro lado”.

²⁷ La nación escandinava fue el país europeo que más refugiados recibió de Chile: alrededor de 29.000.

del gobierno de la Concertación y militó en la Nueva Izquierda, un sector del PS liderado por Camilo Escalona muy crítico con las gestiones de los demócratacristianos Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Durante estos años solo ocupó algunos puestos marginales en la administración. Su única exposición electoral sucedió en 1996, cuando se presentó a candidata para la alcaldía de Las Condes y sólo sacó el 2,3% de los votos frente al aspirante conservador Joaquín Lavín. Ese mismo año se interesó por el tema militar y ganó la beca presidente de la República para ir a especializarse un año a Estados Unidos en el Colegio Interamericano de Defensa.

Con la llegada de Ricardo Lagos al Palacio de la Moneda en el año 2000, Michelle Bachelet asume como ministra de Salud, donde logró la mejora del acceso a la atención médica (la reducción del tiempo de espera para ser atendido en un hospital público), estableció las líneas “Aló, Consultorio” para perfeccionar el sistema, la incorporación de un tratamiento contra la depresión y la ampliación de la cobertura odontológica en todo el país. Estuvo en el cargo hasta enero de 2002, cuando pasó a ser ministra de Defensa. En la cartera castrense se destacó por el acercamiento entre las fuerzas armadas y la sociedad. La colaboración de las primeras en los desastres naturales y la donación de tierras a lo largo y ancho del país contribuyeron a que, después de la experiencia de la última dictadura militar, haya un principio de reconciliación con la ciudadanía chilena. Después, a pedido de la cúpula de su partido y con el apoyo del jefe del Ejecutivo, se postuló como presidenta. Ganó las elecciones en segunda vuelta, con el 53% de los votos, mientras que su adversario, el conservador Sebastián Piñera, obtuvo 46%.

Durante su mandato afrontó las marchas estudiantiles, que reclamaban una mejora en la educación pública, y la crisis financiera mundial del año. Entre los logros a destacar están la reforma previsional, la puesta en marcha de una nueva agenda laboral con mayor protección para los trabajadores, avances significativos en la cartera de Salud y políticas públicas apuntadas a mejorar la situación de las mujeres más vulnerables como como el plan “Chile crece contigo” y la multiplicación de las salas cuna. Según la consultora Adimark, cuando abandonó la máxima investidura en marzo de 2010, Bachelet contaba con la aprobación del 84% de la población chilena.

Desde septiembre de 2010 hasta marzo de 2013 fue directora ejecutiva de ONU Mujeres. Ese mismo año, regresó a Chile y, nuevamente, fue candidata a la presidencia. En este caso, lo hizo con una nueva alianza denominada Nueva Mayoría, que, además de los partidos de la

Concertación, incluyó al Partido Comunista (PC), Partido Izquierda Ciudadana (IC) y Movimiento Amplio Social (MAS). A lo largo de la campaña electoral, prometió hacer tres grandes reformas: la constitucional, reforma impositiva y educativa. El 15 de noviembre, Bachelet le ganó, en balotaje, a la candidata de la Unión Demócrata Independiente (UDI), Evelyn Matthei, por 62,17% a 37,83%. El 11 de marzo de 2014 asumió el gobierno.

7.2. La trama

Para comenzar el estudio de caso, se examinará la trama que configuró el relato político de Michelle Bachelet. Como se trató en el marco teórico, el objetivo principal en este inciso es determinar cuál fue el vector temático, la línea argumental que ordena y le brinda coherencia a la comunicación gubernamental. Es el adhesivo que conectará los diferentes componentes del relato político: conflictos, diálogos, alianzas, escenarios, simbologías y tiempos verbales. Sin una trama sólida, no hay una identidad clara del gobierno. Por eso, se decide comenzar con esta variable. Ya en su discurso de toma de posesión, la presidenta marcó la temática rectora de su gestión:

¡Es hora de iniciar juntos ese camino hacia una nación desarrollada y justa, moderna y tolerante, próspera e inclusiva que todos nos merecemos! Creemos que puede haber un Chile diferente y mucho más justo. Quiero que el día que vuelva a dejar esta casa, ustedes sientan que su vida ha cambiado para mejor. Que Chile no es sólo un listado de indicadores o estadísticas, sino una mejor patria para vivir, una mejor sociedad para toda su gente (11/3/2014).

Como evidencia este fragmento discursivo, el objetivo de este segundo mandato será la inclusión social, entendida en el sentido de Giddens (1998) como la ampliación de ciudadanía, la efectivización de los derechos civiles y políticos, la apertura de oportunidades y la integración al espacio público de todos los miembros de una sociedad. Más allá de la estabilidad económica que logró Chile desde el regreso a la democracia, Bachelet considera que es tiempo de cambiar el enfoque cuantitativo (macroeconomía) por un enfoque cualitativo (calidad de vida de la sociedad). En estos últimos 24 años, el país logró establecer las bases de su economía, ahora –según ella– es el momento de que una mayor parte de la sociedad participe de la riqueza generada. Subyace a este texto también un cambio de visión. La razón tecnocrática, que priorizaba el orden de las variables económicas (equilibrio fiscal, reglas claras

y fijas para el mercado, inflación de un solo dígito y crecimiento sostenido), es reemplazada por una lógica humanista, que hace hincapié en el bienestar del ciudadano. Esta interpretación representa un nuevo eslabón en la cadena de gobiernos de la coalición de centroizquierda²⁸ que integra ella. Así lo desmenuzó en un Congreso de la Organización Demócrata Cristiana de América:

Con Patricio Aylwin consolidamos la democracia, con Eduardo Frei emprendimos grandes modernizaciones, con Ricardo Lagos se afianzaron reformas estructurales, en mi anterior Gobierno establecimos una red de protección social y ahora afrontamos la construcción de otra etapa para hacer de Chile un país más equitativo, contando con la participación activa de la ciudadanía. Pero a lo largo de todo este camino, se reconoce una misma ruta sostenida de democracia profundizada, de crecimiento con equidad, de desarrollo inclusivo y diversidad promovida y ampliada (26/5/2016).

El enunciado de Bachelet expone el significado de su segunda gestión en la cronología de gobiernos progresistas. Después de garantizar la democracia como sistema político y establecer los pilares del engranaje productivo, llega la etapa de la inclusión y la equidad. El metamensaje es la alteración del consenso económico que habían pactado las elites empresariales y la dirigencia política desde la década del setenta, con la dictadura de Augusto Pinochet. Un acuerdo que, en sintonía con el modelo neoliberal implantado en el Reino Unido por Margaret Thatcher y en Estados Unidos por Ronald Reagan, sostenía que el mercado debía ser el principal asignador de recursos. Seguridad jurídica, privatización de servicios básicos, crecimiento económico y fronteras abiertas en cuestión de intercambio comercial fueron las principales reglas.

Frente a este imperativo, Bachelet presenta su segundo mandato como un corte histórico, que se distingue de las anteriores experiencias por su carácter redistributivo en materia económica. Dicho propósito reformista, que busca corregir las asimetrías que genera el sistema capitalista, es característico de una gestión socialdemócrata. Para mitigar discursivamente esta modificación en el modelo económico, ofrece un proceso evolutivo de *plots*: la trama de la

²⁸ Desde 1988 hasta 2012, la alianza se denominó “Concertación de Partidos por la Democracia”. Con la incorporación del Partido Comunista a principios del 2013, pasó a llamarse “Nueva Mayoría”.

democracia, con Aylwin entre 1990-1994; la trama de la modernización, con Frei entre 1994-2000; la trama del reformismo, con Lagos entre 2000-2006; la trama de la protección, con Bachelet entre 2006-2010; y, por último, la trama de la inclusión, con Bachelet entre 2014-2018²⁹. Es una serie de tramas *increscendo* que le imprime una justificación histórica a la transformación que aspira a lograr. Hay una continuidad, no una dislocación ideológica. Como asegura Karina Delfino Mussa, socióloga y presidenta de la Juventud Socialista (JS), no presenta una impronta disruptiva, sino gradualista:

El gobierno de Bachelet fue muy reformista, no revolucionario. Y más a la izquierda que el resto de los gobiernos de la Concertación y la transición. Y además que se tratan temas que eran de fondo del sistema, que, creo, finalmente no los cambiamos, pero al menos se cuestionan. Y eso es lo valioso de la segunda presidencia de Bachelet (5/11/2019).

Sin embargo, para algunos dirigentes políticos del proyecto de la Nueva Mayoría, el tono discursivo representó una fractura con la transición, el periodo donde convivieron figuras políticas e instituciones de la dictadura de Augusto Pinochet con actores democráticos y que se puede ubicar entre los años noventa, inicio de la presidencia del demócrata cristiano Patricio Aylwin, y 2013, campaña electoral donde Michelle Bachelet impone una nueva narrativa más rupturista. Si bien, como sostuvo Delfino, no existe un talante revolucionario, como en la experiencia de Salvador Allende (1970-1973), donde a través de las instituciones democráticas se pretendía cambiar el sistema capitalista por un orden socialista, se percibe un quiebre con ciertos mandatos del régimen pinochetista. Se cuestionan los consensos económicos, legales y electorales que funcionaron como garantía del cambio de régimen. Vale aclarar que esta revisión no forma parte de una agenda proactiva de Bachelet, sino que es reactiva. Responde a los reclamos que realizaron los movimientos estudiantiles durante el año 2011³⁰, cuando el empresario Sebastián Piñera era presidente. Las demandas expuestas por los jóvenes chilenos

²⁹ Michelle Bachelet, en este listado, omite el gobierno del opositor Sebastián Piñera (2010-2014), representado por la Alianza, fuerza política de centroderecha integrada por la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), que venció en segunda vuelta al expresidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, perteneciente a la Concertación de Partidos por la Democracia, en las elecciones de enero de 2010.

³⁰ El eje de la protesta, también conocida como la “Primavera chilena”, fue una mayor participación del Estado en la educación. Terminar con el legado pinochetista en el campo pedagógico. La principal consecuencia del modelo educativo de la dictadura militar era que muchos alumnos de clase media y clase baja tenían que endeudarse para acceder a estudiar una carrera profesional. El mercado era el que regulaba el régimen educativo. Así se estima que, en el 2011, las escuelas privadas o subvencionadas (público-privadas) tenían el 60% de los alumnos chilenos y el 60% del total de las universidades eran privadas (Smink, 2011).

abarcaban desde la gratuidad de la educación hasta la necesidad de una nueva constitución. Marco Nuñez, miembro del Partido por la Democracia (PPD) y presidente de la Cámara de Diputados de Chile, entre el 2015 y el 2016, Felipe Vergara, Doctor en Comunicación y director del Magíster en Dirección de Recursos Humanos en la Universidad Andrés Bello, y Gabriel Gaspar, Subsecretario para las Fuerzas Armadas de Chile, entre el 2014 y el 2015, explican desde una visión crítica lo siguiente:

En el segundo gobierno de Bachelet lo que nosotros vemos es la Bachelet genuina, es la Bachelet crítica de la transición, es la Bachelet vergonzosa de los logros obtenidos porque aquí existe una gran desigualdad, es la Bachelet que no defiende la transición, con sus sombras y luces, y propone un programa refundador, donde particularmente es sensible a las movilizaciones del 2011, de la juventud que hoy está en el Frente Amplio, y hace una alianza generacional, que en mi generación es nefasta, entre los abuelos y los nietos, entre los que tienen 65-70 años y los que tienen 20, y el abuelo al nieto le aguanta todo... (4/11/2019)

Fue un gobierno cuyo foco estuvo en los sectores populares y en la clase media. Y para eso su retórica, su discurso estuvo concentrado en que Chile le devuelva la mano a los sectores más populares, sindicalistas, gremiales, más socialista duro. Y sus reformas se fueron a eso. Y borrando en la medida de lo posible parte de los legados de la dictadura, como era la reforma tributaria, la reforma laboral, que se había presentado en defensa de los trabajadores en la época de la dictadura, y la reforma constitucional que no pudo llegar a cumplir. Eliminar todo eso (4/11/2019).

La transición se acabó hace tiempo. Pero esa transición no era solo un tema político, también era institucional. Generó una constitución que fijaba un régimen político binominal que permitía relativa estabilidad, reglas de juego conocidas, márgenes, pero que también impedía la diversidad. Ese era el régimen que heredó la constitución de Pinochet. Y por eso se habla de transición porque la transición es un periodo donde conviven dos regímenes políticos, donde conviven elementos del viejo régimen con elementos del nuevo régimen (5/11/2019).

Una prueba fehaciente de la permeabilidad que tuvo el movimiento estudiantil en el esquema

de Bachelet fue la incorporación de una parte de sus líderes a la coalición Nueva Mayoría. El ejemplo más plausible fue Camila Vallejo, dirigente del Partido Comunista Chileno (PCCh). La joven geógrafa fue candidata a diputada por el distrito de La Florida en el 2013, representando a la fuerza Nueva Mayoría, que proponía a Bachelet como presidenta, y obtuvo su banca como legisladora nacional con el 47,77% de los votos y se convirtió en una de las referentes del ala más izquierdista en la coalición gobernante. Karol Kariola, dirigente de las Juventudes Comunistas, también fue candidata por la Nueva Mayoría, aunque –a diferencia de Vallejo– mantuvo un discurso crítico frente a Michelle Bachelet. Ganó las primarias por el distrito 19 frente a otros aspirantes de la alianza Nueva Mayoría –Óscar Santelices (PPD), María Francisca Zaldívar (PDC) y Francisco Díaz (PS)–, y, posteriormente, se impuso en las elecciones generales y accedió a su banca en el Congreso. En cambio, el caso de Giorgio Jackson, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile (2010-2011) fue distinto. El joven dirigente fue candidato a diputado en Santiago por la fuerza política que fundó en el 2012, Revolución Democrática, sin ningún vínculo institucional con Nueva Mayoría, que no presentó candidatos en ese distrito y avaló de manera implícita su postulación.

A su vez, la trama de la inclusión estuvo compuesta por tres subtramas: las reformas educativa e impositiva y la creación de una nueva constitución. Son los tres pilares de la agenda progresista que propuso Bachelet. Estas transformaciones que representaban un cambio considerable en la vida del país, sin embargo, fueron presentadas con un tono gradualista por la mandataria:

Por supuesto, sabemos que, aunque compartimos ciertos propósitos que quedaron plasmados en nuestro programa de gobierno, existen y seguirán existiendo distintas opiniones, por ejemplo, en torno a la velocidad de los cambios, pero como Gobierno siempre haremos una defensa férrea de una mayor participación de los trabajadores en la toma de decisiones que nos afectan a todos y todas. Porque el único camino que vale para, Chile es el camino de la inclusión y de la participación, más allá de las legítimas diferencias y matices (14/7/2014).

Como expone en este extracto, en el que hay un destinatario nítido, los trabajadores, Bachelet deja entrever que el proceso será paulatino. A diferencia del populismo, donde la palabra del líder detenta un poder performativo (tiene efectos directos sobre la realidad sin mediaciones, reglamentaciones ni negociaciones con la oposición), Bachelet considera los consensos y

disensos que deberá atravesar para materializar las reformas. Acepta que la democracia representativa liberal imperante en Chile es más lenta que la democracia delegativa (O'Donnell, 1994) que se desarrolla en países como Ecuador, Bolivia, Venezuela, Argentina y Nicaragua. La presidenta reconoce el pluralismo y sus respectivos procedimientos legales y políticos como dinámica intrínseca al juego democrático. Una concepción institucionalista que se vincula con la tradición socialdemócrata de su espacio político.

Como quedó demostrado, el vector temático de la segunda gestión de Michelle Bachelet es la inclusión. Luego de más de veinte años de gobiernos democráticos, donde se lograron diferentes avances –consolidación de las libertades de expresión, asociación y circulación, disminución de la pobreza, funcionamiento de las instituciones republicanas, afianzamiento de la economía de mercado creada por el régimen militar, aumento del PBI–, es el momento de acotar las asimetrías sociales. Las reformas educativa, impositiva y constitucional serán las principales herramientas para cumplir con ese objetivo.

7.3. Guion dicotómico

El guion dicotómico es el conflicto estratégico que emplea la gestión. Se escoge el desafío que mejor empalme con la trama planteada, se presenta al adversario frente a la sociedad y se motiva el compromiso y la participación de esta. Así, se simplifica la realidad en una disputa entre “buenos” y “malos”, lo que facilita notoriamente la comprensión ciudadana sobre lo que está sucediendo. Otro argumento para emplear el guion dicotómico es que, como razonan D'Adamo y Beaudoux (2013), las emociones negativas son más memorables que las positivas. Así lo resumen:

Este fenómeno se conoce con el nombre de “efecto de negatividad”. Se trata de un efecto cognitivo consistente en que, a cantidades equivalentes de información recibida del entorno social y político, las personas le otorgan una mayor consideración y peso relativo a la negativa que a la positiva (Lau, 1982). En los procesos mentales automáticos e inconscientes de recuperación de información se observa que aquella de signo negativo se recupera más fácil y rápidamente de la memoria (2013: 9).

Este proceso cognitivo se debe a que las personas perciben con mayor velocidad aquella

información que implica una amenaza a su bienestar (Pratto y John, 1991, en D'Adamo y Beaudoux, 2013). La otra razón es que las personas para simplificar la cuantiosa cantidad de contenido que absorben diariamente recurren a dídadas (D'Adamo y Beaudoux, 2013). Yorke (2014) señala que, ante la incapacidad de percibir la aleatoriedad, las personas ordenamos dialécticamente el entorno. El marco interpretativo se abrevia en la sucesión tesis- antítesis-síntesis. Es un recurso que nos permite entender de forma sencilla el mundo que nos rodea, y, en un contexto marcado por el caos informativo, este mecanismo dual sirve –quizás, como nunca en la historia–para organizar la realidad.

Desde el inicio de su gestión y de acuerdo con la trama de la inclusión, Bachelet articuló un guion dicotómico en el que se enfrentaba a una adversaria genérica: la desigualdad. A continuación, un ejemplo concreto:

Cada uno de nosotros puede hacer la diferencia entre excluir e incluir, entre dialogar e imponer, entre creer y desconfiar, entre sumarse y restarse. Sólo juntos podemos reconstruir la confianza en la participación y en las instituciones. Sólo juntos podemos dar poder a lo local, dar voz a las diferentes necesidades de nuestra gente, dignificar el trabajo y la democracia. ¡Chile tiene un solo gran adversario, y eso se llama desigualdad! Y sólo juntos podremos enfrentarla (11/3/2014).

Anthony Giddens, que en su “tercera vía” intentó aportar a la socialdemocracia un nuevo marco teórico y práctico, sostiene que “la nueva política define igualdad como inclusión y la desigualdad como exclusión” (1998: 123). Esta interpretación es pertinente para comprender a Bachelet, cuando se refiere a la desigualdad como antagonista. Asimismo, la mandataria se autoexcluye de la competencia agonal y, en su lugar, coloca a Chile. La desigualdad es la enemiga del país, no de la gestión que preside ella. El guion dicotómico que presenta tiene dos actores: la nación y la desigualdad. De esta manera, pasa de un colectivo de identificación restringido (“nosotros, la socialdemocracia” o “nosotros, el gobierno”) a un colectivo de identificación amplio (“nosotros, los chilenos”) (Arfuch, 1987). Esta operación discursiva intenta desactivar el clivaje izquierda-derecha que ordena el sistema de partidos chileno desde el retorno de la democracia. La presidenta recurre a lo que Arfuch (1987) llama instancia unificadora: prescindir de las fronteras ideológicas para aumentar el alcance persuasivo. Relega al prodestinatario, receptor que comparte el mismo ideario, en pro del paradestinatario, receptor que se mantiene fuera de la lucha

ideológica. Así, pretende instaurar un “nosotros” equivalente al de la nación chilena. Ximena Jara, jefa de contenidos en política pública del gobierno de Michelle Bachelet, lo describe de este modo:

El adversario era la desigualdad. Esto no es una lucha contra nadie. Esto es una lucha contra la desigualdad. Es importante porque cada gobierno posdictadura ha tenido su bandera, su estandarte, en especial los de la Concertación que son los que han tenido un relato más nítido. Si Aylwin era la transición, el signo de la reconciliación; Frei fue el símbolo de la modernización del Estado, de la apertura comercial; Lagos fue el intento de crecer con igualdad, mucha política asistencial y social; Bachelet prolonga esa obra con un manto de protección social, un sistema de protección social que se vaya robusteciendo; luego vino Piñera con una cosa muy mal construida, difusa, sobre la buena gestión, presidente 24 x 7, un presidente súper eficiente, soy un empresario que va al Estado, el Estado gestiona mal y por lo tanto soy un empresario que al Estado lo voy a hacer fantástico; y luego frente a eso Bachelet retorna y dice hemos avanzado mucho, es cierto que hemos crecido, pero el crecimiento hoy no basta, y tampoco basta la protección social, es el momento de derechos sociales; se da un salto de la protección social a los derechos sociales (4/11/2019)

Como se señaló anteriormente, Ximena Jara pone el énfasis en el incrementalismo de los gobiernos socialdemócratas. Cómo cada gestión tuvo un hilo argumental y un adversario definido desde el principio del mandato y, a su vez, cómo esas metas fueron incrementándose. Lindblom (1999) se refiere al incrementalismo como un proceso gradual, donde se evita el *shock* y, mediante avances tenues, se calcula cada política pública para no caer en errores o retrocesos importantes. El recorrido escalonado y morigerado de la Concertación se explica en gran medida por la salida de la dictadura militar de Augusto Pinochet (1973-1990). La transición se produjo a través de un pacto entre las élites del régimen de facto y la democracia. No hubo, como en Argentina, una salida conflictiva del cuerpo castrense que derivase en procesos judiciales en su contra. De hecho, Pinochet continuó como comandante en jefe del Ejército durante ocho años y, luego, fue nombrado senador vitalicio hasta el año 2002. Este “blindaje” también se explica debido al Decreto de Ley n° 2191, también conocida la “Ley de Amnistía”, que determinó que los militares no podían ser juzgados por los crímenes cometidos entre el 11

de septiembre de 1973, día del golpe de Estado contra el gobierno democrático de Salvador Allende, y el 10 de marzo de 1978³¹. En la misma línea, Clarisa Hardy, académica y dirigente del Partido Socialista, y Ricardo Solari, presidente del directorio de Televisión Nacional de Chile, entre 2014 y 2018, subrayan que, desde un principio, el adversario fue la desigualdad:

Ella construyó su proyecto político teniendo un adversario que fue la desigualdad. Eso no cabe duda. Como adversario político en la narrativa. Pero en la práctica hay dos preguntas que son relevantes a tener: ¿cómo y para qué construyes coaliciones amplias? Porque parte de los adversarios estuvieron dentro... Y acá hubo un error de gestión política, porque no se pudieron articular los medios para llevar a la práctica esa lucha contra la desigualdad (5/11/2019).

La trama era luchar contra la desigualdad del sistema político, hacerlo más inclusivo, enfrentar las discriminaciones que se viven en la sociedad. Esto tuvo tres grandes adversarios: situación económica desfavorable, que afectó el continente; problemas de la coalición, como dice Francisco Vidal, “hubo gente de la Nueva Mayoría que no se leyó el programa de gobierno”...; y tercero un problema de gestión política, que fue en su origen coyuntural, pero luego se convirtió en muy severo es que hubo un conjunto de investigaciones sobre la política y el dinero, que tocó a la presidenta a través de su hijo, que hizo caer al jefe del gobierno, que era muy fuerte, Rodrigo Peñailillo, su ministro del Interior (4/11/2019).

Como el populismo, Bachelet también escoge a adversarios genéricos. Mientras la mandataria se enfrenta a la desigualdad, los líderes populistas pelean contra “la oligarquía”, “el imperialismo”, “los capitales financieros” o “los poderes mediáticos”. La diferencia radica en que la operación discursiva populista se completa con una asociación con personajes públicos: Juan Guaidó es el embajador del imperialismo, Mauricio Macri es la oligarquía, Jaime Nabot es el candidato de los medios hegemónicos o Noel Vidaurre, el defensor del capital financiero.

³¹ A pesar de este decreto, el presidente Patricio Aylwin conformó en 1992 la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación para investigar las violaciones a los derechos durante la dictadura militar de Augusto Pinochet. Dicha comisión redactó el “Calificación de Víctimas de Violaciones de Derechos Humanos y de la Violencia Política”, donde se recogieron denuncias y se plasmaron ejecuciones al margen de la ley, detenidos desaparecidos, torturas, abuso de poder, atentados y suicidios como consecuencia de privación de la libertad o torturas.

En cambio, Bachelet no realiza esa relación metonímica. La desigualdad y la corrupción son adversarios genéricos sin anclaje partidario o de otro tipo. Sebastián Piñera o Joaquín Lavín, dos de sus principales competidores políticos, no son relacionados con la desigualdad. Este tipo de operaciones discursivas manifiestan una interpretación institucional de enfrentamiento por el poder. El conflicto se circunscribe al sistema de partidos: disputa parlamentaria, elecciones competitivas, declaraciones en la prensa o contrapuntos en las redes sociales. Pero esta veta institucional hay que contextualizarla ya que, como se especificó al principio de este trabajo, es propia de la mayoría de los partidos políticos chilenos, no únicamente de los sectores progresistas. Como sostienen Hojman y Pérez (2005), esto se debe a que, en Chile, la sociedad y sus representantes lograron consolidar a lo largo de la historia un “estado de compromiso” respecto al orden, a las reglas y a las instituciones vigentes. Así lo señala Marco Nuñez, miembro del oficialista Partido por la Democracia (PPD) y presidente de la Cámara de Diputados (2015-2016):

La sociedad chilena demanda hoy que el diputado-persona y el diputado-gente profundicen su diálogo para la conformación de un Estado que continúe la senda del crecimiento y el desarrollo, pero, al mismo tiempo, para impedir que se cometan abusos que profundicen la desigualdad social. ¿Y por qué hoy? Porque hoy Chile es uno de los países más desiguales del mundo. Y esta fractura social es ética y políticamente inaceptable (18/03/2015).

Marco Enríquez-Ominami, fundador del Partido Progresista, antiguo miembro del Partido Socialista y opositor al gobierno de Michelle Bachelet, llega incluso a afirmar que, en un principio, los poderes mediáticos eran aliados del proyecto de la Nueva Mayoría. Así lo sostiene:

Ellos financiaron a su enemigo. Yo hice una Comisión investigadora inspirada en el caso Neuquén de Argentina, que demostró que los mejores financistas de los diarios era la izquierda. Bachelet era la financista de ellos. Cuando llega al Estado, el 90% de los recursos de los ministerios iban al Mercurio. Sin licitación, simplemente, para comprar favores. Por lo tanto, enemigos, no. Había un Síndrome de Estocolmo (4/11/2019).

Tanto en política exterior como en cuestiones internas, Bachelet antepuso la negociación al

conflicto. Sucedió con el litigio frente a Bolivia por la salida al mar en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, la crisis política en Venezuela, las reformas educativa y fiscal, el proceso constituyente y la despenalización del aborto. En todos estos temas, la mandataria buscó consensos mediante el diálogo, una diferencia considerable con la matriz populista, que subraya el antagonismo radical como método de construcción política. En el primer caso hay un reconocimiento del contradestinatario; en el segundo hay una anulación del contradestinatario. Pero en el caso de los conflictos internos, las negociaciones no eran abiertas, sino con límites. Si bien existe una aceptación de los opositores como interlocutores válidos, el diálogo funciona como un texto clausurado, no abierto (Eco, 1981). Son intercambios con fronteras precisas, que responden a los intereses del plan del gobierno. Las reformas fiscal y educativa recibieron solo modificaciones parciales por parte de la oposición, no alteraron sus esencias: ampliar el acceso a la educación y lograr un régimen impositivo más progresivo. El encuadre continuó siendo el propuesto por la gestión de Bachelet.

Esta capacidad de encuadrar la agenda pública por parte de Bachelet se resintió temporalmente con el caso Caval. Después de ser denunciado su hijo, Sebastián Dávalos, por tráfico de influencias, Bachelet tuvo que incorporar otra adversaria genérica a su narrativa: la corrupción. La agenda de probidad y transparencia, propuesta por los partidos opositores y los principales medios de comunicación, pasó a formar parte del relato político de Bachelet. Como aseveró en su quinta Cadena Nacional: para lograr un Chile más inclusivo, antes se debe transparentar el manejo de los fondos públicos. El académico Felipe Vergara, incluso, piensa que este cambio de adversario le afectó en su comunicación con la ciudadanía:

Hay dos Michelle Bachelet en el segundo mandato. La primera es la que asumí que es una mujer cercana, afable, humana, una líder que genera simpatía en la gente, que es lo que la hizo ganar, no la eligieron por tener mayores competencias técnicas, sino que por ser más líder en habilidades blandas. Eso duró hasta el escándalo de su hijo, el escándalo Caval, febrero de 2015... Después de eso, tenemos una Bachelet introvertida, que se acercó muy poco a la prensa, que dejó de ser cercana a la gente, y eso le pasó la cuenta en su popularidad. La gente le perdonaba que no hubiera un buen momento económico, pero no le perdonaba que no fuera cercana. Ahí sus discursos pasaron a ser más técnicos, más serios (4/11/2019).

Con el caso Caval se produjo una superposición de adversarios. Dicho giro discursivo favoreció a la oposición, porque introdujo una demanda propia en la agenda oficial y logró que la atención social se concentrara sobre ella. En simultáneo, este hecho de corrupción deterioró al relato político del Gobierno en dos sentidos: en primer lugar, porque la lucha contra la desigualdad perdió intensidad y, por un cierto período de tiempo, centralidad; y, en segundo término, minó la credibilidad de la presidenta, que hasta entonces no había estado involucrada –ni directa e indirectamente– en ningún suceso ilícito. En términos discursivos, y especialmente durante el primer semestre de 2015, Bachelet pasó de una lógica proactiva (generar debate público en torno a una temática en particular) a una dinámica reactiva (responder al debate público producido por un tercero).

Así, podemos determinar que la traducción de la trama de la inclusión se produce mediante un conflicto binario entre Chile y la desigualdad. El guion dicotómico no se desarrolla entre adversarios políticos, sino entre actores genéricos (Denning, 2008). Este encuadre discursivo, al evitar la polarización, el ataque y la fractura social, facilita las relaciones entre las diferentes fuerzas partidarias y otros actores de la democracia chilena (empresarios, medios de comunicación, sindicatos, iglesias, ONGs, etc.), con los que, por ejemplo, antagonizan los líderes populistas, y, además, garantiza que la disputa política quede restringida al sistema de partidos.

7.4. Tiempo verbal

Con relación al tiempo verbal del relato político, observaremos el hilo cronológico que articula Bachelet. En otras palabras, cómo conecta las diferentes dimensiones temporales: pasado, presente y futuro. Cuando se ordenan causalmente y de manera coherente estos tres momentos, el relato político es lógico; hay un sentido coherente, donde se dilucidan las causas y las consecuencias, los marcos históricos, las decisiones del presente y las políticas públicas ejecutadas. Es una variable clave para tener una lectura estructural de la narrativa gubernamental. La inserción de ésta en la historia política, social, cultural y económica del país, en este caso, Chile. En este esquema temporal, la mandataria chilena prioriza el presente y el futuro. Mediante la reforma educativa que pretende realizar, activa lo que Koselleck (1993) denomina como “horizonte de expectativa”. Observemos dos ejemplos concretos:

Yo creo que los desafíos que enfrentamos no admiten demora, y atacar las enormes

desigualdades que dañan a la democracia y afectan todo nuestro desarrollo requiere de soluciones creativas e innovadoras. Tenemos que construir la prosperidad en las próximas dos o tres generaciones, conjurando, a la vez, peligros enormes, como el cambio climático. También, como hablábamos en la mañana, el caso de las migraciones, el caso del narcotráfico (27/01/2016).

Y no tengo dudas de que gran parte de las respuestas pasan por dar la centralidad que amerita al sistema educativo, como espacio igualitario para encontrar los instrumentos y las competencias para la realización personal, pero asimismo como espacio para crear comunidad, para compartir con la diversidad humana y para definir horizontes comunes. (9/1/2017).

A lo largo de todo su mandato, la mandataria chilena proyecta los beneficios culturales, sociales y económicos que producirá la reforma educativa. Constantemente, circula un discurso anclado en expectativas, deseos y horizontes de inclusión. No se refiere al pasado profundo, como lo hace la corriente populista de la Nueva Izquierda Latinoamericana³². Solo en fechas conmemorativas o patrias rememora a próceres o recupera sucesos cruciales para el país. Pero en ningún momento realiza analogías entre personajes históricos y su figura. Su narrativa se concentra en el impacto positivo que va a generar la transformación de la educación pública. Adelanta imágenes de un país que avanzó y materializó la trama de la inclusión y venció a la desigualdad. Ese futuro comienza a vislumbrarse con las medidas que está desarrollando su gestión. Como asevera Koselleck: “Es futuro hecho presente” (1993: 338). Este lenguaje aspiracional lo combina con un registro más de corte imperativo:

Necesitamos dibujar participativamente el sueño común del Chile del mañana, para que todos quepan en él. Pero necesitamos construir, al mismo tiempo, las condiciones que harán ese futuro posible. ¿Cómo? Con un Estado que crea y garantiza las seguridades que da una sociedad basada en derechos y dignidades comunes. Sin seguridad y confianza, no hay futuro creíble (13/1/2015).

³² Hugo Chávez refiriéndose al libertador Simón Bolívar, Evo Morales invocando al líder indígena Túpac Katari, Cristina Fernández convocando a Evita Perón y Rafael Correa citando al dirigente Jorge Eliécer Gaitán. Este anclaje con personajes políticos ha sido tan recurrente que, incluso, una de las estructuras de poder regional que constituyeron este grupo de presidentes se denominó, en honor a Bolívar, Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA).

Rodrigo Muñoz, exvicepresidente de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas, y Felipe Vergara, académico de la Universidad Andrés Bello, también interpretan que el lazo temporal que estableció Bachelet era entre el presente y el futuro. La lógica aspiracional impregnó las tres reformas profundas que se comentaron en la trama: educación, fiscal y constitucional. Más allá de los resultados concretos que podía mostrar en la cotidianidad de la gestión, Bachelet se inclinó a visualizar cómo iban a impactar dichos cambios en las generaciones venideras. Así lo desmenuzan ambos:

Ella pintaba de que el futuro podía ser mejor. Y ella hacía mucho énfasis en su discurso. Más allá de que en el día a día tenía que estar compartiendo los problemas internos de la coalición, explicar y enfocarse en el presente, pero todas sus bases y las reformas que ella hace, y las que dejó sentadas antes de irse, que no se pudieron aprobar, van en la mira de construir un futuro mejor, en el Chile 2050, de cómo vamos a lograr un país desarrollado, pero también sustentable, con igualdad, solidaridad, tratando de corregir los temas de género (4/11/2019).

Ella siempre decía: “esto no lo voy a ver yo, pero las generaciones chilenas lo van a ver. Salvo en el caso de reforma constitucional. Ahí hubo un discurso hacia el pasado. No podemos legitimar una constitución que fue validada en una dictadura. Independientemente que tuvo miles de reformas, fue firmada por un dictador y eso hay que cambiarlo. Es el único minuto que se miraba para atrás (6/11/2019).

Para visualizar las modalidades mediante las cuales el enunciador erige su red de vínculos, Eliseo Verón (1987) trabaja cuatro componentes: el descriptivo (balance de una situación), el didáctico (saber hacer), el prescriptivo (el orden del deber) y el programático (prometer). La presidenta chilena usa el segundo componente para explicar cómo va a lograr un Chile más inclusivo y el tercer componente para instalar su proyecto como un deber moral. A través de los componentes didáctico y prescriptivo Bachelet intenta instalar una imagen de liderazgo pedagógico-deontológico: explica sencillo lo que debe hacer el país para saldar su deuda social. Por lo general, para llevar a cabo esta comunicación emplea datos fríos –números, fechas, estadísticas, información dura, cantidades, etc.– y se enfoca más en el costado racional de las personas. El psicólogo Jerome Bruner (1986) afirma que el ser humano posee dos formas de acceder al conocimiento: el conocimiento paradigmático y el conocimiento narrativo. La presidenta chilena hace hincapié en el primero que se relaciona con el discurso racional, la

lógica causal y la búsqueda de la verdad.

Como se observa, Michelle Bachelet implementó principalmente el horizonte de expectativa para instalar su relato político. Las tres reformas que fueron la base de este enfoque prospectivo fueron la reforma educativa, la reforma impositiva y la reforma constitucional. Mediante estas tres transformaciones, las generaciones venideras de Chile podrían vivir en un país más equitativo y justo. Así podemos vislumbrar cómo se enlazan las tres piezas vistas hasta aquí del relato gubernamental: la trama de la inclusión, la desigualdad como adversario genérico y el futuro como tiempo verbal primordial.

7.5. *Ethos* presidencial

Para lograr un relato político coherente, es importante que el *ethos* ejecutivo cuadre con la trama. La imagen presidencial debe estar en sintonía con el significado estructural que guía a la gestión. Omar Rincón (2017) asegura que la verosimilitud del relato está supeditada a los rasgos personales del gobernante. Si ambas narrativas (personal y gubernamental) se fusionan virtuosamente, la imagen del jefe del ejecutivo ganará credibilidad y el relato político incrementará su legitimidad. Por ejemplo, recuperemos el caso del expresidente boliviano, Evo Morales. El núcleo del relato político de su gobierno fue la conformación de una identidad multinacional, aceptar que el país andino es un Estado diverso, donde conviven distintas naciones: los descendientes de europeos, los mestizos, los aimaras, los guaraníes o los quechuas, entre otras. Esta propuesta de identidad plural cobra mayor fuerza al ser presentada por un presidente de origen aimara, nación que, históricamente, junto al resto de los pueblos originarios, fue relegado a un segundo plano en los puestos de mando y en la toma de decisiones políticas por los mestizos y los blancos. La semblanza de Morales –humilde, indígena y sindicalista– dotó de legitimidad, robustez y credibilidad a este proyecto de sentido que tiene como objetivo igualar la influencia de todas estas naciones en la identidad boliviana. Este es un ejemplo contundente de sinergia entre la trama y el *ethos* presidencial.

Yendo al caso de Michelle Bachelet y recuperando el tiempo verbal trabajado en el anterior inciso, la mandataria recurre al conocimiento narrativo y a su historia personal solo para articular el *ethos* presidencial. El mismo está impregnado de testimonios personales y familiares de la década del setenta. Así lo demostró en diversos actos conmemorativos, como en la presentación de un libro de periodistas que cubrieron el golpe de Estado a Salvador

Allende y otro donde, en nombre del Estado de Chile, le pidió perdón a víctimas que sufrieron violaciones a sus derechos humanos a partir del 11 de septiembre de 1973³³.

Permitan, entonces, a esta presidenta de la República, hija de un general de la Fuerza Aérea que estuvo con ustedes en la misma celda, que desde su rol de Gobierno, pero también desde lo más profundo de la historia personal, reconozca lo que ustedes han logrado con una única palabra final: gracias (7/10/2016).

Porque quizá la mayor lección que estos testimonios nos entregan es que aún en los momentos más difíciles y exigidos, es posible rescatar el gesto fraterno, la ayuda desinteresada, la solidaridad espontánea de las personas sometidas a una situación extrema. Todos los que vivimos esos días los conocimos de una u otra manera: la sonrisa de un desconocido, la ayuda inesperada de un familiar lejano, la palabra de aliento susurrada o dicha en voz alta y desafiante (6/9/2017).

En los dos segmentos, Bachelet, a través de su recuerdo íntimo, vehiculiza la tragedia que vivió Chile durante la última dictadura militar. La memoria personal funciona como soporte de la memoria colectiva. Sus hechos traumáticos operan como heurísticos del drama nacional. Es imperioso recordar que, después del golpe de Estado de Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende, su padre, Alberto Bachelet, fiel al bando derrocado, fue secuestrado y torturado por sus antiguos compañeros de armas. El 13 de marzo de 1974 murió de un infarto en la cárcel. Al año siguiente, Michelle Bachelet y su madre fueron detenidas y también torturadas en el Centro de Detención Villa Grimaldi. Una vez recuperada la libertad, ambas se exiliaron en la República Democrática Alemana (RDA) que gobernaba Erich Honecker. Desde el país comunista, Michelle –como se vio en la reseña biográfica– militó por los derechos humanos y orgánicamente se encuadró el sector del Partido Socialista (PS) de Chile que lideraba Clodomiro Almeyda.

Con esta retórica testimonial (Sarlo, 2005) se superponen dos encuadres: el de presidenta que relata y pide perdón en nombre del Estado y el de víctima que recupera lo vivido. A diferencia del lenguaje racional que se apuntó en el tiempo verbal, aquí prima claramente el lenguaje

³³ El 11 de septiembre de 1973 es derrocado el gobierno democrático de Salvador Allende por una junta militar liderada por el comandante en jefe del Ejército, Augusto Pinochet Ugarte.

emocional. Los valores, los sentimientos, las apreciaciones y el *storytelling* personal (Vázquez Sande, 2016) desplazan a las estadísticas, la lógica y la información dura. Un ejemplo concreto fue cuando, sobre el final del homenaje a las víctimas del terrorismo de Estado, lloró frente al público y las cámaras de los medios de comunicación. Sin embargo, a pesar de su historia personal, la presidenta chilena mantiene un tono de reconciliación. Recordemos que Bachelet fue ministra de Defensa Nacional entre 2002 y 2004, bajo la presidencia de Ricardo Lagos. Dicho paso por la cartera, que tuvo un alto impacto simbólico ya que fue la primera funcionaria en ocupar ese puesto después de haber sido torturada durante la dictadura, fortaleció su vínculo con las fuerzas armadas. A partir de la modernización, la profesionalización y el equipamiento de éstas, Bachelet ganó prestigio entre el círculo castrense y, en paralelo, se proyectó en la opinión pública como un ejemplo de reconciliación. En este sentido, según ella, la memoria es una oportunidad para unir, no para dividir. Así lo expresaba en el 41 aniversario del Golpe de Estado:

El 11 de septiembre es sinónimo de dolor y de pérdida para nuestra sociedad completa. Es la fecha que nos recuerda divisiones terribles entre los compatriotas, nos recuerda aquello que no queremos nunca más, pero el 11 de septiembre es también la fecha que nos recuerda la historia y el valor de la democracia que hemos construido juntos. Nos recuerda que nada ha sido en vano, porque hemos sido capaces de construir, tras esta amarga experiencia, una cultura de paz, una cultura de respeto a la diferencia y de valoración por la diversidad y el diálogo (11/9/2014).

Al igual que en el guion dicotómico, la presidenta recurre al pluralismo, al encuentro y al intercambio como rasgos cardinales del sistema republicano que escogió Chile desde 1990. Intenta convertir el pasado (la dictadura militar) en aprendizaje para el presente (la democracia). Establece una antítesis prototípica (Charandeau y Maingueneau, 2002) entre ambos sistemas organizativos: la dictadura está asociada al dolor, la división y la pérdida; la democracia, en sentido contrario, representa la convivencia, el respeto y la paz. Este clivaje temporal busca formar un amplio consenso sobre lo sucedido entre 1973 y 1990. Sobre ese acuerdo tácito, erige las bases actuales de la convivencia. No obstante, también es una estrategia identitaria: aquellos que disienten con esa lectura histórica negativa de la dictadura militar de Augusto Pinochet, quedan afuera del contrato democrático.

Este lenguaje de pacificación puede encontrarse también en otras experiencias

socialdemócratas de la Nueva Izquierda Latinoamericana, como los presidentes Ricardo Lagos y José Mujica. Ambos mandatarios elaboraron un discurso donde la memoria figura como una posibilidad de reencuentro ciudadano. Para que esa memoria sea convergente, el Estado circula una narrativa que reconoce al sujeto-víctima (los presos políticos, los torturados, los desaparecidos y sus familiares), pero ignora al sujeto-culpable (las fuerzas armadas, los cuerpos de seguridad y los servicios de inteligencia). Es decir, se intenta reparar simbólicamente y materialmente a las partes damnificadas al mismo tiempo que se excluye a las instituciones estatales que protagonizaron dicho daño. De este modo, queda un relato desmembrado, sin una lógica causal que conecte víctimas con victimarios. Este vacío que se abre en el terreno de las responsabilidades circunscribe a la memoria a una función rememorativa del dolor: solo alumbra las consecuencias del proceso militar.

Las enunciaciones de Bachelet sobre su historia personal y la dictadura solo son utilizadas en fechas conmemorativas o cuando es consultada en una entrevista mediática. En su agenda cotidiana de gobierno, Bachelet no propone estas temáticas. Intenta mantener una distancia entre ese pasado trágico y los debates políticos actuales. La trama de su relato político es la inclusión, no la violación de los derechos humanos en la década del setenta, como en el caso de los presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina. La mandataria aguarda el marco –histórico o interrogativo– adecuado para insertar su experiencia. En términos de Charandeau y Maingueneau (2002), espera la “escena de enunciación” indicada para circular su ethos de víctima. En síntesis, la frecuencia de este tipo de intervenciones está supeditada a las efemérides o a la voluntad de un periodista que le pregunta al respecto.

Pau Canaleta (2010) se refiere al arco de transformación que debe tener todo relato político para generar tensión narrativa. Este concepto apunta a la crisis que debe superar el o la protagonista para superarse, crecer y redescubrirse. En el caso de Michelle Bachelet, podemos distinguir la experiencia del exilio, de haber estado presa y de contar con un padre muerto en condiciones de tortura. Todo este sufrimiento personal viró en aprendizaje, en posiciones más moderadas y en una política de reconciliación sobre lo acaecido en la última dictadura militar³⁴.

³⁴ No obstante, como vimos, Bachelet en sus dos mandatos desplegó una política de memoria para recordar a las víctimas de la última dictadura militar. El espacio emblemático de esta visión fue el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, inaugurado el 11 de enero de 2010 y donde la mandataria sostuvo: “Quiero, en primer lugar, agradecer la presencia de todos ustedes en este acto para inaugurar este Museo donde se encuentra y se reencuentra la sociedad chilena. Donde la sociedad enfrenta su propia historia, donde se busca extraer las enseñanzas éticas de un período difícil, a partir de lo cual se trata de reforzar los cimientos de la vida en libertad”. Al igual que lo analizado en el *ethos* presidencial durante su segundo periodo, Bachelet enfatiza la necesidad de la unión social después de una experiencia tan traumática y

Además, como explica Stephen Denning (2008), la historia personal legitima el relato político: el nivel biográfico (micro) sustenta el nivel gubernamental (macro). Al ser una víctima directa –junto a su familia– del régimen de facto de Pinochet, Bachelet dispone de la autoridad experimental para narrar y resignificar sobre lo ocurrido.

La otra marca distintiva es su ethos femenino. Bachelet articula una imagen de sí misma emparentada con el empoderamiento de la mujer. Un eje discursivo que construyó como ministra de Salud, entre el 2000 y el 2002, cuando aprobó la distribución gratuita de la píldora del día después, reforzó durante su primer mandato presidencial y terminó de consolidar como directora ejecutiva de ONU Mujeres (2010-2013). En esta segunda presidencia, Bachelet deja en claro, a través de giros, aclaraciones, argumentaciones o anuncios, su compromiso por la igualdad de género. Por ejemplo, en las formas, se puede percibir que la mayoría de sus alocuciones presentan un registro lingüístico mixto: “amigos y amigas”, “compañeras y compañeros” o “estimadas y estimados”. Para incluir a todo su auditorio, modifica la morfología de las palabras y utiliza los dos géneros. Cuando se refiere a la lucha de la mujer, subraya tanto los logros como las deudas. Los tonos que predominan en este campo son el valorativo (qué es correcto y qué es incorrecto) y el imperativo (qué hay que hacer). En una segunda dimensión, aparecen los tonos descriptivos (qué sucede) y analítico (por qué sucede). Tres ejemplos nítidos son estas presentaciones en la ONU, en una entrevista en Radio Futuro y en una visita a heridos afectados por un acto terrorista:

En Chile, tenemos una presidenta mujer por segunda vez. Hemos t e n i d o presidenta del Senado; hemos tenido presidenta de la federación de trabajadores más grande del país; hemos tenido presidentas de las federaciones estudiantiles más grandes. Alguien podría decir que en Chile hay igualdad de género. Hemos tenido avances, hemos tenido progresos, pero tenemos aun un conjunto de tareas pendientes (27/9/2015).

A veces, los proyectos de ley que salen es lo que uno logra consensuar con las fuerzas políticas que están. Y, por lo tanto, a veces uno aspiraba a más. Voy a dar un ejemplo. Para mí, hubiera sido ideal que el 40% de mujeres no fueran de candidatas, sino de mujeres elegidas. Pero, no 'había agua en la piscina' para eso.

dolorosa. No despliega un discurso de rencor ni revanchismo, sino que busca un consenso entorno a la democracia.

Y, por lo tanto, partimos con una cuota de 40% de candidatas Por eso le digo, a veces tiene que ver con que uno no puede hacer todo lo que quiere, sino que puede avanzar en aquello que logra llegar a acuerdo político en el Parlamento, porque son materias de ley; y nosotros somos una democracia que respeta que el Parlamento tiene su voz que decir, su pensamiento (9/3/2017).

Queremos que cada vez más mujeres asuman liderazgos de su gente, que su opinión esté presente, que defiendan sus puntos de vista sobre los diversos temas que las afectan. Ustedes saben que en materia de igualdad de género hemos hecho avances importantes en los últimos años, hoy tenemos más mujeres participando activamente en organizaciones sociales, en actividades productivas, pero todavía tenemos muchas tareas pendientes (8/9/2014).

Por otra parte, se interpreta su empatía con las minorías o los sectores que el sistema político chileno históricamente subrepresentó, es decir, no transformó recogió sus demandas ni las transformó en políticas públicas. Su recorrido como socialista, pediatra, funcionaria de la ONU y, obviamente, mujer le sirvió para encarnar los intereses de aquellos intereses “invisibles” para la clase política tradicional. La combinación de experiencias que les brindaron esos distintos pasajes de su vida le proporcionaron una sensibilidad social especial. El exilio como militante socialista, además de ser hija de un general torturado, le aportó fortaleza, resiliencia y la capacidad de hacer política en contextos adversos y con escasos recursos (materiales, humanos y simbólicos); la profesión como pediatra le proporcionó empatía con el dolor; el trabajo como Directora Ejecutiva de ONU Mujeres le brindó una perspectiva global e integral sobre las condiciones que tiene que atravesar la mujer para desarrollarse; y, por último, su trayectoria como mujer en política le permitió sufrir en primera persona los obstáculos (formales e informales) que tienen aquellas pares que quieren acceder al poder público. Así lo reflejan Ricardo Solari, presidente del directorio de Televisión Nacional de Chile, entre 2014 y 2018, Clarisa Hardy, dirigente del Partido Socialista, y Ximena Jara, jefa del equipo de contenidos de la segunda gestión de Michelle Bachelet:

Tiene dos cosas: uno que es mujer y otra de médico pediatra. O sea que ella asume la política como un servicio. Esa es su lógica. Las personas lo perciben así, incluso sus adversarios le pueden cuestionar sus competencias, pero no sus intenciones. Nunca ella fue cuestionada por ser ambiciosa. Se percibe como un personaje que

está en la política porque es una doctora, conoce los problemas de la gente, esa es la discursividad de ella, eso está instalado (5/11/2019).

Ella fue la voz de todos los perdedores. Su condición de mujer no solo la llevó a radicalizar la mayor igualdad y equilibrio de poder, de oportunidad a mujeres y hombres, sino que ese hecho te hace particularmente sensible a todos los que por condiciones ajenas a su mérito o esfuerzo, son desmedrados en este país. Por un lado, está su visión de género y por otro, desde que era adolescente estaba en el Partido Socialista. Entonces, el fenómeno de la desigualdad tiene que ver un poco la opción política que hiciste muy tempranamente (5/11/2019).

La figura de ella se engrandecía en el extranjero. Ella llegó como una líder internacional. Salí al mundo, aprendí, tengo otra expertise, pero sigo siendo una de ustedes. Sé más de liderazgo. Sé las tareas que quedan por hacer. He visto lo que ha pasado en Chile estos años y sé que el desafío es la desigualdad. Y entonces hizo suya una demanda ciudadana, la educación. Gratuidad en la educación y terminar el privilegio. Ella incorpora el relato ciudadano (4/11/2019).

Su paso por la Dirección de ONU Mujeres, se puede interpretar con el regreso del héroe de Joseph Campbell (1959). Se cumple la secuencia separación – iniciación – retorno. El triunfo de Sebastián Piñera, representante de la derecha, supuso un revés al legado de Michelle Bachelet, que no pudo imponer al expresidente demócrata cristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Posteriormente a ese suceso electoral vino la etapa del viaje (separación), la nueva experiencia profesional en la ONUA (iniciación) y, por último, el regreso en el 2013 para conformar la Nueva Mayoría y ganar las elecciones presidenciales frente a la derechista Evelyn Matthei con un nuevo saber y más fortalecida (retorno). Esa experiencia pedagógica al frente de un organismo multilateral y la posterior victoria electoral funcionan como una revelación temática: la audiencia toma como aspiración la narración personal porque significa una evolución, un recorrido ascendente, un mensaje positivo (Truby, 2015).

En los actos, la presidenta elabora un enunciado para el público en general y otro, con propiedades específicas, para las mujeres presentes. Esta línea discursiva vinculada al género femenino es permanente a lo largo de su segundo mandato. A diferencia de su experiencia traumática durante la dictadura militar, Bachelet, en este caso, propone el asunto, no aguarda

determinadas efemérides o preguntas de periodistas para posicionarse sobre la temática. En otros términos: genera agenda, no consume agenda. La presidenta chilena también en sus presentaciones revisa determinado sentido común que circulan en relación con el género, el poder y la política. En una entrevista para un medio internacional, señalaba lo siguiente:

Por ejemplo, me contaba una primera ministra danesa que en la campaña lo que le analizaban era el tamaño de las carteras, no los contenidos programáticos que ella estaba señalando. En el caso nuestro igual: si yo tengo el aspecto físico que tengo, soy considerada ‘grande’, y lo digo así para no sonar feo. Cuando era ministra, un colega mío que también era ‘grande’ lo llamaban en realidad el ‘Panzer’, sinónimo de poder. Y como presidenta también lo he vivido. Las evaluaciones y las críticas son, en el tono y la forma, distintas que las que aplican a un hombre (9/10/2017).

Como se observa, la primera mandataria deconstruye representaciones que transitan en la política. Cristaliza la noción que enlaza naturalmente propiedades como la fuerza, la autoridad y la jerarquía al poder masculino. Un consenso que se presenta en regularidades pautadas informalmente como los apodosos y los criterios de evaluación. Al hombre con gran tamaño físico se lo alegoriza con un instrumento militar, se lo asocia con lo que Nye (2011) denomina poder duro; a la mujer, en cambio, se la evalúa negativamente porque no cumple los cánones estéticos de belleza instalados en la cultura occidental. Además, según Bachelet, el sistema diacrítico³⁵ es la variable principal para juzgar a las mujeres. La formación, los resultados, la experiencia u otras capacidades profesionales no son tenidas en cuenta cuando se analiza al sexo femenino en la esfera política. Estas convenciones, que configuran el campo discursivo dominante, son desafiadas por la jefa del poder ejecutivo.

La presidenta plasmó este posicionamiento discursivo a través de una serie de políticas públicas: la creación del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, Ley de Sistema Electoral Proporcional Inclusivo, Ley de despenalización del aborto en tres causales (cuando la vida de la mujer corra riesgo o la gestación implique una grave afectación a su salud, cuando haya inviabilidad del feto y cuando sea producto de una violación), introdujo un enfoque de género en la legislación laboral y sancionó distintas leyes para erradicar la violencia de género, entre

³⁵ Según Rulicki (2015), es el canal de la comunicación no verbal que está determinado por la indumentaria, el maquillaje, la marca, los símbolos religiosos y el corte de pelo.

las principales. Debido a esta agenda, en marzo de 2017, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) la condecoró como “Campeona internacional de género”.

Como compendio, podemos deducir que Michelle Bachelet desagregó su ethos presidencial en dos direcciones: su experiencia traumática durante la última dictadura militar y su condición de mujer política. En el primer caso, al igual que Mujica, fue más de modo reactivo (ante preguntas de periodistas o fechas conmemorativas) que proactivo (imponer el tema). El relato personal fue utilizado para una política de reconciliación, de encuentro entre todos los chilenos. Si bien no estimuló políticas públicas contra los militares, sí se encargó de recordar a las víctimas del terrorismo de Estado. En sentido contrario, después de su paso por la Dirección de ONU Mujeres, en la temática de género, tuvo una marcada agenda desde el inicio de la gestión. Dos ejemplos palpables de esta narrativa a favor de la igualdad de género fue la invención del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género y la Ley de despenalización del aborto en tres causales.

7.6. Repertorio simbólico

Por último, examinaremos el repertorio simbólico. Un relato político eficaz es, ante todo, una galería de imágenes. Cuando penetra en el tejido social, la historia gubernamental se transforma en un conjunto de fotos representativas o icónicas. Dichos retratos mentales están constituidos por logos, cromáticas, monumentos, banderas, músicas, efemérides, gigantografías, nombres de calles, escenarios, vestimentas y protocolos. Los símbolos son trascendentales porque simplifican significados complejos, activan las emociones y refuerzan la identidad grupal (Edelman, 1991; D`Adamo y Beaudoux, 2016b). De acuerdo con esta perspectiva, Gil Calvo (2018) señala que lo revelador en la comunicación política no es el lenguaje verbal (qué se dice), sino los espacios (dónde, cómo y ante quién se dice) y las fechas (cuándo se dice) que se escogen. Entonces, el objetivo es identificar la red de imágenes que produce Michelle Bachelet para sintetizar su gestión. Dicho con otras palabras: cómo traduce el significado de su gestión desde el plano visual.

Una pieza fundamental para analizar son los escenarios, que Vázquez Sande (2016) considera importantes porque estructuran relaciones sociales y brindan límites semánticos a los acontecimientos. En primer lugar, un patrón estético a lo largo del mandato es el uso del Salón Azul de la Casa de la Moneda para enmarcar las acciones presidenciales. Este espacio es donde

la máxima autoridad realiza sus reuniones privadas y recibe a sus pares internacionales o personalidades destacadas. A través de la preferencia del Salón Azul como entorno comunicacional, Bachelet jerarquiza a sus invitados, pero a la vez los circunscribe a la formalidad del protocolo. Activa la función estructural del escenario (Canet y Prósper, 2009), aquella que moldea y determina al evento. El significante (el Salón Azul) acota el significado (el encuentro, por ejemplo, entre la presidenta y el Papa Francisco). De este modo, se intenta que el observador decodifique el diálogo en términos estrictamente institucionales.

En el Salón Azul, la presidenta chilena también realizó las siete Cadenas Nacionales de su segundo gobierno. Los mensajes más trascendentales –las comunicaciones de crisis, los saludos anuales y el anuncio de las políticas públicas más relevantes de su gestión– sucedieron en ese espacio físico. En línea con lo anterior, la estética se mantiene sujeta al ceremonial institucional. El fondo de la escena está constituido siempre por la bandera nacional y un decorado sobrio: muebles, flores y cortinas. A veces, figuran los cuadros de los próceres Andrés Bello y Bernardo O'Higgins y el atril con el escudo del país. Es importante señalar el uso semiótico de estas dos personalidades históricas porque son los mitos a los que recurre todo el arco político para sintetizar el imaginario histórico (las raíces en común) de los chilenos. No son símbolos usados exclusivamente por Bachelet, sino que, al igual que la bandera nacional, son utilizados por toda la sociedad chilena en actos patrios, instituciones educativas o celebraciones culturales. En la mayoría de las presentaciones de Bachelet tampoco hay signos de orden ideológico, destacan en cambio los que acá vamos a denominar “componentes simbólicos inclusivos” (identidad nacional), aquellos que apuntan a formar un sentido de pertenencia amplio, laxo y consensual. En dirección opuesta, están los “componentes simbólicos exclusivos” (identidad ideológica), que buscan constituir un sentido de pertenencia limitado, preciso y diferencial. La expresidenta argentina, Cristina Fernández, cuando usaba en las Cadenas Nacionales la semblanza de Eva Perón de fondo, paladín histórica del peronismo, y Hugo Chávez, cuando usaba junto a todo su gabinete el color rojo para identificarse con el socialismo, son ejemplos nítidos de esta segunda categoría. Marco Nuñez, ex presidente de la Cámara de Diputados y miembro del PPD, lo entiende de la siguiente manera:

Eso no existe en Chile. A los niveles de Cristina Fernández o de Nicolás Maduro, Chávez, de Cuba, no existe y por eso existe un régimen. La figura del presidente en Chile es impersonal. Aquí puede estar lleno de antibacheletistas o antiipiñeristas,

pero entra el presidente y todos nos paramos y todos los respetamos. Eso es así. Y por lo tanto no hay una tradición, porque eso es pinochetismo y hasta la derecha más liberal reniega de Pinochet, que es una gran victoria cultural, el culto a la personalidad es visto acá como tropical. El término tropical acá es visto como república bananera. Acá uno adhiere a un programa, a una ideología; la persona es importante, cada vez más, pero no es culto a la personalidad. Yo respaldo a la presidente porque representa estos valores, y la dejo de respaldar porque ya no los representa (6/11/2019).

Al mantener el repertorio simbólico protocolar, se genera una continuidad con Sebastián Piñera, expresidente y líder de la fuerza de derecha Alianza. Una prueba fehaciente de esta coherencia estética es que la gestión Bachelet conservó como marca de gobierno el logo que creó Piñera para su administración. En este caso, la ideología no determina la simbología, sino que es la cultura institucional la que define las imágenes del relato socialdemócrata. Dicha cultura institucional, que empezó a construirse con el regreso de la democracia, es transversal: desde la izquierda a la derecha aceptan sus códigos (políticos, reglamentarios y simbólicos). Bachelet respeta estas normas formales e informales, excepto en la temática vinculada a la mujer, donde introduce demandas y cuestionamientos que, como vimos en el ethos presidencial, pretenden resignificar la cultura institucional. Aun así, Bachelet evita cualquier impronta refundacional y se ciñe a la semiótica del poder ejecutivo. Este respeto a las reglas estéticas impuestas por el protocolo es otra diferencia clave con el populismo, que opta por el personalismo (“Chavismo”, “Correísmo”, “Kirchnerismo”) y/o la ideología (“Socialismo del siglo XXI”) como fuentes para constituir su propio repertorio simbólico.

La retórica visual (Olson et al., 2008) no se altera cuando las acciones comunicacionales se desarrollan en el territorio. Bachelet mantiene la bandera nacional como ordenador estético y, exceptuando los actos partidarios, evita los componentes simbólicos exclusivos. En estas situaciones también se añaden elementos simbólicos de las instituciones que ofician de mediación entre la presidenta y la ciudadanía. Los sindicatos, asociaciones de mujeres, las organizaciones medioambientales, cámaras empresariales, PYMES o iglesias aportan sus estructuras simbólicas en las visitas de Bachelet, pero son elementos estéticos transitorios –no permanentes– en su relato político. Este contacto con la gente era una fortaleza de la mandataria chilena. Regularmente, se encontraba con grupos reducidos de ciudadanos. Visualmente, comunicaba una imagen cercana, una presidenta horizontal, que podía entablar una

conversación entre pares. Rodrigo Muñoz, exvicepresidente de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas y actual dirigente del Partido Socialista, explica lo siguiente:

Ella era muy del contacto directo con las personas. En sentido que siempre organizaba pequeñas reuniones, mítines, asambleas ciudadanas para discutir algunos temas. También citaba a la misma ciudadanía al Palacio de la Moneda. Usaba ese recurso. Pero no lo hacía como un recurso populista, sino para que la ciudadanía se sintiera más cercana al poder político, a la institucionalidad. Especialmente, en el proceso constituyente, que era por toda la lógica de la despolitización que ocurre en Chile, que siempre ha habido una distancia considerable entre la gente y la política como una cuestión despreciable (5/11/2019).

La comunicación interpersonal en política es clave. En su clásico libro, “La dimensión oculta” (1972), el antropólogo Eduard T. Hall divide al sistema proxémico en cuatro distancias: íntima (0 – 45 cm), personal (50 cm – 1 metro), social (1 – 3 metros) y pública (más de 3 metros). Michelle Bachelet se maneja correctamente en las dos primeras medidas. Allí es donde forja un contacto cercano con el ciudadano. Esta habilidad comunicacional le permite establecer un lazo de confianza y afectivo con la audiencia directa (ciudadanos que establecen una comunicación interpersonal con ella) y, al mismo tiempo, generar una percepción en la audiencia indirecta (ciudadanos que acceden a la actividad territorial mediante material institucional o medios de comunicación) de política “conectada” con la realidad de la mayoría, que entiende los problemas y los sentimientos de la gente común. Es una diferencia comunicacional importante con los líderes populistas que, si bien pueden desarrollar las distancias íntima y personal, se destacan por el manejo de la distancia pública en los actos masivos que efectúan en plazas o espacios públicos, donde desde un balcón “dialogan” con miles de personas.

En síntesis, podemos identificar dos rasgos clave en el repertorio simbólico de Michelle Bachelet: el respeto a la estética institucional que tiene el poder ejecutivo de Chile, evitando una imagen de corte personalista y mesiánica, y al mismo tiempo una retórica visual de cercanía, que se asienta en la habilidad comunicacional de ella para relacionarse con las personas cara a cara. Este último recurso, que desarrolla en el territorio, le permitió inyectarle carisma y “calidez” a la simbología institucional del cargo presidencial. Sin duda, es un diferencial comunicacional con sus predecesores progresistas: Ricardo Lagos, Eduardo Frei

Ruiz- Tagle y Patricio Aylwin Azócar. Los tres mandatarios desplegaron una comunicación apegada a las reglas protocolares del Palacio de La Moneda y sustentada en el objetivo de resguardar la jerarquía de la máxima investidura. Además de la tradición institucional mencionada anteriormente, una hipótesis histórica a esta tradición estética podría ser el intento de distinguirse de la experiencia de Salvador Allende. El primer presidente socialista trazó un estilo horizontal, popular y personalista, y, al haber tenido un desenlace traumático dicho liderazgo, es posible que los distintos mandatarios que llegaron al poder a partir de 1990 quisieran brindar señales –comunicacionales, económicas y políticas– contundentes a los sectores del régimen de Augusto Pinochet que había habido una revisión y un posterior aprendizaje respecto a dicha experiencia traumática, por parte de la izquierda democrática.

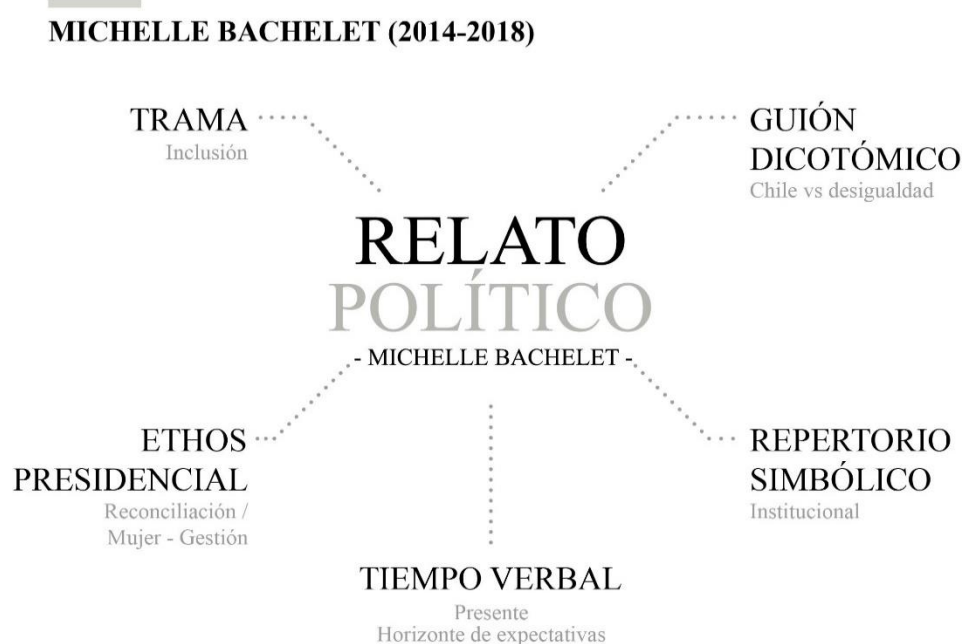
7.7.Conclusiones

Después de analizar las diferentes variables, podemos deducir que el relato político de Bachelet está caracterizado por una trama de la inclusión que se concentra en la ampliación de derechos; un guion dicotómico que enfrenta al país contra la desigualdad; un tiempo verbal centrado en las expectativas y los cambios sociales que producirán sus reformas educativa e impositiva; un ethos de mujer presidenta que subraya la lucha por la igualdad de género; y un repertorio simbólico que respeta las reglas protocolares institucionales. El patrón que hilvana todas las piezas es la vocación institucional, que, si bien es un rasgo propio de las diferentes fuerzas políticas chilenas (desde la izquierda hasta la derecha), Bachelet lo defendió durante todo su segundo mandato e hizo del apego a las instituciones una impronta del progresismo. Esto es importante señalarlo porque, a diferencia de las anteriores experiencias de gobierno desde el regreso a la democracia, el Partido Socialista volvía a gestionar en una alianza con el Partido Comunista, hecho que no sucedía desde el mandato de Salvador Allende y suscitaba ciertos temores en los sectores conservadores del país.

Si bien, como se señalará en las conclusiones, en un futuro sería apropiado realizar un estudio comparado y sistematizado para verificarlo, teniendo en cuenta la literatura existente sobre la comunicación de la izquierda populista latinoamericana (Laclau, 2005 y 2006; Panizza, 2008b y 2009; Waisbord, 2013), podemos vislumbrar ciertos matices, similitudes y diferencias, tanto en el contenido como en las formas, entre el relato de Bachelet y el relato populista. Mientras la socialdemocracia acepta los límites del marco institucional (tradición reformista), el populismo aspira a construir un nuevo orden normativo (tradición revolucionaria). La trama de

la inclusión, si bien se presenta como un cambio fructífero en la historia de Chile, está conectada con las gestiones anteriores de Aylwin, Frei Motalva, Lagos y el primer gobierno de Bachelet. No hay un estilo refundacional ni el nacimiento de una nueva era para el país, como generalmente plantean los líderes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana.

Otra distinción se da en el plano del ethos presidencial. La mandataria chilena presenta un ethos vinculado a un tema candente en la agenda política de occidente, la igualdad de género. A través de su historia personal, señala los prejuicios y estereotipos que tienen que combatir las mujeres para ocupar un puesto jerárquico y gestionar. Esta impronta es acompañada por otras dirigentes clave de la fuerza oficialista, como Camila Vallejo, diputada del Partido Comunista, e Isabel Allende, presidenta del Senado chileno. El líder populista, en otro sentido, se posiciona como un líder elegido por la historia, una especie de *paterfamilias* de la nación que viene a proteger los intereses económicos de los sectores oprimidos por la oligarquía, pero no se enfoca en los valores posmateriales o derechos culturales de las minorías sexuales o de la mujer. Es una perspectiva netamente masculina, que al igual que la izquierda previa al Mayo Francés de 1968 solo se concentra en la dimensión material de la reivindicación (Sarasqueta, 2017). Entre las similitudes, podemos encontrar que ambos construyen un adversario genérico, aunque el populismo completa esa operación discursiva con un anclaje partidario. La socialdemocracia mantiene separado al sistema de partidos de los actores externos o adversarios genéricos que erige, mientras que el populismo mezcla las distintas esferas –partidaria, económica, regional, judicial, mediática, etc.– para formar un enemigo extraordinario.



8. El relato político de José Mujica (2010-2015)³⁶

En este capítulo abordaremos el relato político del presidente de Uruguay, José Mujica, entre 2010 y 2015. La estructura será la siguiente: comenzaremos con una breve biografía para conocer su derrotero antes de llegar al poder; luego, trataremos la trama discursiva que construyó durante su mandato; acto seguido, se trabajará sobre el guion dicotómico; en tercer lugar, se analizará el tiempo verbal con el que ordenó temporalmente el relato político; en cuarto lugar, se planteará la ingeniería del ethos presidencial; por último, se desmenuzará el repertorio simbólico con el que representó su experiencia. Para cerrar, ofreceremos unas conclusiones sobre el caso examinado.

8.1. Una breve reseña biográfica

José Mujica Cordano nació el 20 de mayo de 1935 en Montevideo. Se crio en una chacra en los alrededores agrícola de la capital uruguaya, en el barrio Paso de la Arena, donde viven granjeros y floricultores. Desde chico, se interesó por las actividades en el campo, especialmente la florería. Sus primeros años de militancia fueron en el Partido Nacional, una fuerza conservadora con arraigo en los sectores rurales del país y cuyo máximo exponente fue Luis Alberto de Herrera. Mujica creció políticamente junto a su mentor Enrique Erro. Ante el giro a la derecha del gobierno “blanco” (1959-1966), ambos partieron y formaron junto al Partido Socialista del historiador Vivian Trías la Unión Popular. En las elecciones presidenciales de 1962 solo obtuvieron el 2,31% de los sufragios.

Con la dispersión de la izquierda, la experiencia fresca de la Revolución Cubana, la liberación de Argelia en manos del Frente de Liberación Nacional (FLN) y, como reacción, el auge de organizaciones fascistas en Uruguay nace formalmente, después de un proceso gradual de varios años, el Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaro en 1965. Entre los primeros miembros de la organización guerrillera se encuentran Eleuterio Fernández Huidobro, Julio Marenales, Raúl Sendic, Jorge Manera y José Mujica. Tiempo después, se sumarán figuras como Jorge Zabalza, Mauricio Rosencof y Henry Engler.

³⁶ En este capítulo se han recuperado ideas y conclusiones del artículo académico “El Mayo latinoamericano: José Mujica, Rafael Correa y los relatos de la nueva izquierda” (2017)”, publicado en la *Revista Question*, 1(53), pp. 338-358.

En estos años, Mujica fue encarcelado en cuatro ocasiones. La primera vez fue en 1964, cuando robó junto a otros tupamaros un depósito de una fábrica en la capital. En 1970 fue la siguiente, cuando recibió seis balazos por resistirse en un bar montevideano. A los meses de caer preso, se fugó. Pero luego de un par de meses fue nuevamente atrapado. La última captura fue en 1972. Permanecerá detenido, junto a ocho líderes de la agrupación que fueron catalogados como los “nueve rehenes de la dictadura”³⁷, hasta 1985. Durante esos doce años, Mujica circulará por diferentes cuarteles y será torturado y aislado. Como retrata en el libro *Una oveja negra al poder* de Andrés Danzay Ernesto Tulbovitz, por momentos, perdió la cordura:

Estuve piantado, piantado. A principios de los 80, me llevaron al Hospital Militar. Tenía una persecuta³⁸ de la gran puta, no paraba de tener visiones y cosas así. Vino una psiquiatra a atenderme. Me dio un puñado de pastillas y nunca tomé ninguna. Pero la mujer recomendó que me dejaran leer y escribir. El hecho de leer me ayudó en pila y mi madre colaboró un montón. Solo la dejaban traer libros de ciencia. Primero biología, agronomía y veterinaria y después antropología. Me metí en ciencia y dale, dale, dale. Estaba todo el día en eso y no paraba y ahí se me abrió la cabeza. Eso fue en el cuartel de Paso de los Toros (2015: 32).

Con el regreso a la democracia, el gobierno colorado de Julio María Sanguinetti liberará a todos los presos políticos. La organización guerrillera empezó la transición hacia la disputa política y la democracia. Con una autocrítica grupal y revisionismo sobre su accionar, el MLN terminó mutando en un partido político, el Movimiento de Participación Popular (MPP). En el año 1989 se integró a la coalición de izquierdas Frente Amplio. A días de haber quedado en libertad, en un discurso en Platense Patín Club, el futuro presidente delineaba la nueva visión de la fuerza:

Quiero además tal vez discrepar con muchos, particularmente de la gente joven que anda aquí: no acompaño el camino del odio, ni aun hacia aquellos que tuvieron bajezas ante nosotros; el odio no construye. Esto no es pose demagógica, no es cosa de andar eludiendo el bulto, de poner una cara linda: es cosa de principios...Sólo una actitud democrática permitirá una maduración política

³⁷ A los dirigentes mencionados arriba como fundadores, se sumará Adolfo Wasem.

³⁸ “Persecuta” es un término que se utiliza en Argentina y Uruguay proviene de persecución y significa paranoia.

masiva de esa inmensa potencialidad, hay que ser democráticos, tremendamente democráticos. Es la hora de tener claro que ante el dilema centralismo o democracia hay que inclinarse por más democracia (15/3/1985).

En 1994 se convierte en el primer tupamaro que llega a ocupar una banca de diputado nacional. Cinco años después, se convierte en senador nacional y su espacio, el MPP, es el más votado en el plano legislativo. Sin embargo, el Frente Amplio pierde la presidencia. El intendente de aquel entonces de Montevideo, Tabaré Vázquez, perdió frente al colorado Jorge Battle. Durante todos estos años como legislador, Mujica sale de los centros urbanos y se concentra en recorrer el interior rural del país. Las mateadas con campesinos y peones de campo le brindan una capilaridad territorial inédita al Frente Amplio, que siempre se caracterizó por ser una fuerza progresista de trabajadores industriales, jóvenes y clase media.

Vuelve a militar para la presidencia de Tabaré Vázquez para las elecciones generales de 2004. En este caso, el oncólogo ganó la máxima investidura y Mujica se transformó en el ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca. A pesar de encontrarse con demasiadas trabajas burocráticas, logró aumentar la exportación de carne, bajar el costo del asado para consumo interno y, cumpliendo con su anhelo cooperativista, adquirir tierras para que el Estado las distribuya entre pequeños productores.

En 2008, renuncia al cargo ministerial y se embarca en la interna del Frente Amplio para la candidatura presidencial del 2009. Como rival tuvo al ministro de Economía, Daniel Astori, perteneciente a Asamblea Uruguay, un espacio de centro que representa el costado más moderado del Frente Amplio. Mujica ganó esos comicios partidarios y sumó a Astori como candidato a vicepresidente. La fórmula representó un equilibrio: la calidez y el carisma de Mujica y la racionalidad y el orden de Astori. El resultado de esta alquimia será un triunfo en segunda vuelta frente al Partido Blanco, representado por el ex presidente de la Nación, Luis Alberto Lacalle, y el abogado Jorge Larrañaga. Los comicios le dieron un 52,39% al dúo progresista y 43,51% al binomio conservador.

8.2. La trama

El eje argumental de la gestión de José Mujica (2010-2015) fue el cambio cultural. A pesar de ser un enunciador que variaba constantemente el discurso, se pudo detectar este vector temático

que, como veremos más adelante, se desagregó en varias políticas públicas concretas. El presidente uruguayo está convencido que la transformación sostenible, aquella que perdura en el tiempo y realmente le mejora la vida a la ciudadanía, es la cultura. En base a esta concepción, establece que la educación –tanto a nivel formal (inicial y universitaria) como informal– debe ser una de las prioridades de su gobierno. Dentro de estas instituciones es donde, según él, se dará la creación de una nueva subjetividad que permitirá superar el actual modelo de vida. Así lo expuso en su discurso de asunción y al ser condecorado en el Senado de Chile:

Tenemos que fundar otra civilización y tiene que ser hija no de un padecimiento, tiene que ser hija de una conciencia elaborada y construida en el seno de nuestras universidades, de nuestro pensamiento, de nuestras calles. Pero para que aquello sea posible necesitamos masificar la cultura, el conocimiento y multiplicar los medios materiales para que lo hagan posible. Tengan paciencia y tesón. Tienen que ser multiplicando la riqueza, para que la riqueza pague el presupuesto creciente que necesita la masificación de las universidades y del conocimiento. Por un lado, déjense explotar por el capitalismo, pero por el otro lado exploten al capitalismo para sacarles recursos (14/3/2014).

Sin pretensiones de verdad absoluta, hemos dicho que deberíamos empezar por cuatro asuntos: educación, energía, medio ambiente y seguridad. Permítanme un pequeño subrayado: educación, educación, educación. Y otra vez, educación. Los gobernantes deberíamos ser obligados todas las mañanas a llenar planas, como en la escuela, escribiendo 100 veces, debo ocuparme de la educación. Porque allí se anticipa el rostro de la sociedad que vendrá. De la educación dependen buena parte de las potencialidades productivas de un país. Pero también depende la futura aptitud de nuestra gente para la convivencia cotidiana (1/3/2010).

No se puede construir una sociedad mejor con capataces, albañiles, peones. Estamos educados para construir capitalismo. Y adentro de nuestros valores internos funciona capitalismo, muchas veces, casi inconscientemente. Y es mucho más fácil cambiar una realidad material que una realidad cultural. Acá hay una larga batalla en el campo de las ideas y en el campo de los valores. Y no solo vale con el discurso, hay que levantar la bandera del compromiso real y tajante (14/3/2014).

Subyace a esta perspectiva, una visión gramsciana³⁹. Si bien no utiliza conceptos clave del filósofo italiano –tales como “hegemonía”, “bloque histórico”, “guerra de posiciones”, etc.– anida una lectura sobre la realidad que hace hincapié que lo fundamental en la política es la disputa por el sentido común, por “la normalidad” que está encarnada y aceptada naturalmente en las personas. Sin sentido crítico, sin la posibilidad de negar el statu quo, determinado por el sistema de valores capitalista, es imposible crear un mundo nuevo, según Mujica. Este trabajo político-cultural consta de tres etapas: primero, alumbrar y socializar los hilos que estructuran las relaciones entre dominadores y dominados; en segundo lugar, concebir un nuevo marco ontológico; y, por último, establecer un nuevo sistema de vínculos de producción, donde no haya explotadores ni explotados. Dicho de manera resumida: para alcanzar un nuevo orden material es imprescindible antes modificar el orden cultural (Gramsci, 2004).

En relación con el tiempo que conllevará ese cambio cultural, Mujica es consciente que su gestión está inserta en el sistema capitalista. Su tono es realista, admite que la velocidad de la transformación que propone es lenta y paulatina. La narrativa es de corte reformista, no revolucionaria, como sucede en los casos de la izquierda latinoamericana populista (Panizza, 2008a; Sandbrook, 2014), que apuntan a cambios inmediatos, radicales y profundos, sensibles a ser “capitalizados” por el presidente en la próxima cita electoral. En el caso de la izquierda socialdemócrata, el objetivo es modificar el orden a largo plazo de manera progresiva, incluso, cuando el mismo líder que emplaza esas políticas públicas no las va a poder “rentabilizar” política ni electoralmente. En el caso de la izquierda populista, los cambios aspiran a ser “palpables” por la sociedad gobernada, pero dejan dudas sobre si se podrán mantenerse en un margen temporal extendido; los segundos, en cambio, son imperceptibles para la ciudadanía actual, pero –supuestamente– sostenible en el tiempo y disponibles para las futuras generaciones. En una entrevista con el diario español *El Periódico* y en una exposición en la cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), Mujica lo explicaba del siguiente modo:

³⁹ Mujica tampoco incorpora a los medios de comunicación en este cambio cultural. A diferencia del pensador socialista, que consideraba a éstos como dispositivos fundamentales en la difusión de ciertos valores y como creadores de sentido común, el presidente uruguayo en la mayoría de sus intervenciones pregona la libertad de expresión y elude el conflicto directo con ellos.

El partido es ahora muchísimo más largo. Los cambios materiales, las relaciones de propiedad ni siquiera son lo más importante. Lo fundamental son los cambios culturales y esas transformaciones conllevan muchísimo tiempo. Aun aquellos que no podemos comulgar filosóficamente con el capitalismo, estamos rodeados, cercados de capitalismo en todos los usos y costumbres de nuestras vidas, de nuestras sociedades. Nadie escapa a la tupida malla del mercado, a su tiranía. Estamos en lucha por la equidad y para amortiguar por todos los medios las vergüenzas sociales (29/11/2013).

No alcanza con lo material, lo material es importantísimo y es determinante; pero en definitiva no hay papel más importante arriba de la Tierra que la cultura que nos conduce por la vida. Y esta batalla cultural, la más dura, la más difícil. Porque es mucho más fácil cambiar una realidad material que una realidad cultural. Es el desafío que tiene nuestra América hacia el porvenir (29/1/2015).

En relación con su autoidentificación ideológica, Mujica establece que la vía hacia el socialismo es la cultura, no la capilaridad estatal. Con una impronta socio-liberal, confía más en la maduración social que en la expansión del Estado. El cambio es desde la ciudadanía misma (“desde abajo”), no impuesto desde las instituciones públicas (“desde arriba”). En el seno mismo de la sociedad se produciría la transformación y la respectiva concientización. En una entrevista a CNN en español, lo plasmaba de este modo:

Yo creo en el socialismo, pero no creo en el estatismo. Y yo creo que la construcción del socialismo supone una sociedad mucho más culta, mucho más inteligente y mucho más rica. Creo que países como Suecia se arrimaron mucho más al socialismo o Noruega que los intentos fallidos que hemos tenido (8/4/2012).

Como arguye el filósofo argentino Mario Bunge (2013), este tipo de socialismo escapa de la veta economicista y se amplifica hacia otras esferas del ser humano, tales como la cultura, el medioambiente y la política. Bunge denomina como “democracia integral” a este sistema organizativo en el que “no habría exclusiones por sexo ni por raza, ni explotación económica, ni cultura exclusivista, ni opresión política” (2013: 29). Mujica adopta dicho enfoque y admite que el proceso es lento, pero seguro, y hace hincapié en la profundización del Estado liberal y benefactor para erigir un socialismo democrático que actualizaría los tres vértices de la

Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. La herramienta principal para llevar a cabo esta tarea socializadora es la educación. Para Mujica, solo se podrá constituir un nuevo tejido social a través del aprendizaje de un nuevo sistema de valores.

En sintonía con la conformación de este cuadro normativo, Mujica despliega una trama de cambio cultural que va a modernizar al Uruguay. Los pilares de ese flamante marco axiológico son los llamados “nuevos derechos” o “valores posmateriales”. Medioambiente, matrimonio igualitario, legalización del aborto y del consumo de cannabis integran la agenda que posicionará al país oriental como una nación de avanzada. Si bien Uruguay es históricamente uno de los países más progresistas de Latinoamérica⁴⁰, Mujica tuvo que enfrentar resistencias políticas y sociales. Sectores conservadores, identificados con los partidos opositores, los colorados y los blancos, que actualmente se ubican a la derecha del espectro ideológico, fueron reticentes a los avances culturales. El profesor de la Universidad de la República, Christian Mirza, se refirió al objetivo mayúsculo de la gestión de Mujica:

Poner el Uruguay en la vanguardia en muchos de estos derechos. Y abrir a la participación de estos colectivos, muy criticados por una parte de la ciudadanía que está muy reacia a estos avances y tiene un pensamiento muy reaccionario en el sentido literal del término. Pero sin embargo el gobierno de Mujica abrió las puertas y las ventanas de la institucionalidad pública para que estos derechos se reconocieran y se pudiera avanzar. Ese fue uno de los hilos (22/12/2020).

Una de las temáticas planteadas recurrentemente por Mujica fue el medioambiente. Como veremos en las siguientes alocuciones, pertenecientes a la Conferencia de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas en Río de Janeiro, a su audición radial por M24 y a su condecoración en el Senado chileno, el enfoque medioambiental se desagrega en tres perspectivas: la ontológica (la felicidad humana), la económica (el decrecimiento) y la política (una solución de escala global).

El desarrollo no puede ser en contra de la felicidad. Tiene que ser a favor de la

⁴⁰ Durante las primeras décadas del siglo XX, en especial, bajo el gobierno de José Battle y Ordoñez del Partido Colorado, se separó a la iglesia del Estado (de hecho, se retiraron todos los símbolos religiosos de las instituciones públicas), se fomentó la libertad de culto y se promulgó la ley de divorcio. Tales medidas, tempranas para el contexto latinoamericano, supusieron el establecimiento de una sociedad abierta a los cambios y la ampliación de derechos.

felicidad humana; del amor arriba de la Tierra, de las relaciones humanas, del cuidado a los hijos, de tener amigos, de tener lo elemental. Precisamente, porque ese es el tesoro más importante que tenemos, la felicidad. Cuando luchamos por el medioambiente, tenemos que recordar que el primer elemento del medio ambiente se llama felicidad humana (20/6/2012).

Nada es más determinante que la cultura de una sociedad y estamos padeciendo una cultura de carácter mundial, crecientemente, que tiende a frivolarizar muchísimas de las cosas para que podamos seguir comprando y comprando. Y nadie, y menos los gobiernos, puede renunciar a esa tónica que nos empuja a crecer intentando desarrollarnos, y que tiene en el consumo una de las palancas de ocupación y de trabajo más importantes que se nos puede ocurrir y a la cual no podemos renunciar. Estamos como en un círculo vicioso y empezamos a trabajar para tratar de remendar o de mitigar —como se dice ahora— las consecuencias de nuestros mayores desastres (4/10/2013).

Hemos organizado tales desastres que tienen tal magnitud. La suba del mar. Hay islas que están pensando cómo se van a mudar. ¿Cómo arreglamos eso? ¿Cómo arreglamos lo que va a pasar con el tercer polo, con la meseta del Tibet? Y sabemos por qué pasa eso. Porque sabemos que cada ser humano tiene que tener un auto. Y dale que es tarde. ¿Verdad? Hay un conjunto de problemas que no los arregla ningún país. Y que el mundo no tiene gobernanza (14/3/2014).

Las interpretaciones de Mujica se emparentan con el “ecosocialismo”. Las características principales de este movimiento son las siguientes: erradicar el productivismo que impulsa el sistema capitalista y abrir espacios de tiempo libre para que las personas desarrollen sus capacidades artísticas o deportistas o simplemente descansen; promocionar una ética y una solidaridad transgeneracional, que piense en el planeta que se le va a dejar a las generaciones venideras; luchar contra la cultura consumista y la competencia suntuaria y, a su vez, promover hábitos más sobrios en la vida humana (privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio); buscar soluciones globales y estructurales en vez de nacionales y fragmentadas (Lowy, 2012; Riechmann, 2012). Esta última noción es defendida insistentemente por Mujica que, desde una óptica humanista, defiende la necesidad de empezar a razonar como especie, no solo como país. Las grandes potencias deben reducir sus economías y darle lugar

a los países en vías de desarrollo, que tienen que crecer para disminuir la pobreza y la indigencia.

Dentro de la batalla cultural por salvaguardar el medioambiente, Mujica considera indispensable desarticular la maquinaria publicitaria que estimula la compra del último coche o del último celular para “pertenecer” a un determinado círculo social. Al ser gregario, el ser humano quiere formar parte de su entorno, no desea ser excluido. El marketing, a través de la promoción de estereotipos diseñados por el acceso a determinados bienes materiales en un marco temporal preciso, delimita las fronteras de pertenencia (la llamada “moda”). En muchas de sus intervenciones, el presidente uruguayo convoca a los jóvenes a combatir y superar el imperativo mercantil y, en su lugar, luchar por un estilo de vida que haga hincapié en el compromiso político, la felicidad y la austeridad. Aspira a cambiar la esencia del ser, terminar con el culto a la mercancía y desarmar al “Leviatán Publicitario” (Lowy, 2012), una estructura comunicacional omnipotente que invade con información segmentada, diaria e intensa a las personas para moldear su comportamiento económico y social.

La regulación legal del cannabis es otra transformación cultural de la gestión de Mujica. Con este proyecto, el mandatario uruguayo no solo trastocó el sentido común uruguayo, sino también el de la política mundial. Al ser el primer país en legalizar la marihuana recreativa, despertó el interés de medios internacionales que cubrieron el proceso y encuadraron la experiencia del país sudamericano como de vanguardia. En tres entrevistas, al diario español *El Periódico*, a *CNN* en español y a la cadena nacional de Finlandia, el presidente desmenuzaba las razones que lo llevaron a tomar esta iniciativa:

Llevamos 80 años persiguiendo y nosotros llegamos a esta conclusión: si tu quieres cambiar no puedes seguir haciendo lo mismo, porque cada vez hay más presos, cada vez más cantidad de droga, cada vez más cantidad de droga. Entonces nosotros decidimos tratar de robarle el mercado al narcotráfico. Sacarle el mercado. Porque peor que la droga es el narcotráfico. Es mucho peor.

¿Cómo le sacamos? Organizando un servicio público, donde tenemos la gente identificada y le aseguramos una ración por mes. Si se quiere pasar de eso, le vamos a decir “Usted se tiene que atender”, tiene que ir al hospital. Se tiene que atender (29/11/2013).

Pero como no somos los dueños de la verdad, estamos auspiciando el debate para que del conjunto de ese debate puedan surgir ideas mejores que las que nosotros hoy tenemos. Lo que estamos decididos es a lo siguiente: no siguiendo escondiendo la cabeza ante un problema dramático y tratar de combatirlo mediante otra vía porque estamos perdiendo la guerra con la droga. Entonces, tratamos de ensayar otras armas (26/8/2012).

En alguna ocasión he dicho que la única adicción sana es la del amor. Las otras son como una especie de plaga: el tabaco, el juego, el alcohol... Todas ellas son legales, pero son puro veneno. Blanquear el consumo de 30 gramos de marihuana por persona, como expresa la ley, permite eliminar las redes clandestinas del narcotráfico con este producto. Si criminalizamos la marihuana les estamos entregando el negocio a los narcotraficantes. La ley conllevará el control de la producción y de la venta de cannabis. Piense que un tercio de los presos que tenemos en Uruguay lo son por cuestiones relacionadas con las drogas. La violencia se da por el mercado negro y lo que pretendemos con esta ley es combatir el narcotráfico, que nadie piense que esto va a ser un viva la Pepa (18/9/2013).

En estas respuestas, el presidente uruguayo deja en claro tres supuestos: la búsqueda (a) de una alternativa nueva al problema del narcotráfico, por más que ese intento conlleve errores y un tiempo prolongado de adaptación. Frente a la terapia de shock y guerra abierta con recursos militares y policiales, Mujica apuesta por una solución prolongada, donde la batalla se desarrolle en el plano económico: quitarle el mercado al narcotráfico y disminuir el precio del cannabis. Esto significa una ruptura con el statu-quo, adoptar medidas inéditas y reformar culturalmente a la sociedad (“sacarla de su zona de confort” y proponer un nuevo marco moral en la convivencia), tres aspectos que son esenciales en la identidad progresista.

En segundo lugar (b), y también en sintonía con el ideario de izquierda, sostiene que hay que dejar de intentar por la vía punitiva y represiva y ensayar una respuesta de contención ante la adicción, una perspectiva que está en línea con lo que George Lakoff (2008) califica como “padre protector”. El lingüista norteamericano construye metafóricamente dos modelos de familia: el del padre estricto, que es el que los conservadores utilizan para educar mediante el castigo, el reto, la férrea disciplina a sus hijos, y el de los progenitores protectores, que es el prototipo progresista, donde la madre y el padre educan –en simultáneo– a sus hijos a través

del cuidado, la sensibilidad y la comprensión. La respuesta que diseña Mujica para desarmar al narcotráfico se circunscribe a la segunda visión. En vez de perseguir y castigar a los consumidores, se los trata como enfermos.

Por último, como se observa en la entrevista a CNN en español, el mandatario se apoya en el pluralismo para alcanzar una mejor solución. Entiende que la diversidad de opiniones puede perfeccionar el proyecto que impulsó el Ejecutivo. Opina que el poder legislativo es la arena institucional ideal para que se expresen las distintas voluntades políticas y se perfeccione la propuesta. La respuesta al problema está abierta a la perspectiva de la oposición y las organizaciones sociales, lo que evidencia un espíritu republicano (funcionamiento virtuoso de dos de los tres poderes del Estado), liberal (fomento del intercambio y de la libertad de expresión) y pluralista (la convicción de que las diferencias son una oportunidad, no un obstáculo para promulgar la ley). En sentido contrario a los hiperlideazgos, que se presentan como “superhéroes” y eluden la normalidad institucional, el imperio de la ley, la separación de poderes, el modelo representativo y la tolerancia entre distintos (Lasalle y Quero, 2019), el jefe del poder ejecutivo apuesta por un liderazgo *primus inter pares* con la oposición (Partido Nacional, Partido Colorado, Partido Independiente), pero también con su propia fuerza política, el Frente Amplio, donde conviven diferentes corrientes ideológicas, que van desde el trotskismo (Partido Obrero Revolucionario), el guevarismo (Partido por la Victoria del Pueblo), hasta el cristianismo (Partido Demócrata Cristiano) y liberalismo progresista (Asamblea Uruguay). En limpio: podemos simplificar que en la narrativa de Mujica frente al narcotráfico se advierten tres elementos clave: ruptura con el statu-quo, la figura del padre protector y el pluralismo como método de construcción política.

El matrimonio igualitario también está incluido en el cambio cultural que proyecta Mujica para Uruguay. A diferencia de la legalización del cannabis, donde prevalece la lógica de costo-beneficio, el mandatario está convencido que no permitir el casamiento entre personas del mismo sexo es discriminación. Sin importar su orientación sexual, todas las personas poseen la libertad de elegir con quien casarse. Así lo puso de manifiesto en una entrevista al diario brasilero O Globo y al recibir por su compromiso por la ampliación de derechos civiles una condecoración de la Asociación Latinoamericana para los Derechos Humanos (ALDHU):

El casamiento homosexual, por favor, es más viejo que el mundo. Tuvimos a Julio Cesar, Alejandro “El Grande”, por favor. Dicen que es moderno, por favor,

es más antiguo que todos nosotros. Es una realidad objetiva, existe. Para nosotros, no legalizarlo sería torturar a las personas inútilmente (9/3/2014).

Lo del matrimonio igualitario es más viejo que el hombre, solamente nuestras mentalidades reaccionarias y conservadoras a veces se espantan, pero hay que tener el coraje de poner a la luz del día lo que las cosas son y no lo que a uno le gustaría que fueran (5/3/2014).

Hay un sentido conservador en la gente que tiene miedo en los cambios, pero cuando los cambios parten del principio de reconocer objetivamente la existencia de la realidad y tratar de organizar la realidad para que lastime lo menos posible, esos son los cambios que hay que tener el coraje de llevar adelante (5/3/2014).

Como se detecta, Mujica. primero se apoya en el argumento de autoridad (Breton, 1996). Al recordar que figuras históricas como Julio César y Alejandro “El Grande” eran homosexuales, está indicando que no hay motivos para negarle ese derecho a ciudadanos corrientes. En segundo lugar, utiliza el clivaje ideológico, sustentado en la dicotomía progresista-conservador. Para él, se trata de desafiar lo establecido y modificar las costumbres. Está convencido que al ser humano hay que sacarle el miedo al cambio e impulsarlo al progreso. La familia, el paternalismo y la religión, valores clave del conservadurismo, son reemplazados por el multiculturalismo, la tolerancia a otros hábitos y las libertades individuales. El cuidado de un modo de vida, de unas determinadas estructuras heredadas que garantizan continuidad, confianza y seguridad, es desplazado por una óptica dinámica, que fomenta la alteración constante de nuestra forma de vivir.

La despenalización del aborto completa el conjunto de medidas que Mujica impulsó para realizar la transformación cultural. Al igual que en la despenalización del cannabis, el exmilitante tupamaro no hace hincapié en la libertad individual como base de la decisión, sino más bien hace foco en el daño que causa el flagelo. Así lo remarcó en un intercambio en la entrevista a Televisión Española:

Periodista: A veces es necesario, gobernar y tomar decisiones, aunque uno no esté de acuerdo con ellas. Me explico. Usted está plantando medidas en su país sobre el asunto de la marihuana, del aborto, del matrimonio homosexual. Usted ha dicho

que no está a favor del aborto...

Mujica: ¿Quién va a estar a favor del aborto?

Periodista: Pero por lo menos usted está planteando ese debate, esas medidas.

Mujica: Pero no por estar a favor del aborto.

Periodista: Usted dice que lo hace por el bien de la comunidad, para evitar que el daño sea mayor.

Mujica: La cosa es sencilla y es sentido común. Creo que nadie puede estar a favor del aborto como cuestión de principio. Pero hay un cuadro de mujeres en toda la sociedad que se ve en la amargura de tener que tomar esa decisión contra viento y marea. Porque la familia no la entiende, por soledad, por avatares de la vida. Y en segundo, viven en la clandestinidad, la explotan y se juega la vida. Y toma decisiones más allá de las discusiones de principio que puedan tener los políticos y los filósofos. Toma decisiones. Y ahí hay vida que se pierden. Yo creo en reconocer la existencia de ese hecho. Ponerlo arriba de la mesa legalizándolo nos da la oportunidad de poder obrar persuasivamente sobre la decisión de esa mujer. Y si hay una cuestión económica, una cuestión de soledad, una cuestión de angustia, los hechos demuestran que muchas mujeres retroceden y se pueden salvar más vidas.

Mujica suspende el hilo argumentativo de las corrientes feministas, que conecta la demanda de legalización del aborto con la libertad de la mujer para decidir sobre su cuerpo (“Nuestro cuerpo, nuestra decisión” o “Mi cuerpo, mis derechos”). En su lugar, pone en el centro la cantidad de vidas que se pierden cuando el Estado ignora este problema de salud pública. Vuelve a aplicar la lógica del padre protector que vimos anteriormente, en el acompañamiento a la mujer en los momentos traumáticos. Si se pone a la luz de la ley el aborto, él está convencido que se puede persuadir a la mujer de que, en numerosas situaciones, lo mejor no es abortar. De esta manera, se evitarían perder dos vidas: la del bebé y la de la madre. Es una explicación que, en un principio, comparte el marco conceptual de los sectores provida (“Salvemos las dos vidas”), pero no su solución. Frente a la propuesta de educación preventiva

y política punitiva para evitar los abortos de los grupos provida, Mujica, sin dejar de reconocer la importancia que tiene la información y la pedagogía, apunta a darle una cobertura legal y un acompañamiento desde el Estado a las mujeres que se inclinan por esa decisión.

Para viabilizar estas transformaciones culturales, Mujica considera que las instituciones democráticas, la división de poderes, la república y la Constitución son fundamentales. Para él, “No se puede usar el 'prepo' y el acelerador y llevarse a todo el mundo por delante y hacer lo a que uno se le antoje” (8/4/2012). En línea con pensadores y políticos como James Madison (1788) o Alexis de Tocqueville (2019), Mujica está en contra del “mayoritarismo”. Considera que el respeto a las minorías –sean políticas, religiosas, sexuales, etc.– es esencial. Las “facciones mayoritarias” o “la tiranía de la mayoría” son un riesgo para la salud de la democracia representativa. La concentración del poder constituye una amenaza para el individuo y las libertades de este. Esta veta pluralista la sostuvo en el discurso de asunción, en una entrevista en la señal de Telesur y en otra participación en CNN en español:

La Constitución es un marco, una guía, un contrato, un límite que encuadra a los gobiernos. Ese parece ser su propósito principal. Pero es también un programa que nos ordena cómo comportarnos en cuestiones que tienen que ver con la esencia de la vida social... Por nuestra parte, pondremos todo nuestro empeño en cumplir los mandatos constitucionales; en cumplir los que aluden a las formas de organización política del país, por supuesto, y también en cumplir los enunciados constitucionales que describen la ética social que la nación quiere darse (2/3/2010). Discurso de asunción. El camino de la paz, el camino de construir, el camino de laburar. Y el camino de cuidar las instituciones que se dieron y hacerlas. A veces, como las instituciones crean problemas y dificultades, nos parece que puede haber un camino de un atajo que es más sencillo. Las veleidades humanas necesitan el freno de unas instituciones que nos encuadren y que nos amparen (9/1/2013).

Porque las repúblicas se han desviado hace mucho tiempo. Las repúblicas vinieron en el mundo para decirle no a la monarquía y a los méritos de sangre y a suscribir, básicamente, a que los hombres somos iguales. E inventamos lo que se llama la democracia representativa, donde decimos que la mayoría es la que decide. Me parece que tenemos que vivir como vive la mayoría y no como vive la minoría. Si los otros se desvían de la esencia del republicanismo, yo no tengo la culpa

(22/10/2014).

La figura de controles y contrapesos atraviesa la trama de la transformación cultural que propone Mujica. Como dirían James Madison y Alexander Hamilton⁴¹ en El Federalista: “La ambición debe ponerse en juego para contrarrestar a la ambición” (1788: 672). El poder debe fragmentarse para poder fluir y oxigenar a la democracia. De lo contrario, cuando el poder ingresa en un proceso concéntrico, que retroalimenta la figura del presidente, el proceso democrático no crea diferencias y se atrofia. Esta tradición republicana del ejercicio del poder se opone a la concepción personalista (autocrática, cesarista o populista) o clasista (elitista o marxista) del poder. Mujica sostiene que toda la complejidad de la sociedad debe estar representada y, por ende, respetada en cada toma de decisión. Siguiendo a Robert Dahl (1971), fomenta la poliarquía, es decir, el modelo representativo de intereses múltiples que garantiza la libertad de asociación, la libertad de expresión, las elecciones libres y competitivas y la disputa entre los diferentes grupos de presión que conviven en un tejido social determinado.

Dicha visión empalma con la del pensador revisionista Eduard Bernstein (1898). El filósofo alemán se distinguió del marxismo ortodoxo en varios aspectos: el reformismo (argüía que los cambios debían ser graduales, no abruptos), el procedimiento pacífico y electoral (las transformaciones debían darse en un marco democrático, no en una dictadura del proletariado) y la composición diversa del bloque socialdemócrata (tenía que amalgamar distintas identidades, que iban desde el proletariado urbano y el campesinado hasta la pequeña burguesía, desechando la idea de una fuerza exclusivamente trabajadora y que iba a librar una lucha de clases). Hay que tener una postura activa frente al sistema capitalista, que debe ser humanizado y modificado paulatinamente en el presente. Por eso, Bernstein afirma que la socialdemocracia es movimiento, trabajo cotidiano, con avances y retrocesos permanentes. La perspectiva teleológica que pronostica el derrumbe del modelo capitalista a raíz de sus contradicciones internas es interpretada como una “pose cómoda” del ala revolucionaria de la doctrina socialista⁴². La historia no es una flecha lineal hacia el progreso, la redención de los

⁴¹ Hasta el día de la fecha no se sabe si el paper N° 51 fue escrito por James Madison o Alexander Hamilton.

⁴² Eduard Bernstein tendrá entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX un debate con Karl Kautsky, representante de la corriente marxista más ortodoxa. Entre los diferentes temas que configurarán el intercambio, estará la diada reforma o evolución versus revolución, la metodología (el uso o no de la violencia) y la contextura de la fuerza socialista (monoclasista versus policlasista). Los principales textos que moldearon esta confrontación de ideas son “Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia” (Bernstein, 1899), “Karl Marx y la reforma social” (Bernstein, 1897), “La revolución social” (Kautsky, 1902) y “El camino del poder” (Kautsky, 1909) y “Bernstein y el programa socialdemócrata: una anticrítica” (Kautsky, 1899).

pueblos y la sociedad sin clases. Tanto Bernstein como Mujica consideran que el nivel táctico (cambios focalizados que se generan a través de las instituciones representativas) importa tanto como el nivel estratégico (el cambio estructural). En efecto, para ellos, la alteración del actual orden solo será posible por la acumulación sucesiva de reformas sociales, jurídicas, económicas y culturales.

Además, al igual que el miembro del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), Mujica considera que la socialdemocracia es una heredera legítima del liberalismo. No estima que hay que destruir el orden liberal, sino que se trata de preservar preceptos cardinales de éste como la libertad, el desarrollo individual y la pluralidad, y conjugarlos con valores como la igualdad, la sensibilidad colectiva y la solidaridad. Esta simbiosis entre socialismo y liberalismo es clave para comprender la trama del mandatario uruguayo.

La transformación cultural que promete colocar a Uruguay en la vanguardia de Latinoamérica se ubica dentro de la tradición posmaterial. Desde los sucesos del Mayo Francés de 1968, en la izquierda conviven dos almas: la materialista, que hace hincapié principalmente en las reformas económicas, y la posmaterialista, que hace foco primordialmente en las reformas culturales. El aumento salarial, el aguinaldo, las vacaciones pagas, la seguridad social, el derecho a huelga, el descanso dominical, la jornada laboral de ocho horas, la protección contra accidentes, el seguro médico son avances legales que se ubican dentro de la tradición materialista. En cambio, la legalización del cannabis, del aborto y de la eutanasia, el cuidado del medioambiente, el pacifismo, el matrimonio igualitario, la igualdad de género (en todas las esferas del ser humano) y el derecho a la identidad de género, entre otras demandas, forman parte de la familia cultural. Como lo trabajan Boltanski y Chiapello (1999), en “El nuevo espíritu del capitalismo”, esas dos narrativas –representadas por la clase obrera, el Partido Comunista y el Partido Socialista, por un lado, y por los estudiantes y profesores universitarios y la intelectualidad por el otro– confluyeron en las calles parisinas a finales de los años sesenta. Si bien Mujica no abandona la agenda económica, donde aboga principalmente por un cooperativismo al estilo de los llamados socialistas utópicos Robert Owen y Louis Blanc, que militaban por pequeñas sociedades de socios⁴³, es decir, un socialismo ascendente (de abajo

⁴³ Esta visión cooperativista de Mujica también empalma con la visión del filósofo argentino Mario Bunge: “El socialismo tiene porvenir si se propone ir socializando gradualmente todos los sectores de la sociedad. Su finalidad sería ampliar el Estado liberal y benefactor para construir un socialismo democrático y cooperativista, que pondría en práctica una versión actualizada de la consigna de la Revolución Francesa de 1789: Libertad, igualdad y Fraternidad” (2013: 29-30).

hacia arriba), su hilo argumental está configurado por el factor cultural. Recoge varias de las demandas posmateriales y constituye una agenda que tiene como objetivo posicionar a Uruguay como un país de avanzada en Latinoamérica e incluso en el mundo⁴⁴. El vector temático que ordenó su gestión, sin duda, fue la transformación cultural de la sociedad a través de tres políticas públicas concretas –despenalización del aborto, legalización del cannabis y matrimonio igualitario– y un discurso de sensibilidad y cuidado por el medioambiente, cuyo auge fue la presentación que realizó en la Cumbre Río + 20 en el año 2012, aunque también durante su gestión creó una comisión multipartidaria para tratar el tema de la contaminación y le inyectó vitalidad y coherencia en cada entrevista que, como observaremos en las dimensiones del Repertorio simbólico y del Ethos presidencial, brindaba en su chacra del Rincón del Cerro, donde se mostraba austero, con escasos bienes materiales, rodeado de animales y naturaleza.

8.3. El guion dicotómico

En la segunda variable, analizaremos el conflicto que articula José Mujica para brindarle tensión narrativa a su gestión. Esto quiere decir que desmenuzaremos cuál es la pugna, el desafío, el adversario que configura. El guion dicotómico es clave para no dejar que la sociedad ingrese en un estado de relajación emocional. Como se trató en el marco teórico, siempre debe haber un obstáculo para sortear y, de esta manera, progresar. Si el juego discursivo binario que establece el presidente es constante y cuadra con la trama escogida, permitirá avanzar en dos direcciones: precisar la identidad propia a través de la diferenciación y la antítesis (“Somos todo lo que no es nuestro rival”) (Burke, 1969a) y, a su vez, ayudará a activar y movilizar a diferentes grupos sociales en pos de un objetivo en común (“superar el tal reto”).

A diferencia de los liderazgos populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana, Mujica evitó polarizar con los partidos políticos de la oposición, los medios de comunicación, el poder judicial, el capital económico, Estados Unidos o los grandes organismos financieros. No entabló una grieta entre el pueblo (“los de abajo”) contra la oligarquía o los poderes concentrados (“los de arriba”). En su lugar, siempre buscó generar acuerdos transversales para

⁴⁴ Recordemos que esta batería de políticas públicas y la figura de José Mujica despertaron un interés particular en medios de comunicación de todo el mundo: Francia, Rusia, España, Finlandia, Estados Unidos, entre otros. Dicha atención es inusitada si tenemos en cuenta la cobertura que por lo general realiza la prensa sobre otros mandatarios uruguayos.

afrontar el desafío de la transformación cultural y los grandes retos –pobreza, desempleo y exclusión– que tenía el país. Así lo detectamos en las siguientes dos alocuciones radiales en M24, en la primera donde en medio de un enfrentamiento con sectores gremiales –supuestamente aliados del oficialismo– destaca que el conflicto erosiona la imagen de país serio, y la segunda, donde se logró –después de un arduo debate con los intendentes de todos los partidos políticos– conformar un sistema único global de patentes para todo el país:

Los conflictos afectan la imagen de país serio y viable que tenemos en el exterior y corremos el riesgo de contribuir a perjudicar un proceso de crecimiento, que puede ser una de las antesalas del desarrollo... El compromiso del gobierno es con la equidad para los más débiles. Sin embargo, los hechos demuestran que algunos conflictos vienen por el lado de los que quieren más y no de los más débiles (24/11/2011).

Pero a esta voluntad política del Gobierno central se sumó la formidable voluntad política del cuerpo de intendentes de todos los colores políticos, y nos dio una lección a todos. Y un duro aprendizaje frente al “no se puede” y a los que vaticinaban el más amplio fracaso. Y fuimos construyendo con meses las negociaciones; una fórmula compleja, porque complejo era el asunto y no podía ser sencillo. Y seguramente que este sistema que hoy está caminando, y ya casi nadie habla que benefició a muchísima gente (1/3/2012).

Esta línea consensual está presente en toda la narrativa de Mujica. El estilo conciliatorio fue un rasgo de su relato político. Sin olvidar las diferencias políticas ni anhelar la unanimidad, el mandatario aspira a resolver los conflictos del país mediante el diálogo entre los diferentes actores. En vez de aplicar un juego de suma cero, donde en cada discusión política el que gobierna capitaliza todas “las ganancias” (simbólicas y materiales) y la oposición se queda “sin nada” (o a la inversa), un método de gobernar prototípico de los liderazgos populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana, Mujica optó por un procedimiento complejo, donde los costos y los beneficios eran distribuidos más equitativamente entre oficialismo y oposición. Las categorías de “ganadores” y “perdedores” absolutos y constantes fueron reemplazadas por “ganadores” y “perdedores” parciales y cambiantes. La competencia agonal era entre adversarios, no entre enemigos. Esto abría un margen de negociación para trazar acuerdos en determinados momentos. Así lo reflejaron en dos entrevistas para esta tesis los científicos

políticos Adolfo Garcé y Matías Ponce:

En ningún momento utilizó la lógica amigo-enemigo. Al contrario, es más, yo creo que Vázquez tenía un discurso más adversativo que él, que Mujica. Toda la vida lo que llamó la atención de Mujica es que tenía mayor capacidad de diálogo con los partidos tradicionales, particularmente con los blancos, que Tabaré Vázquez. Tabaré Vázquez se sentía cómodo dentro de la ciudadela frenteamplista. En la ciudad amurallada del Frente Amplio. Mujica instaló comisiones multipartidarias, una cosa insólita en Uruguay. Cuatro comisiones multipartidarias que funcionaron y que construyeron acuerdos. Por ejemplo, en la seguridad. Otro tema fue educación. Otro tema fue medioambiente (22/12/2020).

Mujica fue todo lo contrario a la polarización. Fue un presidente que llamó al diálogo abierto, dentro del Frente Amplio y con los partidos tradicionales. Fue un presidente totalmente moderado. Y su estilo solo fue posible gracias al sistema de partidos sólido de Uruguay. Él es hijo del sistema de partidos. En Venezuela o Bolivia hubiese sido imposible (7/11/2020).

Mujica circunscribió el conflicto discursivo a las instituciones políticas, dentro de los marcos legales del sistema de partidos. Metodologías de otras esferas para desgastar o atacar a los opositores –tales como operaciones judiciales (causas armadas artificialmente, denuncias sin respaldo empírico), operaciones mediáticas (*fake news* o “guerra sucia”), operaciones sociales (escraches estratégicos por parte de la ciudadanía en la esfera privada de los dirigentes) u operaciones policiales (amenazas o atentados contra las libertades individuales o, directamente, la integridad física)– fueron descartadas. La narrativa se limitó a la disputa política-electoral. Los contrapuntos se procesaban con un reglamento compartido entre el gobierno y los partidos políticos de la oposición. Esta es otra diferencia considerable con el relato político populista, donde la batalla el sistema de partidos e incluía los recursos extrapolíticos que se mencionaron anteriormente. Frente al maximalismo y la épica de Hugo Chávez, Daniel Ortega, Evo Morales y Rafael Correa, emerge un minimalismo y un pragmatismo que Mujica destacaba como un capital cultural-político de Uruguay. Ese respeto hacia el que piensa diferente y esa vocación por la negociación operan como una plataforma donde se pueden diseñar políticas públicas de mediano y largo plazo. El ex tupamaro y dirigente del Movimiento de Participación Popular (MPP) así lo dejaba plasmado al iniciar su mandato y también sobre el ocaso de este:

Queremos una vida política orientada a la concertación y a la suma, porque de verdad queremos transformar la realidad; de verdad queremos terminar con la indigencia; de verdad queremos que la gente tenga trabajo; de verdad queremos seguridad para la vida cotidiana; de verdad queremos salud y previsión social bien humanas. Nada de esto se consigue, en este país, a los gritos. Basta con mirar a los países que están adelante en estas materias y vamos a ver que la mayor parte de ellos tienen una vida política serena, con poca épica, pocos héroes y pocos villanos; más bien tienen políticos que son honrados artesanos de la construcción (2/3/2010).

No podemos compartir la actitud de cortar todos los puentes, de endurecer el lenguaje. Pero no por nosotros, no por el hoy. Así nadie gobernará si le toca ser minoría. La cizaña que se siembra hoy, desgraciadamente está sembrada y se cosechará mañana. El sistema político uruguayo no puede cometer el error de establecer un abismo, porque eso es preocuparse por el poder y no preocuparse por la gente. Creemos que la preocupación por el poder obnubila el compromiso para con la gente, para los problemas permanentes que la gente tiene (25/11/2014).

Mujica acude a una red conceptual vinculada al cooperativismo. En la mayoría de sus alocuciones, evita el uso de metáforas bélicas: “Destruir”, “El blanco es”, “conquistar”, “aniquilar”, “enemigo”, “trincheras”, “disparar” (Lakoff y Johnson, 1998). En su lugar, escoge un repertorio lingüístico de tipo cooperativo: “dialogar”, “encuentro”, “tranquilidad”, “serenidad”, “diversidad”, “tolerancia”. De este modo, busca abrir puntos de encuentro con otras fuerzas políticas o grupos de presión. Es un estilo de liderazgo convergente, que construye su agenda y su perfil a través de la búsqueda de similitudes con aquellos que defienden otros intereses. La narrativa apunta hacia el centro del espectro ideológico, donde conviven el sentido común y las preocupaciones de la ciudadanía. El objetivo es relajar a la sociedad, evitar los conflictos innecesarios y colaborar en la unidad. Con sus respectivas variaciones, la socialdemocracia privilegia la moderación sobre el radicalismo. A su vez, al ser un movimiento bifronte, que intenta conciliar la libertad con la igualdad, está preparada para la flexibilidad que implican las negociaciones políticas. Matías Ponce, en su libro “Pepe es el mensaje, Mujica es la estrategia”, sostiene que la negociación, tanto con aliados como opositores, fue un activo de Mujica. Además, reconoce la elaboración de un prodestinatario bastante amplio, inclusivo

y elástico. Así lo explica:

La constante referencia al nosotros y la inclusión de toda la sociedad es lo que ha generado que mucha gente se identifique con lo que enuncia. La fuerza del uso del “nosotros” hace que las ideas puedan sonar más convincentes, sobre todo cuando hacen referencia a gestas o acontecimientos históricos que determinaron la historia del país. Mujica de entrever desde sus discursos que el hoy y el porvenir solo son por lo que sucedió antes, y que desde el pasado se construya la patria (2018: 38).

En sentido contrario, los presidentes populistas despliegan un estilo divergente, en donde construyen capital político a través de la polarización y el contraste permanente con aquellos que representan otros intereses. El discurso, en este caso, se dirige hacia los bordes del espectro ideológico, buscando tensar al tejido social y movilizarlo para enfrentar al enemigo de la causa. Se trata de operar sobre clivajes preexistentes en la sociedad, sea izquierda-derecha, centro-periferia, campo-ciudad o religión-Estado (Lipset y Rokkan, 1967), y estructurar una nueva fractura que sintetice y simplifique el debate público entre dos escisiones, por ejemplo “pueblo-oligarquía”, “la mayoría-la casta” o “el poder-los de abajo” (Laclau, 2005). En resumen: Mujica opta por un enfoque dialógico, donde el lenguaje está orientado a precisar e iluminar los puntos en común que hay entre los distintos sectores políticos y los beneficios que puede acarrear para Uruguay esos encuentros entre el oficialismo y la oposición. Por el lado del populismo, el ejercicio discursivo va en sentido contrario. Se decodifica a la democracia con una lente schmittiana, donde el lenguaje es utilizado para determinar las fronteras entre los dos bloques antitéticos que se disputan el sentido social. En su carácter performativo, o sea, en su capacidad de producir efectos concretos en la dinámica política, la narrativa de Mujica acerca posiciones, mientras que en el caso del populismo distancia las posiciones.

Uno de los recursos lingüísticos que utilizó Mujica para tender puentes con los partidos opositores fue recuperar figuras históricas –algunos presidentes, otros dirigentes políticos– de ellos. Resaltar logros de las de sus gestiones, que quedaron como patrimonio de toda la democracia uruguaya y no solo como figuras de una determinada escudería política. Algunos de los ejemplos más empleados son José Batlle y Ordoñez, del Partido Colorado, y Juan José de Herrera, Aparicio Saravia y Enrique Erro⁴⁵, del Partido Blanco. Eduardo Fernández Farías,

⁴⁵ Como lo señala Walter Pernas en su novela histórica “Comandante Facundo” (2013), Mujica, en sus años adolescentes,

secretario general del Partido Socialista entre los años 2006 y 2011, afirma que esta línea consensual de Mujica fue una constante durante todo su mandato:

Discursivamente, Mujica iba contra la pobreza. Hay que atacar la pobreza y las desigualdades. Mujica, como presidente, nunca buscó la confrontación contra la derecha. En todo caso, era la derecha que confrontaba con él. Y en la respuesta, Mujica siempre estuvo por encima, buscando lo filosófico, “¿quién puede estar en desacuerdo con combatir la pobreza?”, “¿quién puede estar en desacuerdo en que las mujeres pueden tener los mismos derechos?” (7/12/2020)

Esta búsqueda por el diálogo y el encuentro produjo que grupos de la oposición –en especial del Partido Nacional⁴⁶– lo respeten e incluso aprecien a Mujica. Así lo sostiene Christian Mirza, autor del libro *Las siete patologías de la izquierda y sus claves para superarla* y profesor de la Universidad de la República:

A Pepe gente de derecha, que votó al Partido Colorado o Partido Nacional, le tiene mucho respeto. Y creo que en gran parte es por esa capacidad comunicacional de transmitir conceptos claves, profundos, intensos de una manera simple (17/12/2020).

Si bien Mujica no construyó un adversario personalizado (Luis Lacalle Pou o Edgardo Novick, por citar dos ejemplos de referentes del campo ideológico de la centroderecha y derecha uruguaya), sí articuló un adversario genérico: el consumismo. Dentro de la transformación cultural que proponía como trama, estaba incluida la disputa por una sociedad más sobria. Desde el ejemplo en primera persona y, como se observará en el repertorio simbólico, con mensajes visuales potentes de su cotidianidad y su hogar, defenderá un estilo de vida más austero. Así lo expuso en la ONU y también en una entrevista a la cadena regional Telesur:

Prometemos una vida de derroche y despilfarro, y en el fondo constituye una cuenta regresiva contra la naturaleza, contra la humanidad como futuro.

mientras militaba en el Partido Blanco, defendía la figura progresista de Enrique Erro, Ministro de Trabajo e Industria entre 1959-1960. Años después, en 1971, Erro materializó su simpatía con la izquierda uruguaya ingresando a la reciente coalición de izquierdas fundada por el ex militar Liber Seregni, el Frente Amplio.

⁴⁶ Mujica militó en su juventud en las filas del Partido Nacional o Partido Blanco.

Civilización contra la sencillez, contra la sobriedad, contra todos los ciclos naturales. O peor: civilización contra la libertad que supone tener tiempo para vivir las relaciones humanas, lo único trascendente, el amor, la amistad, aventura, solidaridad, familia. Civilización contra tiempo libre no paga, que no se compra, y que nos permite contemplar y escudriñar el escenario de la naturaleza... Cabe hacerse esta pregunta, huimos de nuestra biología que defiende la vida por la vida misma, como causa superior, y lo suplantamos por el consumismo funcional a la acumulación (24/9/2013).

El problema es que el consumo se transformó en el motor del sistema capitalista. ¿Cuál es la tragedia de todos los gobiernos? La economía tiene que crecer. Para que crezca, la gente tiene que consumir más y hay que gastar más. Y si se llega a parar el consumo, tenés una tragedia. ¿Por qué? Porque no somos capaces de acortar la hora del trabajo y una cantidad de cosas. En vez de discutir la ecología, deberíamos discutir de alta política. El desastre ecológico es consecuencia de que la política no está gobernando el mundo, sino que el mercado está conduciendo el mundo (9/1/2013).

Se evidencian dos interpretaciones de Mujica sobre el consumismo: una de escala micro (personal) y otra de escala macro (colectiva). Sobre la primera, el mandatario está convencido que el consumismo le quita tiempo al ser humano. Para gastar y adquirir productos, hay que trabajar, por ende, hay que invertir tiempo en tareas que no son gratificantes. Este proceso introduce a las personas en un bucle compuesto por dos elementos: trabajo y consumo de bienes materiales. Son dos variables interdependientes, que se retroalimentan constantemente y les quitan libertad a los ciudadanos actuales (Lowy, 2012). El “tener” opaca la búsqueda del ser⁴⁷ (Riechmann, 2012). Inmerso en ese círculo vicioso, según Mujica, el hombre se olvida de otras cuestiones esenciales de la vida tales como la felicidad, la amistad, el disfrute, la contemplación, la creación, la naturaleza. A raíz de esta noción, Mujica se referencia permanentemente en filósofos como Epicuro o Séneca. “Pobre no es el que tiene poco, sino el

⁴⁷ El filósofo Riechmann asegura que “lo que domina de verdad en nuestro mundo no es el antropocentrismo sino más bien lo que pudiéramos llamar el capitalcentrismo: los imperativos de la valorización del capital predominan sobre los seres humanos, y, por supuesto, sobre los demás seres vivos. Prevalecen sobre sus intereses, deseos, necesidades y derechos, y ponen en entredicho su bienestar, y hasta su mera supervivencia. Éste es un asunto que el socialismo moderno, desde hace un par de siglos, no ha dejado de analizar, denunciar y combatir” (2012: 28).

que necesita infinitamente mucho” o “No soy pobre, soy sobrio, liviano de equipaje, vivir con lo justo para que las cosas no me roben la libertad” son frases recurrentes. Esta prédica lo convierte en una *rara avis* en los mandatarios actuales, una especie de “gobernante filósofo”. Mujica enuncia para gestionar, pero también para hacer reflexionar. Constantemente, busca que sus palabras impacten en la manera que las personas interpretan y abordan la vida en el siglo XXI. El ocio, las amistades, las convicciones, el trabajo, la moral y la relación con la naturaleza son algunas de las temáticas trascendentales que plantea en sus exposiciones mediáticas, institucionales o territoriales.

En el nivel estructural, Mujica revaloriza a la política. La herramienta colectiva –según él– para superar el consumismo es la política. A nivel estructural, la política puede conseguir cambios de fondo. El poder debe concentrarse en reemplazar la cultura descartable (usar, tirar y adquirir productos permanentemente⁴⁸) por una cultura consciente que preserve los recursos naturales y el medioambiente. Esa metamorfosis se producirá a través de un nuevo marco legal, por un lado, y de una idea de progreso que deje de lado el materialismo, el crecimiento del PBI, el productivismo, y se ancle en el bienestar y la salud del hombre. La duda que queda es si el sistema capitalista, que depende del crecimiento y la expansión constante, es conjugable con una conciencia medioambiental.

El otro adversario genérico que teje Mujica es la pobreza, lo que supone un desafío en el sentido de equilibrar la narrativa que vimos previamente contra el consumismo con el expansionismo económico que puede generar nuevos puestos de empleo. En una entrevista con la señal televisiva Rusia Today (RT), el presidente uruguayo manifestaba lo siguiente:

Necesitamos capital, necesitamos tecnología, necesitamos mercado. Pero nuestro mayor mercado potencial está dentro de nosotros mismos, si logramos sacar de la pobreza a millones de personas que hoy están como al costado del camino. Ese es el desafío que tenemos por delante. No vamos a tener ningún triunfo fácil, acá no hay soluciones mágicas a la vuelta de la esquina. Hay toda una época donde el

⁴⁸ El periodista Mauricio Rabuffetti en su libro “La revolución tranquila” sostiene que Mujica interpretó el tiempo que le toca vivir, supo leer el *Zeitgeist*, una época de excesos y deshumanización. Afirma: “La humanidad vive una época de consumo desenfrenado. Consumismo, le llaman. Es comprar por comprar. O comprar cuando no se necesita. Es comprar por comprar. O que tener es la llave de la felicidad. Es una época de frustración permanente para personas educadas en el culto de lo material” (2014: 30).

fenómeno de la integración debe pasar por crear infraestructura complementaria, por empalmar nuestros sistemas energéticos, por crear industrias que ayuden mutuamente a fortalecer la exportación. A ver si me puedo explicar. Si una marca de automóviles quiere poner una fábrica en América Latina, lo mejor es que fabrique motores en un lado, cajas de cambio en otro y los arme en otro, y así ayude al intercambio de este conjunto de países, ¿verdad? Bueno, tenemos que trabajar en ese sentido, para crear trabajo complementario. Aquello de que uno solo quiera ganar es colonialismo. Ese va a ser el proceso de estos años (1/2/2014).

La batalla contra la pobreza, el desarrollo económico y el colonialismo son tres tópicos que conviven en esta exposición. Tal como lo demostró en otras alocuciones regionales, Mujica considera que el principal objetivo de Latinoamérica es terminar con la pobreza y la indigencia. La búsqueda por crear puestos de trabajo convive con un “llamado” al capitalismo transnacional para que invierta en Uruguay. Pero a la vez que hace esa convocatoria, exige sensibilidad y compartir las ganancias. No aspira a que las empresas de otros países se instalen en los países subdesarrollados para extraer sus ganancias, sin ningún tipo de compromiso con el entorno físico y social. Reconoce que el fin del capital es el lucro, pero también demanda un imperativo ético por parte del sector privado. Sin esa responsabilidad, la inversión muta en colonialismo: una política que se trata de la sustracción de recursos del tercer mundo y el traslado de estos a los países del primer mundo. Mujica exige una visión internacionalista en la lucha contra la pobreza. La pobreza de zonas como África y América Latina no es un problema de estos pueblos, sino de la humanidad entera. Sobre el final de su mandato, en la Cumbre de UNASUR de Ecuador, el mandatario uruguayo llegó a reclamarle a las naciones más desarrolladas un Plan Marshall para combatir a la exclusión⁴⁹. Para él, en vez de gastar recursos en producir armamento militar, hay que invertir esos porcentajes significativos de los presupuestos nacionales en sacar de los márgenes del sistema a millones de seres humanos. Habita una concepción optimista de la geopolítica por parte de dirigente del MPP: la amenaza puede ser reemplazada por la confianza, la competencia puede ser sustituida por la cooperación y la visión nacional de los problemas actuales puede ser cambiada por una visión global, complementaria y sistémica.

⁴⁹ Un fragmento que resume bien esta noción de Mujica es la siguiente: “Nunca me canso de repetirlo: dos millones de dólares se gastan por minuto en el mundo en presupuesto militar. Decir que no hay plata en este mundo para un gigantesco plan Marshall que recorra toda la tierra a favor de los pobres para integrar a la vida humana a los millones de pobres y agrandar la demanda de este mundo, decirme que no hay recursos es no tener vergüenza” (5/12/2014).

En síntesis, el guion dicotómico de Mujica no está constituido por protagonistas individualizados (Denning, 2008), sino que, por el contrario, el antagonismo se vertebra contra abstracciones como el consumismo y, en menor medida, la pobreza. La trama cultural se viabiliza mediante el combate binario entre la ciudadanía uruguaya y estos dos flagelos del siglo XXI.

8.4. Tiempo verbal

La tercera variable para examinar del relato político es el arco temporal. En otras palabras, como se explicó en el marco teórico, cómo se ensamblan los tres tiempos verbales –pasado, presente y futuro– en la narrativa gubernamental. Analizar si prevalece alguno de los tres y por qué. En otras palabras: observar el vínculo que establece Mujica con la historia, cuál es su lectura del presente y cuál es su visión. Un primer indicio son las siguientes tres exposiciones, en una entrevista para el *canal 9* de Argentina y otra para la revista *Garganta Poderosa* y en un discurso en la Cumbre del Mercosur:

Yo soy muy nostálgico cuando escucho tango, pero en la vida no miro para atrás. Siempre ando persiguiendo alguna quimera por ahí y haciéndome problemas por quimeras. A veces, se transforman en utopías y a veces, ¿por qué no? Algún pequeño logro y subimos algún escaloncito (9/1/2011).

Honrar la vida y apostar al futuro permanentemente. No es que la memoria, los recuerdos, el pasado no tiene importancia. Tiene flor de importancia. Pero no se puede vivir mirando para atrás. Más bien, mirar para atrás es para aprender. La lucha por el progreso humano no termina nunca, nunca. Y nunca llegamos y tocamos el cielo con las manos. No hay ningún arco del triunfo. El triunfo está en el camino, en el propio camino, el premio está en el propio camino (18/6/2014).

La palabra innovación pueden considerarse productos nuevos que se colocan, pero hay otra innovación, la innovación profunda que surge de la investigación propia. No hay soberanía de largo plazo, si no hay conocimiento nuestro. La batalla del futuro es en derredor del conocimiento. Y es un craso error que no podamos juntar el esfuerzo universitario latinoamericano y tener un sistema común de

investigación porque llegamos tarde, porque nos llevan enorme ventaja. Porque el siglo en el que entramos es el siglo de la biología. Porque estamos en la última reserva agrícola que le queda a la humanidad. Y es criminal que la biología no sea el centro de la preocupación del Mercosur (23/10/2014).

Entre las dos zonas temporales que plantea Koselleck (1993), “horizonte de expectativa” y “espacio de experiencia”, Mujica se desenvuelve principalmente en la primera. Enlaza al presente con el porvenir. A diferencia de lo que se examinará en el ethos presidencial, a nivel gubernamental privilegia el lenguaje aspiracional. La trama de la transformación cultural conlleva tiempo. Es un objetivo que se inserta en el largo plazo, no en lo inmediato. Como todo cambio sistémico al que aspira un reformista, es lento, paulatino y tácito. En línea con Eduard Bernstein, para Mujica, la socialdemocracia es movimiento, cotidianidad, avances parciales. El proceso es parte del resultado y las formas son fondo. La transformación es profunda, pero no abrupta. Las reformas que propone –legalización del cannabis, despenalización del aborto, matrimonio igualitario y cuidado del medioambiente– no mostrarán resultados concretos de manera inmediata, sino que, por el contrario, van a evidenciar un progreso en el tejido social con el paso de los años o, inclusive, de las décadas. Esto significa que son difíciles de capitalizar en términos político-electorales por el partido gobernante.

Este discurso concentrado en el futuro lo diferencia del populismo y del marxismo en dos sentidos: temporalidad y formas. En primer lugar, deja constancia que, en sentido contrario del determinismo histórico del marxismo ortodoxo, el presidente uruguayo prioriza el proceso sobre el resultado. Se impone lo que Gramsci (2004) denomina como “filosofía de la praxis”, un sistema de pensamiento que hace hincapié en la transformación moral, intelectual y cultural de la sociedad. El pensador italiano proponía superar la perspectiva exclusivamente material del socialismo, trascender el economicismo que hegemonizaba el pensamiento marxista de su época. Volviendo a Mujica, este considera que el cambio civilizatorio se produce de manera incremental, con otro tipo de educación (basada en el “ser” más que en el “tener”) y proponiendo otra conciencia sobre la libertad de individuo (qué hacer con el tiempo) y el compromiso con el entorno (cómo vincularnos con la naturaleza). De este modo, en vez de descansar en el optimismo teleológico, que la historia está programada para acabar con el capitalismo, Mujica propone una praxis diaria que genere un nuevo orden cultural en la sociedad. La búsqueda de un sentido común

distinto al imperante (consumista) es un trabajo cotidiano que, como vimos previamente, se debe desarrollar dentro de las instituciones políticas, sociales y educativas. Así lo marcaba en una entrevista al diario *El Periódico* de España:

No se puede estar 30 o 40 años planteando la palabra revolución y que la gente tenga dificultades para comer. No podemos sustituir las fuerzas productivas de un día para otro, de la noche a la mañana ni en 10 años. Son procesos que necesitan la coparticipación de la inteligencia. Hay que dar batalla en el seno de las universidades para la multiplicación del talento humano. Pero, al mismo tiempo que peleamos por transformar el futuro, hay que hacer funcionar lo viejo porque la gente tiene que vivir. Es una ecuación difícil. El desafío es bravo. Hay quienes todavía siguen con lo mismo que decíamos en los años 50 del siglo pasado. No se han hecho cargo de lo que pasó en el mundo y por qué pasó. Siento como más las derrotas que tuvo el movimiento socialista. Me enseñan lo que no debo de hacer. Pero eso no significa venirme a tragar la pastilla del capitalismo a estas alturas de mi vida (29/11/2013).

Respecto al populismo, este tiene una fuerte impronta reivindicativa y sus esfuerzos discursivos están concentrados en recuperar libertadores como Simón Bolívar o luchadores de los pueblos originarios como Tupak Katari o Túpac Amaru. Desde los planos discursivos y simbólicos, Hugo Chávez y Evo Morales recuperan figuras de espesor histórico, personajes que son fundacionales en sus respectivos países, e intentan trazar analogías con ellos. Es decir, asociarse con estas personalidades para lograr por un lado posicionarse como sujetos determinantes en la historia de la nación y, por el otro costado, para producir un efecto de traslación de significado e imagen: rechazar al presidente actual es impugnar a estos próceres. Mujica, en otra dirección, evoca en escasas oportunidades figuras del pasado profundo. Principalmente, los menciona en conmemoraciones, fechas cruciales para toda la nación. En dichas ocasiones, lo que realiza es un trabajo analítico más que analógico. Extrae el legado de los próceres y, desde una perspectiva pedagógica, lo pone al servicio del presente. No se erige como heredero o continuador de sus obras, sino que busca generar aprendizaje a través de sus aciertos y errores. Para decirlo de una manera sintética: el pasado es una herramienta más que un espejo.

En el plano de los valores, Mujica considera que concentrarse en el futuro es sinónimo de

solidaridad con las generaciones que vendrán. Gobernar para las sociedades actuales y también para las venideras es un compromiso intergeneracional, según el mandatario. Gestionar y distribuir los recursos –materiales y simbólicos– de la actualidad pensando en la ciudadanía del mañana. El cortoplacismo es reemplazado por el largo plazo. Un cambio de temporalidad que le puede acarrear conflictos no solamente en el seno de la fuerza gobernante, sino también con la parte de la sociedad que votó por el Frente Amplio para que represente sus intereses y resuelva sus demandas, no los de ciudadanos “abstractos”, “inexistentes” o “hipotéticos”. Un claro ejemplo fue su último discurso como presidente, en la Plaza de la Independencia de Montevideo, donde tradujo esta perspectiva temporal en una elección de valores humanos y posición ontológica:

Pasaron cinco años. En una lucha entre el egoísmo natural que llevamos adentro y que nos lo puso la naturaleza para defender nuestra vida y la vida del núcleo familiar que nos rodea. Esa lucha, con la otra gran fuerza, la solidaridad. Sepamos la solidaridad es la defensa a largo plazo de la especie. El egoísmo, la necesidad como instrumento para defender nuestra vida y la de nuestros seres queridos (28/2/2015).

Como se observó en la construcción de la trama del relato político, en el tiempo verbal también se detecta una concepción humanista por parte de Mujica. “La defensa a largo plazo de la especie” es una premisa que el presidente uruguayo sostiene a lo largo de todo su gobierno. Poner por delante los intereses del ser humano más que los de una nación determinada. El cuidado del medioambiente es la piedra angular de esta noción. Pero la sostenibilidad del planeta en términos naturales no es la única variable que pregona Mujica. El impulso de valores posmateriales –tales como el matrimonio igualitario, la despenalización del cannabis y la identidad de género– son fundamentales para lograr una sociedad más justa y abierta en el futuro. Esa perspectiva aspiracional –tanto a nivel individual como a nivel colectivo– es la que motoriza la praxis discursiva de este “gobernante filósofo”. Temporalmente, el relato político se sitúa entre el presente y el futuro, entre la gestión y un horizonte de expectativas. Así, lo prospectivo se impone sobre lo reivindicativo y la visión desplaza a la memoria.

8.5. Repertorio simbólico

En esta variable, desmenuzaremos la simbología que empleó Mujica para impulsar a su gestión. En el contexto actual, donde estamos frente a una ciudadanía con una paciencia cognitiva limitada, que tiene espasmos de concentración de apenas cinco segundos (Gutiérrez Rubí, 2019), y el registro visual es preponderante en la mayoría de los dispositivos comunicacionales⁵⁰, la estrategia estética es clave para dotar de significado a un determinado gobierno. Cuando un relato político es eficaz se convierte en una galería de imágenes. Por ejemplo, al recordar la presidencia de Mujica, el ciudadano debería proyectar en su mente tres o cuatro fotografías que la sinteticen. Hay dos vías para comunicar el plano visual: la proactiva y la reactiva. Si la estrategia visual fue coordinada, coherente con el ethos presidencial, original (es decir, disruptiva, aunque sin dejar de estar en contacto con su entorno sociocultural), consistente a lo largo de los años y tuvo un correlato con las políticas públicas implementadas, estamos ante un repertorio simbólico proactivo. En este caso, el ciudadano recordará instantáneas positivas, que representaron logros de la administración. En cambio, si la estrategia simbólica fue caótica e intermitente, no tuvo una correspondencia con los hechos de la administración y careció de conexión con la subjetividad del portavoz principal del relato político (el jefe del poder Ejecutivo), estamos frente a un repertorio simbólico reactivo.

Como se trabajó en el marco teórico, el objetivo aquí es precisar y analizar los distintos signos que caracterizaron a la narrativa presidencial: vestuario, escenarios, próceres, dispositivos, mitos, rituales, gestos, banderas, etc. Mireille Lalancette and Vincent Raynaud (2019) denominan como “retórica visual” a la combinación de estos recursos, a cómo se estructuran en una narrativa coherente y consistente para movilizar a la opinión pública. Cómo se intercalan estas diferentes herramientas, cuál es la frecuencia con las que se implementan, qué significado les otorga el presidente y cuáles son los canales comunicacionales escogidos para conectarse con la sociedad son algunos de los interrogantes que se buscarán responder en este apartado.

Un primer aspecto para destacar es el uso que le brinda Mujica en el plano simbólico a la esfera privada. En vez de ofrecer entrevistas a medios de comunicación o reuniones políticas en ambientes institucionales, tales como el Palacio Estévez, la Residencia presidencial de Suárez y Reyes o la Estancia Anchorena, el ex tupamaro privilegia su chacra ubicada en Rincón del

⁵⁰ Al canal televisivo, hay que añadirle la radio que, al igual que gran parte de la prensa digital, incorporó el registro visual mediante el denominado *streaming* y la mayoría de las redes sociales más usadas: Instagram, Facebook, Tik-Tok, Twitch y Youtube, que destacan por la centralidad que le otorgan a la imagen, tanto en su versión estática (fotografía) como dinámica (vídeo).

Cerro, barrio Paso de la Arena⁵¹. Diluye la esfera pública en la esfera privada. Desde la intimidad de su hogar le imprime significado al relato político. La trama de la transformación cultural se materializa en el contexto visual de su casa. Animales sueltos –gallinas, perros, gatos–, una flora abundante (cuidada y natural)⁵², una huerta de verduras, un tractor, un Volkswagen Escarabajo modelo 87, árboles por doquier y una construcción de tan solo tres ambientes marcan la geografía privada de Mujica. Este repertorio simbólico corporizó y potenció temáticas sensibles para Mujica como el cuidado al medioambiente y la promoción de un estilo de vida más austero.

Esta marca estética despertó gran interés a nivel internacional. Muchos periodistas enmarcaban la entrevista con el título “El presidente más pobre del mundo”⁵³. Además, de las enunciaciones del presidente, se focalizaban en la información contextual. El factor noticiable es que un mandatario nacional produce un acoplamiento del lenguaje verbal y el lenguaje no verbal, una conexión entre el texto y la imagen, una coherencia entre lo predicado y lo vivido. En un escenario político signado por la crisis de representación, donde la ciudadanía percibe que sus líderes no cumplen en su vida privada con lo pregonado en las instituciones públicas, el correlato entre los niveles discursivo y práctico le aportó un diferencial a Mujica. Esa apertura de su intimidad a la sociedad le generó un reconocimiento transversal, que no distinguía entre opositores y oficialistas, izquierda y derecha, pobres y ricos. Asimismo, producía una conexión especial con los sectores más humildes, que percibían que su presidente los representaba no solamente a través de la escucha y canalización de sus demandas, sino también desde el plano simbólico. “Yo creo que los presidentes deben vivir como vive la mayoría de su pueblo y no como vive la minoría privilegiada”, sostuvo en repetidas ocasiones Mujica ante la televisión. Así lo analizaron en distintas entrevistas el investigador Matías Ponce, un analista político que prefirió conservar su anonimato y el columnista político Christian Mirza:

Fue todo un repertorio simbólico. La perra Manuela. Su fusca. Todo el mundo conoció su casa. Inusitado el interés que despertaba para los medios

⁵¹ Es un barrio que pertenece al municipio de Montevideo. Está en la periferia de la capital uruguaya, a unos 20 minutos del centro en transporte automotor y se caracteriza por ser una zona rural donde se destacan como actividad económica la horticultura y, en mayor medida, la floricultura. Mujica nació, creció y vivió la mayor parte de su vida allí.

⁵² A lo largo de toda su vida, tanto él como su mujer, la senadora y ex vicepresidenta Lucía Topolansky, han trabajado como floricultores.

⁵³ BBC en español tituló así una nota en la que mostraba cómo vivía Mujica.

internacionales. Una persona que vivía como el pueblo. Es la antítesis de Tabaré Vázquez (5/12/2020).

Ese relato rindió. *El Mundo* de España fue el primero sacó una nota que quedó: “El presidente más pobre del mundo”. Y eso quedó. Por más que tenga una chacra que vale tanto. Eso quedó. Entonces, notoriamente, el personaje Mujica estaba ataviado con sus ropajes históricos, con su propia historia de vida. El hecho de que la mujer le tome juramento contribuye a esa epopeya, la hace cinematográfica. Entonces, tenía eso de mística. De decir: voy con mi fusca Volkswagen, el escarabajo, vivo en la chacra y vivo como siempre dije que iba a vivir. Y no en la opulencia. Si no, laburando arriba del tractor. Vos ves la foto del Rey Juan Carlos visitando al Pepe Mujica en la chacra, sentado en un banco de madera, tomando mate el Rey de España con Pepe en chancletas, es surrealista, pero es real. Y eso le dio un grado de legitimidad política muy importante. La gente más pobre lo veía como un igual (5/12/2020).

Mujica decidió condensar la simbología del gobierno en su figura. Asumió la centralidad estética y revistió a la gestión mediante imágenes vinculadas a la esfera íntima, no institucional. Los atributos personales funcionan como atajo cognitivo de la administración. La ciudadanía sintetiza una cantidad de información importante en un solo individuo. A través del registro visual personal (nivel micro), se simplifica el significado de la gestión (nivel macro). En vez de ofrecer imágenes de los ministros o mensajes simbólicos inclusivos (bandera de Uruguay), el presidente recurre a su estilo de vida. El investigador José Luis Dader (2017) califica a este fenómeno como “escenificación política hiperbólica”, que se caracteriza por la exageración de los aspectos íntimos y la respectiva conexión de estos con la cultura popular, brindándole un halo de celebridad al sujeto protagonista. Es un proceso comunicacional que el ala populista de la Nueva Izquierda Latinoamericana lo emplea regularmente. Evo Morales y, en menor medida, Rafael Correa con el repertorio simbólico de los pueblos originarios, y Hugo Chávez con la impronta militar son ejemplos tangibles de la personalización simbólica. Este estilo traza una distancia con otros líderes socialdemócratas de la Nueva Izquierda Latinoamericana, como Ricardo Lagos, Michelle Bachelet y Tabaré Vázquez. Justamente, respecto a este último, el investigador uruguayo Matías Ponce compara a Mujica con su predecesor y sucesor en el cargo:

Mujica planteó un modelo de comunicación de gobierno centrado en su figura y en la de un reducido equipo de trabajo que buscó acoplar la ausencia de vocerías designadas por temas específicos, como era costumbre en el gobierno anterior. Si durante el mandato de Tabaré Vázquez (2005-2010) el escenario protagonista por excelencia para la construcción del acontecimiento noticioso fueron las conferencias de prensa del Consejo de ministros, en el gobierno de Mujica el principal escenario de comunicación era simplemente su presencia y declaraciones (2017: 189).

Afuera de su esfera privada, Mujica también entabla una estrategia visual original o, al menos, diferenciada de la mayoría de sus colegas políticos. En línea con la crítica que le hace al consumismo, se presenta con un vestuario informal, sobrio, no usa corbata ni trajes de marcas conocidas, solo utiliza una camisa y un saco. A su vez, para completar el sistema diacrítico improvisado, por lo general, aparece despeinado, sin afeitarse y desfachatado. El ejemplo más plausible fue cuando el 26 de diciembre de 2013 se presentó en sandalias a la jura del nuevo ministro de economía, Mario Bergara. Con unas uñas largas –que mostraban cierto descuido–, los pantalones levantados como si fueran bermudas y un perfil en general desalineado, la imagen llamó la atención de la opinión pública y, como pocas veces, la dividió en dos posiciones contrapuestas. Por un lado, se resaltó la espontaneidad, coherencia y naturalidad del presidente, atributos que sin duda tallaron su impronta y, como se decía anteriormente, su gestión. Pero por el otro costado también se lo criticó por no cumplir con el protocolo oficial, de imponer una cultura estética personalista que opacaba y desprestigiaba la cultura institucional. Para varios analistas, la investidura presidencial debe preservar una estética y una jerarquía frente a la ciudadanía. Poniendo por encima su estilo de vestimenta, su comodidad –hacían casi 40 grados de temperatura– por encima de los códigos simbólicos del jefe del Poder Ejecutivo, Mujica estaba deslegitimando la figura presidencial. Patricia Centeno, especialista española en vestuario político, así lo analizaba en su sitio web:

Lo considero un político coherente, de esos en peligro de extinción, y su indumentaria humilde y campechana lo refleja. Ahora bien, lo de hoy, muy a mi pesar, no puedo justificarlo aún sabiendo que Uruguay está atravesando una ola de calor con la que han alcanzado los 39°. Y no porque el mandatario haya escogido unas sandalias para el juramento del nuevo ministro de economía, ni tampoco

porque se haya arremangado los pantalones azul marino para que le entrara un poquito de fresquito... Pero es que uno, por muy anarco que sea, no puede calzarse un zapato abierto con esas pezuñas!!! Dios, mío, hay que cortarselas uñas de vez en cuando... ¡arghhh! (26/12/2013)

Otra noticia que tuvo una resonancia mediática considerable en Uruguay y el resto del mundo fue la posibilidad de vender su automóvil Volkswagen modelo 1987, con el que iba a trabajar cotidianamente cuando no se trasladaba en el coche oficial. Primero, un jeque árabe le ofreció 1.000.000 de dólares y, más adelante, el entonces embajador de México, Felipe Enríquez, le propuso diez camionetas a cambio del “escarabajo”. Mujica expresó que no tenía problema en venderlo. "Tenemos algo de fetiche y necesitamos algunos símbolos materiales" justificó ante los medios de comunicación (2014). Acto seguido, aclaró que, si la oferta era por “Manuela”, su perra de tres patas ahí no accedía. El episodio pone de relieve la capacidad para magnetizar a la opinión pública a través de su repertorio simbólico que tenía Mujica.

Con relación a esto, el presidente tenía una metodología comunicacional que repitió a lo largo de toda su gestión, que eran las ruedas de prensa informal. Al finalizar cada actividad o acto, Mujica recibía a los periodistas en la calle sin ningún tipo de protocolo ni mediador o agente de prensa que regulara las preguntas. Frases resonantes, titulares provocativos, declaraciones polémicas formaban parte de dichas exposiciones mediáticas. Si bien a veces encuadraba la noticia y lograba direccionar el sentido social, en otras ocasiones esta espontaneidad le ocasionaba ciertos perjuicios comunicacionales, porque deslizaba un “sincericidio” o una enunciación que erosionaba a aliados o directamente fuentes oficiales⁵⁴. El sociólogo y cientista político Agustín Canzani lo desarrolla del siguiente modo:

El principal mecanismo de comunicación de Pepe era el noticiero de todos los días. Vos te ponías frente a la tele y tenías tu dosis diaria de Pepe. Hay un humorista acá, Darwin Desbocatti, que decía que era Drupi, Está en todos lados. Y los

⁵⁴ Una de esas frases que le generó problemas fue cuando en 2013 refiriéndose a la presidenta argentina, Cristina Fernández, expresó: “Esta vieja es peor que el tuerto”. La oración no fue dicha frente a los medios de comunicación, sino al alcalde de Florida, una ciudad uruguaya, pero el problema es que los micrófonos estaban abiertos y los periodistas la oyeron. El “tuerto” era el ex presidente argentino Néstor Kirchner, fallecido en octubre de 2010. El inconveniente llegó a considerarse un agravio diplomático y Mujica –días después- pidió disculpas y justificó su desliz aludiendo que fue un problema lingüístico: “Ese lenguaje que está a leguas del discurso público, que poco tiene que ver con el discurso, con laprensa, tiene que ver con las relaciones íntimas, entre muy pocos, inevitablemente arrastra en susmodismos nuestras propias historietas”.

periodistas lo buscaban. Eran como las moscas a la miel. Estaba Pepe inaugurando algo o saliendo de Casa de Gobierno, tenía diez micrófonos y siempre te daba algún título. Ese fue el mecanismo fundamental (20/12/2020).

Este canal comunicacional informal, pero frecuente con los medios de comunicación, se complementó con las entrevistas individuales que Mujica otorgaba a periodistas locales y extranjeros. A diferencia de los líderes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana, que optan por lo que José Natanson (2010) llama “bypass mediático”, es decir, esquivar la vía de la prensa y relacionarse directamente con la sociedad, el presidente uruguayo escoge la mediación de los periodistas para comunicarse con la ciudadanía. Se ajusta al modelo liberal, vinculado a la teledemocracia y a la interpretación de que el periodismo funciona como un cuarto poder que vigila, hace de contrapeso y representa a la opinión pública. Según Mujica, las empresas mediáticas no son vehículos de las clases dominantes para manipular al pueblo. En escasas ocasiones reconoció que pueden tener sesgos ideológicos, aun así, no emprendió iniciativas legales para modificar el mercado de los *mass media*, como se hizo en Argentina, Bolivia, Venezuela y Ecuador. En vez de establecer una relación conflictiva y polarizadora, podríamos afirmar que Mujica instauró un vínculo simbiótico, donde ambas partes sacaban provecho: los medios tenían la cobertura y el titular del día y el presidente lograba amplificar su agenda o postura.

Otro canal de comunicación que utilizó Mujica para vincularse con la ciudadanía fueron las “mateadas”. Tanto en Argentina como en Uruguay es común que las personas se reúnan a tomar esta infusión mientras conversan de diferentes temas. El ritual de interacción (Goffman, 1974) consiste en que se sientan en círculo varios amigos y, a medida que van dialogando, se van pasando en forma ordenada la calabaza del mate. Un sujeto es el que “ceba”, es decir, le coloca agua al mate. El mandatario uruguayo escogía este tipo de intercambio informal para conocer las demandas de la ciudadanía. Por su dinámica flexible, a través de este ritual, Mujica lograba configurar un modelo comunicacional horizontal, empático y cercano con sus representados. Según Goffman (1974), son rituales confirmativos, interacciones que sirven para mantener los vínculos sociales o determinadas estructuras colectivas. Además, al democratizar el uso de la palabra, la figura del presidente con el correr del encuentro genera una percepción de ser un par, un representado más, con el que se puede tener coincidencias y disidencias sin ningún problema. Daiana Ferraro, docente e investigadora de la Universidad de la República, sintetiza estos dos modos comunicacionales de Mujica:

Lo típico de Pepe siempre fueron las mateadas. Es decir, ir a actos. Y también aprovechaba los medios. Siempre tiraba títulos. Pero es verdad que le buscaban la boca los periodistas. Si con la agenda del día, vos le buscás la boca, algo te diga. Pero nunca era de dar conferencias (20/12/2020).

Esta forma de encontrarse con la sociedad es totalmente diferente que la que, por ejemplo, tenía el costado populista de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Mientras los presidentes Hugo Chávez o Rafael Correa optaban por actos masivos, donde ellos eran los oradores (los emisores activos) que se ubicaban en un balcón y la ciudadanía eran los oyentes (receptores pasivos) que se situaban debajo, en la plaza. Un modelo comunicacional asimétrico y unilateral. Manuel Mora y Araujo (2012) califica como “sistema de poder” a este paradigma comunicacional que se caracteriza por el flujo vertical-descendente de la información. Otros líderes históricos en la región, como Carlos Ibañez, en Chile, Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en Brasil o Juan Domingo Perón en Argentina, han desplegado esta forma de comunicación. Mujica, en cambio, con las “mateadas” pone en práctica lo que Mora y Araujo denomina (2012) “sistema de interacción simétrica”⁵⁵. Aquí ningún sujeto posee el monopolio de la palabra ni cuenta con “ventaja comunicacional material o espacial” (micrófono, atril, escenario). Los roles comunicacionales van variando, incluso, el presidente es el que menos tiempo hace uso de la palabra porque el objetivo es conocer los reclamos de los ciudadanos.

En resumen, el repertorio simbólico de Mujica presenta las siguientes características: se desarrolla principalmente en la esfera privada (en su chacra de Rincón del Cerro); el segundo aspecto es la noción de austeridad que le imprimió el presidente a través de su estética (vestimenta, automóvil en el que se desplaza, tamaño del hogar); en relación a este punto, también proyecta una coherencia entre el plano visual y el discurso ambientalista, ya que en su entorno privado se observan animales sueltos, jardines, huertas de frutas y verduras, flores, etc. Por otro lado, el mandatario escogió a los medios de comunicación como canal principal para brindarle el mensaje a la ciudadanía. Fiel a su estilo, este tipo de encuentros se daba en ruedas de prensa informales, sin ningún protocolo, agente de prensa o reglamento institucional.

⁵⁵ Manuel Mora y Araujo hace hincapié en el surgimiento de internet para caracterizar a esta era comunicacional. Según él, las redes sociales permiten un intercambio simétrico. Cualquier ciudadano corriente puede escribirle en el muro de Facebook al presidente de la Nación. En este sentido, aunque el dispositivo de las mateadas no son las herramientas 2.0, la lógica de interacción es la misma.

Simplemente era Mujica con los periodistas, lo que abría un intercambio espontáneo e improvisado entre ambas partes. Para complementar el vínculo anterior, la máxima autoridad del país desplegaba las “mateadas”: un encuentro descontracturado y horizontal con la ciudadanía, donde además de compartir la infusión, recolectaba los aportes, demandas y reflexiones de la sociedad.

8.6. *Ethos* presidencial

La última variable trabajará sobre la conexión entre los niveles micro (personal) y macro (estructural) del relato político. En la era de la personalización política, donde los atributos personales pesan igual –o más– que los atributos ideológicos, es fundamental alumbrar cómo se autopresenta el personaje central de la gestión y cómo engarza esto con la narrativa gubernamental. Son los elementos biográficos que utiliza el presidente para legitimarse y proyectar decisiones o políticas públicas. Esa conexión temporal entre pasado, presente y futuro es clave para abordar el *ethos* presidencial. Cuanto más sólida sea la coherencia entre las narrativas personal y estructural, mayor será la consistencia del relato. Un ejemplo nítido es Barack Obama, presidente número 44 en llegar a la Casa Blanca. El estadounidense instaló una trama renovada del “sueño americano”. Al ser el hijo de afrodescendientes que, por primera vez, llegaba al Despacho Oval estaba demostrando con su propia historia de vida que ese slogan que representa la movilidad social ascendente era posible.

Una de las primeras experiencias que recoge Mujica es cuando estuvo preso en la última dictadura militar⁵⁶. El último período que duró trece años (1972-1985) fue una época muy fructífera para él, tanto en lo político como en lo humano. Revisó su doctrina ideológica, su forma de abordar la vida, sus errores en el pasado y la vía de la lucha armada. Estas huellas biográficas son recuperadas constantemente por el presidente y, como veremos debajo, aplicadas estratégicamente para abordar problemáticas actuales. El pasado funciona como un depósito de herramientas. Así lo puso de manifiesto en su discurso en la ONU, en una entrevista al diario catalán *El Periódico* y en un discurso en la UNASUR:

⁵⁶ Durante este período, el país estuvo gobernado, por el político y empresario ganadero Juan María Bordaberry (1973-1976), Alberto Demicheli (1976), simpatizante del Partido Colorado, Aparicio Méndez del Partido Nacional (1976-1981), Gregorio Álvarez designado por las Fuerzas Armadas (1981-1985) y el presidente de la Corte Suprema de Justicia, Rafael Addiego Bruno (1985).

Mi historia personal, la de un muchacho- porque alguna vez fui muchacho- que como otros quiso cambiar su época, su mundo, el sueño de una sociedad libertaria y sin clases. Mis errores son en parte hijos de mi tiempo. Obviamente los asumo, pero hay veces que medito con nostalgia. ¡Quién tuviera la fuerza de cuando éramos capaces de albergar tanta utopía! Sin embargo, no miro hacia atrás porque el hoy real nació en las cenizas fértiles del ayer. Por el contrario, no vivo para cobrar cuentas o reverberar recuerdos (24/8/2013).

La mochila de los recuerdos se carga atrás y se camina hacia delante, porque de lo contrario no se puede vivir. Hay deudas que no se cobran en este mundo y, por tanto, trato de convivir con cada cual por su vereda. No hay que olvidar el pasado porque el hombre es el único animal capaz de tropezar varias veces con la misma piedra, pero la vida siempre es porvenir. La dictadura dejó cuentas dolorosas pero el odio no construye un carajo (29/11/2013).

Por eso, pertenezco a un movimiento que se golpeó la boca. Y salió a intentar cambiar el mundo y nos molieron a palos. Acariciamos nuestros sueños. Eran tiempos que pensábamos que la dictadura del proletariado era una explicación importante de la lucha de clases. Y naturalmente cada generación comete sus vicisitudes. Pero aquel fuego que llevábamos adentro era tan grande que nos permitió llegar hasta hoy, siendo conscientes de los errores que cometimos, pero siendo consciente de la gigantesca generosidad con que abrazamos la vida (5/12/2014).

Como se vislumbra, Mujica utiliza el pasado de una manera pedagógica, no reivindicativa. Se autopercibe como un militante político que intentó cambiar el mundo mediante las armas y no lo logró. La revolución socialista fue el objetivo que, entre la década del sesenta y la del setenta, se trazó el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros. Cuando rememora ese pasado, el presidente uruguayo no lo hace desde una postura positiva, sino que lo hace desde una óptica crítica. Pone en tela de juicio las aspiraciones (alcanzar una sociedad sin clases) y la metodología (guerrilla urbana) que escogieron. Él forma parte de una generación que, supuestamente, aprendió de sus errores⁵⁷. Dicha curva de enseñanza lo legitima para afrontar

⁵⁷ Sin embargo, hay varios dirigentes tupamaros que no hacen dicha autocrítica. Por ejemplo, Jorge Zabalza, que fue uno

la agenda del mundo actual. Mujica intentó otras vías políticas, procedimentales y económicas, y falló. Por condiciones subjetivas (mala praxis suyas y de Tupamaros) y objetivas (contexto desfavorable para llevar a cabo una revolución). Con el paso del tiempo y la prisión, pudo revalorizar la democracia representativa liberal y la economía de mercado. Al haber formado parte de una organización guerrillera y revolucionaria, Mujica ensayó y materializó los discursos más extremistas de su época. Su metamorfosis política respondió a una revisión histórica, no a un sentido oportunista. Este viraje, constituido por una introspección y una autocrítica, lo legitima frente a actores que en el presente y en el plano narrativo se posicionan a la izquierda del termómetro ideológico.

Un segundo elemento para subrayar de su experiencia en la cárcel es el aprendizaje ontológico. Además de las consideraciones políticas e ideológicas, Mujica incorporó determinados atributos tales como el perdón, la reconciliación, la resiliencia y la alteridad. Así lo enfatizó en un discurso frente a las Naciones Unidas y en una entrevista televisiva:

Y sabes una cosa, nadie te puede devolver lo que perdiste. Lo que perdiste en un calabozo, lo que fuiste tratado como tarro al basural y otras cosas. En la vida hay que aprender a cargar con una mochila de dolor, pero no vivir mirando la mochila. La vida hay que mirarla hacia adelante. Cada madrugada amanece y la vida es porvenir. Y es tan hermoso que hay que defenderla y hay que quererla. Y transmitir: puedes caer mil veces, el asunto es que tengas la fuerza y el coraje de volver a levantarte, y volver a empezar. Y el volver a empezar es una actitud general que hay que pregonar en la vida. Los únicos derrotados en el mundo son los que dejan de soñar y luchar y de querer. Y es la diferencia que tiene la vida humana: se le puede dar un contenido (31/5/2013).

Y eso para cuando tenemos dificultades económicas, cuando tenemos dificultades sociales, cuando nos parece que el mundo se viene abajo, y mirar atrás lo que

de los líderes de Tupamaros, toma distancia de la posición de Mujica. En lugar de hacer una lectura crítica del accionar guerrillero, rememora varias acciones y decisiones. Entre 2010 y 2015, ha acusado al presidente de haber abandonado sus ideales y haberse “entregado” al capitalismo. Incluso, a veces, ha hecho una comparación entre “el Mujica guerrillero” y “el Mujica mandatario”. “El Mujica aquél, cómo te puedo decir, eran tiempos en que a él le gustaba andar con la 45 al cinto, eran tiempos en que hablábamos de revoluciones, nos mirábamos y cada uno se reconocía a sí mismo en el otro...51 años después eso no es así, él ahora le enseña a los pobres a plantar flores para que después le vendan a los ricos... Se autodefine como un administrador del capitalismo, ahí al terminar la película, ode lo que le dejan administrar, porque más bien debe ser eso”, comentó en declaraciones al diario El País de Uruguay el 10 de enero de 2020.

hicieron con tan poca cosa nuestros antepasados y darnos cuenta que los hombre para vivir necesitan la grey. La grey para nosotros es la Nación, la construcción de la Nación que nos proyecta en el mundo. Que tenemos que mirar nuestro pasado para encontrar la mirada de compromiso con el porvenir. En definitiva, no hay superación con odio. La única superación posible es siendo mejores jueces con nosotros mismos y un poco más indulgentes con los demás (18/5/2011).

Como evidencian estos dos extractos, Mujica interpreta que la vida es una curva evolutiva. El pasado funciona como un insumo informativo para no repetir los errores. Pero el esfuerzo – mental y anímico– no debe estar concentrado en lo que sucedió, sino en el porvenir. Para progresar es imprescindible vivir sin rencores. El perdón es clave para “avanzar”. Condonar tanto a los terceros como a uno mismo. En su caso, el perdón en primera persona se refiere a la praxis de Tupamaros; en cambio, el perdón en tercera persona apunta al accionar de las fuerzas armadas, a los militares que lo torturaron, lo aislaron y lo tuvieron preso en cuatro oportunidades. El 5 de mayo de 2011, cuando se votaba la anulación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado⁵⁸ que amnistió a los militares por los crímenes cometidos en la última dictadura, el mandatario se presentó en la Cámara de Diputados y les dijo a los legisladores del Frente Amplio: "No vengo a pedirles que no voten, pero siento la necesidad, más que como presidente, como integrante de la fuerza política, de decir que este es un camino equivocado". Finalmente, debido a la ausencia de un diputado cercano a Mujica y militante del MPP, Víctor Semproni, no se pudo anular de dicha norma. El presidente uruguayo, a través de su experiencia personal, siempre pregonó la superación de lo sucedido en las décadas del setenta y del ochenta. La reconciliación –según él– es el camino correcto para que Uruguay evite fricciones y divisiones innecesarias y se concentre en el presente y el progreso.

A pesar del dolor que sufrió en la cárcel y en los centros de detención, Mujica subraya la importancia de “volver a levantarse”. Ser fuerte y, ante cada frustración, no darse por vencido. Este mensaje de superación y fortaleza es constante a lo largo de su gestión y, por lo general, se lo dirige a la juventud. Mediante su ejemplo de vida, donde pudo sobreponerse a situaciones límites tales como mantener la cordura o pasar días sin comer, intenta mostrarles a los

⁵⁸ Dicha ley fue aprobada en 1986 y, si bien fue respaldada por tres referendos ciudadanos (1986, 1989 y 2009), fue declarada inconstitucional en tres ocasiones por la Corte Suprema de Uruguay. Además, le valió una sanción por parte de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

adolescentes que el fracaso forma parte de la vida; la fundamental es atravesarlo de manera pedagógica, entendiendo las equivocaciones y corrigiéndolas. Lo sustancial –para Mujica– es otorgarle un contenido a la vida. Contar con un ideal o una utopía que los impulse en su día a día. Como él lo hizo con su vida, hay que poner en práctica una convicción, más allá de los yerros que como seres humanos van a cometer.

En el segundo fragmento, Mujica pone en evidencia su humanismo. Enfatiza que las personas somos seres gregarios, sociales por naturaleza. Necesitamos a los otros para vivir y desarrollarnos. En varias alocuciones, resalta que lo peor que pasó en su vida fue la soledad “inducida”, los años de silencio en un pozo, que no le permitían comunicarse con terceros⁵⁹. La conexión con los otros es el cimiento de la Nación. El paso del individuo al grupo. Para él, el destino colectivo se edifica si cada uno es exigente consigo mismo y comprensivo con los demás. Salir de la mirada subjetiva y ponerse en el lugar del otro para entender y analizar el mundo. Lograr una concepción integral de la realidad. Este ejercicio de alteridad es lo que le permite a uno “tejer” relaciones afectivas y poder crear un horizonte en común.

Además de la reconciliación, Mujica también proyecta con su estilo de vida la austeridad. Utiliza toda la información que brinda su esfera privada –vivienda, automóvil, jardín, mascotas, etc.– para circular un discurso de sobriedad en la esfera pública. Así lo ponía en evidencia en una entrevista en la cadena británica BBC y en un discurso en el Senado de Chile.

Dicen que yo soy el presidente pobre, no: yo no soy presidente pobre. Pobres son los que tienen más, los que no les alcanza nada. Esos son pobres. Porque se meten en una carrera infinita. Entonces, no les va a dar el tiempo, la vida ni nada. No. Yo tomo la austeridad como camino y el renunciamento. Liviano de equipaje para tener tiempo para hacer lo que a mí me gusta (15/11/2012).

Entonces, el andar liviano de equipaje no es una pose poética, es un cálculo crudamente materialista: no esclavizar la vida por cuestiones materiales para tener el mayor margen de libertad y tiempo de la vida para gastarlo en las cosas que a

⁵⁹ “La noche de 12 años”, película dirigida por Álvaro Brechner y sustentada en las memorias del poeta y dirigente tupamaro Mauricio Rosencof y del ex tupamaro y ministro de Defensa (2011-2016) Eleuterio Fernández Huidobro, retrata las condiciones infrahumanas en las que tuvo vivir Mujica entre 1973 y 1985.

uno lo motivan. Hay una libertad en el sentido abstracto, grandilocuente, o de carácter histórico, pero hay una libertad personal. Cada vez que me tengo que gastar la existencia peleando por la chaucha, si la chaucha es muy complicada, si tengo una casa muy complicada, si necesito muchos medios materiales, si tengo que cambiar el coche todos los años, bla, bla, bla, bla, todo eso, tengo que laburar, y después laburar para que no me roben y así sucesivamente hasta que soy un viejo hidropésico, y marchaste (12/3/2014).

La discusión que intenta habilitar Mujica es el sentido de la vida. Nuevamente, emerge el “filósofo gobernante”. El mandatario se opone a lo que el catedrático de Harvard Michael Sandel (2013) califica “triumfalismo de mercado”. Esto quiere decir que la economía comienza a dominar todas las dimensiones del hombre: ocio, afectos, educación, salud, cultural, etc. Se mercantilizan todos los aspectos del ser humano; todo comienza a tener un precio. En vez de tener una economía de mercado, se tiene una sociedad de mercado. La moralidad es reemplazada por la lógica de rentabilidad que se apoya en la ecuación sistemática del costo-beneficio. Lo llamativo es que Mujica toma esta concepción como base y arguye que él no tiene demasiados bienes materiales para no perder tiempo en ellos. Ese espacio temporal prefiere dedicárselo a actividades que le dan placer, como la lectura, la florería o las amistades. Por eso, Mujica afirma que la austeridad es un cálculo: menos bienes materiales, más tiempo para disfrutar. De todos modos, si bien Mujica, en comparación el resto de los presidentes mundiales es un caso excepcional, el sociólogo y cientista político Agustín Canzani explica que, en Uruguay, este culto a la austeridad no es llamativo ni tiene repercusión a nivel mediático:

Pepe es un tipo capaz de manejar agendas variadas a lo largo del tiempo. Quizás, discursivamente, o más en términos de imagen, Pepe es así y, además, su equipo trabajó mucho la idea de la modestia y la humildad. El presidente más pobre del mundo. Pepe es así. Vive así. Pero hubo una cierta producción de un estereotipo entorno a eso. El tema es que en Uruguay eso no era una novedad. Para nada. Todo el mundo sabía que Pepe vivía así. Es un modelo que en el exterior pegó mucho (20/12/2020).

Por lo que explica Canzani, Mujica ha sostenido con el paso del tiempo esta imagen de austeridad. Esta secuencia de largo plazo le aporta legitimidad y solidez en cuanto a su imagen.

En resumidas cuentas, se podría decir que la austeridad, a nivel local, teniendo en cuenta la idiosincrasia uruguaya, le aportó credibilidad y, a nivel internacional, exposición y protagonismo. A este estereotipo mundano, Mujica le añadió una interpretación minimalista del liderazgo presidencial. Así lo marcaba en una entrevista a la cadena Telesur:

Los hombres no somos dioses. Somos un conjunto de pasión, llenos de enredos en las cuestiones de poder, llenos de enredo en las ideas. No somos santos. No tenemos que idealizar. Pero hay que apuntalar el funcionamiento colectivo. Hay que hacer confiar en los compañeros, y que los compañeros nos ayuden. Porque cuando estamos de jueces somos mejores que cuando estamos de actores. Entonces, hay que acudir a que los compañeros nos juzguen, nos pongan en vereda y nos corrijan. Y nosotros también corregirlos a ellos, pero hay que mantener una unidad de rumbo. No hay que herirse. No hay que lastimarse. Y por momentos hay que tener hasta tener la capacidad de olvidarse. Porque lo que vale es la causa, es lo que va a quedar, es lo que le va a quedar a los otros, no nuestra cuestión personal (9/1/2013).

Mujica toma distancia del liderazgo mesiánico o de lo que actualmente se considera como híperliderazgos (Lasalle y Quero, 2019). En vez de presentarse como un súper hombre, con habilidades extraordinarias para dirigir los destinos de la patria y dispuesto a dejar la vida por su pueblo, se expone como un ser humano ordinario, con errores y sensible a crecer mediante el trabajo colectivo. Como se observó en la trama, el presidente uruguayo destaca la importancia de las instituciones. Las organizaciones colectivas son las que dejan sedimentos para otorgarle continuidad a un proyecto o a una causa políticos. Los líderes son circunstancias; los partidos políticos, sistemas de valores. Desde éstas últimas se busca configurar universos de sentido más amplios, como una ciudad, una región o un país. De esta manera, Mujica vuelve a tomar distancia de los liderazgos carismáticos de la corriente populista de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Se aleja del líder mito, aquél que, como sostiene Campbell, opera como “metáfora de la potencialidad espiritual del ser humano” (1991: 46). Prefiere mostrarse como un sujeto mortal, de carne y hueso, restringido por las condiciones de un entorno social y una estructura colectiva. No aspira a encarnar al pueblo o a la nación uruguaya, sino simplemente a representar la cosmovisión de una determinada fuerza política en un momento histórico preciso.

Para cerrar este inciso, podemos concluir que el ethos presidencial de Mujica está caracterizado por la reconciliación y la austeridad. Aprovecha su historia personal para superar el dolor que provocó la última dictadura militar en Uruguay, lo que obviamente le granjeó críticas por parte de la mayoría de las fuerzas que componen el Frente Amplio y de organizaciones de derechos humanos. A pesar de esas presiones, mantuvo su narrativa personal como prueba de que es posible perdonar y avanzar hacia el reencuentro. Por el otro costado, la sobriedad en su estilo de vida le permitió fortalecer la trama del cambio cultural. Vivir en una chacra, rodeado de animales y con escasos bienes materiales le proporcionó un marco visual y tangible a algunas de las propuestas que conformaban su trama cultural: respeto al medioambiente y libertad.

8.7. Conclusiones

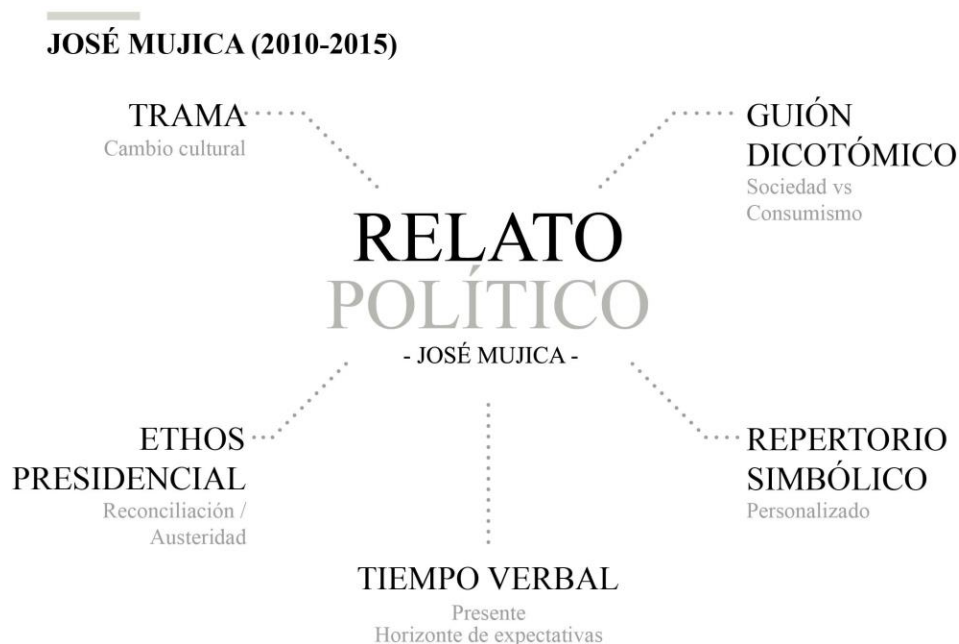
Para cerrar este capítulo, resumiremos los hallazgos que se encontraron respecto al relato político de José Mujica. Durante su presidencia, a pesar de tener una narrativa cambiante y, como aseguraron varios de los investigadores entrevistados, caótica, se puede encontrar un hilo argumental, el cambio cultural. Las legalizaciones del aborto, cannabis y matrimonio igualitario y la lucha contra la contaminación fueron los vectores temáticos. En segundo lugar, respecto al guion dicotómico, el mandatario uruguayo desplegó un discurso de contraste con la oposición partidaria. Nunca llegó a dicotomizar el escenario político ni a establecer lógicas binarias con fuerzas extrapartidarias como el imperialismo, los medios de comunicación, la oligarquía o el capital transnacional. No hubo polarización ni fragmentación. Incluso, llegó a tejer buenos vínculos con sectores del Partido Colorado y del Partido Nacional. Además de proponer espacios en común para la toma de decisiones, Mujica recuperó y destacó en varias ocasiones figuras de espesor histórico de ambas organizaciones, tales como el blanco Luis Alberto Herrera o el colorado José Batlle y Ordoñez. Este estilo dialógico le valió también simpatías del electorado opositor y de parte de los indecisos. Para confrontar, Mujica escogió un adversario genérico: el consumismo. Siguiendo la línea de la trama cultural, atacó –tanto a nivel local como internacional– la cultura del despilfarro que atraviesa la sociedad en esta época. Ahí estuvo concentrada su negatividad, en el modo de vida que impulsa el actual sistema económico. La revisión del modelo productivo y cultural, para él, es un imperativo ético.

En tercer lugar, analizamos el tiempo verbal. Conectado con las dos anteriores variables, Mujica priorizó en su narrativa el futuro. Diseñó un horizonte de expectativas –austeridad, salud, humanismo, cooperativismo, fraternidad global– en torno al mundo que le dejaremos a

nuestros hijos y nietos. Aquí plasmó una solidaridad intergeneracional, donde la responsabilidad por el cuidado de la naturaleza es fundamental para conservar la vida en el planeta. Al tiempo presente lo asoció con una crisis civilizatoria y al futuro como una oportunidad de reencuentro entre los seres humanos.

A pesar de enfatizar la importancia de las instituciones, Mujica en el campo simbólico desplegó una estética vinculada al plano personal. Desde el escenario donde brindaba las entrevistas a medios internacionales, su chacra en Rincón del Cerro, hasta el vestuario informal y desfachado que escogía para una conferencia de prensa donde presentaba al nuevo ministro de economía. En esta esfera, el presidente uruguayo recurrió a una estrategia visual en primera persona del singular. Su automóvil antiguo, su perra Manuela de tres patas, sus animales, su jardín, su humilde hogar son todos mensajes visuales que pertenecen a su vida privada, no a las instituciones que representa. Sin embargo, esta red de símbolos potenció la trama del cambio cultural y la dotó de un marco visual.

Por último, el *ethos* presidencial estuvo marcado por dos niveles: su condición de preso político durante la última dictadura militar (1973-1985) y, retomando el repertorio simbólico, su modo de vida austero. Con su historia personal apuntó a reconciliar a la sociedad uruguaya. En varias ocasiones se encontró con antiguos oficiales que formaron parte de la represión y llegó a pedirle a sus diputados que rechazaran la anulación de la Ley de Caducidad. Les solicitó dejar atrás ese pasado y concentrarse en los desafíos que tiene el país hacia delante. Dentro de esos retos se encuentra reconsiderar el modelo de consumo actual. Con la exhibición de su forma de vida



sobria, legitimó la trama cultural del cambio y, asimismo, logró configurar un mensaje ontológico sobre qué es la vida y qué hacemos con uno de los recursos finitos que tenemos los seres humanos: el tiempo. Al no contar con grandes fortunas ni bienes materiales, Mujica afirma que puede dedicarle espacio a las actividades que le dan placer. En otros términos, la austeridad es un cálculo: pocas mercancías equivale a mucho tiempo para disfrutar.

9. Conclusiones generales

Después de indagar la literatura especializada, el objetivo general de la presente tesis doctoral que se trazó fue conseguir un acercamiento al relato político de la socialdemocracia latinoamericana en el siglo XXI. Dicho de otra manera: cubrir la laguna teórica que hay en los estudios sobre la Nueva Izquierda Latinoamericana en los campos de las Ciencias Políticas y la Comunicación Política. Para alcanzar dicho reto, primero se elaboró un marco teórico, donde se conceptualizó al relato político y se precisaron sus requisitos, funciones, fases y variables analíticas: trama, guiondicotómico, repertorio simbólico, *ethos* presidencial y tiempo verbal. A través de estas variables operativas y un proceso metodológico sustentado en la confección de un corpus empírico de 200 piezas discursivas, entrevistas en profundidad con actores académicos, sociales, periodísticos y políticos, material teórico bibliográfico y análisis del discurso, pudimos establecer un método sistemático y operativo para analizar los dos casos de estudio: las presidencias de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica (2010-2015).

Después de haber trabajado los dos estudios de caso, podemos ofrecer unas reflexiones sobre el relato político de la socialdemocracia de la Nueva Izquierda Latinoamericana en el siglo XXI. Respecto al caso de la mandataria chilena, descubrimos que forjó una trama de la inclusión, cuyos principales ejes eran las reformas constitucional, impositiva y educativa. El objetivo de estas políticas públicas era mitigar un problema estructural en Chile: la desigualdad. Con el regreso a la democracia en 1990, se recuperaron libertades y derechos civiles y políticos, pero el modelo económico continuó siendo el mismo que concibió la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990). Dicha estructura productiva-financiera se basó en la apertura comercial, la flexibilización laboral, la privatización de sectores estratégicos, el equilibrio fiscal y una inflación baja. De este modo, se garantizó el crecimiento del PBI, aunque no su repartición equitativa. Frente a este sistema asimétrico en la distribución de recursos, Bachelet decidió implementar las transformaciones de calado que anteriormente se mencionaron. Para materializar las mismas erigió un guio dicotómico donde el adversario era genérico (la desigualdad) y el sujeto protagonista de la historia era la nación chilena, no la coalición gobernante, el Frente Amplio, el Partido Socialista o ella misma. La “batalla” contra esta injusticia social la daba todo el país. Así se convertía en un problema transversal, no en un conflicto ideológico. Este encuadre le permitía, por un lado, “estirar” la identidad de su proyecto e incluir a sujetos discursivos ajenos al imaginario de la Nueva Mayoría, y por el otro costado, sentar las bases para que, más allá del color partidario del gobierno, se continuaran

los cambios establecidos en los tres niveles: jurídico, económico y educativo.

Acompañó a este guion dicotómico un repertorio simbólico inclusivo, desideologizado y en línea con el protocolo y los códigos ceremoniales del poder Ejecutivo. Tanto en las esferas institucionales como en el territorio, Bachelet empleó una estética vinculada a la presidencia de la nación: banderas de Chile, próceres históricos respetados –más allá de las inclinaciones o simpatías partidarias– por la mayoría de la ciudadanía, predominancia de escenarios institucionales (Salón Azul y Salón Rojo del Palacio de la Moneda) y marcas y logotipos de gestión que provenían de la administración de su predecesor en el cargo, el derechista Sebastián Piñera. La simbología exclusiva, aquella que tiene un sesgo ideológico, fue utilizada en contadas ocasiones y solo en actos partidarios o conmemoraciones de figuras afines a la cosmovisión del Partido Socialista o de los aliados históricos de este, como la Democracia Cristiana o el Partido Radical. Lejos de ser un patrón visual, fue un recurso excepcional. De esta manera, Bachelet continuaba la tradición republicana de sus predecesores, de no superponer el nivel público con los planos partidarios y personales, y, además, de acuerdo con el guion dicotómico, incluía desde el aspecto visual a toda la ciudadanía para que forme parte de “la lucha” contra la desigualdad.

El tiempo verbal que primó en el relato político de Michelle Bachelet fue el futuro. Las tres reformas promocionadas, más el cambio cultural que proponía en materia de género, iban a ofrecer resultados en el largo plazo. Por eso, constantemente la presidenta chilena se refirió a que las grandes beneficiadas eran las generaciones venideras. Entre las decisiones del presente y el horizonte de expectativas se deslizó el arco temporal de la narrativa gubernamental. Un lenguaje aspiracional, optimista y prospectivo configuró las mayores alocuciones de la inquilina de la Casa de la Moneda. Acompañó a esta lógica cronológica un ethos presidencial que se desagregó en dos vertientes: el recuerdo de su pasado como víctima de la dictadura militar y su condición de mujer. Respecto al primero, Bachelet acudió a su pasado de presa política, torturada y exiliada solo cuando le preguntaban en una entrevista o en efemérides asociadas al golpe de Estado contra Salvador Allende en septiembre de 1973. Asimismo, su narrativa personal funcionó para instalar una política de memoria de los desaparecidos, los muertos y los perseguidos políticos, pero no para abrir o legitimar un pedido de justicia contra los culpables de tales delitos. Para comprender este posicionamiento es importante recordar que, durante la gestión de Ricardo Lagos (2000-2006), Bachelet ocupó el Ministerio de Defensa, donde ejecutó diferentes políticas públicas para reconciliar a las fuerzas armadas con

la sociedad chilena. Por el otro lado, donde sí tuvo una vocación proactiva y permanente fue con la igualdad de género, donde instaló una serie de políticas públicas vinculada al empoderamiento de la mujer. A esta agenda le añadió un relato personal, donde a través de situaciones adversas que le tocó vivir, marcadas por la perspectiva machista del sistema político chileno, cristalizó los distintos obstáculos que tienen que sortear las mujeres para llegar a instancias de poder.

En el caso de José Mujica (2010-2015) se advirtió una trama asociada al cambio cultural. Uruguay, según el dirigente del Movimiento de Participación Popular (MPP), y de acuerdo con su historia de país avanzado en cuestión de derechos individuales y colectivos en la región, debía ser un ejemplo de vanguardia en el siglo XXI. Para desarrollar esa línea argumental, propuso tres reformas concretas –la despenalización del aborto, la despenalización del consumo de cannabis y la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo– y una fuerte narrativa de concientización sobre el medioambiente y la búsqueda de la felicidad humana. Mediante estas medidas, Mujica aspiró a colocar a Uruguay entre los países más desarrollados y progresistas en Latinoamérica.

Esta transformación cultural, para Mujica, conlleva tiempo. Por eso, el marco temporal que estructuró el líder frenteamplista fue el tándem presente-futuro. Para que la sociedad uruguaya adopte como sentido común la tolerancia hacia la diversidad sexual, el consumo de cannabis y los derechos sobre la salud sexual y reproductiva de la mujer se necesitan años, políticas de largo plazo. Más allá de que la legalidad lo determine, el cambio sociológico implica un proceso lento y discontinuo, donde puede haber reflujos y resistencias.

Para materializar la trama planteó un conflicto regulado el consumismo. Mujica desarrolló un guion binario entre la sociedad actual y la cultura del descarte. El desafío era reemplazar el “tener” por el “ser”. La lógica acumulativa y expansionista de la economía tenía que ser sustituida por una lógica centrada en el bienestar humano y el cuidado del entorno natural. De hecho, el repertorio simbólico que presentó tiene sus coordenadas en este enfoque humanista. La mayoría de sus entrevistas las brindó en su chacra de Rincón del Cerro, en un hogar humilde, rodeado de plantas, cultivos y animales. Esta estética le otorgó legitimidad y credibilidad a su trama y guion dicotómico. Por otro lado, a diferencia de sus antecesores –Tabaré Vázquez, Julio María Sanguinetti, Luis Alberto Lacalle, Jorge Batlle–, Mujica aplica una simbología supeditada a la esfera privada, no pública. Si los presidentes que gobernaron el país desde el

regreso a la democracia respetaron las reglas protocolares de la investidura, el ex tupamaro rompió esa tradición y, con una lógica cercana, personalizada y horizontal, instaló una forma de comunicar disruptiva, donde los atributos personales relegaban a un segundo plano a los atributos institucionales.

Respaldó esta disputa contra el materialismo con un ethos presidencial asociado a la austeridad, el contacto con la naturaleza y los pequeños placeres que ofrece la vida. Figuras como Séneca o Epicuro forman parte de este tipo de alocuciones donde Mujica se posiciona como un “filósofo gobernante” e invita a revisar nuestro modelo de consumo y a reemplazarlo por un estilo de vida más tranquilo y sobrio. Como factor complementario, estuvo su historia personal como dirigente del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros. La autocrítica sobre el accionar guerrillero se entrelaza con el apego actual a las reglas de la democracia representativa liberal y sus mecanismos para resolver los distintos disensos que se presentan. Aquella utopía socialista que lo llevó a empuñar las armas es desplazada por un pragmatismo en el que el diálogo es la principal herramienta para transformar la realidad.

RELATOS SOCIALDEMÓCRATAS

CASO DE ESTUDIO ► VARIABLE ▼	JOSÉ MUJICA	MICHELLE BACHELET
TRAMA	Cambio cultural	Inclusión
GUIÓN DICOTÓMICO	Sociedad vs Consumismo	Chile vs Desigualdad
TIEMPO VERBAL	Presente / Horizonte de expectativas	Presente / Horizonte de expectativas
ETHOS PRESIDENCIAL	Reconciliación / Austeridad	Reivindicativo / Mujer-Gestión
REPERTORIO SIMBÓLICO	Personalizado	Institucional

Poniendo frente a frente a los dos casos estudiados, podemos deducir que ambas tramas –cambio cultural e inclusión– son líneas conceptuales amplias y profundas que van a efectuarse en el largo plazo. Tanto en el vector temático de Mujica como en el de Bachelet se plantearon reformas de calado. En el caso de la dirigente chilena, la línea argumental se presentó en la hora cero de su mandato, a través de las reformas constitucional, impositiva y educativa. El

caso del presidente uruguayo fue distinto, ya que, si bien se exhibió en un comienzo el propósito de modernizar al país con un nuevo marco de valores sociales (tolerancia y diversidad sexual, cuidado del medioambiente, lucha contra el consumismo), se fue construyendo con el correr de la gestión, a medida que la agenda cultural se iba materializando en propuestas legislativas concretas. El punto en común entre ambos mandatarios socialdemócratas es la instalación de un nuevo marco de convivencia, mediante dos *plots* que se retroalimentan: inclusión y cambio cultural. La educación y el conocimiento, en esta línea, son indispensables para alcanzar los dos horizontes de expectativa moldeados. De acuerdo con estos objetivos, la combinación temporal que se priorizó fue presente-futuro. El impacto real de las políticas públicas esbozadas –despenalización del cannabis o reforma educativa– van a impactar en las generaciones venideras. Los beneficios sociales son más mediatos que inmediatos. Son transformaciones graduales, que, además, necesitan un consenso transversal para ser sostenibles en el tiempo. Sin una continuidad en las próximas gestiones, cualquiera de estas reformas no logrará los resultados esperados.

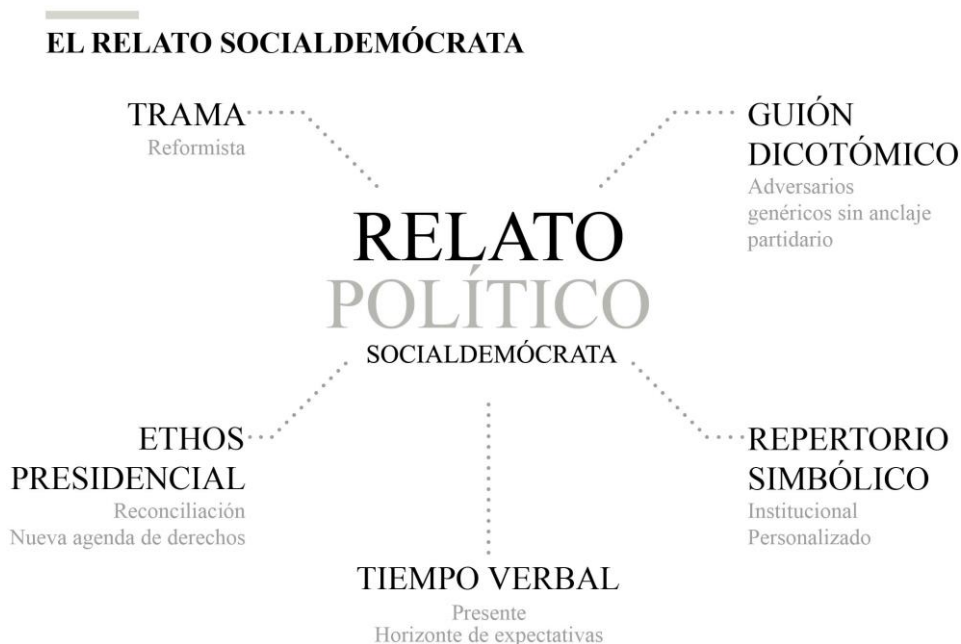
A su vez, otra coincidencia es la construcción de un adversario genérico: el consumismo y la desigualdad. Los dos presidentes cimentaron desafíos abstractos sin correlación con partidos políticos o liderazgos locales o fuerzas extranjeras. En paralelo, forjaron identidades inclusivas, difusas y elásticas para combatir a esos rivales. Bachelet recuperó a la nación para derrotar a la desigualdad. El compromiso de construir un tejido social más equitativo era de toda la ciudadanía. En el mismo sentido, Mujica convocó a la sociedad actual –tanto la uruguayo como la global– para librar “la batalla” contra el egoísmo, el individualismo y el consumismo. De esta manera, se aseguraban un prodestinatario amplio. Esta imprecisión enunciativa le daba un mayor alcance en la construcción del nosotros, aunque, al carecer de fronteras ideológicas precisas, también le quitaba intensidad y sentido de pertenencia a la narrativa gubernamental.

Justamente, la configuración del ethos presidencial responde a dicha lógica consensual. Mujica y Bachelet fueron víctimas de los últimos procesos militares en sus respectivos países. Estuvieron presos, fueron torturados y sufrieron la pérdida de familiares o personas cercanas. Sin embargo, en ninguno de los casos se detecta una narrativa reivindicativa o vengativa de esas experiencias traumáticas. Más bien, se puede vislumbrar un tono pedagógico y de reconciliación. Ese sufrimiento sirvió para aprender de los errores cometidos y revalorizar distintos aspectos de la democracia representativa liberal como el diálogo, los procedimientos institucionales, el reformismo y el pluralismo. Además, en línea con su biografía y las tramas

propuestas, propusieron dos problemáticas de la nueva agenda de derechos, dos cambios culturales en la sociedad: el empoderamiento de la mujer y el cuidado del medioambiente.

La distancia entre ambos relatos políticos se localiza en el repertorio simbólico. Bachelet ofreció una estética institucional mientras que Mujica escogió una estrategia visual vinculada a su esfera privada. En el caso chileno existe una línea de continuidad. Al igual que sus predecesores, la presidenta socialista respetó el protocolo del poder Ejecutivo, empleó elementos simbólicos inclusivos y desideologizó sus apariciones. En cambio, el dirigente del MPP fue una dislocación en la imagen protocolar que presentaron históricamente los presidentes uruguayos en el poder. Los escenarios que escogió para circular su mensaje, en la mayoría de las ocasiones, fueron de índole personal. Aun así, es importante aclarar que en este marco espacial no se hizo culto a la figura del líder ni se desplegaron procesos de ideologización o partidización, sino que se intentó dotar de legitimidad y credibilidad a la trama del cambio cultural y al guion dicotómico que creó entre la sociedad y el consumismo. Su modo de vida austero servía como referencia del cambio cultural que aspiraba a lograr en la ciudadanía.

Respondiendo a la pregunta principal de esta tesis podemos deducir que, con ciertos matices, existe un relato político socialdemócrata en el siglo XXI. El mismo se caracteriza por una trama vinculada –directa o indirectamente– que hace hincapié en una transformación a largo plazo de la sociedad, un guion dicotómico que se desarrolla contra adversarios genéricos, sin ningún anclaje partidario, un tiempo verbal que se despliega entre el presente y el futuro, un repertorio



simbólico desideologizado y un ethos presidencial que busca la reconciliación y la jerarquización de valores posmateriales tales como la igualdad de género y el medioambiente.

Contestando otra de las preguntas directrices de esta tesis, existe una diferencia entre los relatos políticos de la rama populista y la vertiente socialdemócrata de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Para empezar, las líneas argumentales que vertebran los líderes populistas son de corte materialistas, revolucionarias y reactivas, en vez de culturales, graduales y proactivas. Cuando nos referimos a narrativas reactivas queremos decir que recuperan clivajes históricos con fuerzas que no habitan en el sistema de partidos –el poder mediático, la oligarquía, el imperialismo–, pero tienen anclaje dentro de él. Por ejemplo: en el caso de Hugo Chávez, Henrique Capriles era el candidato de la embajada norteamericana, o Álvaro Noboa, en Ecuador, que era el representante del poder financiero. El objetivo es terminar con ese poder “oscuro” que está sometiendo y corrompiendo a la patria hace décadas. Por ende, el antagonismo es total. Se trata de vencer simbólicamente y físicamente por completo al otro. No hay un paraguas institucional ni un marco normativo en común. La disputa se da entre enemigos, no adversarios. Asimismo, sobresale una diferencia clave entre estas dos izquierdas, que es el tipo de sujeto que se intenta construir. Mientras la vía populista intenta moldear la categoría radical de pueblo, que tiene un oponente nítido, el “antipueblo”, y se dinamiza mediante el conflicto, la rama socialdemócrata apunta a fomentar el concepto de ciudadanía, que es amplio y no distingue un contradestinatario explícito. Son dos lógicas distintas en la conformación de una identidad: exclusiva (populista) e inclusiva (socialdemocracia).

Por su parte, el repertorio simbólico del relato populista tiene como meta principal dotar al líder de condiciones sobrehumanas y erigirlo como un mesías redentor que viene a rescatar a su pueblo. Con ciertos tintes religiosos, la estética apunta a generar un vínculo afectivo entre el seguidor (“creyente”) y el caudillo (“el elegido”). La comunicación se desarrolla en el nivel personal, no institucional, como observamos en el caso de Michelle Bachelet, que, al igual que sus predecesores, se apega a las reglas protocolares del poder Ejecutivo chileno. En el caso de la iconografía populista, la estrategia visual es convertir al presidente en un soporte estético que compendie el proyecto político. Todo el movimiento se puede abreviar en un solo personaje, que, como asevera Laclau (2005), se convierte en el significante del proceso de emancipación. Esta es, justamente, una desemejanza con Mujica que, si bien cuenta con un repertorio simbólico personalizado, no busca condensar su dispositivo partidario, el Frente Amplio, en su figura, sino que intenta a través de su estilo de vida otorgarle volumen a la trama

y al guion dicotómico que cuenta. Los repertorios simbólicos de Hugo Chávez y Evo Morales, en cambio, operan como medios prácticos (cumplir la trama de redención o diversidad), pero también como fines identitarios (homogeneizar). Los movimientos se articulan emocionalmente alrededor de sus figuras. Sus rostros, vestuarios y gestualidades funcionan como “adhesivos” de las diferentes voluntades que integran el dispositivo oficialista. Los seguidores cuentan con dos lazos afectivos: el proyecto y el líder. Esta estética conecta, pero también sirve de “frontera” con los “enemigos del pueblo”. Unir y dividir: son dos competencias distintas que tienen los signos personalizados. En torno a ellos se organiza la disputa política, social y cultural de un país.

Los recursos ideológicos (el color rojo, el puño en alto, la hoz y el martillo, etc.) en el relato político populista operan como refuerzo de la figura del mandatario y tienen una función temporal: conectar al presente con experiencias políticas pasadas inconclusas. De este modo, al revés que el relato socialdemócrata, se teje un hilo temporal entre el pretérito y el presente. El pasado es una zona de experiencia, donde el líder acude para recuperar herramientas y culminar la revolución que interrumpieron la oligarquía, los intereses foráneos o el poder mediático, aquellos enemigos que vuelven hoy con distintos ropajes. Precisamente, dicho pasado también sirve para trazar una analogía entre el líder actual y los próceres fundadores de la nación. Así se confecciona el *ethos* presidencial, con un paralelismo constante entre aquellos que crearon el país y el presidente actual. Este proceso metonímico aspira a apartar al presidente populista de la disputa entre actores del presente, que deben compartir determinados límites y reglas institucionales, y le suministra un estatus de sujeto trascendente, inmortal y excepcional. Dicho con otras palabras: deja de ser un actor coyuntural para transformarse en un actor histórico. Sus palabras, gestos, decisiones son sagradas y quedarán en la memoria de la nación.

En otra dirección, el *ethos* presidencial de los líderes socialdemócratas se concentra en el pasado personal con un sentido pedagógico, no reivindicativo, para aprender de los errores cometidos y no “tropezar” nuevamente con ellos en la gestión actual. En vez de establecer analogías, explican las enseñanzas que lograron de aquellos años y se presentan como una oportunidad de encuentro entre actores que se enfrentaron en décadas anteriores (Mujica oponiéndose a la caducidad de las leyes de amnistía o Bachelet intentando restablecer el vínculo entre las fuerzas armadas y la sociedad). A su vez, los dignatarios socialdemócratas a través de la rememoración de sus biografías y estilos de vida hacen hincapié en dos temáticas

relacionadas a la nueva agenda de derechos, medioambiente e igualdad de género, dos problemáticas que se no se perciben en los relatos personales de los líderes populistas de la Nueva Izquierda Latinoamericana.

Más allá de estas diferencias comunicacionales, como se trató en el estado de la cuestión y en trabajos anteriores, se puede vislumbrar que, en oposición a la meta conservacionista de las fuerzas que se ubican en la derecha del espectro ideológico, el objetivo transformador habita en las dos familias de la Nueva Izquierda Latinoamericana. La vía socialdemócrata hace hincapié en la cuestión cultural y la opción populista en la cuestión material. Al igual que en el Mayo Francés, donde confluyeron las agendas economicistas –ampliación de derechos colectivos, aumento de sueldos, más días de descanso, mejores condiciones laborales–, etc. del obrerismo y de los Partidos Comunista y Partido Socialista con las demandas individuales y posmateriales –métodos anticonceptivos, pacifismo, despenalización de drogas, igualdad de género– de los jóvenes estudiantes franceses, se podría decir que en América latina confluyen los mismos intereses a través de estas dos interpretaciones de la izquierda en la región, la socialdemócrata (institucional) y la populista (disruptiva). Son dos vertientes distintas de la izquierda, una que se concentra en los valores posmateriales y otra en las necesidades materiales.

RELATOS POLÍTICOS: NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

SUBFAMILIA ► VARIABLE ▼	SOCIALDEMOCRACIA	POPULISMO
TRAMA	Reformista	Disruptiva
GUIÓN DICOTÓMICO	Adversarios genéricos sin anclaje partidario	Adversarios genéricos sin anclaje partidario
TIEMPO VERBAL	Presente / Horizonte de expectativas	Presente / Espacio de experiencia
ETHOS PRESIDENCIAL	Reconciliación Nueva agenda de derechos	Reivindicativo / Materialismo
REPERTORIO SIMBÓLICO	Institucional / Personalizado	Mesiánico

Respecto a trabajos futuros se abren numerosas líneas de investigación. Un primer aspecto para tratar sería la metodología. En esta tesis se utilizó una técnica estrictamente cualitativa para abordar los relatos de Michelle Bachelet (2014-2018) y José Mujica: el análisis de discurso. En un siguiente proyecto se podría añadir otra herramienta cuantitativa: el análisis de contenido. De este modo, se lograría una radiografía textual más completa de los fenómenos ya que si con el análisis del discurso exploramos el significado latente de los enunciados, con el análisis de contenido precisaríamos las palabras e ideas manifiestas. Son dos procedimientos complementarios: uno ahonda en sus combinaciones, contextos e intenciones políticas, el otro ilumina la selección del vocabulario y los temas.

Un segundo enfoque, más de índole sustantivo, consistiría en validar los hallazgos de esta tesis mediante un análisis comparado entre otros casos de liderazgo de la socialdemocracia de la Nueva Izquierda Latinoamericana en el siglo XXI, como por ejemplo los mandatarios Ricardo Lagos (2000-2006) en Chile y Tabaré Vázquez (2005-2010 y 2015-2020) en Uruguay. Al tratarse de los mismos países, habría un control de ciertas variables contextuales –culturales, históricas, políticas y sociales– y se podrían comparar fehacientemente las narrativas. Más allá de los matices que se puedan encontrar, sería oportuno indagar si hay una continuidad o se registran modificaciones en las distintas variables del relato político: trama, guion dicotómico, tiempo verbal, repertorio simbólico y ethos presidencial. Como extensión de este estudio, también se podrían examinar las similitudes y desemejanzas entre el relato socialdemócrata latinoamericano y su versión europea. Desmenuzar las narrativas del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o Partido Socialista de Portugal (PS), por ejemplo, y ponerlas frente a sus homólogas del sur. En línea con esto, se podrían comparar las narrativas de reconciliación de los líderes socialdemócratas de América Latina en el siglo XXI con las narrativas de reconciliación de experiencias transicionales, como el mandatario español Adolfo Suárez o el portugués Adelino de Palma Carlos.

Una tercera propuesta es comparar de manera sistemática e integral un caso del relato político populista con un caso socialdemócrata. En esta tesis, dicha confrontación analítica se realizó someramente teniendo en cuenta el estado de la cuestión. Sería oportuno, respetando las cinco variables con las que se desagregó el relato político aquí, desglosar en profundidad las narrativas de ambos subtipos de la Nueva Izquierda Latinoamericana. Como así también resultaría atractivo sumar otros casos ideológicos de la región ideológica, como el liberalismo o el conservadurismo latinoamericano. De esta forma, se podrán detectar los puntos de

contactos entre cada imaginario y sus respectivas distancias, y, además, se podrá establecer un continuum ideológico con dos ejes, el económico y el cultural.

Por otro lado, sería interesante ahondar en la construcción social del relato político. Es decir, cambiar el objeto de estudio y centrarse en la ciudadanía: pasar de la producción a la recepción del discurso. En un contexto marcado por el ascenso del prosumidor (productor y consumidor de mensajes), que se profundizó durante la pandemia del Covid-19, donde por cuestiones de salud la virtualidad se intensificó en los planos laboral, ocioso y educativo de las personas, es necesario cambiar la lente metodológica y observar al destinatario del discurso. En otras palabras, de qué manera interviene el ciudadano en la ciberdemocracia: en qué plataformas sociales (Facebook, Twitter, Instagram, Tik-Tok, Whatsapp, etc.) lo hace, si se expresa a través de la gramática digital (memes, *GIFs*, *stickers*) o la gramática tradicional, si replica sin cuestionamientos o con un tono crítico, la frecuencia de sus intervenciones, la variación según la edad, por mencionar algunos disparadores. Asimismo, detectar también en qué medida la gestión pública permea dichos contenidos y los añade a su relato político, produciendo un ciclo virtuoso entre la comunicación descendente (del Estado a la ciudadanía) y la comunicación ascendente (de la ciudadanía al Estado).

Por último, sería sugestivo vislumbrar qué posibilidades tiene un relato socialdemócrata como los estudiados aquí de implantarse en realidades sociales distintas, más desiguales e injustas de América Latina. Examinar los condicionantes económicos, institucionales, culturales y sociales que existen en aquellos países donde fuerzas reformistas con narrativa afines a las de José Mujica y Michelle Bachelet no han podido llegar al Gobierno Nacional o, en caso de haberlo logrado, su experiencia fue breve o traumática. Entre las alternativas que no llegaron a ser gestión nacional, se podría alumbrar la del Partido Socialista de Argentina, que es la segunda fuerza más antigua del país y, sin embargo, su máximo logro en más de cien años de existencia fue administrar la provincia de Santa Fe durante tres mandatos consecutivos. Entre las opciones fallidas, está el ejemplo de Raúl Alfonsín en Argentina que, a pesar de integrar un partido centenario y de centro como la Unión Cívica Radical, vertebró un discurso socialdemócrata (incluso incorporó a su espacio a la Internacional Socialista) y tuvo que entregar el mando antes de tiempo. En la misma dirección, se podrían investigar los casos de Rodrigo Borja, con Izquierda Democrática en Ecuador cuando llegó al Palacio de Carondelet en 1988 y tuvo que abandonarlo en medio de una crisis económica dos años después, y Carlos Andrés Pérez, con Acción Democrática en Venezuela que arribó al Palacio de Miraflores en

1989 y, después de un intento de golpe de Estado en 1992 y un cúmulo de denuncias de corrupción, fue destituido antes de finalizar su mandato. Son cuatro posibles casos de estudio para inspeccionar por qué estos relatos políticos no se tornan hegemónicos, dejan de “funcionar” o pierden legitimidad tan pronto.

10. Bibliografía

Abbott, A. (2001): *Time matters: on theory and method*, Chicago, University of Chicago Press.

Aboy Carlés, G. (2005): Populismo y Democracia en la Argentina Contemporánea. Entre el Hegemonismo y la Refundación, *Estudios Sociales*, 28(1), 125-149.

Aboy Carlés, G. (2006): “La Especificidad Regeneracionista del Populismo”, ponencia presentada en el 8º Congreso Chileno de Ciencia Política, Santiago de Chile, noviembre 13-17.

Álvarez Gayou, J. (2003): *Cómo hacer una investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*, México D. F., Paidós Educador.

Álvarez, M. (25/2/2016): “Cómo Venezuela pasó de la bonanza petrolera a la emergencia económica”, *BBC*, Disponible en https://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160219_venezuela_bonanza_petroleo_crisis_economica_ab

Álvarez Junco, J. (1987): “Magia y ética en la retórica política”, J. Álvarez Junco, comp., *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 219-270

Amado, A. (2016): *Política pop. De líderes populistas a telepresidentes*, Buenos Aires, Ariel.

Amado, A. Amadeo, B. y Tarullo, R. (2018): “Argentina: relaciones públicas y presidenciales”, O. Rincón, y M. Ponce, *Medios de lucha. Comunicación de gobierno en América Latina*, B de books, pp.14-27.

Arditi, B. (2009): “El populismo como periferia interna de la política democrática”, F. Panizza, *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp.97-132.

Arditi, B. (2010): *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*, México D. F., Editorial Gedisa.

Arenas, N. (2005): “El gobierno de Hugo Chávez: populismo de otrora y ahora”. *Revista Nueva Sociedad* (200), pp. 38-50.

Arfuch, L. (1987): “Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983”, E. Verón, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachee, pp. 27-51.

Ávila, C. (2016): “La patria, Eloy Alfaro y la revolución ciudadana”, O. Rincón y M. Riorda, *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 263-281.

Barros, S. (2001): “Derrumbe, crisis y nueva articulación: la Argentina de la transición”, *Política y gestión*, 2, pp.53-74.

Barros, S. (2002): *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Acción.

Barros, S. (2009): “Las continuidades discursivas de la ruptura menemista”, F. Panizza, *El populismo como espejo de la democracia*, pp.351-382.

Barthes, R. (1966): “Introducción al análisis estructural de los relatos”, R. Barthes et al., *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, pp.9-43.

Barzelay, M. y Cortázar, J. (2004): *Una guía práctica para la elaboración de estudios de caso sobre buenas prácticas en gerencia social*, Washington, D.C.:Social Development Institute, Inter-American Development Bank.

Bauman, Z. (2001): *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Bennet, L. (2012): The Personalization of Politics: Political Identity, Social Media, and Changing Patterns of Participation, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* Vol. 644 (1), pp. 20-39.

Bernstein, E. (1991): *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Boltanski, L. Y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Ediciones Akal.

Borrat, H. (2000): “El primado del relato”, *Revista Análisis* (25), pp. 41-60. Boyd, D. (2008): “Can social network sites enable political action?”, A.Fine, M. Sifry, A. Rasiej, and J. Levy (Eds.), *Rebooting America*, Mountain View, Creative Commons, p. 112-116.

Breton, P. (2014): *La argumentación en la comunicación*, Editorial UOC, Barcelona.

Brooks, A. (2019): *Love your enemies*, New York, Broadside Books.

Bruner, J. (1986): *Actual minds, possible words*, Boston, Harvard University Press.

Bunge, M. y Gabetta, C. (2013): *¿Tiene porvenir el socialismo?* Eudeba, Buenos Aires.

Burke, K. (1969): *A rhetoric of motives*, Berkeley, University of California Press.

Calvo, E. (2015): *Anatomía política de Twitter en Argentina. Tuiteando#Nisman*, Buenos Aires, Capital intelectual.

Calvo Salazar, C. (2009): “La Nueva Izquierda Latinoamericana”, *Revista Reflexiones* (88), pp. 55-65.

Canaleta, P. (2010): *Explica't amb una historia*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya.

Caïs, Jordi (1997): *Metodología de Análisis Comparativo*, Madrid, Editorial Centro de Investigaciones Metodológicas.

Campbell, J. (1959): *El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica.

Campbell, J. (1991): *El poder del mito. Entrevista con Bill Moyers*, Madrid, Capitán Swing.

Canet, F. y Prósper, J. (2009): *Narrativa audiovisual. Estrategia y recursos*, Madrid: Síntesis.

Castells, M. (2011): *Poder y comunicación*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Canelón, A. (2016): “Patria, socialismo y... ¿muerte? El mito revolucionario del chavismo”, O. Rincón, M. Riorda, *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 263-281.

Canovan, M. (1999): “Trust the people! Populism and the two faces of the democracy”, *Political studies*, Vol. 18, pp. 2-16.

Cañizales, A. (2010): *Medios, Gobernabilidad Democrática y Políticas Públicas. La Presidencia Mediática: Hugo Chávez (1999-2009)*, Tesis doctoral, Universidad Simón Bolívar.

Cañizales, A. y Bisbal, M. (2018): “Venezuela: Nicolás Maduro o el autoritarismo comunicacional”, O. Rincón y M. Ponce, *Medios de lucha: comunicación de gobierno en América Latina*, Montevideo, Editorial Sudamericana, pp. 214-244.

Casullo, M. (2013): “El populismo: un objeto de estudio en los márgenes”, *Revista Postdata* (19), pp. 277-313.

Casullo, M. (2019): *¿Por qué funciona el populismo?*, Buenos Aires, SigloXXI Editores.

Castañeda, J. (2006): “Latin America’s Left Turn”, *Foreign Affairs*, 85 (3), pp. 28-43.

Castañeda, J. (2010): *Lo que queda de la izquierda*, Taurus, México D.F.

Centeno, P. (2013): “Mujica saca las uñas”, *Política y moda*, Disponible en: <https://www.politicaymoda.com/2013/12/26/mujica-saca-las-unas/>

Cerbino, M., Ramos, I. y Orlando, R. (2013): “Ecuador: propaganda política y despolitización mediática en Ecuador: el gobierno y los medios privados de espaldas a la ciudadanía”, O. Rincón, M. Ponce, *Caudillismo, e-política y teledemocracia: comunicación de gobierno en América Latina*, Buenos Aires: Fin de siglo editorial, pp. 147-169

Chamorro-Premuzic, T. (2014): “How the web distorts reality and impairs our judgement skills”, *The Guardian*, 13 de mayo de 2014, Disponible en [https:// bit.ly/3j4bcbG](https://bit.ly/3j4bcbG)

Charandeau, P. y Maingueneau, D. (2002): *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chávez, D., Rodríguez Garavitto, C. y Barret, P. (2005): *La nueva izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Norma.

Cleary, M. (2006): “A Left Turn in Latin America? Explaining the Left’s Resurgence”, *Journal of Democracy* Vol. 17 (4), pp. 35-49.

Coller, X. (2005): *Estudios de caso. Cuadernos metodológicos*, Madrid, Centro de investigaciones sociológicas.

Collins, Randal (2004): *Interaction Ritual Theories*, Princeton, Princeton University Press.

Coraggio, J. (2014): *Reinventar la izquierda en el siglo XXI. Hacia un diálogo Norte-Sur*, Buenos Aires, Editorial Universidad General Sarmiento.

Dader, J. (2017): “Escenificación de la política”, *Diccionario enciclopédico de comunicación política*, disponible en: [https://www.alice-comunicacionpolitica.com/wikialice/index.php/Escenificaci%C3%B3n_de_la_pol%C3%ADtica_\(Political_Hype\)](https://www.alice-comunicacionpolitica.com/wikialice/index.php/Escenificaci%C3%B3n_de_la_pol%C3%ADtica_(Political_Hype))

Dahl, R. (1971): *Poliarquía. Participación y oposición*, Madrid, Tecnos.

Dahlgren, P. (2005): “The Internet, public spheres, and political communication: Dispersion and deliberation”, *Political Communication* Vol. 22(2), pp.147-162.

D’Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2013): “Storytelling y comunicación política: el valor de un relato bien contado”, I. Crespo y J. Del Rey (eds.), *Comunicación política y campañas electorales en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 55-68.

D’Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2016a): “Campaña negativa. Análisis de los spots televisivos de siete elecciones presidenciales argentinas (1983-2011)”, J. del Rey Morató, A. Campillo (eds.), *Campañas electorales en América Latina, España y Portugal*, Madrid, Editorial Fragua, pp. 35-45.

D’Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2016b): “Comunicación política: narración de historias, construcción de relatos políticos y persuasión”, *Comunicación y Hombre* (12), pp. 33-36.

D’Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2016c): “Doce ingredientes para la construcción de un regato de gobierno”, E. Richard y A. González (eds.), *Manual de comunicación de gobierno*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, pp. 195-210

De la Torre, C. (2008): “Populismo, ciudadanía y estado de derecho”, C. de la Torre y E. Peruzzoti (eds.), *El retorno del pueblo, populismo y nuevas democracias en América Latina*, Quito, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 23-55.

De la Torre, C. (2013): “El tecnopopulismo de Rafael Correa: ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia?”, *Latin American Research Review*, 48(1), pp. 24-43.

Del Rey Morató, J. (2007): *Comunicación política, internet y campañas electorales*, Madrid, Tecnos.

Denning, S. (2008): “Storytelling in civic Political and Civic Leadership”, *Encyclopedia of Political and Civic Leadership*, Disponible en StorytellingForPolitical&CivicLeadersNov25-08.pdf political leadership».Encyclopedia of <http://www.stevedenning.com/Documents/>

Di Natale, M. y Gallo, A. (2010): *Luz, cámara, gobiernen. Nuevos paradigmas de la comunicación presidencial en América Latina*, Buenos Aires, Fundación Konrad Adenauer.

Durán Barba, J. (2006): *Mujer, sexualidad, internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.

Eco, H. (1981): *The role of leaders*, London, Hutchinson.

Edelman, M. (1991): *La construcción del espectáculo político*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Esping- Andersen, G. (2002): *Why we need a new welfare state*, Oxford, Oxford Scholarship Online.

Flores Macías, G. (2008): “The Political Economy of the Left in Latin America: Explaining Governments’ Reactions to Neoliberal Reforms”, Programa de Doctorado, disertación (borrador), Georgetown University.

Fraschini, M. (2013): “Los liderazgos presidenciales de Hugo Chávez y Álvaro Uribe. ¿Dos caras de un mismo modelo de ejercicio del poder?”, Tesis doctoral en Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

Friedman, T. (5/7(2006): “The interruption age”, *The New York Times*, Disponible en <https://nyti.ms/31lrxD1>

Fukuyama, F. (1992): *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta.

Garretón, M. (2012): *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile 1990-2010*, Santiago de Chile, Editorial Arcis.

Genette, G. (1966): “Fronteras del relato”, *Análisis Estructural del relato*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, pp. 133-150

Giaimo, M. (2008): “La estética médica en la política de izquierda”, O. Rincón, ed., *Los telepresidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia*, Bogotá, Fundación Friedrich Ebert, pp. 47-54.

Giansante, G. (2009): Erase una vez Silvio. La campaña electoral 2008 de Berlusconi entre storytelling y framing.

Giddens, A. (1998): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Buenos Aires, Taurus.

Gil Calvo, E. (2016): “El nuevo triángulo retórico: relato, encuadre y acontecimiento”, C. Colino et al., *Ciencia Política, una aventura vital. Libro homenaje a Ramón Cotarela*, Valencia, Tirant Lo Blanch, pp. 646-668.

Gil Calvo, E. (2018): *Comunicación política: caja de herramientas*, Madrid, Catarata.

Goffman, E. (1974): *Frame analysis: An essay on the organization of experience*, Cambridge, Harvard University Press.

Gómez, E. (2009): “Populismos latinoamericanos y comunicación. Una nueva mirada a las interacciones de la política popular desde el caso chileno”, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.

Goldhaber, M. (1997): “The attention economy and the net”, *First Monday*, 2 (4).

Gottschall, J. (2012): *The storytelling animal. How stories make us human*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt.

Gramsci, A. (2004): *Antología. Selección y traducción de Manuel Sacristán*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.

Greimas, A. (1966): “Elementos para una teoría de la interpretación del relato mítico”, R. Barthes (comp.), *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Editorial Tiempo

Contemporáneo, pp. 45-86

Gurri, M., Denny, C. y Harms, A. (2010): “Our visual persuasion Gap”, *The US Army War College Quarterly: Parameters*, 40(1).

Gutiérrez Rubí, A. (2009): “Micropolítica. Ideas para cambiar la comunicación política”, Disponible en: <https://bit.ly/2Xkxe0Q>.

Gutiérrez Rubí, A. (2019): *Gestionar las emociones políticas*, Madrid, Gedisa.

Habermas, J. y Bluck, S. (2000): “Getting a Life: The Emergence of the Life Story in Adolescence”, *Psychological Bulletin*, 126 (5), pp. 748–769

Haidt, J. (2019): *La mente de los justos*, Barcelona, Deusto.

Hall, E. (1972): *La dimensión oculta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Hallin, D. (1992): “Sound bite news: television coverage of elections, 1968-1988”, *Journal of communication*, 42 (2), pp. 5-24.

Hand, M. (2012): *Ubiquitous photography*, Cambridge, Polity Press.

Heath, C. y Heath, D. (2007): *Made to stick why some ideas survive and others die*, New York, Random House.

Hojman, D. E. y Pérez, G. (2005): “Cultura nacional y cultura organizacional en tiempos de cambio: la experiencia chilena”, *Revista Latinoamericana de Administración*, 35, pp.87-105.

Insunza, A. y Ortega, J. (2013): *Bachelet, la historia no oficial*, Chile, Catalonia.

Jackson, M. (2002): *The politics of storytelling: Violence, Transgression and Intersubjectivity*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press.

Jenkins, H. (2009): “*The revenge of the origami unicorn: Seven principles of transmedia storytelling*”, Confessions of an AcaFan: The official blog of Henry Jenkins. Disponible en : henryjenkins.org/2009/12/the_revenge_of_the_origami_uni.html y http://henryjenkins.org/2009/12/revenge_of_the_origami_unicorn.html

Joo, J., Li, W., Steen, F. F., & Zhu, S. (2014): “Visual persuasion: Inferring communicative intents of images. Proceedings of the IEEE”, *Conference on Computer Vision and Pattern Recognition*, pp. 216–223.

Kahneman, D. (2011): *Life as a Story. Thinking, fast and slow*, New York, Digital Farrar, Straus and Giroux.

Kent, M. (2015): “The power of storytelling in public relations: Introducing the 20 master plots”, *Public Relations Review*, 41, pp. 480-489.

Kitzberger, P. (2010): “The Media Activism of Latin America’s Left Governments: Does Ideology Matter?”, *GIGA Research: Institute of Latin American Studies*, 151, pp. 2-36.

Knight, Alan (1998): “Populism and Neopopulism in Latin America, especially Mexico”, *Journal of Latin American Studies*, 30, pp. 223-48.

Koselleck, R. (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Buenos Aires, Ediciones Paidós.

Laclau, E. (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2006): “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Revista Nueva Sociedad*, 205, pp. 56-61.

Lacoste, P. (2012): “La construcción de la imagen de sí mismo y los imaginarios sociales en los discursos de campaña de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet: Un acercamiento desde el análisis del discurso”, *Revista de investigaciones políticas y sociológicas*, 11 (2), pp.81-100.

- Lakoff, G. (2008): *Puntos de reflexión. Manual del progresista*, Península, Madrid.
- Lakoff, G. (2007): *No pienses en un elefante*, Editorial Complutense, Madrid.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Lalancette, M. y Raynauld, V. (2019): “The Power of Political Image: Justin Trudeau, Instagram, and Celebrity Politics”, *American Behavioral Scientist*, 63(7), pp. 888-924.
- Lanham, R. (2007): *The economics of attention*, Chicago, The University of Chicago press.
- Lanzaro, J. (2006): “La “tercera ola” de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia”, *Aportes para una agenda de investigación*, Buenos Aires, CLACSO.
- Lanzaro, J. (2007a): “Gobiernos de izquierda en América Latina: entre el populismo y la social democracia”, J. Lanzaro y E. Hillebrand, *La izquierda en América Latina y Europa: nuevos procesos, nuevos dilemas*, Montevideo, Fundación Friedrich Ebert Stiftung, pp. 13-32
- Lanzaro, J. (2007b): “Gobiernos socialdemócratas en América Latina”, *Revista Nexos*, 1 de junio de 2007, Disponible en: <https://www.nexos.com.mx/?p=12252>
- Lanzaro, J. (2008): “La socialdemocracia criolla”, *Revista Nueva Sociedad*, 217, pp. 40-58.
- Lanzaro, J. (2014): *Social democracias tardías. Europa Meridional y América Latina*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Laplantine, F. (1987): *Las tres voces de la imaginación colectiva*, Barcelona, Gedisa.
- Laponce, J. (1981): *Left and Right. The topography of political perceptions*, Toronto, University of Toronto Press.
- Lazo, J. (2011): “Una vuelta al populismo clásico: el caso de Hugo Chavez”, A. Ramos,

(coord.), *La revolución bolivariana. El pasado de una ilusión*, Caracas, La hoja del norte, pp. 123-144.

Levitsky, S. y K. Roberts (2011): *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

Lipset, S. y S. Rokkan (1967): *Cleavage structures, party systems and voter alignments: an introduction*, Nueva York, Free Press.

López-Hérmida Russo, A. (2016): “El espejismo de los eslóganes: mitos que se resquebrajan”, M. Riorda y O. Rincón, *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 157-173.

Lieberfeld, D. (2011): “Reconciliation-Oriented Leadership: Chilean President Michelle Bachelet, Peace and conflict”, *Journal of Peace of Psychology*, 17 (3), pp. 303-325.

Lijphart, A. (1971): “Comparative Politics and the Comparative Method”, *American Political Science Review*, 65 (3), pp. 682-693.

Lilleker, D. (2019): “The power of visual political communication: Pictorial politics through the lens of communication psychology”, A. Veneti, D. Jackson y D. Lilleker (Eds.), *Visual Political Communication*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 37-53.

Lindblom, C. (1999): *Democracia y Sistema de Mercado*, México, FCE y Colegio Nacional de Ciencia Política y Administración Pública, Universidad Autónoma de Hidalgo.

Lowy, M. (2012): *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Madrid, Biblioteca nueva.

Madison, J., Jay, J. y Hamilton, A. (2015): *El federalista*, Madrid, Ediciones Akal.

Madrid, R. (2010): “The origins of the two lefts in Latin America”, *Political Science Quarterly*, 125 (4), 587-609.

Mahoney, J. y Rueschemeyer, D. (2003): *Comparative-Historical Analysis in the Social Sciences*, Nueva York, Cambridge University Press.

Marcinkowski, F. y Greger, V. (2002): “La personalización de la comunicación política en la televisión ¿Un resultado de la ‘americanización’?”, F. Priess(ed.), *Relación entre política y medios*, Buenos Aires, Fundación Konrad Adenauer, pp. 255-278

Maxwell, J. (2012): *Qualitative Research Design: An Interactive Approach*, Los Angeles, Sage.

May, R. (1992): *La necesidad del mito. La influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós.

McAdams, D. (2006): *The redemptive self. Stories Americans live by*, New York: Oxford University Press.

Messaris, P. (2019): “The digital transformation of visual politics”, A. Veneti, D. Jackson y D. Lileker (Eds.), *Visual Political Communication*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp.17-37.

Miller, K. (2013): “El mito indígena en la comunicación gubernamental de Evo Morales: 2005-2011”, O. Rincón, y M. Ponce, *Comunicación de gobierno en América Latina*, Uruguay, Editorial Fin del siglo, pp. 39-69.

Miller, K. (2016): “Bolivia. Evo Morales y la narrativa indígena: la comunicación del proceso de cambio”, O. Rincón y M. Ponce, *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 129-144

Molina, I. (2011): *Conceptos fundamentales de ciencia política*, Madrid, Alianza editorial.

Monedero, J. (2014): “Una nueva América Latina para un nuevo socialismo”, J. Coraggio, y J. Laville (eds.), *Reinventar la izquierda en el siglo XXI. Hacia un diálogo Norte-Sur*, Buenos

Aires: Universidad General Sarmiento, pp. 221-237.

Monje, R. y Pliscoff, V. (2003): *Método comparado: un aporte a la investigación en gestión pública*, VIII Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Panamá.

Montero, S. (2015): “El joven militante y el viejo sabio. Relatos sobre el pasado reciente y ethos discursivo en Néstor Kirchner (Argentina, 2003-2007) y José Mujica (Uruguay, 2010-2015)”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 24, pp. 121-137.

Mora y Araujo, M. (2012): *El poder de la conversación*, Buenos Aires, La Crujía.

Naskar, A. (2019): *The constitution of the united peoples of earth*, New York, Routledge.

Natanson, J. (2008): *La nueva izquierda: triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*, Buenos Aires, Debate.

Natanson, J. (28/8/2010): “By pass mediático”, *Página 12*, Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-152219-2010-08-29.html>

Neuman, W. L. (2006): *Social Research Methods. Qualitative and quantitative approaches*, Boston, Allyn and Bacon.

Núñez, A. (2007): *¡Será mejor que lo cuentes!* Barcelona, Empresa Activa. Nye, J. (2011): *Las cualidades del líder*, Barcelona, Paidós.

Oakeshott, M. (1998): *La política de la fe y del escepticismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

O’ Donnell, G. (1994): “Delegative democracy?”, *Journal of Democracy*, 5(1), pp. 55-69.

O’ Sullivan, T., Hartley, J., Saunders, D., Montgomery, M. y Fiske, J. (1995): *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Olson, L. C., Finnegan, C. A., and Hope, D. S. (2008): *Visual rhetoric: a reader in communication and American Culture*, Los Angeles, Sage.

Panizza, F. (2008a): “La marea rosa”, M. Alcántara Sáez y F. García Díez, *Elecciones y política en América Latina*, México D. F., Instituto Electoral del Estado de México, pp. 19-40.

Panizza, F. (2008b): “Fisuras entre populismo y democracia en América Latina”, C. De la Torre y Peruzzotti, E., *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*, Quito, Flacso, pp.77-97.

Panizza, F. (2009): “El populismo como espejo de la democracia”, F. Panizza (ed.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 9-51.

Panke, L. (2013): “Aportes sobre la comunicación de Lula y la comunicación de gobierno”, O. Rincón, y M. Ponce, *Caudillismo, e-política y teledemocracia: comunicación de gobierno en América Latina*, Buenos Aires, Fin de siglo editorial, pp. 73-96.

Panke, L. (2017): “Por una patria rica y educadora: la comunicación oficial del gobierno Dilma y su caída”, M. Ponce y O. Rincón, *Medios de lucha. Comunicación de gobierno en América Latina*, Montevideo: Ediciones B, pp. 37-57.

Papapcharissi, Z. (2015): “Affective publics and structures of storytelling:sentiment, events and mediality”, *Information, Communication & Society*, 19(3), pp. 307-324.

Paramio, L. (2006): “Giro a la izquierda y regreso del populismo”, *Revista Nueva Sociedad*, 205, pp. 62-74.

Pedemonte, D. (2016): “Matices de un relato con pocos matices: comunicación gubernamental en los gobiernos kirchneristas”, M. Riorda y O. Rincón (eds.). *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno* Buenos Aires, Biblos, pp. 93-108.

Pedroza, F. (2012): *La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina*, Buenos Aires,

Capital intelectual.

Perloff, R. (2018): *The dynamics of political communication. Media and politics in a digital age*, New York and London, Reutledge.

Petkoff, T. (2005): “Las dos izquierdas”, *Revista Nueva Sociedad*, 197, pp. 114-128.

Peytibi, X. (2019): *Las campañas conectadas*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya.

Pléh, C., (2003): “Narrativity in text construction and self- construction”, *Neohelicon*. 30 (1), pp. 187–205.

Poletta, F. (2006): *It Was Like a Fever: Storytelling in Protest and Politics*, Chicago, University of Chicago Press.

Ponce, M. y Rincón, O. (2017a): “El desgobierno comunicativo: las acciones en caída de Piñera y Bachelet”, M. Ponce y O. Rincón, *Medios de lucha. Comunicación de gobierno en América Latina*, Montevideo: Ediciones B, pp. 59-65.

Ponce, M. y Rincón, O. (2017b): “Corazón y razón. LA transición conceptual entre Vázquez y Mujica”, M. Ponce y O. Rincón, *Medios de lucha. Comunicación de gobierno en América Latina*, Montevideo: Ediciones B, pp. 187-210.

Ponce, M. (2018): *Pepe es el mensaje, Mújica la estrategia*, Montevideo, Editorial Biblos.

Popkin, S. (1994): *The reasoning voter: Communication and persuasion in presidential campaigns*, Chicago, University of Chicago Press.

Pujadas Capdevilla, E. (2016): “Las claves del storytelling político. El caso de la política pop”, R. Sánchez Medero (ed), *Comunicación política: nuevas dinámicas y ciudadanía permanente*, Madrid, Tecnos, pp.123-147.

Puyosa, I. (2018): “Ecuador: cómo llegar al Sumak Kawsay en campaña permanente”, O.

Rincón y M. Ponce, *Medios de lucha: comunicación de gobierno en América Latina*, Montevideo, Editorial Sudamericana, pp. 108-132.

Ragin, Charles (2007): *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores.

Ramírez Gallegos, F. (2006): “Mucho más que dos izquierdas”, *Nueva sociedad*, 205, pp. 30-44.

Rincón, O. (2008): “De celebrities pero motivadores, pero tele-presidentes pero... ¿democracia?”, O. Rincón, (ed.), *Los tele-presidentes: cerca del pueblo, lejos de la democracia*, Bogotá, Fundación Friedrich Ebert, pp. 149-171.

Rincón, O. (2016): “El gobernante es el medio: mitologías presidenciales”. En Rincón, O. y Riorda, M., *Comunicación gubernamental en acción. Narrativas presidenciales y mitos de gobierno*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp.73-90.

Rincón, O. (2017): “Prólogo”, O. Rincón y M. Ponce (eds), *Medios de lucha. Comunicación de Gobierno en América Latina*, Montevideo, Penguin Random House, pp.4-7.

Riechmann, J. (2012): *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Madrid, Catarata.

Riorda, M. (2006): “Los mitos de gobierno. Una visión desde la comunicación gubernamental”, *Hologramática*, 2 (4), pp. 21-45

Roberts, K. (2007): “Latin America’s Populist Revival”, *School of Advanced International Studies Review*, 27, pp.3-15.

Roberts, K. (2008): “¿Es posible una socialdemocracia en América Latina?”, *Revista Nueva Sociedad*, 217, pp. 86-98.

Rodríguez Garavitto, et. al (2005): *La nueva izquierda en América Latina*.Ed. Norma, Buenos Aires.

Rulicki, S. (2015): *Comunicación no verbal. Cómo la inteligencia emocional se expresa a través de los gestos*, Buenos Aires, Granica.

Sacks, O. (1986): *The Man Who Mistook His Wife for a Hat*, New York, Harper Collins Publishers.

Salmon, C. (2008a): *Storytelling: la máquina de fabricar historias y formatear mentes*, Barcelona, Península.

Salmon, C. (2008b): “Hemos pasado de la opinión pública a la emoción pública”, *Foreign Policy Edición Española*, (27), pp. 64-68.

Salmon, C. (2011): *La estrategia de Sherezade*, Barcelona, Península. Salmon, C. (2019): *La era del enfrentamiento*, Barcelona, Península. Sánchez de Dios, M. (2012): *Política comparada*, Madrid, Síntesis.

Sandbrook, R., Edelman, M., Heller, P. y Teichman, J. (2007): *Socialdemocracy in the periphery*, Nueva York, Cambridge University Press.

Sandbrook, R. (2014): “La izquierda democrática en el Sur del mundo”, *Revista Nueva Sociedad*, 250, pp. 42-57.

Sandel, M. (2013): *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*, Debate, Buenos Aires

Sarasqueta, G. (2017): “El Mayo latinoamericano: José Mujica, Rafael Correa y los relatos de la nueva izquierda”, *Question*, 1(53), pp. 338-358.

Sarasqueta, G. (2020): “Anatomía del relato político: conceptualización, funciones y piezas de una herramienta comunicacional estratégica. El caso del presidente Mauricio Macri (2015-2018)”, *Política y Sociedad*, 57 (3), pp. 821-841.

Sarasqueta, G. (2021a): “Técnicas de la comunicación política ante la era de la infoxicación y la interrupción: del storytelling al storydoing”, *Comunicación Y Hombre*, 17, pp. 73-84.

Sarasqueta, G. (2021b): “La socialdemocracia latinoamericana pide la palabra. El relato político de la segunda presidencia de Michelle Bachelet (2014-2018)”, *Revista de estudios políticos*, 192, pp. 253-283.

Sarasqueta, G. (2021c): “La matriz discursiva TEP: una propuesta teórica y práctica para persuadir en la ciberdemocracia”, *Revista Ópera*, 29, pp. 69-87.

Sarlo, B. (2005): *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sartori G. y Morlino, L. (1994): *La Comparación en las Ciencias Sociales*, Madrid: Alianza Editorial.

Schamis, H. (2006): “Populism, Socialism, and Democratic Institutions”, *Journal of Democracy*, 17 (4), pp. 20-34.

Schiffrin, D. (1994): *Approaches to Discourse*, Oxford, Blackwell.

Scolari, C. y Mar Guerrero, P. (2016): “Narrativas transmedia y contenidos generados por los usuarios: el caso de los crossovers”, *Cuadernos Info*, 38, pp. 183-200.

Skocpol T. (1984): *Vision and Method in Historical Sociology*, New York and Cambridge, Cambridge University Press.

Selbin, E. (2012): *El poder del relato. Revolución, rebelión, resistencia*, Buenos Aires, Interzona.

Simmons, A. (2007): *Whoever tells the best story wins*, New York, Amacom.

Smith, C. (2003): *Moral, believing animals. Human personhood and culture*, New York, Oxford

University Press.

Sloman, S. y Fernbach, P. (2017): *The knowledge illusion. Why we never think alone*. Nueva York, Riverhead Books.

Storr, W. (2019): *The Science of Storytelling*, London, William Collins.

Tilly, C. (2002): *Stories, Identities, and Political Change*, New York, Rowman & Littlefield Publishers.

Tocqueville, A (2007): *La democracia en América*, Madrid, Ediciones Akal.

Truby J. (2010): *The Anatomy of story: 22 steps to becoming a master storyteller*, New York, Farrar Straus and Giroux.

Tulbovitz, E. y Danza, A. (2015): *Una oveja negra al poder. Confesiones e intimidades de Pepe Mujica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Vaughan Moppett, M. (2014): “La subjetividad en el lenguaje político del presidente Mujica: la construcción de su relato”, *Austral Comunicación*, 3 (2), pp.201-242.

Vázquez Sande, P. (2016): “Storytelling de los candidatos. Escenarios de los relatos”, J. del Rey Morató, A. Campillo y Y. Guan (eds.), *Campañas electorales en América Latina, España y Portugal*, Madrid, Fragua, pp. 17-33.

Verón, E. (1987): “La palabra adversativa”, E. Verón (ed.), *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, pp. 11-24.

Verón, E. y Sigal, S. (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.

Vilas, C. (2005): “La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares”, *Revista Nueva Sociedad*, 197, pp. 84-99.

Vincent, L. (2014): “Los medios y los fines. El gobierno de Néstor Kirchner y su relación con la prensa”, Tesis Doctoral, Universidad de San Martín: Buenos Aires.

Vitale, M. (2016): “¿Ethos femenino y feminine style? El primer discurso público de dos presidentes mujeres, Michelle Bachelet (Chile) y Cristina Fernández de Kirchner (Argentina)”, *Revista Lenguaje*, 44 (1), pp.61-82.

Waisbord, S. (2013): *Vox populista. Medios, periodismo, democracia*, Barcelona, Gedisa.

Waytz, A., Young, L. y Ginges, J. (2014): “Motive attribution asymmetry for love vs. hate drives intractable conflict”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 111(4), pp. 15687-15692.

Weyland, K., Madrid, R. y Hunter, H. (2010): “The Policies and Performance of the Contestatory and Moderates Left”, K. Weyland, R. Madrid y H. Hunter (eds.), *Leftist Governments in Latin America. Successes and Short-comings*, New York, Cambridge University Press, pp. 140-180.

White, H. (1980): “The Value of Narrativity in the Representation of Reality”, *Critical Inquiry*, 7 (1), pp. 5-27.

Yin, R. K. (2009): *Case Study Research. Design and Methods*, Los Angeles, Sage.

Yorke, J. (2014): *Into the woods. A five-Act Journey into Story*, New York, Penguin Random House.

11. Fuentes documentales citadas

Bachelet, M. (2014). Discurso de homenaje a Salvador Allende. Disponible en: <https://bit.ly/3bGz6pX>.

Bachelet, M. (2014). Discurso de promulgación de la ley que reajusta ingreso mínimo. Disponible en: <https://bit.ly/2zDoCKg>.

Bachelet, M. (2014). Discurso luego de visitar a heridos afectados por acto terrorista. Disponible en: <https://bit.ly/2WZHOKn>.

Bachelet, M. (2014). Discurso sobre la implementación de veinticuatro nuevas casas de acogida para mujeres víctimas de violencia intrafamiliar. Disponible en: <https://bit.ly/2LuaiGU>.

Bachelet, M. (2014). Primer discurso al país. Disponible en: <https://bit.ly/3bqGzJh>.

Bachelet, M. (2015). Discurso frente a líderes mundiales sobre igualdad de género y empoderamiento de la mujer. Disponible en: <https://bit.ly/3bE4Uvf>.

Bachelet, M. (2015). Discurso inaugural del IV Congreso del Futuro. Disponible en: <https://bit.ly/3cxQIFC>.

Bachelet, M. (2016). Discurso de reconocimiento de responsabilidad internacional. Sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, caso «Omar Humberto Maldonado y otros versus Chile». Disponible en: <https://bit.ly/2AzwmOh>.

Bachelet, M. (2016). Discurso en desayuno con miembros del Sindicato de Actores beneficiarios de pensiones de gracia. Disponible en: <https://bit.ly/2T2xTCw>.

Bachelet, M. (2016). Discurso en el XXI Congreso de la Organización Demócrata Cristiana de América. Disponible en: <https://bit.ly/2Wuqj5X>.

Bachelet, M. (2017). Entrevista con Radio Futuro. Disponible en: <https://shortest.link/E9X>

Bachelet, M. (2017). Discurso en el lanzamiento del libro «Mi 11 de septiembre». Disponible en: <https://bit.ly/3bBDaHG>.

Bachelet, M. (2017). Discurso inaugural del VI Congreso del futuro. Disponible en: [https:// bit.ly/2T2xTCw](https://bit.ly/2T2xTCw).

Bachelet, M. (2017). Entrevista con el canal BBC. Disponible en: <https://bbc.in/2z2KOhd>.

Mujica, J. (1985). Discurso en la III Convención Nacional del MLN-T, Club Platense Patín.

Mujica, J. (2010). Discurso de asunción. Disponible en: <https://shortest.link/Ftj>

Mujica, J. (2012). Entrevista en *CNN*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=CRMP-VAJrX8>

Mujica, J. (2012). Discurso en la Cumbre Río+20. Disponible en: https://medios.presidencia.gub.uy/jm_portal/2012/noticias/NO_E600/mujrio.pdf

Mujica, J. (2012). Audición del Presidente José Mujica del 1 de marzo de 2012. Disponible en: <https://shortest.link/Fu1>

Mujica, J. (2012). Entrevista en *BBC*. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2012/11/121108_mujica_entrevista_gl

Mujica, J. (2013). Entrevista en *Telesur*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=1eBExNuHCjE>

Mujica, J. (2013). Audición del Presidente José Mujica del 4 de octubre de 2013. Disponible en: <https://shortest.link/Eb0>

Mujica, J. (2013). Entrevista en *El Periódico*. Disponible en: <https://shortest.link/EaL>

Mujica, J. (2013). Entrevista en *RTVE*. Disponible en: www.youtube.com/watch?v=DZeBh_Vf_fg

Mujica, J. (2014). Entrevista en Cadena Nacional de Finlandia Yle. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=q8t9OfcIWvo>

Mujica, J. (2014). Entrevista en *O Globo*. Disponible en: <https://shortest.link/Eb6>

Mujica, J. (2014). Entrevista en *Rusia Today* (RT). Disponible en: www.youtube.com/watch?v=l5b-jdZF5Dc

Mujica, J. (2014). Discurso en la Cumbre del Mercosur. Disponible en: <https://www.gub.uy/presidencia/comunicacion/videos/mujica-cumbre-del-mercosur-parana-argentina>

Mujica, J. (2014). Discurso en Condecoración en el Senado Nacional de Chile. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=q1MqNazbZ3M>

Mujica, J. (2015). Discurso en la III Cumbre de CELAC, Costa Rica. Disponible en: <https://shortest.link/EaV>

Mujica, J. (2015). Discurso de despedida en la Plaza de la Independencia. Disponible en: <https://www.lavozdegalicia.es/noticia/internacional/2015/02/28/ultimo-discurso-presidencial-pepemujica/00031425109130080109910.htm>

Partido Socialista de Chile, (1967). Tesis aprobada en el Congreso Regional Santiago Sur y ratificada en el Congreso General de Chillán como base de la resolución política. Disponible en: <https://shortest.link/EaC>

12. Adjuntos

12.1. Entrevistas

12.1.1. Adolfo Garcé, cientista político de la Universidad de la República

GS: ¿Cree que se entiende por socialdemocracia en Uruguay?

AG: Sinónimo de izquierda moderada o moderna. Hace treinta años era un insulto. Los comunistas se sentían ofendidos si, a la salida de la dictadura, se lo decían. De hecho, era un debate en la izquierda entre socialdemócratas y revolucionarios. Después de la caída del Muro de Berlín pasó a ser una izquierda que buscaba crecer y distribuir. La izquierda uruguaya es un proyecto socialdemócrata. Especialmente desde el Encuentro Progresista de 1994, que fue un antes y un después. Es cuando la izquierda uruguaya se decide a ganar la elección con Tabaré Vázquez.

GS: ¿Cómo definirías ideológicamente a la gestión de José Mujica (2010-2015)?

¿Entraría en esta categoría de socialdemócrata?

AG: Sí. A nosotros nos resulta un poco raro que se centre en figuras y no en partidos las comparaciones. En Uruguay no gobiernan las personas, sino los partidos. Mujica es un gobierno del Frente Amplio. Con ciertas peculiaridades, pero del Frente Amplio. No hizo lo que quiso, hizo lo que pudo. Esto es por las características especiales del presidencialismo uruguayo que no le da demasiado poder al presidente, a diferencia de Argentina y de otros de América Latina, y por las restricciones de su propio partido. Los presidentes podrán ponerle su impronta, pero es el gobierno del Frente Amplio. Con el encanto de Mujica y los problemas del liderazgo de Mujica, pero es un gobierno del Frente Amplio, que es una fuerza socialdemócrata, sobre todo desde 1994 en adelante.

GS: ¿Cómo describirías a José Mujica en el plano discursivo?

AG: Un fuera de serie. El discurso de Mujica se compone de lo que dice, de lo que no dice, de lo que se pone, de la vestimenta, de lo que gruñe, de lo que resonga, de lo que “carajea”, de sus malas palabras, de sus silencios. Enrique Iglesias, ex secretario de la SEGIB, CEPAL y

canciller de Sanguinetti, siempre dice que Mujica tiene silencios Wagnerianos. Esos silencios que están cargados de emoción. Propios de la música clásica. Mujica es un súperdotado de la comunicación. Es imposible que esté en la televisión y no lo escuches. Lo que diga siempre es poco predecible. En el 95 empezó a llamar la atención cuando fue diputado. La gente no podía creer que un exguerrillero, tupamaro, rehén, tantos años presos, pudiera tener un discurso tan heterodoxo. Mujica te sorprende siempre. Es la salida inesperada. Hay gente que dice que es un genio de la táctica. Yo creo que no. Tiene mucha espontaneidad. ¿Político que no calcule? Difícil. Un don de la palabra. El don del manejo de los símbolos. Una llegada infrecuente con la gente pobre.

GS: ¿El de Mujica era un método más horizontal, el de Tabaré más distante?

AG: Mujica tiene algo de peronismo. Hay un canadiense que dice el peronismo es el abajo contra el arriba. El peronismo es contacto. Mujica es eso, el que disfruta entrar entre la gente, cuanto más pobre, mejor. Mujica es emoción. Yo lo vi en un acto político. Los periodistas dicen que los politólogos no vamos mucho a los actos. Claro no vamos a los actos porque no queremos que nos digan “Fulanito es esto”. Estamos hablando de marzo de 2009, cuando hacía campaña con Daniel Astori. Tenía 74 años y estaba prendido fuego arriba de un escenario. Y otra cosa que me llamo la atención fue que mientras él hablaba en un tono de político normal, la gente tranquila. Ahora, cuando se ponía arrabalero y levantaba el tono, ahí la gente decía “Vamos carajo, Pepe”. Es interesante porque te lleva a decir: ¿hasta qué punto Mujica no es producto de la gente? De un público que espera un lenguaje distinto, no el lenguaje distinto de los políticos. Espera emoción, no la frialdad del estadista que tiene que pensar. ¿Hasta dónde Mujica no es esclavo de su público?

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

AG: No creo que tenga una. Tiene varias. Es la trama de la izquierda uruguaya. Si tuviera que simplificar, te diría: llegar más lejos de lo que llegó Vázquez. Más lejos en la reforma social, en el combate a la pobreza, más lejos en el desarrollo económico, más lejos en la reforma educativa. Llegar más lejos. Él hizo campaña diciendo “Hicimos lo que había que hacer, ahora el giro a la izquierda”. Giro a la izquierda quería decir ir más lejos. Mujica se pasó soñando cuatro o cinco años con grandes emprendimientos productivos: la megaminería, el puerto de aguas profundas, la reforma educativa. Y terminó siendo conocida la presidencia de Mujica

por asuntos que no fueron iniciativa de Mujica. La famosa revolución de los derechos. Matrimonio igualitario no era un tema importante para Mujica. Lo impuso la bancada del Frente Amplio y las organizaciones sociales. Él no lo vetó, lo acompañó. Interrupción voluntaria del embarazo. ¿El cannabis? Nunca se le cruzó la cabeza. Lo que sí le interesaba era el combate a la pasta base. Lo que quería hacer Mujica era que la gente pobre no se drogue. Él quería separar la pasta base de la marihuana. No fue en nombre de la libertad que Mujica empujó el cannabis, fue en nombre del combate a la desgracia de los pobres. Yo lo he visto en informativos hablando de esto a las siete de la mañana. Furioso. ¡Hay que estar furioso a las siete de la mañana! Y en nombre del combate de la inseguridad. A la larga la inseguridad le terminó costando la elección al Frente Amplio. Pasta base, inseguridad, narcotráfico: hay una conexión ahí. La gente va a recordar a Mujica como el hombre del cannabis, pero no fue en nombre de la libertad. La gente va a recordar el período de los derechos, pero no fue iniciativa del presidente. Las cosas que lideró el Ejecutivo no salieron bien. Desde mi punto de vista, Mujica es un político formidable, un legislador poco destacado y un mal gestor, sin lugar a duda. Porque es como el fútbol: no podés hacer todo bien. O sabés tirar el centro o cabecear. O como la vida académica: o sos muy bueno dando clase o sos muy bueno escribiendo un paper. Con los políticos pasa lo mismo. Mujica es el primero en darse cuenta de lo que le duele a la gente. Y probablemente el último en saber cómo resolverlo.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

AG: Eso es raro. Porque tiene cosas de populismo, pero eso no. No construyó enemigos. En ningún momento utilizó la lógica amigo-enemigo. Al contrario, es más, yo creo que Vázquez tenía un discurso más adversativo que él, que Mujica. Toda la vida lo que llamó la atención de Mujica es que tenía mayor capacidad de diálogo con los partidos tradicionales, particularmente con los blancos, que Tabaré Vázquez. Tabaré Vázquez se sentía cómodo dentro de la ciudadela frenteamplista. En la ciudad amurallada del Frente Amplio. Mujica instaló comisiones multipartidarias, una cosa insólita en Uruguay. Cuatro comisiones multipartidarias que funcionaron y que construyeron acuerdos. Por ejemplo, en la seguridad. Otro tema fue educación. Otro tema fue medioambiente. Otro tema fue energía. Se construyeron acuerdos con delegados de todos los partidos políticos. Mujica logró la renovación de los organismos de contralor. En cualquier democracia hay accountability horizontal, y los organismos de controlar casi siempre se votan con acuerdos de la oposición. Vázquez no había podido y Mujica lo hizo. Hay anécdotas increíbles: llamando a un senador blanco a comer en una

parrillada de barrio para comer carne y un vino de baja calidad. Mujica tuvo diálogo sobre todo con los blancos rurales, del interior. Él fue blanco. Algo de esa marca originaria haya quedado. Es de lo que resulta curioso. De lo que ha llamado la atención: un guerrillero rehén que hablaba con los militares. Un militar marchó preso por violaciones a los derechos humanos y Mujica lo visitó. Era un discurso de dejar las heridas atrás. Mujica no quería la agenda de los derechos humanos. Él quería dar vuelta la página. No construyó un enemigo. Sí, desde luego, furioso con la pobreza, el consumismo. Todo eso sí, claro.

GS: ¿La pobreza era un adversario genérico?

AG: Sí, la pobreza, la miseria, el consumismo. En Mujica hay cosas de socialismo utópico. Pre marxista. Proudon: la propiedad es un robo. O Saint Simon: a los que producen riqueza hay que respetarlos, ya sean trabajadores, ingenieros. Y los que no producen riqueza no sirven para mucho, empezando por los politólogos y economistas. Algo que me sorprendió mucho es que ataca a la burocracia estatal...

Claro. La burocracia no produce. Es interesante porque tiene toques libertarios. Entre libertario y liberal. Hay una raíz entre los “tupas” que es ácrata. Hay una cosa antiestatista, contra los funcionarios. El escribano no produce, el politólogo no produce; El biólogo y el ingeniero, sí. Hay profesiones más útiles.

GS: ¿La práctica discursiva de José Mujica se concentró más en el pasado (lógica reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiracional)?

AG: Evocó menos el pasado que Vázquez. A Vázquez le interesaba conectar su proyecto político con el Battlismo. Recuperar esas banderas abandonadas. En el discurso de Mujica, no. Él no se siente Battlista. Él se siente más blanco. Pero los blancos eran muy liberales para él. Cuando hablaba el pasado se refería al siglo XIX, en la lucha por la libertad. Él ahí dice: “Yo hubiera sido blanco”. En la campaña electoral del 2010 hubo una cosa aspiracional. “El Uruguay de primera”. Él y Astori en un avión. Esa fue una campaña muy inteligente, hecha por Francisco Vernaza. Él redactó el discurso del primero de marzo que dejó con la boca abierta a todo el mundo. Hubo una cosa soñadora de Mujica. Vamos a reformar la educación, y no funcionó. Vamos a producir hierro en Uruguay: cambió el precio de hierro y desapareció el

negocio. Había algo “tupa”. El ADN del “tupa” es eso: hagamos algo que es imposible. Utópico. Vamos a mover el statu-quo. Vamos a dejar una huella. No llegó a hablar de socialismo. Él disminuyó sus pretensiones. Demiúrgicas. Él dijo una vez: me conformo con darle un plato de comida a los pobres.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de José Mujica?

AG: La chacra, el hombre apegado a la tierra, hombre desapegado de lo material. El presidente más pobre del mundo. El hombre al que no le preocupan las apariencias. Está la famosa foto de Mujica y las uñas de los pies. El presidente que quiere romper con la liturgia monárquica de la presidencia. El presidente que arreglaba su baño. A él le fastidia la pompa del poder. El presidente sin corbata. Instaló la moda de no usar la corbata. El presidente liso y llano. Hay muchas cosas estas de Mujica que son uruguayas. El tema es que Mujica las lleva a la N. Algunos rasgos de la uruguayés potenciados. La política uruguaya es mesocrática. En la cultura política uruguaya hay algo anarco. En Uruguay yo soy “Fito”. Alguien me cruza en la calle y me dice cualquier cosa. Recién uno me dijo “Vos sos un mentiroso”. Uruguay es así. El país donde yo vi al ministro Bonomi en una playa cualquiera con dos sillitas plegables, la caña de pescar y el balde clásico que llevaba la gente humilde, y la señora con la matera y los bizcochos. Acá los títulos académicos no importan. Al contrario. Te pueden decir “porque fuiste a la universidad te crees más que alguien”. Nada que ver a la sociedad colombiana, chilena, mexicana. Esta es una mesocracia, no es elitista. Es una política de partidos muy populares y de dirigentes populares. Los partidos uruguayos no los construyen los doctorcitos, los civilizados. La política uruguaya la construyeron los caudillos. Mujica se escapó de un libro de 1840-1850. Él salió de un libro de historia. Es un caudillo de manual. Como Fructuoso Rivera. Mujica no es excepcional. Mujica es como un hijo de la tradición uruguaya. Un hijo especial, que radicaliza algunas cosas, pero no está rompiendo con la tradición uruguaya. Es un político uruguayo de la rama caudillesca. De los caudillos del interior. Battle y Ordoñez, caudillo urbano. Wilson Ferreyra y Julio María Sanguinetti, quizás más caudillos rurales. El Pepe es otra cosa. Esa sintonía fina. ¿Cuánto de Mujica es de él o cuánto de uruguayés? Algunos rasgos de los uruguayos potenciados.

GS. ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para proyectar la gestión?

AG: Para construir su carrera, sí. Él todo el tiempo se presentó como el guerrillero derrotado. Para llegar al corazón uruguayo, no le hables de victorias: háblale de derrotas. Eso es romántico. La leyenda del guerrillero. Él nunca abjuró de su pasado.

GS: ¿Pero hizo una autocrítica una pedagogía de esa experiencia?

AG: Más por los hechos que por las palabras. Te desafío a que lo encuentres. Es difícil encontrar una autocrítica de fondo. No hay. Un poco. Nos equivocamos. Matamos a Pascasio Baéz. No hay una autocrítica de la guerrilla. El discurso de Mujica es en aquellas circunstancias hicimos lo que creimos que era correcto. El discurso de Mujica es “yo llevo toda la vida luchando”. ¿Cambiando? Sí. Eso forma parte de los tupamaros. De su matriz ideológica. Para construir su carrera, sí: el hombre humillado, preso, luchador. En el gobierno menos. En el gobierno fue el presidente más pobre del mundo. Él que quiere hacer cosas y su partido no lo deja. Él que trata de mover el statu-quo. Es la historia de un hombre que quiso cambiar el mundo por las armas y tampoco lo pudo hacer como presidente. Porque como presidente las concreciones, como mucho, 5% de lo que aspiró. Christian Mirza, analista político, profesor e investigador de la Universidad de la República

GS: ¿Cree que se entiende por socialdemocracia en Uruguay?

CM: Como lo escribí en algún artículo, cuando era director de Políticas Sociales en el Gobierno de Tabaré Vázquez (2005-2010), ojalá referenciarlos y llegar a un lugar cercano a la socialdemocracia escandinava, a los estados de bienestar nórdicos, porque más allá de las diferencias institucionales, culturales y sociales, no hay ninguna duda que esos modelos están muy por delante de cualquier otro país en el planeta. Entonces, la socialdemocracia en Uruguay poner en el centro al sujeto ciudadano portador de derechos y no objeto de asistencia o la compasión pública. En la medida que nosotros resignifiquemos el ciudadano y reconozcamos sus derechos legítimos, entonces la responsabilidad pública tiene que apuntar mediante las políticas públicas al desarrollo de los individuos. No solamente a un piso de bienestar, sino un reconocimiento de todos los derechos, para que de ese modo la democracia pueda desarrollarse. No hay democracia si hay situación de calle. La socialdemocracia para Uruguay es construir una matriz de bienestar, más inclusiva, de mayor integración social, más distributiva y el pleno reconocimiento de los derechos sociales, económicos y culturales.

GS: ¿Cómo definirías ideológicamente de José Mujica?

CM: Tuvo claroscuros. Algunos dicen que fue desordenado. Que no le dejó una herencia buena a Tabaré Vázquez. Yo no considero plenamente que fuese así. Si bien reconozco que hubo ciertas impericias, se puede considerar que fue un gobierno de avance radical en la agenda de nuevos derechos. La herencia positiva de Mujica diría yo. Y si hubo que sacrificar algunos puntos de déficit fiscal, bueno; el déficit fiscal no puede ser un tótem. No puede estar por encima de otras políticas. En la mirada de conjunto fue un paso adelante. Y significó la consolidación de todas las reformas del primer gobierno de Tabaré Vázquez.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

CM: Poner el Uruguay en la vanguardia en muchos de estos derechos. Y abrir a la participación de estos colectivos, muy criticados por una parte de la ciudadanía que está muy reacia a estos avances y tiene un pensamiento muy reaccionario en el sentido literal del término. Pero sin embargo el gobierno de Mujica abrió las puertas y las ventanas de la institucionalidad pública para que estos derechos se reconocieran y se pudiera avanzar. Ese fue uno de los hilos. Pero después a nivel de desarrollo social siguió descendiendo la pobreza y la brecha de desigualdad. Y se aportó a un desarrollo productivo de la pequeña y mediana empresa. Y también hubo mayor participación ciudadana. ¿Por qué? Por el propio estilo de Mujica. Quien lo conoce sabe que puede decir cualquier disparate, pero que también puede decir cuatro razonamientos importantes para entender el mundo. Y por eso es reconocido en el mundo. El gobierno de Mujica fue popular, no populista. Ahí hay un juego de retórica. Para algunos es mala palabra, para mí no tanto. Él era muy popular. Tenía un contacto directo con la gente. En resumen, fue un gobierno que le dio una vuelta de tuerca al gobierno de izquierda. Lo izquierdizó un poco más. A lo poquito le dio un tono más popular.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades comunicacionales de Mujica para conectarse con la gente?

CM: El presidente de Tabaré Vázquez por allá, a fines del siglo pasado, tuvo una estrategia en la campaña del 98 que se llamó pueblo a pueblo. Yo tuve el honor de acompañarlo y estoy tratando de escribir mis memorias en esa campaña porque hay anécdotas que son fabulosas. Y para Tabaré era fundamental la comunicación con las asociaciones de vecinos. Esto dio lugar después a un consejo de ministros en todos los rincones del país, donde la gente podía reclamar

y plantearles demandas. Y eso fue profundizado por Mujica, con el diferencial de la capacidad comunicacional del Pepe con la población. El Pepe iba al interior, a los pueblos, no solamente con amigos militantes, sino con cualquiera. Porque más allá de las lealtades, a Pepe gente de derecha lo admira, gente que votó al Partido Colorado o Partido Nacional, le tiene mucho respeto. Y creo que en gran parte es por esa capacidad comunicacional de transmitir conceptos claves, profundos, intensos, de una manera simple. En el cierre de campaña del año pasado, dio un discurso donde la gente se quedó callada, totalmente en silencio, y donde dijo que había que atraer inversiones, generar confianza. Pero también dijo que había que lograr que los uruguayos que tenían la plata afuera, que son a grosso modo 24.000 millones de dólares, la traigan. En cuatro minutos explicó algunos supuestos básicos de la economía clásica de una manera sencilla, clara. Increíble. Ejemplifico esto porque el discurso de Mujica no fue vacío. Tú podrás estar de acuerdo o no, pero no fue vacío. Al igual que la gestión. No es casual que hoy la lista más votada sea la 609. La derecha se aprovecha de esto y dice que estamos yendo hacia una radicalización. Esto además nos colocó a nivel regional en un lugar interesante. Si Tabaré tuvo problemas en Sudamérica, Mujica tejió acuerdos con el progresismo latinoamericano. Y no es menor. Ahora, ¿el gobierno de Mujica fue socialdemócrata? Hay elementos que sí, elementos que no. Ahora, los quince años del Frente Amplio fueron socialdemócratas, si lo comparamos sobre todo con Venezuela.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

CM: Yo no sé si él construyó uno. Creo que en muchos de los discursos puso mucho énfasis en esta cuestión en las élites que representan intereses de clase. Lo que llevó a decir a nuestra candidata a vicepresidenta en las últimas elecciones a que el dilema era nuevamente entre oligarquía y pueblo. Que fue muy criticada. Y me parece que Pepe no buscaba contrincantes. Yo quedo asombrado cuando hablo con Lacalle padre y Sanguinetti. Cuando se despiden del senado, el abrazo con Sanguinetti muestra su estilo. Yo no sé si construye un adversario personificado, pero sí consolidar una mirada clasista, si me permitís. Más allá de que él decía Uruguay somos todos. En el fondo, él dice que vengan los inversores extranjeros, pero no se hagan los vivos con nosotros. Si tenemos uruguayos con plata, que vengan a invertir sin hacer gárgaras. El nacionalismo fue muy fuerte en él. Él viene del Partido Nacional. Ahora, los otros pusieron toda la batería en demonizar a Mujica.

GS. ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para

proyectar la gestión?

CM: No abusó. No era de hablar siempre de su pasado. Pero en los momentos clave él hacía un señalamiento de su experiencia como rehén de la dictadura, sino también en la previa como guerrillero. Traslataba sus aprendizajes personales a la escena pública. Lo hizo con tino. No se escudaba. Nunca posó de víctima. Sí, utilizó, con inteligencia más de una vez, esa acumulación de enseñanza que le dieron los años.

GS: ¿En qué medida sentís que su estilo de vida sobrio lo conectó al plano público?

CM: Absolutamente. Totalmente. La primera medida cuando asume es donar su sueldo al Plan Juntos. Ahora me sonrío. Pero en aquel entonces publiqué un artículo, no criticando, pero señalando que lo felicitaba porque lo dibujaba plenamente como ser humano. Pero el Plan Juntos no se puede sostener con voluntarismo. Este plan debe insertarse en el esquema de políticas sociales y públicas. Lo mismo hizo con un centro de capacitación de la Universidad del Trabajo. En un predio suyo hizo construir una escuela para dar cursos en el área agraria. También fue impresionante. Tenía mística. Voy con mi fusca, vivo en la chacra, laburando arriba del tractor y no en el tractor. Vos ves la foto del Rey Juan Carlos visitando a Mujica en chancletas es surrealista, pero es real. Eso le dio un grado de legitimidad política muy importante. La gente más pobre, sobre todo, lo veía como un igual. Más allá de la investidura, ver al Pepe que dijo nunca voy a ir de corbata al senado. El traje se lo ponía obligado. Esa figura que tiene un poco de populismo, pero no es populismo. Es otra cosa: un dirigente popular que ha hecho políticas populares. Era coherente. Eso le daba un plus de legitimidad respecto a cualquier otro dirigente.

12.1.2. Daiana Ferraro, Magister, docente e investigadora en Universidad de la República y subdirectora General de Integración y Mercosur (2011-2014)

GS: ¿Cree que se entiende por socialdemocracia en Uruguay?

DF: Complicado. No es lo mismo que en Chile. La izquierda en Uruguay es una coalición que va desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Comunista. Con una raigambre sindical importante. Es una gran construcción. No puedo ponérselo como un partido socialdemócrata. De hecho, parte de la discusión de ahora es que si hay que volver a esa forma de alianza de cómo nació el Frente Amplio, en el Congreso del pueblo de 1965.

GS: ¿Cómo calificarías ideológicamente a la gestión de José Mujica?

DF: De izquierda y progresista. Muy asociada a tema de derechos. Más que Tabaré, que fue muy institucional, donde se dieron la reforma de la salud, el plan de emergencia, la reforma fiscal, se crearon instituciones. Mujica estuvo más asociada a los derechos, desde el aborto, el LGTB, el cannabis.

GS: ¿Cómo definirías discursivamente a José Mujica?

DF: No hay forma. De verdad. Primero, las veces que he estado con él en eventos protocolares, dependés mucho de su estado de humor. No es menor que sea una persona de 84 años y como cualquier persona de esa edad es cuasi impune. ¿En qué sentido? Yo hablaba mucho con Danieli que tenía que hablar todos los días con él. Y él decía: “Yo me paro en la puerta; si me deja entrar, entro; si me insulta, salgo corriendo”. Y de repente se va al bar de la esquina y se pone a hablar con la gente. Su discurso se adapta mucho al lugar. Pero tiene sus mañanas. Es una persona que marca agenda. Lo que diga al día siguiente va a ser titular. Por ejemplo, se puso a hablar con Residente en Instagram. En Uruguay, igual, no existe eso de que es difícil hablar con los políticos. Pero Pepe es un evento de comunicación. Puede subir a un banquito y hablar desde ahí, hacer chistes, así como te digo que puede estar muy cruzado.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

DF: Pepe es más de estar convencido de hacer lo mejor con la gente. Respetar a todos. Llegar al pueblo. Hay un tema de derechos. En política exterior cómo pensar América Latina y la

integración. En general, que las cosas sean útiles para la gente. Cada vez que le ibas a plantear a él algo te respondía: ¿y esto para qué sirve?

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

DF: Su mayor enojo era con la burocracia en general. Quería hacer algo y le decían: “para esto hay que hacer tantos pasos”. Eso lo ponía muy mal. Bueno, un día salió a repartir él volantes contra la violencia de género. Después salieron a criticarle los volantes. Metió una escuela agraria dentro de su chacra. Donó su sueldo para que la gente construyera sus casas.

GS: ¿Cuáles fueron los dos valores de la gestión Mujica?

DF: Los derechos de la gente. Y eso está muy asociado al tema libertad. Todo el mundo tiene que estar mejor. Pragmatismo popular. Por eso conecta tan bien con la gente. Porque al que robaba dos gallinas lo perdonaba. Para él los ladrones eran los que se la llevaban del país en pala. Conecta fácilmente con los sectores populares. Y es capaz de pelearse con alguien y nos vamos a hablar al boliche. Ahora sí, si está cruzado, agarrate.

GS: ¿Cuál era el canal comunicacional que usaba para comunicarse con la gente?

DF: Redes sociales, no. No existían en la política uruguaya en esa época. Lo típico de Pepe siempre fueron las mateadas. Es decir, ir a actos. Y también aprovechaba los medios. Siempre tiraba títulos. Pero es verdad que le buscaban la boca los periodistas. Si con la agenda del día, vos le buscás la boca, algo te diga. Pero nunca era de dar conferencias. A veces lo entrevistaban para M24. Él supo tener su audición. Pero para hacer esas cosas, él decía que le costaba tener tiempo para pensarlas. Porque Pepe en eso no le gusta hablar de la cotidianidad. Cuando tenía sus audiciones le gusta hablar profundo.

GS. ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para proyectar la gestión?

DF: Durante la presidencia, no. Digamos que le gustó un relato que le gustó al resto del mundo. En Uruguay, no. Ya venía del parlamento, formado. No lo usaba Mujica. Sí, a veces decía: “¿Me vas a decir a mí que me pasé tantos años hablando con un grillo?”. No es que no lo tenga

en su experiencia cotidiana, como mucha gente que sufrió la dictadura. La mitad de las cosas que te cuenta la saca de esa experiencia.

GS: Su perspectiva con la dictadura, ¿era de reconciliación, revancha o superación?

DF: A título personal: siempre fue conciliador. Él habla que su primer desfile fue frente al batallón que lo tuvo preso. No confrontaba. A título país se intentó cambiar la ley de caducidad para perseguir a las personas que habían violado a los derechos humanos. Pero el no estaba enojado. Huidobro y Rosencof tampoco estaban enojados. Huidobro fue ministro de Defensa.

GS: ¿Qué continuidades y rupturas ves entre Tabaré Vázquez y Mujica?

DF: Son personajes totalmente diferentes. Completamente. No porque sean menos populares. Tabaré siempre tuvo una lógica más de evangelista, discursos de incorporar a la gente. Pepe te puede variar los discursos y se adapta mucho a su público. Tabaré los tenía escritos. Pepe no sé si alguna vez escribió un discurso. Las veces que lo vi en actos, no.

GS: En el plano internacional, ¿también desplegaba su estirpe informal, sencilla, campechana?

DF: Con otros presidentes, sí. Sobre todo, con los que tenía más relación. Lo vi con Cristina, con Correa, con Chávez, que tenía muy buena relación. Que les decía: “No te pelees con los vecinos”. Con Lugo, también. Fueron años complicados. En el 2012 es la salida de Lugo. Después la entrada en el Mercosur de Venezuela. La muerte de Chávez. Dilma no era Lula. Era más dura. Se llevaba bien, pero era distinto. Le hacían chistes de los zapatos.

GS: ¿Algo que quieras agregar?

DF: Es un fenómeno de la comunicación en sí mismo. No sé si en el plano internacional. Nosotros quisimos hacer un cafecito en la peor cumbre de mi vida. Para que arreglen las cosas. Pero fue terrible: cinco horas, la gente afuera esperando. Pepe decía “acá me dicen una cosa, allá otra”. Pepe era desordenado. Le llegan las cosas y resuelve. No es fácil de llevar en un protocolo. Tabaré era ordenado. Mirá que Cristina no respeta mucho los protocolos. En protocolo si te dicen que entra uno más uno, entra uno más uno. Y Pepe te caía con todos los que estaban en presidencia, quizás. “¿Cuál es el problema?”, te decía.

12.1.3. Eduardo Fernández, sindicalista y secretario del Partido Socialista (2005-2011)

GS: ¿Cree que se entiende por socialdemocracia en Uruguay?

EF: Hoy día mucha gente dice que se siente socialdemócrata o socialismo democrático. Es como decir cristiano de derecha, cristiano de izquierda, cristiano de centro: o sos cristiano o no sos. Es lo mismo: o sos socialista o no sos. Socialdemócrata es la concepción europea, la cual respetamos totalmente, pero no es nuestra ideología de partido. No sé por qué hoy en día se usa tanto lo de socialdemócrata, porque tiempo atrás era sinónimo de centrista. Se considera socialdemócrata a algún sector que está adentro del gobierno actual de Lacalle Pou, que es de centroderecha y neoliberal. Y no me estoy poniendo radical. Somos socialistas, progresistas, que se usa mucho hoy en día. El Frente Amplio lo asumió en el 1994, en el Encuentro Progresista. Ahí los sectores de izquierda que conformaron el frente más otros sectores que venían del Partido Colorado y del Partido Blanco. Es cuando se integra Rodolfo Nin Novoa, que fue vicepresidente con Vázquez y venía del Partido Nacional.

GS: ¿Cómo calificarías ideológicamente a la gestión de José Mujica?

EF: Igual que las de Tabaré Vázquez: progresista. Progresista porque se apuntó a avanzar socialmente en el país. Los gobiernos del Frente Amplio le pegaron un giro al Uruguay muy importante, teniendo en cuenta a los sectores más golpeados del país. 2003-2005 fue el pozo. A partir de ahí se logra mediante políticas públicas de corte social y redistributivas. En el país se establecieron los Consejos de salario, integrados por los empresarios, los trabajadores y el gobierno, donde se lograron aumentos y también se lograron avances en los aspectos laborales importantes. Por ejemplo, en Uruguay, los trabajadores rurales no tenían marcadas las ocho horas. Eso lo hizo José Mujica siendo ministro de Ganadería de Tabaré. También tuvieron protección social las trabajadoras domésticas. Mujica además llevó adelante las políticas de protección a la mujer, por ejemplo, la ley de protección de interrupción del embarazo, que Tabaré la vetó. Se aprobó el matrimonio igualitario. Vos me decís son políticas socialdemócratas, te digo que sí. Pero también son progresistas, socialistas y propias del cristianismo de izquierda.

GS: ¿Cómo definirías discursivamente a José Mujica?

EF: Él cuando está haciendo su discurso está haciendo filosofía. Es un hombre de planteo muy filosófico, pero muy fácil de entender. Un presidente que nos hablaba muy fácil. Un presidente que habla sencillo, pero profundo. Siempre tomó la cuestión humana como un tema sustancial. El humanismo siempre estuvo en él. Un presidente simple, no tan rebuscada. Un presidente del pueblo, cercano. Además, en su forma de vivir había una coherencia con su discurso. Esto lo llevó a tener un reconocimiento internacional.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

EF: Mujica sin duda tuvo una disciplina programática del Frente Amplio muy clara. Y lo social fue lo que tuvo marcado como algo distinto. Ir hacia una justicia social mayor, no una justicia económica. Mujica le habló a todo el país: a los montevideanos y del interior.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

EF: Discursivamente, Mujica iba contra la pobreza permanentemente. Hay que atacar la pobreza y las desigualdades. Mujica, como presidente, nunca buscó la confrontación contra la derecha. En todo caso, era la derecha que confrontaba con él. Y en la respuesta, Mujica siempre estuvo por encima, buscando lo filosófico, “¿quién puede estar en desacuerdo con combatir la pobreza?”, “¿quién puede estar en desacuerdo en que las mujeres pueden tener los mismos derechos?”. Siempre fue por ahí.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de José Mujica?

EF: Era un hombre de la ciudad, montevideano, pero había nacido en una zona cercana donde los batllistas habían planteado crear la chacra de Montevideo. Siempre fue un uruguayo más criollo, más paisano, más de tierra adentro. Si bien él era hijo de un florista, no era un hombre de la calle. Él tuvo esa particularidad como frenteamplista el haberse metido en el interior del país.

GS: Discursivamente, ¿en qué diferenciarías a Tabaré Vázquez y José Mujica?

EF: Tabaré siempre confrontaba con la derecha. Mujica era el tipo de la reflexión. Son dos conductores distintos. Uno nació en un hogar de obreros, que se hizo desde abajo para llegar a

ser oncólogo, profesor de la universidad. Hoy un periodista decía “Tabaré fue un ganador de siempre. Donde aparecía ganaba”. Él no era un militante del Partido Socialista. Alguien alguna vez se le ocurrió que había que traer a alguien del deporte y trajeron a Tabaré que era presidente del Club Progreso. De ahí salió presidente del Partido y candidato a intendente. Y en ese momento fue campeón con Progreso, que nunca más levantó una copa. Son dos estilos distintos para un mismo programa, para una misma doctrina. Tabaré sabía llegar desde lo emocional. Tomaba una frase y la repetía por todos lados. Mujica era más conversacional. Tabaré era más discurso. Mujica toma fuerza cuando los “tupas” hacían las mateadas. Él era el principal conversador.

GS. ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para proyectar la gestión?

EF: Yo no sé si Mujica la usó. Sería de mi parte irrespetuoso decir si usó esa historia. Hubo una cuestión muy clara, los tupamaros generaron en el mundo, llamaron la atención por sus acciones al estilo Robin Hood. Hasta que en un momento empezó el enfrentamiento real, aquello que llamaba la atención: secuestros tan prolijos, escaparse de la cárcel por túneles donde nadie había visto la tierra. Una cantidad de cosas. Y recordemos el fusca de los “tupas”, que llegó a usarlo Volkswagen para hacer propaganda: “Es el que usan los tupamaros”. Cuando aparecen como grupo político aparece toda la historia. Estuvieron tantos años presos, algunos enterrados en aljibes por años, sin ver a nadie. Se generó alrededor de ellos una gran leyenda. Hay una cuestión clara: el resto de la izquierda decimos “los tupamaros no lucharon contra la dictadura porque estaban todos presos; lucharon desde adentro y desde el exilio”. Sin embargo, a la cuestión internacional es como que los tupamaros lucharon contra la dictadura. A la pregunta tuya: quizás la usaron en algún momento. Acá se han escrito muchos libros, más que ningún grupo de izquierda. Hasta le hicieron una película. Respecto a Tabaré Vázquez, hoy le preguntaron a Mujica y él respondió: “va a pasar a la historia, con una humildad. Yo pasaré a la historieta de Uruguay”. Tabaré que le ganó con el tabaco a la Philip Morris. Yo no sé si se plantearon usarlo, pero es cierto que Mujica tenía todo ese halo. La pelearon desde siempre. Hicieron un trayecto desde la lucha armada y entraron en el Frente Amplio, que dieron un gran empuje. Sin duda con la integración del Movimiento de Liberación Nacional llegamos al Gobierno. Hoy en día, el MPP sigue siendo la agrupación política con mayor cantidad de votantes en la izquierda.

GS: Su perspectiva con la dictadura, ¿era de reconciliación, revancha o superación?

EF: Reconciliación. Y esto le generó problemas con los familiares. Él consideraba que algunos militares estaban viejos y por lo tanto no había que juzgarlos. Antes de ser presidente y siendo presidente lo planteó. Eso siente él, no el resto que entendemos que la justicia tiene que actuar y no podemos permitir la violación a los derechos humanos. Mujica siempre fue el hombre de la conciliación. Es más, hubo un general acusado por violar los derechos humanos, se enfermó, estaba preso y Mujica lo fue a visitar. Creo que ya no era presidente.

12.1.4. Agustín Canzani, sociólogo y analista político

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en Uruguay?

AC: En Uruguay la socialdemocracia es muy parecido a lo que podría ser la socialdemocracia a nivel internacional, pero que se asemeja más al batllismo. La experiencia batllista es una referencia fuerte en el país por tres o cuatro aspectos: la legislación laboral, los derechos sociales, la intervención del Estado en la economía. A eso si le sumamos el modelo tributario, aparece el Frente Amplio.

GS: ¿Cómo definirías ideológicamente a la gestión de José Mujica (2010-2015)?

¿Entraría en este rubro de socialdemocracia?

AC: A grosso modo, sí. A veces hay un esfuerzo por insertar las categorías. Y más cuando en Uruguay tuvimos experiencias socialdemócratas antes. Yo le agregaría dos o tres elementos: la asignación de nuevos derechos, hay un énfasis por colocar el cooperativismo y la economía social. De rasgos socialdemócratas hay una fuerte articulación con los trabajadores organizados, políticas sociales y la idea de un Estado interventor en la economía. En Uruguay lo que sucede es que la socialdemocracia no aparece como rótulo entre los fundadores del Frente Amplio. Por ende, no es una apelación muy popular. Igual, la taxonomía puede ir por ahí. Sobre todo, porque los gobiernos del Frente Amplio nunca se plantearon romper con el capitalismo. Además, en ciertos sectores se plantea avanzar en la propiedad pública, más que la socialdemocracia clásica. Si tuviese que caracterizar al gobierno de Mujica diría que mezcla matices de izquierda y progresismo.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

AC: Pepe es una persona desordenada en lo discursivo. Primero hubo una etapa a de unidad y solidaridad. Después, apareció la agenda de los nuevos derechos. Más allá de que la agenda de derechos no es de la visión de Pepe. Surgieron por la presión de grupos organizados. El Frente Amplio es un partido político que explica mucho mejor las características de los gobiernos que los propios presidentes como tales. Más allá que de afuera se vea de otra manera. Pero es un partido organizado, fuerte, con discusión programática. Y hubo una tercera etapa, hay un modelo claramente desarrollista. Hay un intento fuerte con una agenda productiva: la

megaminería, la planta de alcoholes, el puerto profundo. En el medio de esto, Pepe es una persona de abrir agendas. Yo te diría que Pepe se caracteriza por un estilo más que por un tema discursivo. No vería un eje discursivo único.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

AC: Insisto: Pepe es un tipo capaz de manejar agendas variadas a lo largo del tiempo. Quizás, discursivamente, o más en términos de imagen, Pepe es así y, además, su equipo trabajó mucho la idea de la modestia y la humildad. El presidente más pobre del mundo. Pepe es así. Vive así. Pero hubo una cierta producción de un estereotipo entorno a eso. El tema es que en Uruguay eso no era una novedad. Para nada. Todo el mundo sabía que Pepe vivía así. Es un modelo que en el exterior pegó mucho. Pepe fue un presidente muy cercano. Te lo podías cruzar en la calle, comiendo en un boliche o en carnaval. La novedad era que te lo encontrabas siendo presidente. La potenciación de esa figura, de alguien muy humilde, cercano, sencillo, muy cotidiano eso sí es un estereotipo que tenía las bases reales y se reafirmó. Y que de alguna forma permitía antagonizar con la idea de un político más de escritorio, menos popular, un político menos cercano a la gente, un político con más bienes personales, con más patrimonio, etc. Eso sí en términos discursivos puede ser un diferenciador.

GS: Simbólicamente, ¿qué caracterizó a Mujica?

AC: La de un hombre despojado, sincero, sencillo. No es una pose. No está trabajado. Muy auténtico. Y en la autenticidad entran las cosas buenas y malas. Muy caprichoso. Puede responder bien o mal a un periodista. En su campaña, en las internas, el equipo de comunicación hizo un blog para encuadrar la comunicación de Pepe. Sacaba una publicación por semana y esa era la línea discursiva. El blog se llamaba “Pepe tal cual es”. Ese era el posicionamiento. Pepe es este. Tómalo o déjalo. El componente de autenticidad marcó mucho la presidencia de Pepe. Y en eso hay un cierto antagonismo con alguien que puede tener una fachada.

GS: ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para proyectar la gestión?

AC: Pepe no le gusta hablar de la cana. No hace de eso un recurso para posicionarse. Repasa su vida, pero no necesariamente eso. Eso puede estar, pero en el marco de una narrativa más

general. Eso solo lo hace para conectar personas que se sienten identificados con su estilo de vida. La peripetia personal es mucho más importante para construir su imagen fuera de fronteras que adentro. Los gobiernos de Frente Amplio están llenos de personas que estuvieron presos. No es el único caso. Incluso, hay un montón de personas que sufrieron eso siendo del Partido Comunista, no tupamaro. Eso influye mucho desde la construcción del exterior. “El Mandela uruguayo”.

GS: Respecto a la última dictadura militar, ¿Mujica tenía una narrativa de reconciliación, confrontación o superación?

AC: La postura de Pepe fue “esto ya pasó”. Acompañando los temas de derechos humanos. Si yo me encuentro con alguno que me la dio, hasta quizás terminamos tomando una. En Uruguay, la represión alcanzó a toda la izquierda. Los Tupamaros fueron solo una parte. La postura de Mujica fue “hicimos cosas y pagamos por ellas”. Lo que no quiere decir que en algunos casos lo ha usado de manera particular. Mujica, por ejemplo, estaba a favor con la Ley de caducidad. Pero lo hizo porque le servía en la interna del Frente Amplio. Esto demuestra que Pepe es totalmente pragmático.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

AC: El principal mecanismo de comunicación de Pepe era el noticiero de todos los días. Vos te ponías frente a la tele y tenías tu dosis diaria de Pepe. Hay un humorista acá, Darwin Desbocatti, que decía que era Drupi, Está en todos lados. Y los periodistas lo buscaban. Eran como las moscas a la miel. Estaba Pepe inaugurando algo o saliendo de Casa de Gobierno, tenía diez micrófonos y siempre te daba algún título. Ese fue el mecanismo fundamental. Recuerdo muy pocas cadenas, conferencias, reportajes muy pocos para medios locales. El gran tema era lo que aparecía en televisión, que no necesariamente era una entrevista. Podía ser a la salida de un acto, en un diálogo con la gente, en un encuentro causal con los periodistas. Además, tiene una enorme vocación para generar diálogo con la gente. Era muy querido en su cenit. Después tuvo con el semanario Búsqueda, que es liberal, una relación con un periodista que sacaba todos los jueves un off. En la campaña, salió un libro “Pepe coloquio”. Son doce entrevistas. Y Pepe dice cualquier cosa. Dice sobre los peronistas, sobre la persona que maneja la aduana en Buenos Aires, sobre los compañeros del Frente Amplio. Son cosas que no te

sorprendían. La preocupación es gigantesca en la campaña. Pancho Vernaza que era el publicista que manejaba la campaña habló con Pepe para que se tranquilice y se alinee a la estrategia de la campaña. Y un día desaparece Pepe. Lo encontraron con dos periodistas de Búsqueda en un café. Y aparece el semanario que en vez de decir Mujica, decía “Fuentes del equipo de Mujica”. Y él se jactaba de que no era tan indisciplinado por esa táctica. Ese era el estilo de Pepe, negociaba con los periodistas. En algún sentido, fue un estilo dinámico, de crear agenda y espontáneo. Con los riesgos de la comunicación Pepe. Tiene una frase que era “Como te digo una cosa, te digo otra”. Pero no tuvo un canal formal de comunicación. Así y todo, siempre estuvo presente en la agenda pública. Cuando terminó su gestión, los periodistas y los humoristas se querían matar. Porque les daba siempre un título. Y Tabaré Vázquez era todo lo contrario.

12.1.5. Matías Ponce, Doctor en Ciencia Política, investigador y autor del libro “Pepe es el mensaje, Mujica es la estrategia”

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en América Latina?

MP: En Sudamérica nosotros tuvimos intentos de trasladar ideas de socialdemocracia europea, en sus diferentes vertientes, alemana, inglesa, de la mutación PSOE, y en América Latina recibimos ciertas partes. Obviamente, acá no tenemos el mismo fortalecimiento del sistema de partidos que en Europa. Entonces, esas líneas que cruzaron el océano partieron de París y llegaron a Montevideo, Buenos Aires. Esas ideas tuvieron que convivir con la inestabilidad de nuestro sistema de partidos, con los liderazgos populistas y de la triada iglesia, oligarquía terrateniente y militares. Desde el siglo XIX, se apoderaron del control del poder político. Tuvieron unas expresiones mínimas, que fueron muy debatibles. ¿En qué sentido? La llegada al socialismo en democracia. Esto en América Latina no se tradujo con partidos fuertes. Los partidos socialistas de acá eran estables, pero pequeños, que tenían que negociar con los partidos tradicionales. Argentina, Uruguay, Chile, Colombia, Perú, Brasil: siempre estuvo esa vía, pero muy pequeña. No se siguió el mismo camino que en Europa, que fue un camino de acumulación. En América Latina, en el caso de Uruguay, tuvimos un socialdemócrata que fue José Batlle y Ordoñez y posteriormente su sobrino, Luis Batlle Berres, los dos batllismos fueron lo que nosotros conocemos como la respuesta socialdemócrata. Insertas en un partido como el Colorado. Creía en la democracia, republicanos, rol importante del Estado en la asignación de recursos, ley de divorcio, laicidad. El primer país que tuvo la ley de divorcio, la ley de 8 horas laborales. Siguiendo el hilo, la socialdemocracia no se expresó en un partido socialista, sino en un partido centenario.

Entonces, en Uruguay el componente socialdemócrata es muy importante. Han gobernado durante el siglo XX mucho tiempo. Con algunas excepciones, por ejemplo, hoy. Te lo paso a Chile, en el caso Radical. La gran figura de Pedro Aguirre Cerda fue como un Batlle y Ordoñez en Chile. Fue el gran presidente socialdemócrata en Chile. Creador de obra pública, hospitales, colegios. En Chile esa transición entre el liberalismo y la socialdemocracia se vivió diferente que el resto de América Latina, donde la tríada (iglesia, militares, oligarquía) frenó todo tipo de idea socialdemócrata. Y pasaron el siglo apoyando movimientos populistas, como el peronismo en Argentina. Volviendo al caso uruguayo, las ideas socialdemócratas estuvieron en el partido Colorado hasta la mitad del siglo XX, que el Partido Nacional las incorpora a

través de un sector que se llamaba Bloque Nacionalista Independiente que comenzó a ver con simpatía luego de la gran depresión estas ideas de un Estado más activo y se sedujo en la década del sesenta con la economía planificada de la CEPAL. Entonces, ahí empezaron a convivir dentro del Partido Nacional y Partido Colorado sectores socialdemócratas. Ahí nace el Frente Amplio en 1971. ¿Cómo surge el Frente Amplio? Y eso explica en cierto sentido las diferencias entre Tabaré Vázquez y José Mujica. Porque si tú le llegas a decir a Mujica que es socialdemócrata se nos muere en el acto. Él está lejano de las ideas socialdemócratas. Ojo, su gobierno sí fue socialdemócrata. Los partidos socialistas menores comenzaron a convivir con los partidos comunistas y otras fuerzas. ¿Qué otras fuerzas? La democracia cristiana, el Partido Comunista y el Partido Socialista. Empiezan a negociar. Y si uno ve la línea del Frente Amplio y la carta fundacional de Líber Seregni, que era un militar que participó en la creación y en ese discurso de 1971 va a trazar las líneas socialdemócratas del Frente Amplio: creemos en derechos civiles y sociales, creemos en un rol redistributivo del Estado sin afectar la empresa privada, no buscamos la expropiación. ¿Cómo llega el Frente Amplio al poder? Pasa la dictadura, un montón de dirigentes presos, los principales líderes en el exterior, se negocia la salida en 1984, empieza de vuelta la democracia. Y desde 1985 en adelante empieza un goteo de los partidos Colorado y Nacional hacia el Frente Amplio. Y ahí comienza el Frente Amplio a constituirse como un real tercer partido. En 1985 ganó Sanguinetti, que es el abanderado de la socialdemocracia en el Partido Colorado. El ala socialdemócrata del Partido Nacional queda bastante herida porque Wilson Ferreira que es el líder socialdemócrata vuelve del exterior, después de estar proscrito, y estaba llamado a ser presidente en 1989, pero muere de cáncer en 1987. Entonces, el ala socialdemócrata del Partido Blanco empieza a migrar hacia el Frente Amplio. Y con el consenso de Washington, los partidos Blanco, Lacalle padre, por ejemplo, y Colorado empiezan a aplicar políticas neoliberales. Esto explica porque el Frente Amplio crece tanto en su electorado. Entre 1994 y 2004 el Frente Amplio se convierte en el primer partido del país, gracias a que absorbe a dirigentes de los partidos tradicionales. Esto obliga a que en 2004 se considere como un partido socialdemócrata. Esas partes que en 1971 habla de expropiaciones quedan borradas.

GS: ¿Qué presidentes de la Nueva Izquierda Latinoamericana en el siglo XXI considerarás como socialdemócratas?

MP: Horacio Cardoso, Sanguinetti en su segunda presidencia, Tabaré en sus dos gestiones. Mujica, no como líder, pero sí su gestión. Claro que Ricardo Lagos, el mejor presidente de

América Latina. Michelle Bachelet en su primera y, sobre todo, segunda gestión. Alan García tuvo algunas ideas socialdemócratas, pero no respetó las instituciones democráticas y a la transparencia. Y paró de contar en Sudamérica.

GS: En tres líneas, ¿qué es ser socialdemócrata en Uruguay?

MP: Creer en la democracia y el republicanismo, creer en derechos sociales y el rol redistributivo del Estado, y ser absolutamente liberal en materia de derechos civiles. El primer país que legisló sobre divorcio, matrimonio igualitario, aborto, eutanasia, ley “trans”, marihuana. Con ese plus liberal-republicano que tiene el sistema uruguayo.

GS: ¿Cómo definirías ideológicamente la gestión de Mujica?

MP: La gestión es totalmente socialdemócrata. Viene con un plan de gobierno. Porque los partidos políticos pesan. Y el presidente tiene que respetar eso. Y ese plan era socialdemócrata. El gobierno fue socialdemócrata porque en los ministerios estuvieron los diferentes sectores socialdemócratas. Tuviste un gobierno en lo económico liberal, que se abrió bastante. Fue un gobierno que por supuesto reforzó las políticas sociales y el rol del Estado. Se creó una nueva universidad pública. Además de la Universidad de la República, tenemos una Universidad Tecnológica, que es una creación de Mujica. Se creó un plan de vivienda promovido por el Estado. El rol de asegurador de derechos sociales del Estado estuvo fuerte. Y por supuesto la agenda de derechos, esta vertiente liberal-republicano: aborto, marihuana, matrimonio igualitario, la ley de cuotas de participación femenina, la ley de ocho cuotas para los trabajadores rurales que no existe en Latinoamérica. Todo eso fue un gobierno socialdemócrata. Ahí hay papers que yo escribí, donde Astori fue el padre del milagro económico y Mujica el caudillo.

Ahora, ¿por qué no Mujica? Al igual que Churchill, él dice que hay que tragarse un sapo todos los días. Y él se tragó varios sapos. Él es un líder que tiene componentes anárquicos, es un líder que le habla a lipovetzkianas. Ideas bien liberales filosóficas del postconsumo. A él no le gusta la economía centralizada, en la burocracia. Él cree en la vida comunitaria. De hecho, él vive así. Y es totalmente como vive Tabaré Vázquez, un médico profesional, empresario, un socialdemócrata por excelencia.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

MP: Hubo un divorcio en la trama. Mujica moderó su discurso absolutamente redistribuidor, de expropiación, en la campaña. Y cuando llegó el gobierno, la trama le va a poner su espontaneidad y yo vengo acá a hacer las cosas. Al estilo Mujica, rápido. Y Astori me va a mantener la casa en orden. Y de hecho, es muy interesante, es una campaña que estuvo muy bien hecha, dirigida por Pancho Vernazza. Pancho Vernazza lo que propuso dentro de la campaña era “Vamos a ver siempre a Astori con los papeles en la mano y a Mujica viendo y Astro señalándole cosas. Todo lo que sea Astori va a aparecer en azul; Mujica va a aparecer en rojo. Razón va a ser Astori, Corazón va a ser Mujica. Todo eso lo que fue en definitiva lo que fue la trama y el relato de gobierno que después es lo que vivimos. Mujica viajó por el mundo, a tomar la agenda de derechos, a posicionar Uruguay. El equilibrio fue la trama. Astori se va a encargar de la economía y Mujica lo dejamos con las cosas más liberales y que sea Mujica. Un tipo muy querido, campechano, pero desordenado.

GS: ¿Eso se puede traducir en una trama de modernización?

MP: Exacto. De hecho, una de las líneas conceptuales era “Uruguay, país de primera”. Durante todo el gobierno de Mujica, que fueron los mejores años económicos del Frente Amplio. Incluso, pese a la crisis de 2008. Uruguay la esquivó porque se despegó de Brasil y Argentina. Estuvo durante todo el gobierno de Mujica esa idea fundacional. Estamos creando un nuevo país. Él era un excelente vocero de eso. Pero él no estaba de acuerdo. Ninguna ley de estas leyes (marihuana, aborto, matrimonio igualitario) fueron ideas de él. Estaban en el programa de gobierno. Y se debían cumplir. Entonces, Mujica debía cuidar los equilibrios dentro de la coalición. Vos tenés desde la Democracia Cristiana hasta el MPP y el Partido del Pueblo, que es trotskista.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

MP: El contradestinatario en los gobiernos de Vázquez fueron los partidos políticos tradicionales. Un tema más clásico en comunicación política. En Mujica fueron los “contra”. Los que están pegados a la teta del Estado, los que no son liberales. Los que están en contra del progreso. Por eso, encantó a los empresarios. Igual que Bachelet, que los empresarios la aman. El contra fueron los que no querían el cambio, los funcionarios públicos.

GS: ¿Pero no llegó a ser un discurso de polarización?

MP: Mujica fue todo lo contrario a la polarización. Fue un presidente que llamó al diálogo abierto, dentro del Frente Amplio y con los partidos tradicionales. Fue un presidente totalmente moderado. Y su estilo solo fue posible gracias al sistema de partidos sólido de Uruguay. Él es hijo del sistema de partidos. En Venezuela o Bolivia hubiese sido imposible. No hubiese durado ni un mes. Y su llegada al poder es un montón de renunciaciones, de moderaciones. Por eso, Pepe es el mensaje que la gente comprende; Mujica es la estrategia. Él es un tipo rational choice porque sabe todos los pasos que tuvo que dar para llegar a la presidencia.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

MP: No, solamente Lula. Los dos vivieron un proceso de renunciaciones estratégicas, de moderaciones estratégicas, que le permitieron llegar al poder. Comerse esos sapos. Convivir con esas ideas socialdemócratas. Imaginate Lula todo el esfuerzo que tuvo que hacer para convivir con el liberalismo. Claro, Mujica, a diferencia de Lula, cuenta con un sistema de partidos sólido. Por supuesto que no puedo compararlo con Bachelet y Lagos. Lagos es totalmente distinto, es la antítesis de Mujica. Bachelet y Mujica los dos desconfían de los partidos políticos. Como vienen desde la época de la represión, del secretismo, tienen el mismo modus operandi, desconfían mucho de las estructuras partidarias. Y Bachelet cree en la socialdemocracia, Mujica no. Y abrazan las ideas liberales, pero no están convencidos.

GS: ¿La práctica discursiva de José Mujica se concentró más en el pasado (lógica reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiracional)?

MP: Pasado para nada. Mujica siempre habló de futuro. Él siempre busco crear, fundar. Para los partidos tradicionales fue un “chanta”. Para mí claramente, no. Tabaré tenía un estilo distinto.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de José Mujica? Por ejemplo: Cristina

Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

MP: Fue todo un repertorio simbólico. De hecho, mucha gente lo critica: fue todo simbólico y nada concreto. La perra Manuela. Su fusca. Todo el mundo conoció su casa. Inusitado el interés que despertaba para los medios internacionales. Una persona que vivía como el pueblo. Es la antítesis de Tabaré Vázquez. Es Ricardo Lagos. Un estadista. Un profesional. Un empresario. Lee el mundo desde una perspectiva diferente a la de Lagos, que es un destacado académico. Tabaré es masón igual que Lagos. Desde la simbología reivindicó la figura presidencial. Durante su gestión nos tuvimos que concentrar en la cercanía, en estar cerca de la gente. Con Mujica eso no era necesario. Por lo contrario, necesitábamos adosarle la agenda económica, de inversiones. Y los que nos sentamos en una mesa con Mujica, sabemos que es así. Se viste así, vive así. Es una persona normal que llegó al poder. Una persona del pueblo. Hay algo muy simbólico entre Tabaré y Mujica. Mujica todos los días acudía a nuestro edificio, Presidencia de la República, que es la Plaza de la Independencia. Y Tabaré gobernaba desde la Residencia de Suarez, la residencia de los presidentes. Ahí puso su oficina de gobierno. Estos eran dos estilos diferentes. Porque Mujica estaba al tanto de la interna del gobierno todos los días. En cambio, Tabaré, estaba en el olimpo, alejado, desde donde no se puede ver la realidad.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

MP: Las que se te ocurran. Todas. Mujica tuvo una presencia permanente en los medios de comunicación. Te dirigía la agenda pública. Tenía tres o cuatro intervenciones semanales en los medios de comunicación. Sin avisarle absolutamente a nadie. No tuvo asesores. Él fue su propio asesor. Nosotros íbamos reparando lo que él decía. A veces, incluso, desdiciendo lo que decía.

Y sedujo a los medios de comunicación, que supuestamente son contrarios al Frente Amplio. Un presidente absolutamente mediatizado. Entendió perfecto la lógica de los medios. La presencia permanente le permitió llegar a sectores fuera de Montevideo. Y el factor sorpresa. Siempre irrumpía con una novedad. Y trajo algunas rispideces en el gobierno. Que chocaba con Astori. El desarrollismo de Mujica no encajaba. Nuevas empresas públicas que Astori, un socialdemócrata liberal, no estaba de acuerdo. No tenía redes sociales, pero tenía radio, que así llegaba a gente que estaba fuera de Montevideo.

GS: ¿En qué medida usó el storytelling personal para proyectar la gestión?

MP: En todo. Su gobierno y su relato se entendía por Pepe Mujica. Que también dejó un vacío que fue muy difícil de llenar durante la gestión de Tabaré, que desaparecía. Que dejaba mucho la cancha para que los ministros jugaran. El relato era Mujica. La agenda de derechos se asoció a Mujica. Pero no era de Mujica. Él estaba de acuerdo, pero no fueron ideas de él.

GS: En el plano enunciativo, ¿puso en circulación JM su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar? ¿Esto le sirvió para utilizar esa política de diálogo con la oposición?

MP: Por supuesto, él era un símbolo. Él podría haber venido con ideas revanchistas, que serían totalmente comprensibles después de estar preso durante 13 años, 3 años en un pozo negro. En una época, hicimos una campaña para que ganara el Nobel de la Paz. Y se lo tenía que haber ganado porque usó su historia no de modo revanchista. Y ahí cuando se despidió del senado lo volvió a decir: “Yo no cultivo el odio en mi corazón. Se pueden quedar tranquilos que no cultivo el odio en mi corazón”. Y se dio un abrazo con Sanguinetti.

GS: Entonces entre reconciliación, confrontación y superación...

MP: Reconciliación. Superación y reconciliación. Es genuino. Él piensa así. Él actúa así.

GS: ¿Como en la votación de la ley de caducidad?

MP: Él lleva posiciones personales, por eso su diálogo con las fuerzas políticas es bien complicado. Yo creo que él aprende. Pero al principio decía “hay que olvidar”. Y muchas personas decíamos dentro de la fuerza política decíamos: “Olvidar, no. Hay que investigar, hacer justicia, posteriormente hacer las cuestiones de reparación y después que quede en la historia”. Muchos de nosotros criticaron el tema de los militares. Y toda una línea. Ahí estaba Huidobro, que él era un militar más. Ellos estuvieron presos juntos. Fueron muy amigos.

12.1.6. Analista político (AP) anónimo⁶⁰

GS: ¿Cree que se entiende por socialdemocracia en Uruguay?

AP: Es muy genérico. Sanguinetti se dice a sí mismo socialdemócrata. De hecho, el Frente Amplio y Sanguinetti en un momento mimoseaban con la Internacional Socialista. Muchos dicen en Uruguay que dicen que la socialdemocracia es el batllismo. El investigador británico Henry Finch dice que el Frente Amplio es el batllismo del siglo XXI. Que recogió sus banderas. Hoy el Frente Amplio es el partido más grande del país. Lo es desde el 1999. Es la primera fuerza política del país. La socialdemocracia es el Uruguay de mi hijo el doctor. Tabaré Vázquez es el hijo tipo del Uruguay, hijo de un obrero y de una ama de casa. Con esfuerzo pudo llegar a la universidad y ser profesional. El Frente Amplio tiene una visión socialdemócrata. En 1971 se declaraba antiimperialista y antioligárquico, pero no se planteaba la construcción del socialismo. El Partido Socialista y el Partido Comunista sí se lo planteaban. Pero el Frente Amplio no. Uruguay, por sus indicadores, podés decir que es el país que mejor distribuye y que es una socialdemocracia. En esa ecuación que hay entre libertad e igualdad, el Frente intenta contribuir a la igualdad. Y los números dicen que bajó notoriamente la miseria y la pobreza durante sus gestiones. El Frente Amplio es el portavoz más genuino de la socialdemocracia en Uruguay. Además, Uruguay tiene uno de los sistemas de partidos más antiguos del mundo, junto a Inglaterra y Colombia. Los partidos Blanco y Colorado surgen en 1836, con la Batalla de Carpintería. El Partido Socialista está desde 1910 y el Partido Comunista desde 1920. La unificación de la izquierda se produjo en 1971. El Frente Amplio es uno de los portavoces de la socialdemocracia en Uruguay. Hoy el Partido Colorado es menos del 10%; el Frente Amplio, el 40% de los votos.

El Frente Amplio es el portavoz más genuino de la socialdemocracia en Uruguay.

GS: ¿Cuál fue la trama de José Mujica?

AP: Concretó algunas de las cosas que empezaron a esbozarse con Tabaré Vázquez. Desarrolló una agenda que Vázquez no le dio importancia. Despenalización del aborto se hizo con Mujica

⁶⁰ El entrevistado pidió conservar su identidad por razones profesionales.

y Vázquez lo vetó. No es que Mujica que se entusiasmaba con eso. supo que pasaba en la sociedad y lo dejó correr. Un vector es la nueva agenda de derechos. Y algo fundamental: con el gobierno de Mujica, el gobierno se metió en tu casa y en la mía. El estilo de gobernar, el tema de la cercanía era un hecho sustantivo. Muchos empresarios que critican porque fue un gobierno desordenado, les fue más fácil hacer negocios por Mujica y por Suarez. Yo recorrí el mundo con Mujica, por los libros o por Búsqueda. Y lo vi en Japón, Colombia, Turquía y llenaba estadios.

GS: ¿Quién fue el adversario, genérico o personalizado, de la gestión de Mujica?

AP: Personalizado, no. La pobreza y la desigualdad, sí. Pero él no enfrentaba. La mayoría de los intendentes son del Partido Nacional y él tuvo una relación muy cercana. Y pudo resolver cosas de años y años. Por ejemplo, el tema de las patentes. ¿Por qué? Porque tiene una llegada a los intendentes del interior que facilitó todo. Con su lenguaje, su cercanía. De hecho, se ha llevado a los intendentes a la Estancia de Anchorena, que es donde se gobierna.

GS: Discursivamente, ¿en qué diferenciarías Tabaré Vázquez y José Mujica?

AP: Tabaré Vázquez se le iluminaban los ojos cuando hablaba de medicina. El resto no le importaba mucho. Mujica era un lector empedernido. Te puede hablar de la Mesopotamia de Egipto, de Roma, de Rosas y Perón. Matriz ideológica e intelectual, mucho más Mujica. Sólido. Cuando Vázquez empezó su gira en 1989 recurría a citas de Galeano y de la biblia.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades comunicacionales de Mujica para conectarse con la gente?

AP: Trabajando para el semanaria Búsqueda, durante 16 años, todas las semanas hablé con Mujica. Él hablaba mucho con Búsqueda, con Canal 10 y radio Montecarlo. Eso era metódico. Había una confianza entre político y fuente. Él era muy mediático. Y te daba títulos. El periodista que te diga que no quiere tener una relación con el presidente es un mentiroso.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de José Mujica?

AP: Mirá, cuando fuimos a presentar el libro “Una oveja negra al poder” en mayo de 2015 en

la Feria del libro en Palermo. Ese decía jugaban River y Boca. Era la sala más grande que entran 1200 personas y estaba llena. Me acuerdo de que cuando hablaba de igualdad, de integración latinoamericana, la mitad del auditorio lo aplaudía, que era la parte kirchnerista. Cuando hablaba en contra de la corrupción, la otra mitad no kirchnerista lo aplaudía. Cuando Mujica fue a la inauguración del teatro Colón, invitado por Macri, Cristina se enojó. Esto partiendo de la base que ustedes, los argentinos, nos quieren mucho más que nosotros a ustedes. “Los países no se mudan”, frase de Mujica. Y con Argentina siempre dice “Somos hijos de la misma placenta”. Mujica es un animal político. No tiene hijos. La política es todo. Algunos de sus colaboradores le dijeron si podían empezar 8:30 para llevar a sus hijos a las escuelas y él no lo entendía.

GS. ¿En qué medida usó el storytelling personal, como preso político, como ex tupamaro, para proyectar la gestión?

AP: Yo tengo 53 años. Yo no estudié periodismo. Yo fui criado en una familia comunista. Mi padre fue preso en la dictadura. Desde que tengo memoria, me acuerdo de estar a caballo de mi padre en el local del Partido Comunista. Cuando yo iba a la escuela, mi padre fue detenido por cinco años. Solo lo veía una vez al mes. Yo le pasaba los mensajes de mi madre, porque a mí me dejaban verlo de manera directa. Después me alejé de esa tradición. Pero amigos míos me decían: ¿qué hace un “bolche” en la cueva de los “tupas”? Son dos de las grandes escuelas: “bolches” y “tupas”. Ahora soy una mezcla de periodista y aquel militante. Yo tengo un hermano que es el preparador físico de Gallardo. Fue militante del Partido Comunista y no puede verlo a Mujica. Hay una historia fuerte. Tiene que ver con el relato. Si vos le preguntas a un joven uruguayo sobre la dictadura, la historia más matizada es la de los tupamaros. Hay una película se llama “La noche de los 12 años” que muestra eso. La literatura que sacaron desde que salieron de la cárcel, a través de su editorial “Tupac Amaru ediciones” y los libros “Memoria del calabozo”, las crónicas de Huidobro y Rosencof. Podés estar de acuerdo o no, pero tiene muy buena pluma Huidobro. Y como orador era increíble. Esa historia a Mujica le rindió. El Mundo de España fue el primero sacó una nota que quedó: “El presidente más pobre del mundo”. Y eso quedó. Por más que tenga una chacra que vale tanto. Eso quedó. Entonces, notoriamente, el personaje Mujica estaba ataviado con sus ropajes históricos, con su propia historia de vida. El hecho de que la mujer le tome juramento contribuye a esa epopeya, la hace cinematográfica. Aparte, notoriamente, vos vas a Uzbekistán y se dan vuelta. Decís Tabaré Vázquez o Batlle y nadie se da vuelta.

GS: Su perspectiva con la dictadura, ¿era de reconciliación, revancha o superación?

Yo te diría reconciliación. No de revancha. Él habla en contra del odio. Ese pliegue de la construcción de Mujica generó quiebres dentro de la izquierda, más allá de que él iba a las marchas del 20 de mayo por “Nunca más desaparecidos” y el gobierno siguió haciendo cosas, buscando restos de desaparecidos, digamos que no era un tema tan sentido como lo fue en el gobierno de Vázquez, que no digo que él lo sintiera. Había una lógica, que es la de los tupamos, que es “nos dimos con los fierros, perdimos y nos la bancamos; nada de llorar”.

GS: Si me tuvieses que decir dos valores de la gestión de Mujica...

Republicano. Nadie es más que nadie. Presidente accesible. Y poner a Uruguay en las grandes ligas.

12.1.7. Clarisa Hardy, académica y dirigente del Partido Socialista

GS: ¿Crees que hay una socialdemocracia en América Latina?

CH: Yo creo que hay una cultura muy vergonzante de la socialdemocracia. Ni siquiera fueron asumidos los propios debates que estaban instalados al interior en la socialdemocracia de Europa. Y por eso es muy difícil definirse como socialdemócrata por esas evocaciones que hay. La más clara: el momento más importante de la tradición socialdemócrata, laborista, nace con las cumbres Progressive Governance Summit desde el 2000 al, puede ser que la última haya sido en el 2010, que fue el periodo de auge de las izquierdas europeas, de la socialdemocracia europea en sus diferentes expresiones. Fueron invitados Chile, porque estaba Ricardo Lagos, Brasil con Lula, y en el primer mandato de Cristina, también fue invitada Argentina. Soy muy consciente de esto porque se juntaban los países de expresión del progresismo. En la primera estaba Clinton. Fue muy impresionante: estaba Canadá, Estados Unidos y 14 países europeos. Pero fue el momento del auge del laborismo de Tony Blair. Entonces, todo el imaginario de la socialdemocracia, que en el caso Latinoamericano sería interesante ver la experiencia española, tomó el viraje de la tercera vía de Blair. Volviendo a tu pregunta, tenemos una tradición vergonzante, poco explícita. Y una parte de la Concertación y de la Nueva Mayoría la conforma la socialdemocracia de izquierda.

GS: ¿En qué medida la segunda gestión de Michelle Bachelet puede considerarse socialdemócrata?

CH: Ahí por fin se empieza a asumir la socialdemocracia clásica. Pero también esto se ha confundido cuando la propia democracia cristiana empieza a reivindicar la defensa de la socialdemocracia e incluso a autoidentificarse. Por eso digo que es muy difícil para América Latina poder definir genuinamente, poder abiertamente decir que uno es socialdemócrata al estilo de la aspiración nórdica. Ciertamente, lejísimos de eso. Yo me sentiría más cómoda retomando la experiencia de Felipe González, que después abdica y renuncia a los propios fenómenos a los que dio origen. Esta parte de la dificultad. Que nosotros nos estemos planteando medidas de bienestar en la medida de los tamaños de los Estados de estos países y lo que nuestras cargas tributarias permiten se parecen a lo que fue Felipe González en sus inicios. Antes de que el neoliberalismo empezara a generar consensos mayores en el mundo y fue invadida la propia socialdemocracia de ciertos límites que tienen los laboristas británicos

hoy en día, es lo que hizo el cambio en el PSOE, que está refrescando sus orígenes. Y esa discusión acá no has podido darla por lo vergonzante que es y porque se nos abrió un flanco de izquierda que es el Frente Amplio, que es otro tipo de izquierda que ya estaba presente en otro tipo de izquierdas en América Latina, pero que a la conclusión que estamos llegando es que están poniendo en riesgo el proceso democrático en esos países. Ya ni hablemos la universalización de los derechos sociales. Yo creo que estamos en una pobreza de debate político-sustantivo muy grande. Y por eso no es fácil de asumir esta discusión.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

CH: Ella renunció a hacer explícito lo que empezamos a señalar con ella en el primer gobierno, que es la creación de un sistema de protección social en Chile. Que es lo que más genuinamente se acerca al debate de la construcción de los Estados de bienestar. Y se renunció porque se convirtieron las reformas emblemáticas, educación universal gratuita de calidad, sistemas de salud, en vez de englobar este sistema de protección con derechos garantizados que es lo que le daba cuerpo y articulaba al conjunto de las distintas reformas emblemáticas que ella señaló. Que es una manera de conceptualizar el desarrollo. Tal vez faltó tener comprensión de ese relato. También falló la gestión política. Porque tú puedes decir había una narrativa que una cierta parte mayoritaria de la alianza que la acompañaba, pero no completa, sostenía. Pero una vez que tienes un relato el problema de gestión política fue su más severa limitación. El castigo de esto es que hoy en día hasta la propia narrativa se pone en discusión por una incapacidad de gestionar políticamente una propuesta, una oferta que parecía concitar una amplia mayoría.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

CH: A los medios de comunicación definitivamente, no. Ella construyó su proyecto político teniendo un adversario que fue la desigualdad. Eso no cabe duda. Como adversario político en la narrativa. Pero en la práctica hay dos preguntas que son relevantes a tener: ¿cómo y para qué construyes coaliciones amplias? Porque parte de los adversarios que estuvieron dentro. Es decir, todo el mundo suscribe narrativamente, retóricamente. Te encontrarás con la sorpresa que en las campañas hasta la derecha levantando el emblema de la desigualdad, porque Chile ha sido relativamente exitoso con pobreza, a diferencia de Argentina, que se redujo a un dígito.

Hoy día está por debajo del 10%. Entonces la desigualdad aparece al desnudo. Y en la retórica todos abrazan retóricamente a la desigualdad. Ella lo levantó casi sin oposición en la retórica. Entonces, en la práctica, cómo construyes tu lucha contra la desigualdad. Y acá hubo un error de gestión política, porque no se pudieron articular los medios para llevar a la práctica esa lucha contra la desigualdad. Entonces, frente a la educación pública de calidad y gratuita se convirtió en que esto es regresivo y esto beneficia a los más ricos y por lo tanto perjudica a los sectores medios, y por lo tanto parte de tus adversarios estuvieron adentro. Y el otro adversario, y eso es mucho más serio, lo están viviendo los uruguayos, que es un país excepcional, hemos construido una sociedad que es distante a estas apelaciones, por el deterioro de la oferta pública. Como hemos reducido la calidad de la oferta pública, tanto en salud como en educación, el imaginario es cómo huir de este mal servicio y por lo tanto abrir más competencia por el lado del mercado. Ese fenómeno no estuvo de la realidad social no estuvo internalizado en la mayoría que construiste para la propuesta de transformación.

GS: En cuanto al ethos presidencial, ¿en qué medida su discurso estaba permeabilizado por su condición de mujer?

CH: Yo en una entrevista antes de asumir como ministra en su primer gobierno expliqué por qué su condición de mujer le permitió recuperar la confianza que el sistema político había perdido. Yo creo que ella fue la voz de todos los perdedores, por llamarlo de alguna manera. Su condición de mujer la llevó a radicalizar la necesidad de mayor igualdad, derechos y poder a mujeres y hombres. Además, ese hecho te hace sensible a todos aquellos que, por condiciones ajenas a su esfuerzo y mérito, son desmedrados en este país. Por un lado, está su visión de género y por otro, desde que era adolescente estaba en el Partido Socialista. Entonces, el fenómeno de la desigualdad tiene que ver un poco la opción política que hiciste muy tempranamente.

GS: ¿En qué medida su liderazgo se puede asociar a lo que la bibliografía denomina liderazgo femenino, basado en la empatía, cooperativo, horizontalidad y sensibilidad, o liderazgo masculino, verticalismo, autoridad, coercitivo?

CH: No tengo dudas que ella tenía esto que hoy en día llaman poder blando. Eso es parte de sus atributos. Pero por otro lado tiene una cantidad de atributos que clásicamente se asocian a lo masculino. Como ella dice: yo creo que hay que escuchar, pero no necesariamente hay que hacer lo que uno escucha. Eso no es un liderazgo empático. Es empática en escuchar, pero en

ciertas visiones y definiciones Michelle era inamovible. Tiene un modelo de autoridad que no es el impositivo, pero tenía una clara noción de la autoridad. Ella proviene de la familia militar.

GS: En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

CH: Eso fue muy decisivo. Ella no lo usaba. De hecho, lo vas a ver en pocas entrevistas. No es la presidenta víctima que se hace cargo de las víctimas. Ella, y esto se vio con el terremoto del 2010, estaba convencida que uno no es sobreviviente. Uno en las peores adversidades no debe perder las ganas del empuje. Y ella transmitió eso. Resiliencia. Ahora su biografía marca mucho lo que son sus prioridades.

GS: ¿Y ahí podés hacer una analogía con Mujica?

CH: Absolutamente. Creo que ellos tienen en común, además de eso, que son de los pocos liderazgos creíbles. Por eso a ella la horadó el caso Caval, que su hijo estuviese involucrado en un ilícito, antiético, que es parte de las trampas que están instaladas en el país. Eso la golpeó en su credibilidad, que al igual que Mujica era su virtud. Pero ella, al igual que Mandela y Mujica, no habla desde el rencor, sino desde la persona que es capaz de salir por arriba precisamente porque vivió lo que vivió.

12.1.8. Felipe Vergara, Doctor en Comunicación y director del Magister en Dirección de Recursos Humanos en la Universidad Andrés Bello

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en América Latina?

FV: Socialdemocracia, así como la entendemos modelo Felipe González, logró existir en algún minuto con Ricardo Lagos y Horacio Cardoso. Hoy en día hay perfiles socialdemócratas. Pero acá el concepto fue apropiado por el Partido Radical. Fueron tres veces gobierno y sucumbieron. Latinoamérica está más polarizada. O eres modelo Chávez, Evo, Correa o eres modelo Macri, Piñera, Vizcarra. Es lo mismo que pasa con el Mercosur o la Alianza del Pacífico. El centro político desaparece, o eres de izquierda o eres de derecha.

GS: ¿Cómo definirías ideológicamente la segunda gestión de Bachelet?

FV: Fue un gobierno socialista duro. Muy afín al modelo socialista de Dilma Rousseff. No parecido al modelo argentino. Que se basó y cumplió, por más que cuente asumirlo, las normas que ella había establecido. En el primer gobierno sucumbió al poder económico, lo aceptó, pero no está en su naturaleza. Ella es de izquierda dura. De izquierda que viene de la Alemania Orienta. Ella se modernizó porque vivió en Estados Unidos. En su segundo gobierno puso condiciones: reforma laboral que no se modificaba desde la década del cincuenta, que claramente era proempleador de una manera perversa; la reforma de la educación; y una reforma tributaria que le significaba mayores gastos a los empresarios. Esas tres reformas son socialistas y de largo plazo. La gente no la quiso porque se iban a ver en 20 años los resultados.

GS: ¿Cómo describirías discursivamente a Michelle Bachelet en este segundo mandato?

FV: Hay dos Michelle Bachelet en el segundo mandato. La primera es la que asumió que es una mujer cercana, afable, humana, una líder que genera simpatía en la gente, que es lo que la hizo ganar, no la eligieron por tener mayores competencias técnicas, sino que por ser más líder en habilidades blandas. Eso duró hasta el escándalo de su hijo, el escándalo Caval, febrero de 2015. Le pidió 1.000.000 de pesos, que son cerca de 1.000.000 de dólares al presidente de banco de Chile como crédito y el presidente se lo presta. Y Bachelet vive de forma sencilla. Cerca de lo de mi hermano. Camina, es austera. El hijo, no. Él va a en descapotables. Es distinto. Después de eso, tenemos una Bachelet introvertida, que se acercó muy poco a la

prensa, que dejó de ser cercana a la gente, y eso le pasó la cuenta en su popularidad. La gente le perdonaba que no hubiera un buen momento económico, pero no le perdonaba que no fuera cercana. Ahí sus discursos pasaron más técnicas, más serios. Pasó a resguardarse más. Más custodiada, más autos. Ahí se perdió esa Bachelet cercana que fue elegida.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

FV: Fue un gobierno cuyo foco estuvo en los sectores populares y en la clase media. Y para eso su retórica, su discurso estuvo concentrado en que Chile le devuelva la mano a los sectores más populares, sindicalistas, gremiales, más socialista dura. Y sus reformas se fueron a eso. Y borrando en la medida de lo posible parte de los legados de la dictadura, como era la reforma tributaria, la reforma laboral, que se había presentado en defensa de los trabajadores en la época de la dictadura, y la reforma constitucional que no pudo llegar a cumplir. Eliminar todo eso.

GS: ¿Fue la primera vez que se pone en entredicho el consenso neoliberal? Porque en su primera gestión no había tocado a los sectores de poder.

FV: Sí. Empiezan a modificarse. También empiezan a modificarse los sectores políticos. Se modificó el sistema electoral, dejó de ser binominal. O eras de izquierda o de derecha. Hubo una reforma fuerte de inclusión de la mujer en la política. Las tres causales del aborto. Acá se acuñó la interrupción del embarazo. Se potenció mucho el rol de la mujer de sectores populares a través de pensiones solidarias. Ahí hubo un cambio que le costó un mucho al Estado porque la reforma tributaria no entró inmediata. Todas reformas populares que otros gobiernos no se animaron.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

FV: Los mayores enemigos fueron las mujeres de derecha: Evelyn Matthei. Fue una adversaria durísima. Después fueron otras mujeres que la criticaron a Bachelet por su apariencia física, que supuestamente era una mujer robusta. Después fue su coalición. Cuando baja la popularidad, los primeros que le dieron la espalda fueron sus socios. También le había pasado en el primer gobierno. Pero acá fue definitivo. Los sectores de más izquierda, el Partido

Comunista y el Frente Amplio fueron durísimos. Y la extrema derecha también.

GS: Si tuvieses que categorizar la polarización en el discurso de Bachelet: ¿alta, media o baja?

FV: Medio. Porque ella y su gente son más conciliadores. Michelle Bachelet y su vocero son cercanos a los medios. Hubo gobierno dialogante. Si lo comparo con el gobierno de ahora de Sebastián Piñera, que es muy polarizante. O eres comunista o eres de derecha. Piñera no genera matices. Bachelet, en cambio, sí. No la puedo votar, pero me cae bien. Eso en este gobierno no pasa. Yo creo que si lo vas a comparar con Mujica, él generaba unos anticuerpos fuertísimos en los sectores más de derecha. Eso acá en Chile no Bachelet no logró generar eso a nivel de gobierno, pero sí en su figura. Joaquín Lavín llegó a decir “Soy Bacheletista, pero aliancista”. Soy de Bachelet y de derecha. Todo un concepto de marketing político. Cuando lo aterrizas a la arena real, cuando fue alcalde por Santiago, por esta comuna, no le fue bien, le fue pésimo. Nadie quería ser contrario a Bachelet. En el primer gobierno se la acusó de ser madre soltera, pero el 60% de los hogares en Chile son monoparentales, de madre soltera. Lo que hizo la derecha fue decir “yo me represento con Chile, soy madre soltera”. La fortalecieron. Ella es el perfil de madre chilena de clase media. Ella es un personaje de clase media, hija de un general asesinado por sus padres. La historia con su contrincante, Evelyn Matthei.

Eran compañeras y amigas, porque sus papás eran amigos y compañeros de armas. Una se fue a la derecha, porque el papá de Evelyn, Fernando, se fue con la dictadura de Augusto Pinochet. El papá de Bachelet es asesinado por sus pares, incluyendo a Fernando Matthei. Entonces, una pugna que ya trasciende la política. Estuvieron juntas en Estados Unidos, pero...

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

FV: Dilma Rousseff, Lula.

GS: Tabaré, ¿no?

FV: No, yo te diría que es más Mujica que Tabaré. Tabaré es médico. Las políticas de Bachelet eran más radicales. Tabaré era más estilo Lagos. Mujica y Bachelet los dos son de clase media. A los dos el dinero les importa nada. No cambian su estilo de vida. Los dos salen del poder y cambiaron nada. En Argentina quizás podría ser el caso de Raúl Alfonsín en su minuto. Porque luchó, tuvo que hacer concesiones. Un modelo de una izquierda más conciliadora. En el segundo gobierno, Bachelet tuvo un vuelco más duro, con más proyección internacional. Y ahí quizás podemos ver un modelo más de Barack Obama. Reformas importantes, pero con cierta empatía con la gente. Y ahí los cuatro años que tuvo en ONU Mujeres la transformaron. Combinó lo duro con la cercano, como Angela Merkel.

GS: ¿Tres valores con los que Michelle Bachelet caracterizó a su gestión?

FV: La sensibilidad social a través de la reforma educativa. Volver a una educación pública y gratuita, que no teníamos desde fines de los años sesenta. Aquí una universidad te puede costar 800-1000 dólares al mes y solo el 30% tiene acceso a la universidad. Con esto, te aseguras que todos puedan acceder. También hizo una reforma escolar. Porque todos pueden llegar a la universidad, pero sus bases son tan malas que les va a ir muy mal en la universidad. Otro es una preocupación por el trabajador. Mejores condiciones para negociar para ellos. Y otra es la apertura de frontera para inmigrantes. Nosotros teníamos un 2% de inmigrantes. El mundo tiene un promedio de 10%. Con Bachelet llegamos al 6%. Hoy debemos tener 600.000 haitianos. Y ellos nos van a cambiar la mirada y hacer más universales. Vienen a hacer los trabajos que acá nadie quiere hacer. Y eso nos abre a una mirada más latinoamericana.

GS: ¿La práctica discursiva de Michelle Bachelet se concentró más en el pasado (lógica reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiracional)?

FV: Futuro. Ella siempre decía: “esto no lo voy a ver yo, pero las generaciones chilenas lo van a ver. Salvo en el caso de reforma constitucional. Ahí hubo un discurso hacia el pasado. No podemos legitimar una constitución que fue validada en una dictadura. Independientemente que tuvo miles de reformas, fue firmada por un dictador y eso hay que cambiarlo. Es el único minuto que se miraba para atrás.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías,

banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

FV: El de siempre. La bandera atrás. Tal vez, alguna vez Allende atrás. Pero no. Genera muchos anticuerpos. No es el estilo de ella.

GS: ¿Y cambiar el nombre de calles de acuerdo con su pensamiento o ideología?

FV: No, tampoco. Lo que sí logró cambiarle el nombre a la calle 11 de septiembre. Lo cambió por Providencia y Nueva Providencia. Pero tampoco hizo alarde de eso. No está en su naturaleza. Hay muchos presidentes que aprovechan eso. Pero ella no. No mete el dedo en la llaga.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

FV: En la primera etapa, antes de Caval, muchas visitas. Cercanía. Después de eso, algunas entrevistas en la televisión. Al final, volvió a ella y caminar. Esto fue por sus asesores que la quisieron proteger, el segundo piso de la Moneda.

GS: ¿Y las redes sociales?

Ellas no las usaba. Solo lo hacía con un tono informativo. Los mejores voceros de Bachelet es la gente de la calle. Ni sus ministros eran respetados. La gente que decía mi hijo va a ir a la universidad por Bachelet. Todo esto pese a que en ninguno de sus dos gobiernos logró pasarle la banda presidencial a uno de su coalición. Y eso fue un fracaso tremendo.

GS: ¿Considera que el discurso de Michelle Bachelet estuvo marcado por su condición de mujer, por la igualdad de género? ¿O, por el contrario, su enunciación fue similar a la de un presidente hombre?

FV: Muchísimo. Sobre todo, en el segundo gobierno. Y quizás ahí viene el arrastre de ONU Mujeres. Hubo una lucha que se transformaron en derechos, para que todo el sector público tenga una equidad de género entre mujeres y hombres. Se acabó la hegemonía de puros

hombres. Y eso es un activo muy importante. Los gobiernos de derecha son muchos más machistas. Los gobiernos de izquierda son mucho más de mujeres.

GS: ¿En qué medida su liderazgo se puede asociar a lo que la bibliografía denomina liderazgo femenino, basado en la empatía, cooperativo, horizontalidad y sensibilidad, o liderazgo masculino, verticalismo, autoridad, coercitivo?

FV: Muy femenino. Acuñando términos que antes no se usaban: estimados y estimadas. De ella y para abajo. Todos tenían que nombrar. Se empezó el “elles”, que no logró encajar. Congeló todos los salarios públicos, para emparejar con los sectores populares. Hoy persiste eso con Piñera. Eso no es popular, pero es parte de su naturaleza.

GS. En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

FV: Nunca lo usaba. En una ocasión porque condenaron a los que atacaron a sus padres. Fue la única vez que la vieron llorar. Se quebró cuando habló de su hijo y cuando habló de su padre. Nunca más. Nunca ha logrado transmitir esa parte humana. Su parte familiar y su parte política estaban separadas. Desde el punto de vista del marketing es supo atractivo, pero no lo usó.

GS: Respecto a esta experiencia, ¿presentó una narrativa de reconciliación, superación o confrontación?

FV: Es poco lo que trató referirse a la dictadura. No tengo recuerdos que sea relevante para ella, salvo en el tema de la constitución. La vivió desde afuera en el exilio o porque estuvo detenida, o porque su madre estuvo detenida y parece que torturada. Pero nunca se ha hablado de eso. Entonces, yo creo que ahí tiene más que un bloqueo, tiene un silencio. Y cuando había temas de confrontación, como el Museo de la memoria, salían a hablar sus ministros. Y ella tenía los argumentos para hacerlo, pero no.

12.1.9. Marco Nuñez, miembro del Partido por la Democracia (PPD) y presidente de la Cámara de Diputados de Chile, entre el 2015 y el 2016.

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en América Latina?

MN: Sí, sin duda. Siempre existió. Durante la segunda mitad del siglo XX, pero se hace visible cuando acceden al poder durante los años noventa fuerzas de signo socialdemócrata. Esto emerge con el fin de la guerra fría. Aparecen Horacio Cardoso y Ricardo Lagos. Lo expresó Acción Democrática en los años setenta, sin duda. Pero hoy tiene una crisis. Los rasgos identitarios existen y tienen expresión en América Latina.

GS: ¿Qué quiere decir ser socialdemócrata en Chile?

MN: Es ser el depositario de la renovación del socialismo producto de la Unidad Popular, que se produce en el exilio lo viven como Francia, Italia y Alemania Oriental, Venezuela, Suecia, España. Todos lugares donde la socialdemocracia era muy potente. La matriz marxista leninista se entronca con el eurocomunismo o el socialismo europeo. Todo esto que fragmentó al PS chileno en el exilio se consolida con la llegada al poder de la Concertación, con la alianza entre el socialcristianismo (Partido Demócrata Cristiano) y la socialdemocracia (Partido Socialista, Partido Radical, PPD). Ahí están los textos de Altamirano. Ahí está la unidad del Partido Socialista. Ahí está el gobierno de Ricardo Lagos.

GS: ¿En qué medida la segunda gestión de Bachelet es socialdemócrata?

MN: En el segundo gobierno de Bachelet lo que nosotros vemos es la Bachelet genuina, es la Bachelet crítica de la transición, es la Bachelet vergonzosa de los logros obtenidos porque aquí existe una gran desigualdad, es la Bachelet que no defiende la transición, con sus sombras y luces, y propone un programa refundador, donde particularmente es sensible a las movilizaciones del 2011, de la juventud que hoy está en el Frente Amplio, y hace una alianza generacional, que en mi generación es nefasta, entre los abuelos y los nietos, entre los que tienen 65-70 años y los que tienen 20, y el abuelo al nieto le aguanta todo... Y Bachelet compra totalmente la demanda estudiantil, subvenciona a parte de sus líderes e inicia cuatro o cinco reformas que son mal instaladas, mal diseñadas y principalmente mal implementadas tributarias, educacional. Y que hace que en la elección siguiente, donde se mide finalmente el

éxito o fracaso, a quién le entrega la banda el presidente después de cuatro años sin reelección, lo hace nuevamente Piñera y nuestro candidato obtiene la más baja votación y está a punto de no pasar a segunda vuelta con la irrupción del Frente Amplio. Y lo que se consolida en Chile es la división de la izquierda. Con una expresión generacional nueva con partidos que son de internet, que votan por internet, nacidos de la elite de clase media-alta, del movimiento estudiantil, con un discurso clásico de los años setenta. No son socialdemócratas. Y además reniegan de la transición cobarde, acomodaticia, pinochetista. Ese es el problema del segundo gobierno de Bachelet.

GS: ¿Cómo describirías discursivamente a Michelle Bachelet en este segundo mandato?

MN: Hay que distinguir dos fases: desde la asunción hasta el caso Caval. Era una persona, una psiquis, yo lo viví de cerca. A mí me tocó aprobar todas las leyes de transparencia. El caso Caval es un misil bajo flotación a la credibilidad de Bachelet. Un negocio inmobiliario que intentó destruir a toda la familia. Y lo logra. Y se junta con otros escándalos de financiamiento electoral, de la vida de los partidos, que evidencian que hay financiamiento ilegal. Por lo tanto, eso hay que transparentarlo. Antes de Caval intenta ser refundacional, grandes transformaciones, hay una condición prerrevolucionaria, las masas están listas para tomar el Palacio de Invierno. Y eso es un diagnóstico equivocado: la gente está dispuesta a asaltar el mall, a comprarse el auto, pero no a saltar el Palacio de Invierno. Que los partidos no tienen arraigo local. Y se actuó de esa manera, súper autoritaria, como nunca. Nosotros construimos una lógica hasta el hartazgo de consenso entre la coalición, todo eso se debilitó. Post Caval es resistir. Es hacer la reforma electoral, el fin del binominal, se lograba el prestigio de la política. Hace dos días una diputada del Frente Amplio hizo denuncia del narcotráfico y después se arrepintió. Pero el daño ya está hecho. El precio de la reforma es la división de la izquierda. Lo que se logra es que dos fuerzas que miraban al centro, es un sistema proporcional D'Hondt clásico, sin castigo al arrastre del 2 o 3%. El resultado es el mismo a izquierda y derecha, pero la izquierda está fragmentada.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

MN: Sí, desigualdad. Se asume que la desigualdad es un problema en el centro, ya no la reducción de la pobreza. A través de la educación, se intenta igualar. Con un horizonte de

cuatro años para resolverla. Yo soy una generación que soñó con derrotar la pobreza. Y cumplimos. Cuando yo era niño la pobreza era de 45% y hoy es de 9%. Yo hice mi tesis en desigualdad de salud. Pero las causas de desigualdad de Chile y América Latina tienen que ver con la hacienda, con la encomienda, con la colonia, con el proceso de independencia con el dominio de la tierra, con la estructura psicológica. Como se reproduce en las provincias, en los colegios. Tenés que medir 1,80, ser rubio. Eso no se derrota en cuatro años. Y abandona el crecimiento económico, nunca tuvimos tanto desempleo. En los noventa crecimos al 7 y al 8%. En ocho años duplicamos el producto. En tiempos de Bachelet crecimos al 3%. Y el Gini no se movió. Era obvio que no se iba a mover. Era una tarea a largo plazo. Ese fue el eje discursivo, la reducción de la desigualdad.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

MN: No hay enemigos en Chile. Es una gran pregunta. Cuando se hace la reforma tributaria se sube un vídeo que dice “los poderosos de siempre se oponen a esta reforma”. Son los empresarios, la clase media alta, las grandes empresas monopólicas, las siete familias. Ese fue discursivamente el adversario de una manera muy infantil. El poder fáctico de la derecha está incólume. En el Mercurio, en la Tercera. Rompe la siguiente lógica. Porque Pinochet no cayó por una revolución popular, sino que hubo que negociar. Se muere en Londres. Lo que ocurre la decisión de pactar con las tres fuerzas que fueron responsables del golpe de Estado, Estados Unidos, los grandes empresarios, durante el periodo de Bachelet se pactó con ellos. Somos los mejores alumnos del Consenso de Washington. Con Estados Unidos somos amigos. Más de Obama y Clinton que de Trump, pero lo somos. Y los empresarios, que le tenían terror a Lagos, hoy le preguntás quién es fue el mejor presidente y te dicen Lagos. Lo echan de menos. Extrañan ese estilo autoritario, académico y de cumplir la palabra. Y los militares que ahora hay corrupción porque se les dejó el fondo de revisión, no se les tocó el porcentaje de la ganancia. Ahora económicamente nuestro socio principal es China. Particularmente por el tema del cobre y su compra a futuro. Pero eso se resquebraja.

GS: Si tuvieses que categorizar la polarización en el discurso de Bachelet: ¿alta, media o baja?

MN: En la primera parte, medio elevado. Después del caso Caval, medio bajo.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

MN: Mujica. No es fácil. Tienen una historia en común. Bachelet representa a los sectores populares. Soltera, separada, con hijos de distintos padres, hija del general Bachelet que fue torturado, de la élite de la Fuerza Aérea. Se educó ahí y se formó a Estados Unidos. Feminista. Y además nace como una doctora asesora, no era como Frei o Lago de un partido político. Es un liderazgo que nace de la gente. Ella gana eludiendo a las estructuras partidarias. Así surge, como Mujica. TUPA, preso, en un hoyo, en su chacra, su escarabajo. A él le podés seleccionar sus frases más notables, pero también las más duras. Como la última: “No queremos ser como Chile”. Algo de Lula tiene. Ella es disciplinada, siempre en la Nueva Izquierda. Hay una anécdota. Ella estaba postulándose como presidenta y hace una comida en su casa. Se juntan todos y ella les cocinaba, les servía y, de golpe, dice: “Paren, yo soy la candidata a presidenta, sírvanme ustedes”. Ahí todos, tenés razón, tenés razón.

GS: ¿En qué medida está permeado su discurso por su condición de mujer?

MN: No en clave feminista, pañuelo verde actual. Sin duda, es la primer mujer presidenta que se reelige. El hecho de ser mujer separada con esas características se imponía por sí sola. Era un cambio de raíz. Sintonizó con la gente. El hombre con corbata, senador, histórico, presidente de partido, ya no va más. Pero ella fue ministra de Lago que, además, nosotros tuvimos la capacidad desde 1989 de reelegirnos todos. Todos eran ministros de sus predecesores. Y eso se termina con Bachelet. Ella le entrega la banda a Piñera. Hasta ese minuto vos ponías a los mejores en tu gabinete. Bachelet solo puso en su segundo gobierno puso solo a los de su confianza.

GS: ¿Considera que el discurso de Michelle Bachelet estuvo marcado por su condición de mujer, por la igualdad de género? ¿O, por el contrario, su enunciación fue similar a la de un presidente hombre?

MN: En su primer gobierno, empatía. Soft power. Hay que mirar las fotos oficiales. Son todas

de otro tiempo. Uno ve la corbata, el traje de Frei, de Lagos. Uno ve la foto de Bachelet en el primer gobierno y te dice todo. La mirada, el corte de pelo, el traje, la banda como cae. Y la segunda foto de la segunda gestión también: el traje más oscuro, más seria, más seria, más autoritaria. Tu mirás la primera y enamora. Los lentes brillan, la mirada es de acogida. Esto es muy psicoanalítico, pero es así. Aylwin era el padre viejo que viene a reivindicarse con sus hijos, que apoyó el golpe y restaura la democracia. Frei era el hijo que para algunos fue el mejor presidente, desde la revolución en libertad, Lagos es el padre, como Pinochet, como Portales, es el papá. Se enoja, levanta el dedo, manda. Bachelet es la mamá. Con todo lo que implica. Piñera no es nada. Un empresario que no hace nada.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

MN: Eso no existe en Chile. A los niveles de Cristina o de Maduro, Chávez, de Cuba, no existe y por eso existe un régimen. La figura del presidente en Chile es impersonal.

Aquí puede estar lleno de anti Bacheletistas o anti Piñeristas, pero entra el presidente y todos nos paramos y todos los respetamos. Eso es asó. Y por lo tanto no hay una tradición, porque eso es pinochetismo y hasta la derecha más liberal reniega de Pinochet, que es una gran victoria cultural, el culto a la personalidad es visto acá como tropical. El término tropical acá es visto como república bananera. Acá uno adhiere a un programa, a una ideología; la persona es importante, cada vez más, pero no es culto a la personalidad. Yo respaldo a la presidente porque representa estos valores, y la dejo de respaldar porque ya no los representa.

GS. ¿Cuáles fueron las modalidades que tuvo Bachelet para conectarse con la ciudadanía?

MN: Yo lo viví eso. Bachelet llega y la encapsulan. Va a un acto todo controlado. Pero cada vez que se soltaba y entraba en contacto directo con la gente, como en San Felipe, mi distrito, que le pusimos un cajón y ella hablaba desde ahí y la gente la amaba. Y cada vez que se soltaba y entraba en contacto con la gente, esto no es Colombia o México que te van a pegar un balazo, no hay precedente de eso, no tenemos violencia. No existe peronismo político en Chile. Ahí Bachelet tenía éxito. Uno veía como las Bachelet de las poblaciones lloraban. Aquí está la que

me representa. Eso fue así en las dos campañas, particularmente a final de campaña cuando se atrevían a soltarla y ella podía sortear el cerco, que es de seguridad, pero también político. Bachelet solo habla conmigo.

GS: ¿En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

MO: Bachelet tiene varias gracias. Ella tiene un tono de voz agradable. Nunca era explícito. Pero si había que hablar de derechos humanos, de tortura, de exilio, de reconciliación, de acuerdo o fuerzas armadas, no era explícito, pero recurría a tonos, de manera implícita eso siempre estuvo ahí. Bachelet tiene una gran gracia: habla perfecto idiomas. Habla perfecto alemán, habla perfecto inglés, habla perfecto francés. Es decir, Piñera y Macri balbucean. Hablan mucho, pero un desastre. Sin acento. Y se atreve con otro idioma. Y cada vez que recurrió a un foro internacional la tomaban hablando francés, alemán o inglés y el éxito era inmediato. Mira nuestra presidenta. Eso emocionaba: “Mira nuestra presidenta”. Clarito. Naciones Unidas, ella aprovechaba bien ese escenario porque vivió afuera. Ella sufrió mucho.

12.1.10. Marco Enríquez - Ominami, fundador del Partido Progresista, antiguo miembro del Partido Socialista, Diputado nacional (2006-2010) y opositor al gobierno de Michelle Bachelet

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en América Latina?

MO: Yo creo que en Chile es donde más cerca se estuvo aplicando. Con todos los defectos y limitaciones: la geografía, las coordenadas, la dictadura de Pinochet que fue verdaderamente una revolución. Aquí no hubo el pacto de la postguerra que hubo en Europa. Aquí no hubo ese pacto. Acá fue una socialdemocracia que se hizo en coordenadas neoliberales.

GS: O sea, una socialdemocracia más cerca de “La tercera vía” de Giddens, ¿sobre el consenso de Washington?

MO: Exactamente. Eso no se tocó. Se respetó en lo sustantivo.

GS: ¿Qué quiere decir ser socialdemócrata en Chile?

MO: En la piscina de Consenso de Washington tratar de aumentar el gasto público con responsabilidad fiscal, aumentar la carga de derechos con la autonomía del banco central, con una política monetaria híper restrictiva. En fin, lo que ellos titularon sobre los derechos humanos y sobre la economía: la justicia en la medida de lo posible. Los cambios en la medida de lo posible. Esa es la frase. Lo que era una necesidad en derechos humanos era pactar con la derecha, porque también estaban en el poder por los comandantes, por Pinochet. También en economía estaban iguales, lograron aprovechar los vectores que había dejado Pinochet. No cambiaron los vectores: privatización de las empresas, abrir la economía de manera acelerada a costo de la industria nacional, reducir la manufactura a menos del 10%, la velocidad del rayo a cambio de aprovechar la oportunidad que Argentina no pudo aprovechar. Era el mejor alumno del barrio, pero el peor compañero. Era decirle a Estados Unidos no vamos a tocar el Consenso de Washington.

GS: ¿Dividirías a la Nueva Izquierda Latinoamericana en ramas?

MO: Sí, en muchas ramas. Para empezar, el rol del Estado, que en Chile era cero. Todos los

transportes del público son públicos, se definen públicos, de usos públicos. Lo que se ha debatido es que sean estatales, y cuando no son estatales, son con subsidios públicos. Pueden ser privados, con subsidios públicos. Eso es como la norma. Yo odio la singularidad que reclaman los políticos para cada país. “Los argentinos somos especiales”, yo no creo en nada de eso. Pero en caso de Chile podríamos decir que se aplicaron políticas de laboratorio. El caso del transporte en el 2005, no 1973 ni 1990, se establece un transporte público sin subsidios. Aquí es la derrota de la Concertación. La libertad de elegir religión, colegio, salud, también se aplica al transporte. Es la libertad de elegir. En Chile había transporte privado sin subsidio público. Cuando la izquierda dice vamos a hacer socialdemocracia, bueno hagamos transporte público con racionalidad pública, pero para no irritar a la sociedad sin subsidio público. Ahí está el TranSantiago. Fue un desastre. Avanza Lagos y lo aplica Bachelet. Ella se victimiza. Ahí está el pecado de lo que no fue una socialdemocracia. Vamos a hacer transporte público sin Estado.

GS: En este sentido, ¿qué graduaciones armarías en la Nueva Izquierda Latinoamericana?

MO: Después está el caso Maduro, que es el más extremo: todos los sectores estratégicos están estatizados. El caso argentino, que sería especial. Le deja el Estado cosas esenciales, el Estado juega un rol gigantesco en la asignación de recursos. En Chile, el Estado no juega un rol. El Estado transfiere. Todo el sistema chileno está basado en el subsidio a la demanda y no a la oferta. Todo al individuo. Eso es neoliberalismo. En términos filosóficos se hace en nombre de la libertad. Eso es perverso. La frase chilena es la libertad es libre y es la estupidez más grande que escuché en mi vida. Ese fue el acto de cobardía de la Concertación. La Nueva Mayoría quiso corregir eso. La República antes de Pinochet tenía mucho Estado. Tanto liberales como conservadores no discutían las cosas esenciales, por eso había mucha pobreza. Llega Pinochet y hace una revolución copernicana. Rupturista. Subsidio a la demanda, apertura de los mercados, desregulación. La Concertación aprovecha que el ajuste lo hizo Pinochet. Tenían los votos, pero no el poder. Tenemos más votos que ideas. La legitimidad era pinochetista. Patricio Aylwin era pinochetista. Mi papá fue el primer ministro de economía socialista después de Pinochet. Ellos gobiernan los 20 años, la economía crece siete puntos. Viene Ricardo Lagos con el primer gobierno progresista. Después viene Bachelet y todos dijimos “bueno, por lo menos, hace socialdemocracia”. Gana Piñera. Bachelet la que simbólicamente intentó hacer más socialdemocracia, aunque no lo hizo, es un mal gobierno. Híperpopular por la crisis subprime, ella había ahorrado mucho e hizo economía contra cíclica. La sucede Piñera y

después vuelve diciendo ahora sí, vuelve siendo el Che Guevara, voy a pagar los pecados de mi generación. Vamos a hacer por fin socialdemocracia.

GS: O sea, ¿no administrar el neoliberalismo sino cambiarlo?

MO: Sí. Y lo hacen muy mal. Pero de manera desastrosa. Porque no había convicción alguna en su coalición. Ella en lo retórico era más progresista que su coalición.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

MO: Ella entró con un discurso de abusos. Algo que no me gustó nada. De hecho, competí con ella. En el poder hace una cosa orientada hacia la ampliación de derechos, pero mal ejecutada.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

MO: Ellos tenían el Síndrome de Estocolmo. financiaron a su enemigo. Yo hice una Comisión investigadora inspirada en el caso Neuquén de Argentina, que demostró que los mejores financistas de los diarios era la izquierda. Bachelet era la financista de ellos. Cuando llega al Estado, el 90% de los recursos de los ministerios iban al Mercurio. Sin licitación, simplemente, para comprar favores. Por lo tanto, enemigos, no. El primer militante de Bachelet fue El Mercurio. Incluido a mí. La derecha en Chile ha dividido a la izquierda. A diferencia de Argentina, que hay C5N o Clarín, acá solo hay Clarín, por El Mercurio. Si no estás ahí, no existes. Pero ellos tienen relaciones contractuales con los enemigos; yo las tengo utilitarias. El enemigo es público. Como con ellos. Y digo las cosas en público. Por eso me odian. Ellos tienen contratos con ellos. Soy muy ácido con eso. Después son los adversarios. Yo soy muy crítico con la derecha, que bloquean. Bachelet tuvo buenas intenciones. Si no hizo algo fue por su coalición. Yo salí tercero, pero en momento de la gestión fui más popular que ella. Yo la abracé, como la dejaban sola. Obviamente, en esto hay cálculo. También hay algo de convicción. En educación ella lo hizo muy mal, pero yo estaba de acuerdo. Te voy a tirar un título en términos neoliberales: en Chile hay tres tipos de colegios, los públicos, que va el 36% del país; donde van mis hijas el 8%, que van a un católico, de colonia, americano; y el 54% estudia en los híbridos, que son privados, pero reciben un subsidio por cada estudiante, pero no tenían reglas públicas. Bachelet uno, para que entiendas el fondo ideológico de la discusión

de ella. Ella con el TranSantiago es víctima, responsable porque no leyó las carpetas, pero víctima porque Ricardo Lagos empezó eso. Pero el segundo pecado ideológico es cuando en el 2008 en su primera gestión, y esto es la creación del Frente Amplio, dice vamos a reconocer el derecho de los subvencionados de elegir los alumnos según el matrimonio, los padres. Bachelet terminó haciendo una ley para elegir niños, lo cual yo me opuse duramente en diputados, y eso fue la ruptura mía con la oposición. Esa es la ley. Por eso rompí y perdieron las elecciones y me echan la culpa a mí y no me arrepiento de nada. Ellos violaron la educación. Si la izquierda no legitima la educación. Si la entrevista no es sobre educación, sobre qué es. Economía es subsidiar la educación. Es la educación lo que nosotros somos legítimos. Ellos entregaron la educación a los economistas. Termino: 2014, gana ella y hace una ley que prohíbe la selección. Vuelve para corregir su error del 2008. Sin decir, “me equivoqué”. Le prohíbe preguntarle al cura sobre tus padres o el matrimonio, porque la ley dice que si tú recibes subsidios públicos tienes deberes públicos. Eso se aprueba. Se hace mal, lleno de enmiendas. Pero se aprueba. El título es correcto. Pero su coalición se asusta y la deja sola. Además, ¿dónde tenían los negocios algunos políticos? En los colegios. Porque son extremadamente lucrativos. Si tú por cada niño tenés 100 dólares mensuales. Haz el cálculo: tienes mil alumnos mensuales. ¿Cuánto recibes?

GS: Si tuvieses que categorizar la polarización en el discurso de Bachelet: ¿alta, media o baja?

MO: Alta. Le declaró la guerra. Fue un gobierno incompetente. Fue una presidenta de izquierda, en cuanto narradora de la historia del país. En los hechos, fue un desastre.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

MO: Uruguay, en retórica. Ahí es donde más identidad hay en lo discursivo. En el caso de Humala había una cuestión nacionalista, desarrollista que aquí no hay. En lo de Venezuela había un rol bolivariano, emancipador, liberador de América Latina. En el peronismo no teníamos la defensa de la industria nacional, del consumo. Para ustedes, la educación es un pacto que ya está; para nosotros son batallas mundiales. Han creado universidades públicas en los últimos diez años. Nosotros creamos una sola en la Patagonia. Respecto a Lula fueron más

audaces. En menos tiempo lograron más. El gasto público, el hambre cero, en Chile no hubo eso. Yo soy hijo de un revolucionario y de un reformista. Voy a hablar por el reformista. Entiendo lo que dice Solari. No tenían mayoría en el Senado, tenían senadores designados de la dictadura, somos una isla, no estamos integrados a este continente, tenemos una cordillera de 4000 kilómetros, un océano Pacífico agresivo, una nación que tiene 300.000 millones de dólares de gastos piso por las catástrofes naturales, tenemos francamente otras coordenadas culturales- geográficas. Para mí lo que hizo bien la Concertación fue concentrarse en la exportación del vino tinto (que es simbólico), de la madera, del salmón, del cobre. Estos tres últimos son nuestro éxito económico. Chile exportaba 45% de cobre con Allende y ahora 54%. La historia no ha cambiado mucho. El tema es que los chinos pasaron de construir una ciudad al año a 100 ciudades al año. Ahora, si vos buscás algo de izquierda, Cristina sí le entro al agro, Evo sí le entró al gas, Chávez sí le entro al petróleo: Chile no le entró al cobre. Si uno dijera ¿qué es la izquierda en términos narrativos? Un proyecto político- económico que no le apunta a la renta del cobre, que es lo que hizo Allende, que es el símbolo de la izquierda chilena. Bachelet y Lagos son hijos de Allende. Allende sí se metió con el cobre, lo nacionalizó.

GS: ¿Pero entrar a disputar los recursos naturales al capital no sería una vertiente más socialista que socialdemócrata?

MO: Socialista. Por eso no lo hicieron. Nunca quisieron.

GS: Ahí revalidan más el alma reformista...

MO: Totalmente. Ellos en los noventa dijeron cómo nos vamos a meter con el cobre si acabamos de pasar más de 17 años, donde nos exiliaron, secuestraron y mataron. En los noventa. En los 2000 ya están instalados, Pinochet se está muriendo, Garzón lo tiene preso. Pero tampoco. Pero claro, el 10% de la exportación del cobre va a los militares. Es la Ley del cobre de Pinochet. Esto es sin ley de presupuesto, sin auditoría. Va directo para comprar armamento. En 29 años de democracia nunca se discutió esto: ¿cómo le vamos a financiar las armas? No es ni pensiones ni viviendas militares: armas. Por eso, el ejército chileno es muy poderoso y nadie se mete con nosotros: Perú, Argentina. Y todas estas cosas las mostré en mis documentales: Chile, los héroes están fatigados. A todos los que eran mis héroes fui y les pregunté: ¿por qué no hicieron nada de esto? Y ahí pensé: ustedes hacen campaña por izquierda y gobiernan por derecha.

¿Ustedes usan la foto de Salvador Allende para hacer campaña? Y Allende es básicamente la propiedad de los recursos naturales. Pero cuando gobiernan ni hablan de eso.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

MO: No, ella adoptó el protocolo ejecutivo de Chile. Eso es imposible. Yo creo que me fusilaron por eso. En mi propuesta estaba darle el mar a Bolivia. Yo planteaba que la CELAC y la UNASUR eran prioridad en Chile. Que los problemas de Chile eran problemas globales: cambio climático, narcotráfico. Todo eso no depende de los chilenos. Yo soy muy crítico de la ideología de ellos. Pero hicieron cosas muy buenas. Abrieron la economía, pero la diversificaron. Tendrían que resfriarse al mismo tiempo China, Europa y Estados Unidos para que nos hundiéramos. Fueron grandes estrategias: tenemos 55 tratados de libre comercio. Tenemos la economía abierta más grande del mundo. Básicamente, el 90% de sus productos tienen 0% de arancel. Un periodista llegó a decir: “Chile es la Corea del Norte del capitalismo”.

GS: ¿En qué medida está permeado su discurso por su condición de mujer?

MO: Algunas personas abusan de ese discurso. Pero no es el caso de ella. Con ella hubo un desprecio por ser mujer.

GS: En sus discursos pude percibir el uso de “estimados y estimadas”.

MO: Pero eso fue menor. Hubo cosas más sofisticadas. Se le acusó de blanda. Ella lo dijo muy bien: “El hombre que se demora es un sabio; ella se demora es una floja”.

GS: ¿Ella proactivamente proponía temas de género?

MO: No. Yo fui el único legislador de este país por el aborto, y me dejó solo ella. Yo propuse el aborto sin causales. Y me fusilaron. En la primera gestión lo propuse, siendo diputado socialista. Había una ministra socialista, una presidenta socialista... Yo fui al palacio y les dije somos cuatro socialistas... Me trataron de caníbal. Yo no tengo problema en pactar. Lo que yo

digo es dónde somos legítimos los de izquierda, en las ideas. Ser de izquierda es ser autocrítico, atormentarse, correr los límites de lo posible, la imaginación. Si no somos eso, no somos. Y es generar debates contradictorios. Yo lo critico a mi padre por contradictorio. Que antes eran anticapitalistas y ahora son capitalistas. Cero problemas. Lo que no me gusta es que me digan “teníamos razón en los setenta” y “tenemos razón ahora”. Dime en cuál de las dos te equivocaste. Lo que yo digo es si generar la ley de aborto en Chile no es ser de izquierda. Me la censuraron la ley. No hubo ninguna vocación de Bachelet en materia de género. Al final del segundo mandato empujó las tres causales. Fue por la vereda sensata. Yo hubiera ido más lejos.

GS: ¿En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

MO: En lo discursivo, muy bien; en la práctica...Ella nombró a un torturador encargado del servicio electoral, que secuestró a un argentino. Ese militar y torturador era Juan Emilio Cheyre. Está condenado a no sé cuántos años por tortura y secuestro. Es como que Cristina propusiera a un ex comandante de la dictadura en el sistema electoral.

GS: Bueno, Milani...

MO: Si algún día me toca ser presidente, me vas a ver pactando. La democracia es un sistema de crisis, no un fin en sí mismo, y para resolver problemas. Cero problemas: hay que pactar. Pero esto se llama Síndrome de Estocolmo. Tú los nombras a cargo del sistema electoral. Estamos hablando de 2014. Yo puedo entender en 1990, en Berlín en 1947, me imagino, y además lo sé, se cometieron atrocidades, no tengo ninguna duda que la reconstrucción de Alemania se hizo con esclavitud, se hizo con horrores. Así es la vida, es terrible. Y no he visto a nadie que condene en occidente el comportamiento de Berlín en 1947. Además, está publicitado. Se obligó el trabajo forzado, se violaron las alemanas: bárbaros. Yo entiendo la historia de la humanidad. Todos tenemos un demonio adentro. Pero estos son tiempos de paz. Estamos hablando de 2014, 2015. 25 años después. En los hechos, en lo simbólico, en lo sustantivo, también soy muy crítico, por eso he hecho libros y documentales en donde yo critico muy seriamente que da lo mismo lo que pase hoy moralmente en Chile. Ahí saco mi lado francés. Esto es como que, en Francia, los nazis o los colaboracionistas estuvieran en el poder o pudieran dar en editoriales escritos, como Le Monde, diciendo “Los judíos se lo buscaron. No sigamos con el odio en Chile”. De eso estamos hablando en Chile hoy.

12.1.11 Ricardo Solari, presidente del directorio de Televisión Nacional de Chile, entre 2014 y 2018.

GS: ¿Cree que existe una socialdemocracia en América Latina?

RS: Sí, existe una reflexión. Primero existe una tradición sociocultural en América Latina desde los años veinte del siglo pasado. Esa tradición se basaba en la transformación profunda de la sociedad, combinando los principios de igualdad y libertad. Esa tradición era muy latinoamericanista, internacionalista, tenía mucha base en la región. En la Revolución mexicana, en el aprismo, en Argentina, en Brasil, Uruguay y Chile. Son distintos en cada caso, pero existe una conversación y una intercomunicación del pensamiento de Mariátegui, la izquierda uruguaya que era institucionalista. Esto tiene que ver con que se creía que era posible la transformación de la sociedad con la democracia y la justicia social. Eso existe de un modo sistemático, de un modo coordinado. Y crea una crítica al movimiento comunista, al stalinismo a partir de grandes hitos como la Guerra Civil Española, el estalinismo, la construcción del partido soviético, la idea del socialismo en un solo país y las conductas del Komintern en América del Sur. Ahí también hay una reacción. Ya en el siglo XIX había un pensamiento liberal en América Latina, que quería más derechos sociales para las personas, más libertades. Era una reacción antioligárquica fuerte. Y eso continúa. Y al mismo tiempo se abren distintas vertientes. Esto tiene una nueva etapa con la revolución táctica. Los componentes estrategia y táctica empiezan a ser dictados desde este proceso. Cambia el escenario político. Una parte de la izquierda también tenía el reclamo de la resistencia nacional, la autonomía, la crítica al imperialismo. Y yo creo que se fue configurando un cuadro político en América Latina con el PRI, el peronismo, el aprismo, el conflicto en Colombia con un gran dinamismo. En toda esta situación hay un pensamiento socialdemócrata con la izquierda revolucionaria. Hay mezclas de todas las tradiciones. Los movimientos organizados se relacionan con la variante socialdemócrata o la comunista. Te cuento esto del siglo XX para ver la continuidad en el siglo XXI. Gaitán, Perón, Haya de la Torre, Mariátegui, la izquierda mexicana. No es solo un pensamiento que busca afirmar estos principios de justicia social y democracia, son también alternativas de gobierno. A fines del siglo XX hay un período muy crítico, de destrucción de los sistemas políticos en América Latina. Hay dictaduras represivas con un fuerte modelo de mercado desregulado. Hay un cambio de escenario. Y lo que pasa en el siglo XXI es un proceso de reconversión de la izquierda democrática. Néstor Kirchner, Frente Amplio, Correa, Evo, Hugo Chávez son elegidos, no vienen del movimiento guerrillero. Todos ellos son elegidos.

La única excepción es Nicaragua. Se abre el sistema mexicano. Entonces, estas ideas que habían intentado ser aplacadas, tanto la izquierda revolucionaria como la izquierda democrática, avanzan y se llega a una conclusión de que América Latina no puede seguir siendo el territorio de la desigualdad porque tiene unas oportunidades de crecimiento económico. Se sigue con bastante éxito este proyecto de sacar de la pobreza a millones de personas. Yo estuve en esta transformación y además me relacioné con gente del Partido de los Trabajadores en Brasil, el Frente Amplio en Uruguay, la izquierda mexicana. Fue muy virtuosamente acompañada por el precio de las materias primas. Esto nos generó una caja fiscal muy fuerte. Y en estos países hubo movimientos que hicieron hincapié en la reducción de la pobreza, de la desigualdad, del desempleo, de acceso a la vivienda, de mejoramiento de la educación. Ahora la dificultad que se generó fue que estos procesos estaban asociados a estos ciclos positivos de la materia prima. La dificultad política fue que no se dio la vuelta a este sistema extractivista. Y después hubo una segunda dificultad mayor de cambiar estas transformaciones en institucionales. Ahí surge la primera distinción: una de estas izquierdas toma una deriva autoritaria sobre la base de personalizar su proyecto y la otra logra conformar fuerzas políticas que no están asociadas a ciertos liderazgos o caudillos.

GS: ¿Usted piensa que hay dos familias?

RS: Sí. Por un lado, están Uruguay, Chile y Brasil; y por el otro costado están Ecuador, Venezuela y Bolivia. Siendo los tres casos enteramente distintos. Yo siento que la experiencia kirchnerista estaba asociada al primer grupo, respetaba la separación de poderes y una política social muy activa. Después cada caso tiene sus matices. Brasil no pudo sacar una ley contra la corrupción y lograr un liderazgo que trascienda a Lula. Uruguay lo ha hecho muy bien. Y lo de Chile ocurre que una parte de este proceso empieza a mezclarse con procesos de crisis de la política, crisis de representación y nace el Frente Amplio.

GS: ¿En qué medida la segunda gestión de Bachelet se puede considerar socialdemócrata?

RS: Es totalmente socialdemócrata. Tenemos la izquierda más moderada de América Latina. Nos movemos en las reglas del juego. Acá había un diagnóstico: teníamos mucha desigualdad y una democracia de baja intensidad. Respecto a lo primero la decisión de Bachelet de hacer una reforma impositiva, una reforma educación, lograr la gratuidad, que el ingreso no determinara tu situación. Y el tercer tema hacer una reforma constitucional, modificar el

sistema electoral binominal y pasar a un sistema proporcional, con el objeto de aumentar la capacidad del congreso de representar la diversidad, ya salir del clivaje dictadura versus democracia que es propio de los años ochenta y de la transición, y es un modelo social agotado. Todo el mundo respeta la democracia y los derechos humanos en Chile.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

RS: La trama era luchar contra la desigualdad del sistema político, hacerlo más inclusivo, enfrentar las discriminaciones que se viven en la sociedad. Esto tuvo tres grandes adversarios: situación económica desfavorable, que afectó el continente; problemas de la coalición, como dicen Francisco Vidal, hubo gente de la Nueva Mayoría que no se leyó el programa de gobierno, por tanto cuando la presidenta iba con una idea al congreso; y tercero un problema de gestión política, que fue en su origen coyuntural, pero luego se convirtió en muy severo es que hubo un conjunto de investigaciones sobre la política y el dinero, que tocó a la presidenta a través de su hijo, que hizo caer al jefe del gobierno, que era muy fuerte, Rodrigo Peñailillo, su Ministro del Interior, que había sido jefe de Gabinete de su primer gobierno, un personaje que había armado el sistema de la Nueva Mayoría, que tenía relaciones estrechas con el Frente Amplio, bueno todo eso se fue al piso, se derrumbó.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

RS: Ella nunca ha tenido un discurso polarizante. Nunca. Yo estuve muy cerca de ella. Ella siempre ha tenido un discurso muy gentil, muy inclusivo, muy constructivo y que defiende sus puntos, más que pretender desvirtuar o establecer un enemigo, tan propio de la política argentina.

GS: Si tuvieses que categorizar la polarización en el discurso de Bachelet: ¿alta, media o baja?

RS: Baja. Muy baja. Hoy día también es baja.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle

Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

RS: Yo la veo cercana a Mujica. La fortaleza de Bachelet es su empatía. Desde ese lugar construye su adhesión. Y lo hace también con su biografía como registro de resiliencia. A ella le mataron al padre, estuvo presa, exiliada. En el regreso a la democracia estuvo en una posición marginal. A pesar de ello, es constructiva. Siempre con mucho apoyo a las fuerzas armadas. No es la que sale a golpear, a cuestionar. Pero defiende sus ideas, su gente, con un tono cordial, gentil y desdramatiza mucho la trama política, no le interesa dramatizar.

GS: En cuanto al ethos presidencial, ¿en qué medida su discurso estaba permeabilizado por su condición de mujer?

RS: En el primer gobierno ocupó mucho ese recurso. Era la primera presidenta mujer. Se justificaba o hacía muchas cosas en virtud de que era la primera presidenta mujer, su inexperiencia, que venía de otro mundo donde se hacían las cosas de otra manera. Comparado con el presidente anterior que era Ricardo Lagos, que era una figura de autoridad, de portento republicano como a él le gusta posicionarse. Pero en su segundo gobierno, eso desaparece, a pesar de que ella impulsa muchas medidas en ese sentido. Tiene un programa político muy fuerte en cuestión de género. Pero no recae en ella una justificación o una excusa para ver lo que ocurrió en ese periodo. Ella se sitúa más como una figura de autoridad, con unas líneas más duras, “Acá yo soy la presidenta”.

GS: ¿Y en ese discurso estaba la lucha contra la cultura del machismo y luchar por la igualdad de género entre el hombre y la mujer?

RS: Tiene dos cosas: uno que es mujer y otra de médico pediatra. O sea que ella asume la política como un servicio. Esa es su lógica. Las personas lo perciben así, incluso sus adversarios le pueden cuestionar sus competencias, pero no sus intenciones. Nunca ella fue cuestionada por ser ambiciosa. Se percibe como un personaje que está en la política porque es una doctora, conoce los problemas de la gente, esa es la discursividad de ella, eso está instalado.

GS: Y respecto a su historia como víctima de la dictadura militar, ¿qué lógica siguió:

reconciliación, memoria o revancha?

RS: Siguió la lógica de la reconciliación.

12.1.12. Rodrigo Muñoz, vicepresidente de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas y actual dirigente del Partido Socialista

GS: ¿Cómo definirías discursivamente a Michelle Bachelet?

RM: Ella siempre trató de incluir su personalidad a lo público. Especialmente en las cuentas presidenciales. Era como la madre de Chile. No hablaba desde el punto de vista político. No era de discursos tajantes o al hueso. Siempre trataba de realizar líneas más abiertas, de consenso, de moderación más que radical. Para eso dejaba a sus voceros. Un clásico de eso era Francisco Vidal, que es muy conocido en Chile por su estilo confrontativo. Me cuesta asociar su discurso a una línea ideológica. Creo que ella le daba mucha importancia al tema de la protección social, de los derechos sociales, pero no necesariamente con un fondo político determinado. Y esto también respondía a la gran coalición que estaba liderando. Apretar una tecla u la otra era beneficiar a la democracia cristiana o al Partido Comunista, y eso siempre trajo problemas en el gobierno.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora del relato de la segunda gestión de Michelle Bachelet?

RM: Cuesta. Inicialmente, porque el impulso que ella tuvo en su campaña tiene un quiebre con el caso de su hijo por unas compras de tierras de manera ilegal. Pero dividiendo ese periodo en dos: hay una fuera carga en la campaña y el primer año de un mensaje reformista principalmente porque estaba el tema de la educación desde el 2011 con las movilizaciones, la nueva constitución y tuvo una agenda de derechos civiles, que Chile estaba muy atrasado. El tema del aborto en tres causales, matrimonio igualitario, el consumo de marihuana. En la campaña y el primer gobierno es muy institucional. Porque reformó el sistema electoral, siendo uno de los legados de la dictadura en Chile, en el primer año de gobierno. Eso lo saca muy rápido, en los primeros meses, y deja las bases de lo que van a ser las discusiones posteriores. Todo el plan social estaba sustentado en que tenía que haber una reforma tributaria. Y eso lo hizo en el primer año y votada con consenso. Y después llega el caso Caval y se pierde el impulso reformador. Y solamente lo retoma en el último año de gestión, en el período electoral, con la reforma constitucional, las AFJP y lograr aprobar el tema de la educación pública. Si uno pudiera agrupar todo eso es la vía del Estado reformista sustentada desde el centro hasta la izquierda, izquierda.

GS: ¿Cuál fue el adversario o enemigo que construyó Michelle Bachelet? ¿Fueron los medios de comunicación, el imperialismo, la oposición, la derecha Piñera, la desigualdad?

RM: El principal concepto en contra era la desigualdad. Más allá de situarlo en algún partido, en algún sector político o alguna figura política, siempre el concepto que llevó era la desigualdad. Principalmente, porque Chile sigue siendo un país extremadamente desigual dentro del mismo continente. Somos los que lideramos la tasa del índice de Gini. Y también creo que fue una demanda social que se instaló muy fuertemente posteriormente a las movilizaciones del 2011. La evidencia de las condiciones distintas según en la cuna donde nacías. Y eso determinaba la salud, la educación, tu nivel de pensión y las distintas oportunidades que tenías en la vida. Este discurso de desigualdad da luz a toda la red social que ella trató de instalar en sus dos gobiernos. Y a pesar de que suene extraño nunca se usó a Pinochet.

GS: Nunca se refiere a los partidos o a la derecha.

RM: En mi opinión ella viene de familia militar. Había un vínculo entre el militarismo y la derecha en Chile. Y ese vínculo la hizo alejarse de ese discurso que es muy propio del PS por todo lo que ocurrió en la dictadura. Su madre tiene vínculo con el mundo castrense. De hecho, ella también fue Ministra de Defensa. Fue la primera mujer en dirigir esa cartera. No tiene grandes problemas con las fuerzas armadas. A mí me sorprendió en que no se focalizara en Pinochet, una figura tan odiada. Siento que Piñera no podría haber sido porque significaba levantarlo sabiendo ella que era un posible competidor en la próxima elección. Nunca dejó de ser candidato en el mientras tanto. Y además la derecha en su período electoral y en el primer año era muy débil. Pablo Longueira, de la UDI, un gremialista de derecha que era fuerte y se bajó por una depresión. Él era la gran figura que tenía la derecha y desaparece en el 2013. Andrés Allamand tampoco estaba en carrera. Entonces, tampoco quedaba nadie fuerte en la derecha como para confrontar o usar de adversario.

GS: Si tuvieses que categorizar la polarización en el discurso de Bachelet: ¿alta, media o baja?

RM: Baja. Ella nunca tendió a la polarización.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus

adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

RM: Yo creo que se asemeja a una figura intermedia entre Dilma y Lula. Dilma, por haber sido víctima de la dictadura militar, y Lula, por el tema de la protección social. Esa gran red de transformar el Estado a favor de los más desposeídos.

GS: Si me tuviese que indicar tres valores con los que MB intentó enmarcar su segunda gestión, ¿cuáles serían?

RM: La democracia, la igualdad y la solidaridad dentro de Chile. Los dos primeros vienen de cajón por la tradición de las fuerzas políticas. Pero el tercero en las últimas dos décadas no fue un concepto que se impulsó como un concepto barra social, el individualismo, los derechos sociales no existen y cada uno se construye su vida por sí solo. Y la solidaridad, las pensiones, la educación, la salud son importantes para dar ese giro que ella quería hacer.

GS: ¿La práctica discursiva de Michelle Bachelet se concentró más en el pasado (lógica reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiracional)?

RM: Futuro. Los jóvenes. Ella pintaba la esperanza de que el futuro podía ser mejor. Y ella hacía énfasis en sus discursos. Más allá de ocuparse de las tensiones internas de la coalición, que era presente, todas sus reformas y las que dejó sentadas van en la mira de construir un futuro mejor, un Chile 2050, con igualdad, sustentable, con posibilidades, el tema de género.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia ayмара, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

RM: Ella adoptó el protocolo del Poder Ejecutivo. No era grandilocuente ni estridente. Siempre elegía el Salón Azul para dar sus discursos o el Salón Blanco que sirve también para

eso. Jamás usando elementos ideológicos, partidarios o personales. En la campaña presidencial, recuerdo, había una fuerte restricción por parte de ella y de su equipo con respecto a los elementos del partido político. Esto nunca fue muy explicado a los partidos. Siempre ella usó los símbolos patrios. Quizás Salvador Allende, que es la figura más política, ideológica que tiene este país, pero tampoco un uso extremo de su figura. De hecho, las conmemoraciones del 11 de septiembre fueron las de rigor. Nuestro deseo de partido quizás hubiese sido ponerla como una militante socialista que transforma el país, como Cristina Fernández. Ella decidió un estilo más independiente, más sobrio, más presidente.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

RM: Por lo que recuerdo de lo que era su gobierno y su campaña, ella era muy del contacto directo con las personas. En sentido que siempre organizaba pequeñas reuniones, mítines, asambleas ciudadanas para discutir algunos temas. También citaba a la misma ciudadanía al Palacio de la Moneda. Usaba ese recurso. Pero no lo hacía como un recurso populista, sino para que la ciudadanía se sintiera más cercana al poder político, a la institucionalidad. Especialmente, en el proceso constituyente, que era por toda la lógica de la despolitización que ocurre en Chile, que siempre ha habido una distancia considerable entre la gente y la política como una cuestión despreciable. Ella tenía esa ventaja de que podía llegar a la gente y en la calle era muy “perseguida” por la gente.

GS: En cuanto al ethos presidencial, ¿en qué medida su discurso estaba permeabilizado por su condición de mujer?

RM: En el primer gobierno ocupó mucho ese recurso. Era la primera presidenta mujer. Se justificaba o hacía muchas cosas en virtud de que era la primera presidenta mujer, su inexperiencia, que venía de otro mundo donde se hacían las cosas de otra manera. Comparado con el presidente anterior que era Ricardo Lagos, que era una figura de autoridad, de portento republicano como a él le gusta posicionarse. Pero en su segundo gobierno, eso desaparece, a pesar de que ella impulsa muchas medidas en ese sentido. Tiene un programa político muy fuerte en cuestión de género. Pero no recae en ella una justificación o una excusa para ver lo que ocurrió en ese periodo. Ella se sitúa más como una figura de autoridad, con unas líneas más duras, “Acá yo soy la presidenta”.

GS: ¿Y en ese discurso estaba la lucha contra la cultura del machismo y luchar por la igualdad de género entre el hombre y la mujer?

RM: Sí, estaba presente. Y no solo por su experiencia en ONU Mujeres, sino también porque en Chile el tema de género había sido largamente aplazado y poco debatido en el Congreso Nacional. Dentro de su acción política estaba eso. Crea el Ministerio de la Mujer y la Equidad de género, que antes era Secretaría, con menor rango. Avanza con el tema del aborto en causales, eso en Chile no se podía hablar. El tema de la desigualdad de ingresos de las mujeres, ella impulsa una ley muy positiva en términos de paridad de género en las empresas estatales. No sé si en otros lugares de Latinoamérica existía algo así. El programa de género estaba en su discurso, en sus políticas públicas. Las hizo carne y las impulsó fuertemente.

GS: En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

RM: Poco. Como te decía en una pregunta anterior. A ella no le gustaba mostrarse como una víctima de la dictadura militar. A ella no le gustaba ese rol. A ella le gustaba mostrar una reconciliación nacional.

GS: Respecto a esta experiencia, ¿presentó una narrativa de reconciliación, superación o confrontación?

RM: Reconciliación nacional, a pesar de que en la época que a ella le toca ser presidenta, muchos de los temas se encuentran cerrados, las comisiones de verdad y justicia. Pero ella trata de cerrar heridas de la sociedad chilena, tanto en las víctimas y tanto desde el punto de vista de los torturadores, del mismo ejército.

GS: ¿Inaugura el Museo de la memoria?

RM: Claro, sí. Pero eso era una cuenta pendiente con la Corte Interamericana de los Derechos Humanos. Si bien era una sentencia, está la voluntad de ella de hacerlo. ¿Pero qué es lo que pasa? Él cierra algunas prisiones donde se había torturado; en cambio, ella no hace ningún cierre. Se habla mucho del Penal de Punta Peuco que queda en el norte de Santiago. Ahí hay

120 presos militares. Y lo que se pide es que se cierre eso para que vayan a cárceles comunes como cualquier otro delincuente.

GS: ¿Cuántos prisioneros hay?

RM: Debe haber como 200 condenados. Ahí se concentra la mayoría de oficiales y suboficiales. ¿Qué es lo que pasa? Este centro tiene regalías, tiene ventajas, y es distinto de lo que ocurre en cualquier cárcel chilena, que son un desastre en condiciones humanas. Ella no cierra ese penal. Hasta el último día se esperó que lo cerrara y no lo hizo. Y ella justificaba de que para qué había que tironear esta relación con ese mundo.

12.1.13. Gabriel Gaspar, Subsecretario para las Fuerzas Armadas de Chile, entre el 2014 y el 2015

GS: ¿Existe una socialdemocracia en Sudamérica? En el siglo XXI, ¿qué presidentes incluiría en ese campo ideológico?

GG: No sé si el concepto, porque la socialdemocracia está muy asociada a una experiencia muy europea, vinculada al Estado de bienestar. Incluso, en sus orígenes hubo una suerte de mediación entre la Komintern y los partidos del sistema. No sé si el concepto de socialdemocracia hecho en esa etapa de la economía y de la civilización es aplicable 100 y tantos años después. Me queda una duda conceptual. Yo prefiero hablar de las fuerzas progresistas, de centroizquierda, de sociedades que buscan salir del subdesarrollo. La socialdemocracia europea siempre estuvo asociada a economías que generaban excedente, que tenía una forma republicana de distribución, no es el caso de América Latina, donde no generamos mucho excedente, que era captado por las inversiones externas y por las compañías extranjeras, y después por una mala distribución del ingreso que persiste hasta la fecha. Pero yo creo que los dos nombres que tú mencionas (José Mujica y Michelle Bachelet) forman parte de una corriente, yo la llamaría de postguerra fría, porque ya llevamos 30 años, donde los ejes centrales son la inclusión, la igualdad en términos sociales y un crecimiento vinculado a la sostenibilidad en una propuesta de régimen político democrático, por referirlo de alguna manera. Claramente asociado a los derechos humanos, crítica de sociedades que vienen de dictaduras profundas y traumáticas. Y que recoge su pasado y que sobre todo lo proyecta. Por ejemplo, para hablar de Chile creo que nosotros, las elites chilenas, tendemos a utilizar las categorías del pasado, izquierda- derecha. Sin embargo, si la teoría no es más que una síntesis de la práctica, como dirían los viejos textos, la sociedad de Chile del presente es muy distinta de la del pinochetismo. Una buena parte de los jóvenes es como si yo a ti te hablara de la guerra de Corea, fue algo que pasó en la prehistoria, algo que le pasó a mis abuelos, que no tiene que ver con su vida. La sociedad es distinta. Lo que ha sido un pendiente, sobre todo la centroizquierda, o la socialdemocracia si los queremos usar de sinónimos, no hemos sido capaces de diagnosticar la nueva sociedad, la que estamos viviendo hoy, en gran parte porque la política chilena después de Pinochet estuvo muy enmarcada por la transición. Entonces, la transición se acabó. Pero esa transición no era solo un tema político, también era institucional. Generó una constitución que fijaba un régimen político binominal que permitía relativa estabilidad, reglas de juego conocidas, márgenes, pero que también impedía la diversidad. Ese

era el régimen que heredó la constitución de Pinochet. Y por eso se habla de transición porque la transición es un periodo donde conviven dos regímenes políticos, donde conviven elementos del viejo régimen con elementos del nuevo régimen. Durante veinte años convivimos con eso, con instituciones que dejó el gobierno militar, la inamovilidad de los comandantes en jefe, los senadores designados, el mismo sistema binominal, que eran mecanismos para impedir el gobierno de las mayorías. Pero eso convivió que eran elementos del viejo régimen con elementos del nuevo régimen, que eran el sufragio, la separación de poderes, que eran elementos más propios de una república. Eso se agotó. Terminó en una larga transición cuando se terminó en Chile con el binominalismo, que fue durante el primer año del segundo gobierno de Bachelet. Ahí se empieza a configurar un nuevo sistema político.

12.1.14. Ximena Jara, jefa del equipo de discurso de Michelle Bachelet (2014-2018)

GS: ¿Cómo describirías a Michelle Bachelet en su segunda presidencia desde el plano discursivo?

XJ: Michelle Bachelet ganó entre los dos gobiernos en impronta y densidad de relato. Ella en la primera presidencia era una candidata ciudadana. Fue elegida a pesar de la élite, no con la élite. Fue un poco en contra de la élite. Ella tenía una muy buena imagen entre los ciudadanos, a tal punto que fue obligatorio por parte de la élite elegirla. Tenía la frescura de alguien que viene de la ciudadanía. Si bien había tenido una militancia política, no era de la élite política. Era una retornada. No era la que había pensado la transición, como Ricardo Lagos. Y sin embargo se ganó el cariño de la gente. Pero tenía de malo el escepticismo: si podía ser presidenta o no. Era una pregunta real en campaña del 2005. Tenía en contra el miedo a un gobierno socialista, por lo tanto, tenía que responder con cuidado ella en las formas. Y logró consolidar una imagen responsable. Tuvo una crisis en el 2008 que permitió que ella demostrara su punto económico. Ella ahorró durante una época de bonanza con el cobre y eso generó una buena banca corriente internacional, lo que permitió que cuando llegue la crisis económica del 2008, ella hiciera política económica contracíclica y entonces su aprobación se disparó. Esto fue en contra de gente del oficialismo, que decía “gastemos esa plata porque si no le va a quedar al gobierno que venga; ahora es el momento de granjear la aprobación”. Y ella decía no, ahora es cuando tenemos que guardar para cuando haya vacas flacas. El gasto se expandió muy poco. Pero cuando llegó la crisis subprime, Chile tenía recursos. Así salió con un 84% de aprobación de su primer gobierno. Esto es importante para saber cómo se va ella a ONU Mujeres. En la coalición gobernante, la Concertación nunca tuvieron dudas que ella iba a volver. Eso impidió por un lado que la oposición creciera y tuvo otras consecuencias, pero por otro lado la figura de ella se engrandecía en el extranjero. Y acá en Chile, había un movimiento por parte de la derecha para culparla por el terremoto del 2010, trataron de llevarla a la justicia porque murió gente y ella, supuestamente, no había actuado con la ligereza y con la eficiencia con la que tenía que hacerlo. Eso no prosperó. Una de las cosas más lindas que pasó fue que el terremoto tuvo consecuencias en Constitución, Lota, Coronel, y esas fueron de las zonas con más apoyo en las elecciones de 2013. Así ella vuelve siendo una líder internacional que volvía, era más maciza y había andado el mundo. Y la figura que se quería crear es que “Soy una de ustedes. Salí al mundo como Sidharta, miré, aprendí, tengo otra expertiz, sé más de liderazgo y he visto lo que ha pasado en Chile y el gran desafío es intentar

arreglar la desigualdad. Y ahí asumió la demanda ciudadana de más educación, de la gratuidad y terminar el privilegio. Ella incorpora ese relato ciudadano a su relato.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora de su relato?

XJ: Equidad. El adversario era la desigualdad. Esto no es una lucha contra nadie. Esto es una lucha contra la desigualdad. Es importante porque cada gobierno posdictadura ha tenido su bandera, su estandarte, en especial los de la Concertación que son los que han tenido un relato más nítido. Si Aylwin era la transición, el signo de la reconciliación; Frei fue el símbolo de la modernización del Estado, de la apertura comercial; Lagos fue el intento de crecer con igualdad, mucha política asistencial y social; Bachelet prolonga esa obra con un manto de protección social, un sistema de protección social que se vaya robusteciendo; luego vino Piñera con una cosa muy mal construida, difusa, sobre la buena gestión, presidente 24 x 7, un presidente súper eficiente, soy un empresario que va al Estado, el Estado gestiona mal y por lo tanto soy un empresario que al Estado lo voy a hacer fantástico; y luego frente a eso Bachelet retorna y dice hemos avanzado mucho, es cierto que hemos crecido, pero el crecimiento hoy no basta, y tampoco basta la protección social, es el momento de derechos sociales; se da un salto de la protección social a los derechos sociales. Y entonces se busca gratuidad en la educación. La educación es un derecho, no un privilegio. Es algo que decían los estudiantes en el 2008 y ella lo incorpora a su relato. Es hora de abrir derechos sociales. Es hora del aborto en tres causales, que las mujeres decidan. Es la hora de una nueva constitución. En todos los ámbitos, más derechos sociales. El segundo gobierno es mucho más rupturista en su relato por cierto en políticas públicas que el primero que es mucho más conservador.

GS: Está claro que la desigualdad fue el adversario genérico. Ahora, ¿se debatió si el adversario podía ser “la derecha” o Piñera?

XJ: Se decidió que fuera la desigualdad. Nosotros sabíamos que era el adversario. En Chile es muy castigado el que apunta con el dedo a un sujeto político, así sea el empresariado, somos un país muy moderado. Por lo tanto, el programa del gobierno que era muy movilizante y tenía un electorado que no necesariamente estaba politizado, porque ella despertaba muchas emociones, especialmente en las mujeres trabajadoras o amas de casas, que no necesariamente estaban politizadas. A ellas no podían decirle es culpa del empresario. De hecho, hubo un spot que atacaba a “los poderosos de siempre” que fue muy mal recibido.

GS: Si tuviese que calificar discursivamente el nivel de polarización de MB con sus adversarios o enemigos: ¿sería bajo, medio o elevado?

XJ: Nosotros les tenemos miedo a la polarización. Pasó en el 73 y nos rompimos. Además, ella es conciliadora. No puede evitarlo. Parte de su capital político, la primera vez, era la reconciliación, la resiliencia, la madre de Michelle Bachelet, Ángela Jeria, vive en el mismo edificio que su torturador y conviven y se encuentran en el ascensor. Esas eran otras de las cosas que le preguntaban a Bachelet en la primera campaña: ¿cómo logra convivir con el torturador de su madre cuando la va a ver? Chile hoy en día es otro país y han pasado muchas cosas. Ella, entendiendo a las víctimas de derechos humanos, se saca la idea castigadora o polarizadora y busca integrar todas las cosas en su cerebro de mujer. Ella fue Ministra de Defensa, a pesar de que mataron a su papá sus compañeros de armas. Ella cuando vuelve del exilio termina su carrera de pediatra y también hacer un curso de estrategia de aviación y después se va a formar a Estados Unidos en Defensa. ¿Pero por qué siendo pediatra se mete en ese mundo? Porque quiere reconciliarse. Eso es lo que lo mueve a ella. Esto te lo digo porque es lo que demuestra porque ella nunca iba a polarizar ni a apuntar con el dedo a nadie. No va con ella.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

XJ: Qué difícil. Uno siempre piensa que su líder es único. Creo que tiene elementos en común de resiliencia con Pepe Mujica. Creo que hay puentes ahí. Creo que no es antojadizo poner a los dos en un mismo nivel de discurso. Mujica es más emocional y le habla a un segmento popular y Michelle Bachelet hace el ejercicio de hablar de la economía, de las grandes cifras y es mucho más buena alumna porque trata de rendir todas las materias y Pepe Mujica no le preocupa, y lo cual es muy lindo, creo que tienen elementos en común de querer reconciliarse y de sacar lecciones. Y también tiene de Lula el de haber sido levantada por la ciudadanía, pero no viene de los sindicatos como Evo, ni tampoco es promovida por grandes facciones de su partido como los Kirchner. Es distinta. Porque si bien ella era del PS y de un grupo, La Nueva

Izquierda, no pertenecía a un grupo de operadores políticos y era menospreciada por los partidos políticos, justamente, porque no dialogaba mucho con ellos.

GS: Si me tuviese que indicar tres valores con los que MB intentó enmarcar su segunda gestión, ¿cuáles serían?

XJ: Yo te diría la sinceridad que es un valor. Ella tenía empatía e intentó demostrar que las políticas de gobierno se basaban en una visión de solidaridad de país, una visión distinta. Y esa visión era integradora, de diversidad, de sumar. Y no sé si eso fue recibido. No sé si la sociedad chilena quiere eso hoy en día. El otro valor, que no alcanza a ser revolucionario, pero sí contra intuitivo, es el cambio del modelo de desarrollo. No sé si es un valor, pero hay una idea de cambio. Introducir cambios, equidad, tratar de hacer una reforma impositiva para hacer una redistribución del ingreso acá son arduas. Hay que tener una predisposición valórica interesante.

GS: ¿La práctica discursiva de Michelle Bachelet se concentró más en el pasado (lógica reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiraciones)?

XJ: Al inicio fue todo promesa, todo construcción, todo hacia adelante. Todo lo que tú hablas de atrás está en función del adelante: “Hemos avanzado mucho, pero queremos avanzar más”. Por lo tanto, el truco consistía en mostrar la tierra futura. Un gobierno se justifica en la medida que explica lo que está haciendo vinculado a unas ideas. ¿Qué queremos, para bajártelo a la gestión? Cincuenta centros de desarrollo, nuevas universidades estatales, gratuidad para el 60%, y vamos mostrando la tierra prometida porque el primer año no se puede lograr mucho. Pero todo está enfocado en el futuro. El primer mensaje presidencial, el 21 de mayo, fue una reivindicación de lo que creemos, una declaración de principios, una renovación de la promesa y una muestra, una panorámica de la tierra prometida. Después viene un periodo, que es el segundo año que tienes que ir mostrando resultados, por lo tanto, hay una parte de un pasado reciente que es lo que hemos logrado construir y hay una parte de tierra prometida. En el segundo y tercer año es la gestión. Entre el tercero y el cuarto está el resumen del sentido, el empaquetado.

GS: Las reformas –educativa, impositiva, género, constitucional– que encararon fueron de

largo plazo. La gente no iba a percibir las de inmediato.

XJ: Durante la campaña enfatizamos mucho en eso, que eran reformas que iban a tardar mucho, pero que íbamos a dar el primer puntapié y se tenía que notar mucho y se notó. Nosotros apostamos a que la gente entendiera que eran reformas de largo plazo, pero la gente eligió a Piñera de nuevo, entonces todo eso se frena con gran frustración para nosotros. Nosotros necesitábamos tiempos largos para que se vean los resultados. Ahora la gratuidad conmovió como idea durante la campaña y cuando empezamos más lágrimas sacamos de la gente y de nosotros. Todo Chile quería la gratuidad.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

XJ: No hubo nada. Ella no es muy dada a eso ni a la solemnidad. La pompa no es lo suyo. Siempre intentaba romper el hielo con un chiste o buscar el contacto cercano con la ciudadanía. Los logos, las estatuas, todo eso no va con ella. Lagos era mucho más así. Las grandes puestas en escena no eran muy de Bachelet. A tal punto era así, que todos los gobiernos cambiaban el logo del gobierno de Chile, y ella dijo basta y mantuvo el logo de Piñera.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

XJ: Mucha calle. Mucha feria. Y la campaña era visitar a gente, a sedes sociales, a vecinos, ir a tomar el té. Ella era una presidenta a la que le quedaba muy bien el bajar. Era muy abrazadora. Pero con muy poca liturgia. Lejos de esas ceremonias con el líder arriba y la gente abajo.

GS: ¿Considera que el discurso de Michelle Bachelet estuvo marcado por su condición de mujer, por la igualdad de género? ¿O, por el contrario, su enunciación fue similar a la de un presidente hombre?

XJ: Sí. Siempre fue una preocupación para ella. En el primer gobierno el gran logro fue tratar de hacer que el tema de la violencia de género o la equidad de género lograra ser transversal

en el Estado y no solo ser una cuestión de la secretaría de la mujer. Y desde lo discursivo ella podía comprender ciertos aspectos por su condición de mujer. Nunca se salió de eso. Una mujer sabe lo que es llevar una casa, más una mujer sola. Por lo tanto, también capitalizó eso de la mujer sola, que hay mucho en Chile. Y en el segundo gobierno creó el Ministerio de la mujer y la equidad de género y ella siempre fue muy de decir “Nosotras somos mujeres y podemos” y estuvo siempre vinculada a la temática feminista.

GS: En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

XJ: Sí, pero poco. Ella tiene mucho pudor con eso. Ella fue víctima de violación a los derechos humanos, pero no fue ni de cerca una de las grandes víctimas. Ella tuvo gente que murió, por lo tanto, por respeto a ese mundo que ella frecuentaba, ella no hablaba de su propia experiencia como víctima porque ella sentía que era “poco víctima”. Eso es una teoría mía. Pero hubo un momento que ella asumió su historia. En la campaña, en Villa Grimaldi, ella sostuvo una foto de un desaparecido. Encima era un 11 de septiembre. Le impactó mucho. Pero más que hablar, le pasaron cosas. Entonces, ahí emerge esta historia de víctima de derechos humanos. Y después en otro momento, cuando víctimas de la represión de la aviación de Chile le reclamaron al Estado reparación a ella le tocó hacer en nombre del Estado esa reparación. Y ahí está el discurso donde ella llora. En ese discurso ella dice “Como jefa de Estado les pido disculpas, como hija de un general asesinado” y ella ahí hace una síntesis muy conmovedora. Si le hubiese tocado a Piñera o Kast, probablemente ellos hubiesen enviado a un ministro, pero ella decidió ir y hacerse cargo de esa reparación y de ese acto que la Corte Interamericana le había demandado a Chile.

GS: Respecto a esta experiencia, ¿presentó una narrativa de reconciliación, superación o confrontación?

XJ: En algunos momentos, ella emplaza a las instituciones militares, creo que fue en el 11 de septiembre de 2017, a que se rompan los pactos de silencio, que los que tienen información la den. Ella habla de la imposibilidad de reconciliación sin justicia y sin verdad. Esta palabra “pactos de silencio” no la usan los jefes de Estado. Porque es incorrecto. Pero ella la usa y saca a la luz este tema. Ella se enrolla con el tema de los derechos humanos, pero por otro lado no cierra el penal Punta Peuco. Por lo tanto su discurso en derechos humanos es ambiguo, con

dolor lo digo. Porque por un lado ella emplaza a las instituciones militares y empatiza con las víctimas, pero no cierra un espacio de privilegio para los victimarios.

12.1.15. Karina Delfino, socióloga y presidenta de la Juventud Socialista (JS)

GS: ¿Cómo describirías a Michelle Bachelet en su segunda presidencia desde el plano discursivo?

KD: Yo creo que sí. Cuando estábamos en un mundo más polarizado, en la década del setenta, en Chile y América Latina, era más nítido visualizar ser de izquierda o derecha. Cuando se recuperan las democracias en América Latina, el discurso no solamente fue de izquierda o derecha, se abre otra vía más matizada y no tan hacia la izquierda, sino más bien conservadora y reformista. Eso le ha pasado a Chile y se puede transpolar a otros países. Nosotros cuando retomamos la democracia, hicimos cambios en la medida de lo posible. El Partido Socialista fue la fuerza más golpeada por la dictadura. Había miedo. Entonces, administramos un modelo con raíces neoliberales, que se establecieron con los Chicago Boys. Ahí se abrió un Estado que aseguraba ciertos derechos sociales. Eso nos distingue con la derecha, que creía que el mercado aseguraba todos los derechos. Esa es la socialdemocracia chilena.

GS: ¿Hubo una trama, una temática rectora de su relato?

KD: Yo creo que pasamos por varios estados. Los cambios fueron fuertes con el movimiento estudiantil. De verdad, queríamos cambiar Chile. Ese movimiento fue de clase. Nosotros que veníamos de la educación pública nos preguntábamos por qué estábamos condenados a no entrar en la universidad y que nos vaya mal. Esto frente al que tiene plata. Ese movimiento fue un antes y después. Cayeron dos ministros, un millón de personas involucradas, los medios nos prestaban atención. Fue la primera vez que se cuestiona el modelo. El 2011 va por más y cuestiona la constitución, el modelo completo. En el 2006 solo habíamos cuestionado la educación. Ese movimiento estudiantil hay un antes y después. Después perdimos las municipales y las presidenciales con Sebastián Piñera. Producto de todo esto surge Bachelet 2. Ella recoge todo este malestar social. Se da cuenta que Chile cambió y se hace cargo de estas reformas: tributaria, constitucional y educativa. Se hace cargo de esos estallidos sociales. En ese contexto, el gobierno de Bachelet fue muy reformista, no revolucionario. Y más a la izquierda que el resto de los gobiernos de la Concertación y la transición. Y además que se tratan temas que eran de fondo del sistema, que, creo, finalmente no los cambiamos, pero al menos se cuestionan. Y eso es lo valioso de la segunda presidencia de Bachelet.

GS: ¿Fue el primer gobierno que se anima a poner en duda el consenso neoliberal?

KD: Claro, nosotros los administrábamos. No fue un gobierno que pensaba una sociedad totalmente distinta. Es un gobierno que intentó remover las bases, no cambiarlas. Y lo poco que tratamos la derecha dijo que se venía el apocalipsis. Y en el medio vino la crisis de la política. Pero evidentemente con tantos cuestionamientos a la política no se pueden hacer cambios tan profundos.

GS: ¿En qué medida se cumplieron esas tres metas?

KD: En gran parte, varias. Más o menos. Chile cambió con Bachelet, quizás no lo que nosotros esperábamos. En educación se aprobó la ley de inclusión, que es el final del lucro, el copago. Antes los colegios podían lucrar, ahora no. Se vendían en los diarios. Cualquiera persona podía tener un colegio con 18 años. Se acaba el financiamiento compartido entre el Estado y la familia. Las familias pagaban 10 dólares para diferenciarse de sus vecinos. Y gratuidad de la universidad pública. Alrededor del 60% de los más vulnerables no pagan educación superior. ¿Cuál es el problema? Quedó pendiente la educación pública en los medios y los básicos. Nosotros apostábamos a desmunicipalizar los colegios, que el Estado los centralizara. El problema es que eso lo dejamos al gobierno de Piñera sin recursos. Es un caos. Y eso era lo más importante. Nosotros tendríamos que haber partido por fortalecer la opción pública, no por la ideología. Así los padres van a querer poner a sus hijos en los subvencionados. La gente quiere escapar de la educación pública, y eso es un problema de la izquierda.

GS: ¿Cómo describirías discursivamente a Michelle Bachelet?

KD: Yo soy bacheletista. En el segundo gobierno se la jugó fuerte para cambiar el sistema. Pero tuvo muchos problemas dentro del oficialismo, sobre todo los demócratas cristianos, y afuera con la derecha. Se opusieron mucho a la reforma tributaria, y eso era para pagar la educación. Decían que estábamos haciendo la revolución de Allende. Y lo que logramos con la reforma tributaria somos menos desiguales. Poco, pero lo somos.

GS: Está claro que la desigualdad fue el adversario genérico. Ahora, ¿se debatió si el adversario podía ser “la derecha” o Piñera?

KD: Hay un discurso de ella que es bien bueno, a la mitad de su gobierno, con todos los partidos oficialistas, en el estado del llano, en San Miguel. Y ella dice ahí estamos en un momento complejo, probablemente no vamos a hacer todo lo que prometimos, pero hay cosas que yo no voy a renunciar. Dice avanzar con convicción, pero entendiendo que estábamos complicados, porque estamos decreciendo. De ahí sale un slogan del gobierno que es “Chile para todos o “Chile por todo”. Y hay un segundo discurso que es su cuenta pública, el 21 de mayo de 2016 o 2017. Ahí dice unidad para la acción. Ella nunca fue confrontacional. Nunca fue contra la derecha. Con esos dos discursos dice paremos el fuego amigo. En particular con la Democracia Cristiana, que defendían los colegios subvencionados, siempre ponían el “pero”. Y segundo toda la derecha en bloque se unió en contra de las reformas. La élite política y económica se opusieron a las reformas tributarias y educativa.

GS: Si tuviese que calificar discursivamente el nivel de polarización de MB con sus adversarios o enemigos: ¿sería bajo, medio o elevado?

KD: Bajo. El adversario estructural es la desigualdad. No es como España, que es súper personal. Ella no atacaba a Piñera.

GS: Teniendo en cuenta el grado de conflictividad, contraste y negatividad con sus adversarios/enemigos, ¿a qué presidente/as del último giro a la izquierda se asemeja Michelle Bachelet? ¿Ricardo Lagos, Nicolás Maduro, Hugo Chávez, Dilma Rousseff, Lula Da Silva, Tabaré Vázquez, José Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Fernando Lugo, Manuel Zelaya, Ollanta Humala o Daniel Ortega?

KD: Se parece muy poco a Maduro y Cristina Fernández. Yo creo que se parece más a Dilma y Tabaré, menos a Mujica. Nada a Humala. Se parece a Ricardo Lagos en el relato, pero no en las formas. Ellos son muy distintos.

GS: Si me tuviese que indicar tres valores con los que MB intentó enmarcar su segunda gestión, ¿cuáles serían?

KD: Igualdad, justicia y solidaridad.

GS: ¿La práctica discursiva de Michelle Bachelet se concentró más en el pasado (lógica

reivindicativa), en el presente (lógica cotidiana de la gestión) o en el futuro (lógica aspiracional)?

KD: En futuro. Expectativas. En el caso de Ricardo Lagos fue presente. Gestión pura y dura. El segundo gobierno de Bachelet es futuro.

GS: ¿Existió un repertorio simbólico (gestos, monumentos, próceres, imágenes, gigantografías, banderas, escenarios, etc.) propio de la segunda gestión de Michelle Bachelet? Por ejemplo: Cristina Fernández con la gigantografía de Eva Perón cuando daba sus cadenas nacionales, Evo Morales con la liturgia aymara, Hugo Chávez con Simón Bolívar.

KD: Ella en sí misma es un ícono. A diferencia de Maduro, cuando usa esa puesta en escena de fondo. Ella es un liderazgo muy fuerte en Chile. De hecho, una de las personas que sigue marcando la carrera presidencial es Bachelet. Y la principal figura de la izquierda chilena es Bachelet. Ella en sí misma es un ícono, una imagen. Ella y sus formas. Ella bailando, porque le gusta bailar, ella cantando y tocando la guitarra, ella dando un discurso, ella empatizando. Piñera lo intenta. Agarra un niño y el niño llora. Bachelet todo lo contrario: se le acercan los niños. Es muy carismática. Brilla. Yo no sé si vamos a tener otra Bachelet en Chile.

GS: ¿Cuáles fueron las modalidades (actos masivos, entrevistas en medios periodísticos, visitas personales, etc.) que empleó Michelle Bachelet para vincularse con la ciudadanía?

KD: Hay un hito grande que se hizo en noviembre de 2015, en el Teatro Caupolicán. Ya veníamos complicados por la derecha se oponía a las reformas, sin conflicto en la opinión pública. Y al PS se le ocurre hacer un Caupolicán, que era algo muy antiguo. Cuando Allende estaba complicado, hacía uno. Pero los más viejos decían necesitábamos uno para revivirnos, recuperar la mística. Llenamos el lugar. Y fue bien bonito. Empática. Ella cuando daba entrevistas sacaba su carisma. Ella con Don Francisco. Siempre saca buenos conceptos. Es muy empática.

GS: ¿Considera que el discurso de Michelle Bachelet estuvo marcado por su condición de mujer, por la igualdad de género? ¿O, por el contrario, su enunciación fue similar a la de un presidente hombre?

KD: Sí, sin ninguna duda. Ella es feminista. No sé si lo dijo alguna vez. Tiene el sello de mujer y género en todas sus puestas en escena. En el primer gobierno, cuando no estaba de moda el feminismo, lo intentó. Por ejemplo, la reforma previsional a aquellos que no habían trabajado nunca. Eso significó sacar de la pobreza a mucha gente, especialmente a las mujeres que no habían trabajado. Es poco, pero es algo lo que recibían esas mujeres, alrededor de 200 dólares. Su principal sello del primer gobierno.

GS: ¿En qué medida ejerció el poder de manera masculina o femenina?

KD: La política está más bien masculinizada. Yo creo que ella intentó tener su sello de mujer, se le dificultó mucho. Ella sufrió mucho machismo en su gestión. Es uno de sus adversarios más implícitos. Con el caso Dávalos. Que pudo haber sido un conflicto de interés de su hijo. Yo creo que se le atacó a Dávalos por su condición de mujer, que no crió bien a sus hijos. Frente a Piñera hoy en día, que lleva a sus hijos a una gira a hacer negocios con los chinos. Nadie dice nada. Es mal visto. Es privilegio de los ricos. Pero no se pone en cuestión el gobierno como con Bachelet. Eso es machismo. En la primera campaña también le decían “gordi”. Le decían que no tenía liderazgo, que no tomaba decisiones. Ella tiene un liderazgo más cooperativo, colectivo. Y eso era otra muestra de machismo.

GS. En el plano enunciativo, ¿puso en circulación MB su historia personal como exiliada e hija de una víctima de la dictadura militar de Augusto Pinochet?

KD: Sí. Ella va a un acto en Villa Grimaldi o la Universidad de Chile. Ella habla de su padre y se le quiebra la voz. Y segundo ella tiene una sensibilidad mucho mayor por ser víctima de la dictadura. Ella ocupó un rol en la dictadura. Ella tenía a su padre que fue torturado. En el primer gobierno inauguró Villa Grimaldi donde fue torturado su padre, donde fue torturada ella y su madre. Y los actos más emotivos de 11 de septiembre son de ella. Se hacía un acto ecuménico, después un acto político y después con la familia de Salvador Allende al Salón Blanco, donde hay un cuadro gigante de él. Eso era encabezado por la presidenta de la República. Este año, 2019, que está Piñera, no se hizo nada. Eso marca que la sensibilidad la puede tener alguien que lo vivió como ella.

GS: Respecto a esta experiencia, ¿presentó una narrativa de reconciliación, superación o confrontación?

KD: Yo creo que de memoria. Ahí hay un poco de reconciliación. Pero reconciliación es lo que intenta promover Piñera. Ella dice no podemos vivir en un Chile reconciliado sin tener verdad y justicia. Ella inaugura el Museo de la memoria, que estuvo en duda por Piñera, que dijo había que hacer un Museo de la democracia. Es un campo que todavía está en disputa. Él es bien populista. Entonces dice, “bueno pero también tiene que haber un Museo de la democracia”. Kast dice no tiene que haber un Museo de la memoria, tiene que haber un Museo de la democracia. Esto está contado por una parte de la historia, no por toda. Yo creo que ella se la jugó por poder revivir o avanzar hacia un país que tenga verdad y justicia. Todavía no sabemos dónde están sus amigos. Ella es de una generación donde sus amigos desaparecieron. Para ella debe ser muy fuerte no saber dónde están los nuestros.

12.2. Tablas

ESTADO DE LA CUESTIÓN: LAS DOS FAMILIAS DE LA NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

FAMILIA ►		
VARIABLE ▼	SOCIALDEMOCRACIA	POPULISMO
MODELO ECONÓMICO	Escasa regulación del Estado	Proteccionismo
SISTEMA DE PARTIDOS	Estable	Volátil
ESTILO DE LIDERAZGO	Pragmático / Consensual	Carismático / Verticalista
INTERPRETACIÓN DE LA DEMOCRACIA LIBERAL	Continuidad	Cambio
DISPOSITIVO PARTIDARIO	Institucionalizado Independiente del líder	Laxo Dependiente del líder

EL RELATO POPULISTA

VARIABLE ▼	LÍDERES POPULISTAS DE LA NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA
GUIÓN POLÍTICO	Dicotomía entre el pueblo y actores externos al sistema de partidos políticos.
LA ESTRUCTURA TEMPORAL	Impronta refundacional de la nación.
VALORES	Patriotismo, lealtad, compasión, solidaridad y liberación.
MITOS	Mitificación del presidente.
VISIÓN	Constitución de la Patria Grande.
ESCENIFICACIÓN DEL LIDERAZGO	Ubicación presidencial, monopolio de la enunciación y actos masivos.
REPERTORIO SIMBÓLICO	Próceres de la independencia nacional.
TIPO DE LENGUAJE	Sencillo, directo y dramático.

RELATOS POLÍTICOS: NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

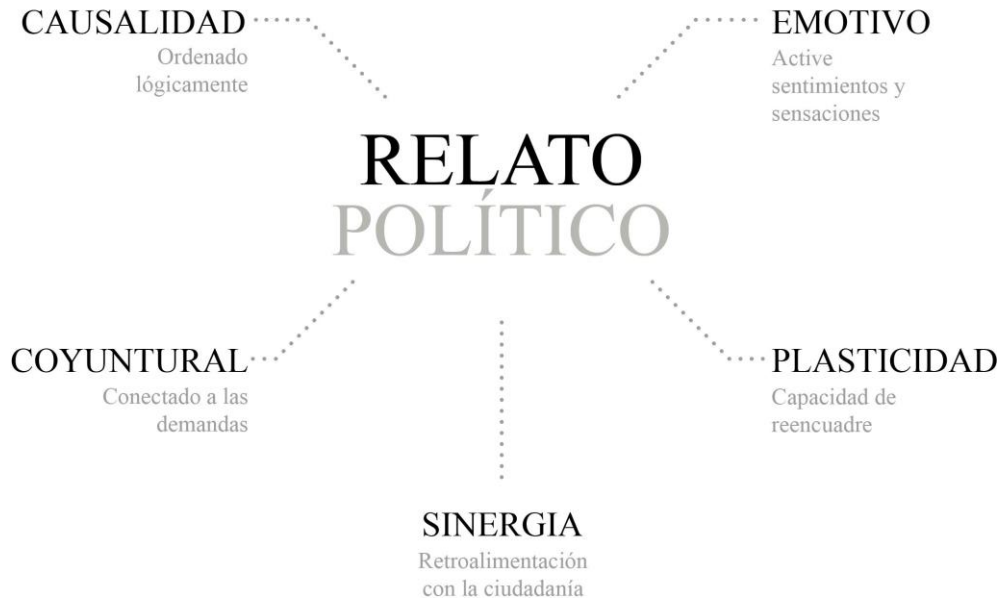
SUBFAMILIA ▶		
VARIABLE ▼		
TRAMA	SOCIALDEMOCRACIA	POPULISMO
GUIÓN DICOTÓMICO	Reformista	Disruptiva
TIEMPO VERBAL	Adversarios genéricos sin anclaje partidario	Adversarios genéricos sin anclaje partidario
ETHOS PRESIDENCIAL	Presente / Horizonte de expectativas	Presente / Espacio de experiencia
REPERTORIO SIMBÓLICO	Reconciliación Nueva agenda de derechos	Reivindicativo / Materialismo
	Institucional / Personalizado	Mesiánico

RELATOS SOCIALDEMÓCRATAS

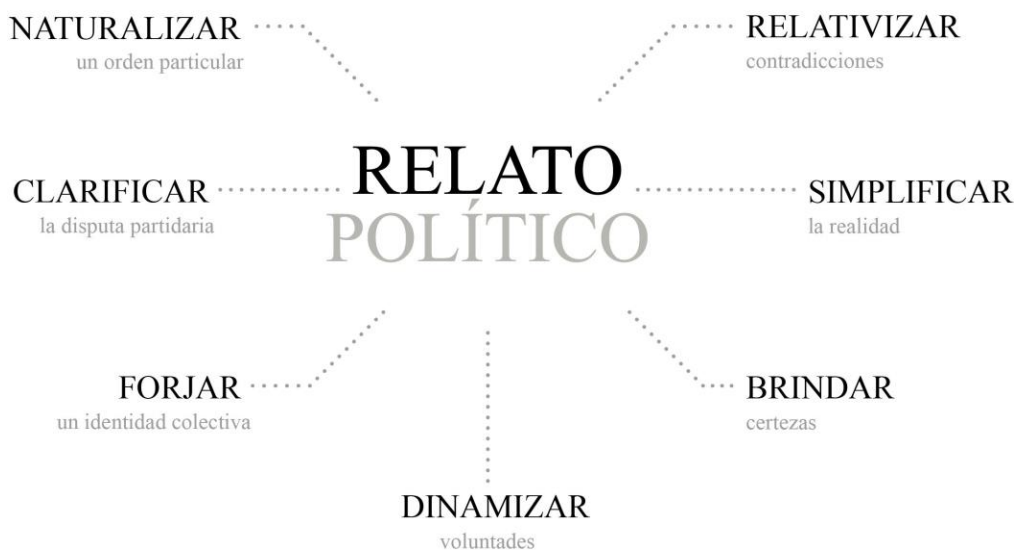
CASO DE ESTUDIO ▶		
VARIABLE ▼		
TRAMA	JOSÉ MUJICA	MICHELLE BACHELET
GUIÓN DICOTÓMICO	Cambio cultural	Inclusión
TIEMPO VERBAL	Sociedad vs Consumismo	Chile vs Desigualdad
ETHOS PRESIDENCIAL	Presente / Horizonte de expectativas	Presente / Horizonte de expectativas
REPERTORIO SIMBÓLICO	Reconciliación / Austeridad	Reivindicativo / Mujer-Gestión
	Personalizado	Institucional

12.3 Gráficos

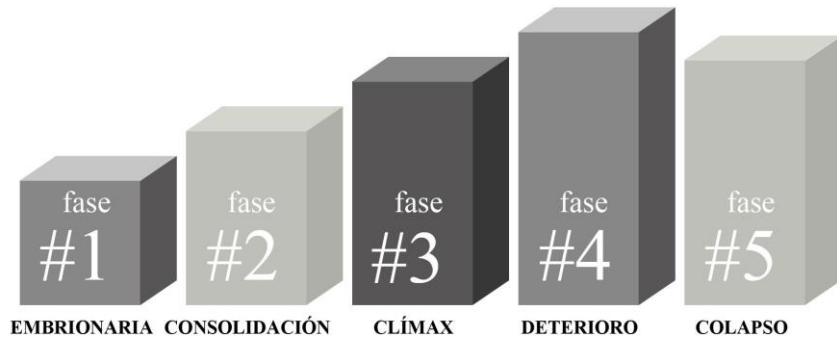
REQUISITOS DEL RELATO POLÍTICO



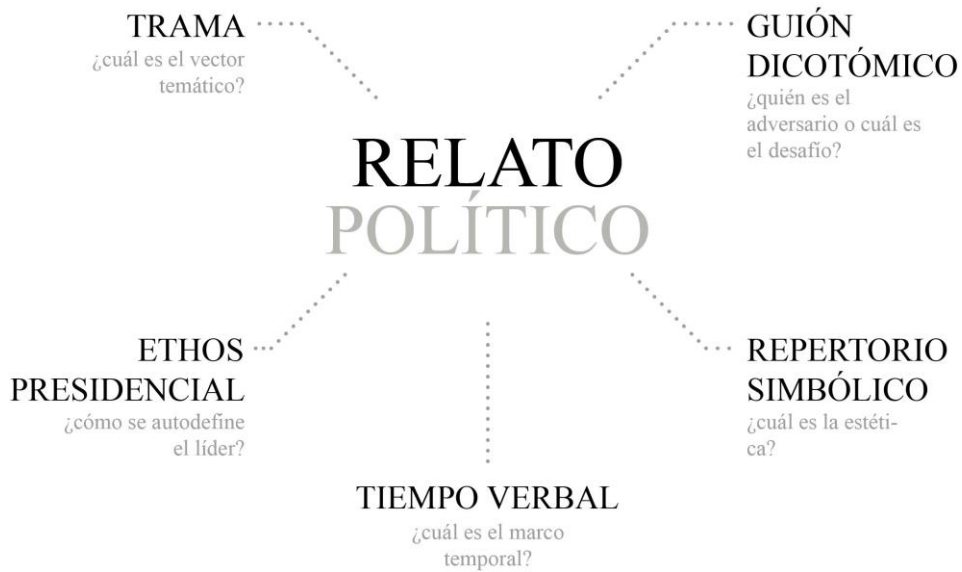
FUNCIONES DEL RELATO POLÍTICO



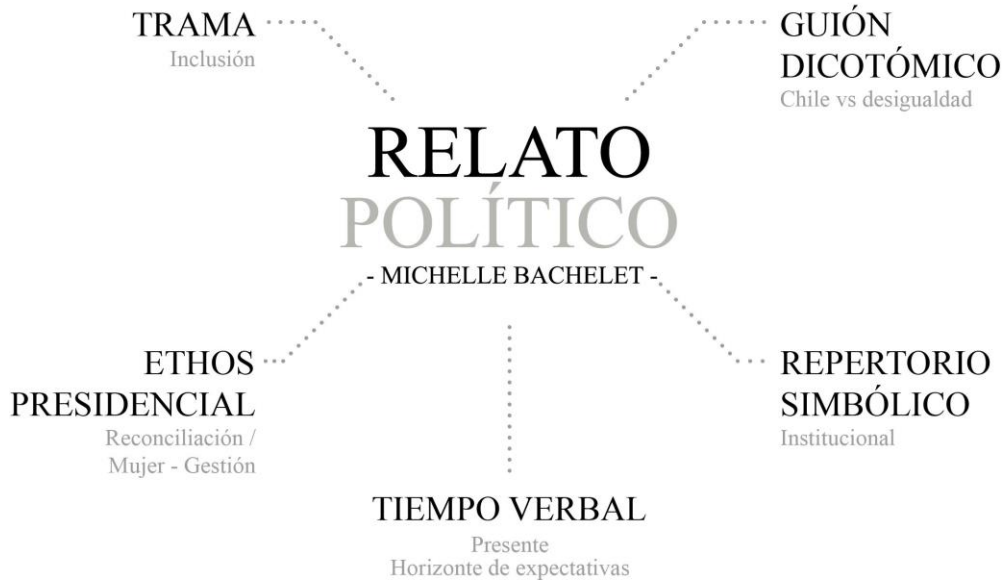
CICLO BIOLÓGICO DEL RELATO POLÍTICO



LAS PIEZAS DEL RELATO POLÍTICO



MICHELLE BACHELET (2014-2018)



JOSÉ MUJICA (2010-2015)



EL RELATO SOCIALDEMÓCRATA

